

World of Darkness - Mundo de Tinieblas:

SOMBRAS

Bruce Baugh

(Grupo: «Vampiro». Trilogía: «Lasombra», vol.2)

Traducción: Raúl Campos

PRÓLOGO

Viernes, 2 de junio de 2000, 1:15 a.m.

Wagga Wagga, Nueva Gales del Sur, Australia

El Lasombra superviviente más antiguo caminaba atravesando la noche en silencio. Sabía que muchos de sus primos de sangre opinaban que pasaba la mayor parte del tiempo en el Abismo, y le gustaba que pensaran así. Esto reducía el número de sucesores enloquecidos de su hermano de sangre, Gratiano, que intentarían dar con él y aniquilarlo. A su espalda, una delicada brisa se revolvía por el espacio que hasta hacía poco había estado ocupado por ocho jóvenes vampiros rebeldes que se creían a sí mismos lo bastante inteligentes para establecerse en esta ciudad, alejada incluso de los núcleos de poder de Australia, y aún más de cualquier lugar con un mínimo de relevancia en el mundo. Uno de ellos llegó a dominar las sombras lo bastante como para levantar murmullos imprudentes en el Abismo, de modo que el mayor lo eligió a él y su prole como presas. En realidad, no fue una lucha propiamente dicha. Cargaron, gritando e injuriando su raza. Fracasaron. Les sustrajo hasta la última gota de sangre. Acabó con los restos. Reemprendió el viaje.

Los tenues ecos de los pensamientos dispersos en su sangre le decían que aquellos atacantes lo consideraban un «abo», es decir, un «Aborígen», un miembro de una de las tribus que poblaban esta tierra

antes del desembarco de los europeos. Estaban equivocados, aunque tras ver unos cuantos «abos» llegó a entender su confusión. Los nativos del lugar se parecían a él tanto o más que los habitantes actuales de su propia tierra natal. En realidad no guardaba relación con los africanos de hoy día, sino con un miembro de una de las tribus que se extinguieron con las primeras grandes migraciones de los pueblos de más allá del sur y del oeste de África. La verdad es que se le podía considerar un fósil andante en lugar de un pariente de algo vivo sobre la tierra. Lo más parecido que tenía a una parentela viva eran los pocos africanos cuyos genes aludían al legado de los matrimonios mixtos que se dieron en la época de las migraciones, además era muy raro encontrarse con aquella gente. Cuanto pensaba y sentía, así como lo que anhelaba y soñaba, era sin duda aberrante para un humano de hoy en día.

Algunos llamaban «Montano» al antiguo, que no renegaba del nombre. No era el suyo, pero sabía que se refería a él y eso bastaba. Hace ya algunos siglos, una tarde se dio cuenta de que no recordaba qué nombre le pusieron al nacer ni, de hecho, casi nada de su vida mortal.

Su sire, el fundador del clan Lasombra, solía contar aquella magnífica historia sobre cómo se entregó Montano por voluntad propia al fundador para proteger a su tribu, aunque Montano no se la creía del todo. Se trataba, cuando menos, de un cuento que al fundador le venía muy bien contar dado que dependía de que Montano poseyera un rasgo único, honor, que el fundador no podía conseguir mediante tejemanejes sociales. Por tanto, no se podía culpar al fundador de dar lugar a una progenie menos talentosa o menos obediente, puesto que ni siquiera él podía garantizar un comportamiento apropiado. Después de que los supuestos anarcos acabasen con el cuerpo físico del fundador, Montano dedicó varios inviernos a vagar por los hielos del norte y a tratar de reconstruir su propia historia. Al final, concluyó que sería incapaz. Había transcurrido demasiado tiempo. Demasiados recuerdos de otros, humanos y vampiros, atravesaron sus venas y su alma. Podía limitarse a decir con certeza que «Esto es lo que soy ahora; por tanto, fui del modo en que me haría así».

Empezaba a levantarse viento a medida que avanzaba, al principio cálido y tórrido después. Al antiguo le resultaba agradable, ya que le recordaba el clima de su hogar perdido. Quizá se criara en las vertientes del Kilimanjaro o puede que en las riberas del Congo. Eso apenas importaba ya. Aquella noche ardiente le sentó de maravilla. El

calor le relajó la piel, lo que le hacía más expresivo. Llevaba por lo menos una década sin sonreír ni fruncir el ceño de verdad, pero sabía que podría desear hacerlo de nuevo en alguna ocasión, por lo que agradecía que le resultara lo más fácil posible.

Salió de la ciudad caminando por la autovía de Sturt en dirección este y sin ningún objetivo en mente aparte de darse una vuelta para ver si daba con más rebeldes estúpidos a los que aniquilar. Entonces se levantó un viento gélido. Lo interpretó como una manifestación más espiritual que física, así que se salió de la carretera para serenarse y abrirse a cuantos presagios acechaban en su interior. Excavó una sencilla madriguera bajo los eucaliptos de la orilla de un río de cuyo nombre no podía acordarse y allí comenzó a concentrarse. Cualquiera que lo viera pensaría que no era sino una estatua de obsidiana.

Una vez despojado de los sentidos, la mente le fluyó por su forma inerte. No, la corrupción no dormitaba en su interior, si no se tenía en cuenta la mancha que lo convertía en el vampiro que era. No había ni rastro de debilidades inesperadas ni señales de hostilidad en sus procesos físicos. La duda yacía en alguna otra parte. Hace milenios había dominado el arte de expulsar del cuerpo esta aislada conciencia, la cual quedaba anegada en el Abismo sin las complicaciones de proyectar cuerpo y sangre hacia tan negativa dimensión. Tiempo atrás, cuando se relacionaba con asiduidad con otros de su linaje, en ocasiones trató de enseñar este arte a los pocos a quienes respetaba, aunque nunca funcionó. Al parecer, este curioso don brotó solo con la edad y ningún otro Lasombra (aparte del fundador, antes de la gran rebelión) alcanzaba en edad a Montano cuando este ya lo dominaba. Por tanto, de un modo que nadie más que él conocía, podía contemplar lo infinito de la oscuridad.

Quedó horrorizado desde el principio.

El Abismo cuenta con una especie de clima propio. Podía saber cuándo las criaturas pensaban de forma distinta y establecer nuevas conexiones con todo el abanico de aberturas racionales y espirituales que allí hacían las veces de espacio. Aquello era una auténtica tormenta, de las que no se ven en varios años. Las devastadoras fuerzas causaban estragos al hacer brotar entidades e ideas que habían permanecido en barbecho durante miles de años. Reconoció algunas oleadas revueltas de manipulación que el fundador le había mostrado en una única ocasión, antes de que construyeran ciudades en Europa. Poco después, retomó el descanso diciendo «Son peligrosas». Esta inusitada combinación de poder y locura asustó a

Montano como nada lo había aterrorizado desde la noche en que pereció el cuerpo del fundador.

Con cautela, con extremada cautela, sondeó el Abismo en búsqueda de señales de una entrada al mundo físico. Como siempre, toda la superficie se hallaba cubierta por un mosaico de pequeños agujeros en los cuales todo Lasombra, así como los pocos que habían adquirido el poder, se había ocultado hace poco o había utilizado el Abismo como arma propia. El antiguo los ignoraba y siguió buscando manifestaciones más importantes. Allí. Por toda la tierra natal del fundador alguien había abierto grandes brechas en la piel, permitiendo el paso a seres Abisales más poderosos que cualquier vampiro. Incluso el antiguo tendría que fiarse de su habilidad y su suerte, más que en el poder innato, para sobrevivir a un encuentro con cuanto pudiera atravesar aquellos orificios. Con toda seguridad, quienes los abrieron no pudieron controlar a los invitados. ¿Tendrían la menor idea de lo que estaban haciendo?

Si el primer soplo de presagios parecía una brisa fría, lo que siguió equivalía a una violenta ventisca ártica. El antiguo percibió dónde se concentraban las aberturas, la misma isla en la que el fundador erigió su palacio y desde la que dirigió el clan durante tantos milenios. ¿Había regresado el fundador? El antiguo sabía que acabar con un cuerpo era mucho más fácil que acabar con el alma que le daba la vida y siempre había supuesto que el fundador decidió despojarse de su cuerpo por razones que solo él conocía. Con todo, el antiguo pensaba que si el fundador había vuelto buscaría a su único chiquillo leal para emplearlo como arma en la inevitable guerra de la reconquista del clan. Pero, ¿acaso algún místico aventajado podría haber dado con la forma de aprovecharse de parte del poder del fundador? El antiguo confiaba en que no. Jamás le diría algo así a nadie, pese a que en cierto modo disfrutaba con la destrucción del cuerpo del fundador y siempre esperaba que otros clanes hicieran lo propio con sus progenitores. El mundo no estaba del todo seguro con semejantes seres pululando por él.

No obstante, aquellos convocantes, quienquiera que fuesen, parecían tener la intención de dar paso a una nueva era para el fundador. Aquello no tenía buena pinta. Había que hacer algo.

El antiguo retornó a su cuerpo, aunque sin recuperar los sentidos. En su lugar, concentró el pensamiento en la sangre para dar un aviso y la orden de enviar a ciertos miembros del clan. El antiguo se hizo con buena parte del poder del fundador y, pese a que no consiguió

infundir la obediencia total de la que el fundador disfrutara, sí que pudo hacer que la sangre susurrara las palabras necesarias en la mente de sus congéneres. Había que hacer algo, pero serían otros los que se encargaran de ello creyendo tener iniciativa propia.

PRIMERA PARTE: ASOMÁNDOSE A LA OSCURIDAD

_____ 1 _____

**Viernes, 2 de junio de 2000, 11:25 p.m.
Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia**

Quien viera a aquellas dos mujeres sin conocerlas pensaría que la africana, cubierta de cicatrices a consecuencia de incontables rituales, es mucho mayor que la europea de pelo oscuro que la acompaña. La primera mostraba las marcas de una fatiga y una pena eternas. Las arrugas delataban que había llorado y sufrido demasiado para que su cuerpo sanara. La europea era joven, apenas había superado la adolescencia, y ofrecía un aspecto casi prístino. La africana se desenvolvía con una calma seguridad en sí misma, aunque se sentía un tanto extraña con el medio, mientras que su compañera actuaba con indecisión e impaciencia cada vez que pasaban cinco minutos en el mismo sitio.

Ambas contemplaban el oleaje a sus pies desde la seguridad de un mirador situado a diez metros sobre una playa estrecha y rocosa. Tras ellas se levantaba la tétrica masa de una penumbrosa mansión, una de tantas otras propiedades privadas que se encuentran en las islas pequeñas como Sikinos. Ningún turista ni marinero hubiera sospechado siquiera que tras su puerta había incontables habitantes.

Los propietarios no precisaban encender luces, así que los pocos invitados vivos que recibían debían apañárselas como buenamente podían.

–Está helado –dijo la africana antes de liberar una breve risa.

La europea la miró con gran curiosidad.

–¿Tiene algo el hielo de gracioso?

–De alguna manera. Mi mente siempre te ha relacionado con el hielo, por lo que siempre te vi rodeada de cierto halo de misterio.

La en apariencia joven europea siguió asomándose sobre la verja del mirador, aunque levantó la mirada de las olas.

–En concreto, Conrad, ¿qué parte de mí te recuerda el hielo?

La europea no puso un especial énfasis en el vocativo. Hacía mucho que había dejado de preocuparse por la idiosincrasia de los nombres vampíricos. Si la congoleña había decidido adoptar un nombre de hombre, al parecer por el autor que había escrito aquellas famosas obras sobre su tierra natal, entonces que así fuera.

La africana no devolvió la mirada a la europea.

–Existen dos eslabones en esta particular cadena. La primera parte consiste en que justo antes de que dejara mi hogar para conocer Europa, mi sire, Elias, me habló sobre algunos miembros famosos e infames del clan. Por supuesto, sobre todo me instruyó acerca de los protocolos para colarme en las congregaciones Sabbat más extrañas, aunque también me habló sobre los... «disidentes» de los clanes. No sé si esa es la palabra más acertada. Sí, él la empleaba con el intencionado aire de los políticos, lo que supongo siempre ha coloreado mi opinión sobre el clan. «Lucita, chiquilla de Monçada», me dijo, «es gélida. Acaso tuviera corazón antaño, pero hoy solo obedece a su sed de venganza, sin una auténtica filosofía».

Lucita ocultó un ligero escalofrío.

Conrad continuó.

–La segunda parte trata de cuando yo aún vivía y era una joven sometida al influjo del gran reformador. Nos contaba historias del mundo de más allá del río. Algunas, como más adelante tuve oportunidad de confirmar, no eran sino puras invenciones, pero incluso entonces podíamos decir que algunas de tales maravillas solo existían en su mente. Sin embargo no había manera de saber cuáles eran fantasía y cuáles realidad. Recuerdo cuando nos contó cómo el agua muy fría se ponía dura como una roca. Mis padres no se la creyeron del todo, aunque a mí me hace pensar en todas las cosas sólidas a temperatura ambiente y que se derriten cuando las calientas lo

suficiente. Mi idea de Europa era la de un lugar donde se invierte el curso normal del mundo, de manera que lo duro fluía y lo blando permanecía helado, como una piedra.

Meditó unos instantes.

–Casi dan ganas de decir «De hecho así era». Pero eso sería como las rúbricas a las que el reformador era tan dado y yo siempre he intentado no expresarme como él.

Lucita retomó el paso.

–Entonces, ¿soy fría?

Conrad miraba a una estrella de mar que iba y venía con el movimiento del oleaje y que quedó despedazada por las siguientes tres olas mientras se esforzaba por regresar a su escondrijo en una grieta rocosa.

–En cierto modo, supongo. Al menos, veo que lo fuiste una vez.

–¿Que lo fui?

–Incluso aunque ignorase tu edad, por cómo te mueves se nota que estás acostumbrada a sobrevivir en terrenos hostiles. Quien te liderara debería desarrollar un caparazón duro y suave, a menos que estuvieras dispuesta a entregarte a alguna de las apasionantes sendas de la iluminación. Lo cual...

–... no es ninguna opción.

–Así es.

–¿Me tomas el pelo?

–No. Confiaba en que lo fuera, aunque no parece necesario. La realidad es con mucho más estimulante de lo que esperaba y me proporciona todo tipo de emociones sin que necesite buscarme diversiones extra. Me recuerdas a los ríos saturados de escarcha en lo más profundo de la estación del deshielo. Todo lo que intente moverse sobre la superficie acabará cayendo al agua. Igual que un pez curioso que se asome por alguna apertura momentánea. Cuando estaba en Siberia solíamos beber la sangre aún caliente de los peces que acababan decapitados por el movimiento de las placas de hielo y los clavábamos en un témpano. Esa es tu situación ahora.

–Podría acabar contigo ahora mismo –dijo Lucita en un tono de voz inalterado.

–Cierto, podrías –confirmó Conrad con una leve sonrisa–. Pero no lo harás, por dos razones.

–Que son... Por favor, revélame tus extraordinarias conclusiones.

–En primer lugar está claro que si lo hicieras no vivirías para disfrutarlo. Sabes que aquí nos vigilan constantemente.

–Bien. ¿Y la otra?

–Sabes que tengo razón.

–¿Lo sé?

Conrad soltó una carcajada que sonó de lo más profunda y lenta.

–Por supuesto que sí. No puedes esperar que crea que una manada de neonatos, aunque estuviera liderada por un joven tan astuto como mi chiquillo Andrew, te capturaría si estuvieras en tu sano juicio. –Vio cómo Lucita intentó un par de veces ir a responder, detenerse y reconsiderar sus palabras. Después siguió:

»Puedo imaginar qué estabas haciendo en el desierto, pero no lo sé con certeza y no creo que consiga que me lo cuentes. Sin embargo, sea lo que sea no es lo único que te preocupa. La vida te ha tratado mal, lo comprendo. Esto se parece más a un mal año, o peor. Se te soltó el ancla y ahora no haces más que encallar en bancos de arena. Al final, creo, te meterás en uno demasiado grande para hundirte sin dejar rastro, a menos que encuentres otra ancla. Ahora debo ocuparme de otros asuntos.

Lucita no la vio marcharse.

* * *

Sin duda, el cardenal Timofiev oyó la conversación. Oía todo lo que se hablaba en la mansión, donde las sombras correteaban para llevarle las palabras de los otros habitantes del lugar. Acallar los susurros requería una gran demostración de voluntad, en la cual no deseaba molestarse en aquel momento.

Lucita... un caso interesante. No estaba del todo seguro de que sus camaradas jueces de la Corte de Sangre hubieran tomado la decisión correcta. Resultaría mucho más sencillo destruirla ahora y poner fin al corto y retorcido linaje de los Monçada. En alguna parte debía quedar algún vástago del bastardo español seboso (era bastante probable, dada la debilidad de Monçada por los planes de retirada) pero con Lucita fuera, los líderes del clan quizá podrían recuperar cierta apariencia de aplomo.

Entonces Timofiev recordó la criatura Abisal que había atacado durante la prueba de Lucita.

Ahí fuera alguien estaba entregado al peligroso juego de las invocaciones y mientras lo buscaban para aniquilarlo lo más sensato era colocar a alguien prescindible en los primeros puestos. Con un poco de suerte, Lucita moriría y dejaría que otros Lasombra más

leales se entregaran a sus maestros, tras lo cual el abrumador poder de los antiguos del clan pondría un punto final a todo. Si Lucita sobreviviera, se la podría asesinar cuando todo el clan estuviera congregado. Debía de haber algo educativo en aquella manera de actuar: Timofiev podría hacer que su paladín predilecto dispusiera una jaula apropiada en algún lugar de los pasadizos que corren bajo Ciudad de México para convertir a Lucita en un curioso entretenimiento en los Grandes Bailes durante los años venideros. Incluso era posible que Lucita al final decidiera unirse al Sabbat, aunque Timofiev no esperaría sentado a que eso ocurriera.

También era posible que las criaturas Abisales buscaran a Lucita en concreto. Timofiev no creía que Monçada pudiera haber urdido un plan tan complejo para que surtiera efecto tras su destrucción, ni que lo hubiera tramado aun siendo capaz, pero Timofiev no era omnisciente y ya se había llevado algunas sorpresas desagradables. Además el genio no iba a ser Monçada: Lucita se había ganado bastantes enemigos durante su larga carrera como molestia liberal. Si ella era el objetivo, de nuevo tenía sentido mantenerla apartada y visible.

Ahora había que hacer algo en cualquier situación. Después de todo Lucita estaba sentenciada y había que recordarle cuáles eran sus circunstancias. El menor traspié y Timofiev caería en las sombras y su habitación quedaría vacía.

_____ 2 _____

**Viernes, 2 de junio de 2000, 10:45 p.m. (11:45 hora de Sikinos)
Castillo del Arcángel San Rafael Sicilia, Italia**

Esta noche los ocho no se reunieron en la gran cámara. Los resonantes gritos de la desastrosa invocación y del destierro de la pasada noche hacían de aquel un lugar muy inhospitalario. Se habían encontrado en lo que había sido la biblioteca principal del castillo, donde las estanterías estaban limpias y pintadas con laca negra y donde las paredes, suelo y techo lucían un azulejado de obsidiana. Era el lugar perfecto para meditar, puesto que los sentidos se encontraban más que ajenos a las distracciones carnales.

Esta noche no se harían invocaciones. Se encontraban resacos,

física y mentalmente. Habría magia, sin embargo. Contaban con enemigos a los que vigilar y planes que maquinar. Los invocadores no paraban de repetir sencillos mantras para sí; con la sangre sosegada y sentados en sillas de ébano, sus cuerpos podían deshacerse incluso de los movimientos de los no vivos. Paso a paso, sus mentes se fueron enajenando del mundo de manera que el pensamiento pudiera evadirse también para entrar en el Abismo.

Pequeñas fracciones de entidades viajaban por los espacios conceptuales en la insondable oscuridad. Siempre había remolinos de recuerdos y emociones aislados, así como algún que otro enjambre de ideas de toda índole. Los pedazos de algo que podría conformar una mente completa se fundieron para estallar después, equivalente espiritual de los últimos estratos de una cadena alimenticia terrestre. La disciplinada mente de los invocadores los mantuvo a salvo de los predadores que los acechaban, sondeando con delicadeza en busca de una cierta combinación de impulsos.

Herida. Enemigo. Este.

Algunas de las entidades que poseían tal mezcla no atendían sino a sus propios asuntos, ajenos a los invocadores. Sin embargo, había otros que sin duda se sentían conmocionados al recordar la horrenda luz que sus oponentes habían liberado en el Abismo la noche antes. Con suma cautela, los invocadores siguieron la marea del conjunto de impulsos que se formó cuando sus enemigos desconocidos emprendieron la marcha. La oleada salió de Thera y viajó por el Egeo hasta llegar a una pequeña isla. Claro está que ninguno de los moradores del Abismo conocía su nombre, ya lo averiguarían después.

Viernes, 2 de junio de 2000, 11:45 p.m.
Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia

Después de que Conrad la dejara, Lucita hizo un esfuerzo por calmarse realizando un reconocimiento instintivo de los alrededores. Se encontraba en la segunda planta de una mansión de cuatro alturas, levantada sobre un terreno en afloración de la orilla este de una de las

muchas pequeñas islas del Egeo. Había cambiado con el tiempo, así que Lucita no conseguía formarse una imagen clara de su aspecto original; ninguna de las características que para ella eran fáciles de conseguir contaba con más de unas pocas décadas. Un olor persistente le decía que a menudo pasaban humanos por allí, aunque ahora solo quedaba un puñado de ellos, incluida Angélica, su sirviente forzosa. Al parecer, todos los vivos se hallaban en la última planta. Los vampiros infestaban el resto de la vivienda.

Lucita no estaba acostumbrada a encontrarse rodeada de sus congéneres. Casi nunca asistía a las congregaciones masivas de vampiros para soltar algún discurso y cuando lo hacía por lo general se disfrazaba para pasar desapercibida entre los enemigos, como si fuera su cometido. Aquí se contaban casi tantos vampiros como los que había habido en el Elíseo de la Camarilla de Londres, y todos pertenecían a su clan. Percibía una vibración constante de los límites del Abismo como respuesta al uso inapropiado e incluso involuntario del poder del clan sobre la sombra (al parecer los antiguos del lugar preferían llamarlo «Obtenebración»). A Lucita el nombre le sonaba como hueco, aunque hubo de admitir que dejaba clara la relación crucial del poder con la oscuridad). También sentía el *parentesco*, algo raro para haber sido relegada a la senda de los proscritos. Era consciente de la existencia de los ambiciosos vampiros jóvenes que deseaban para sí el poder de su sangre, y también sentía el fuerte impulso de atacar a uno de los poderosos antiguos y chuparle hasta la última gota de sangre.

No le parecía que hubiera nadie dispuesto a cometer ningún acto de diablerie pero eso daba aquí lugar a una tensión demasiado constante y tácita como para interactuar. Por supuesto, en rigor las ventajas de la diablerie no tenían nada que ver con el clan. Cualquier antiguo de una generación más cercana al Padre de la Oscuridad serviría. Pero había algo en la sangre Lasombra que ejercía un influjo descomunal. Lucita intentó recordar si había sentido aquel impulso las noches previas a la destrucción del fundador Antediluviano del clan perpetrada por Gratiano y su cabala, sin embargo los recuerdos se le escurrían. Quizá.

El pequeño cardenal, Timofiev, brotó de un oscuro rincón y se dirigió al mirador. Ella le miró sin realizar el más imperceptible gesto de saludo y se giró hacia el mar. Timofiev permaneció en el punto de donde había salido. Por último, habló con aquella sobrecogedora voz profunda.

–Chiquilla de Monçada...

Lucita le interrumpió.

–Llevo al menos setecientos años sin aceptar ese título.

–¿Y?

–¿Qué quieres decir?

–No tengo más interés en consentir tus caprichos del que tendría por perdonar el error de mi propio chiquillo al pensar que puede burlar la gravedad haciéndose la raya al otro lado. Nada importa lo que pienses, el hecho es que eres la chiquilla de Monçada y siempre lo serás. Ni su fallecimiento ni el tuyo pueden cambiarlo. Además, quizá si mantuvieras los pies en la tierra hubieras evitado los estúpidos errores que te condujeron aquí, ahora.

–¿Has venido para reírte de mí?

–No principalmente. Estoy aquí solo para recordarte que tienes un cometido y que mientras antes lo atiendas antes lo terminarás.

En ese momento Lucita levantó la vista del oleaje para mirar al rostro surcado y los ojos cristalinos de Timofiev.

–¿Esperas que crea que viviré una vez que haya terminado tu trabajo sucio? Me consideras alguien a quien puedes utilizar en la caza del invocador.

–Sin lugar a dudas. Eres prescindible. Ahora que te tenemos, no puedes conservar la esperanza de huir lo bastante rápido como para salir de nuestro alcance, y lo sabes. Pero nos sirves. No llegamos a convertirnos en los grandes fundadores de la gloriosa cruzada administrando mal nuestros recursos.

Timofiev alzó una mano cuando vio que Lucita iba a decir algo.

»Ni tampoco obtuvimos ni mantenemos nuestra posición enredándonos en duplicidades vacuas. Si no quiero que sepas lo que pienso, es solo porque no puedo contártelo. Una vez que me comprometo a algo, resulta tan sencillo llevarlo a cabo como abandonar, y más deseable por varias razones. Soy tu enemigo, pero ello no me concede licencia para servirme de todo cuanto esté a mi alcance para acabar contigo.

Esta vez Lucita le interrumpió.

–¿Y esperas que me fíe de tu palabra?

–Por supuesto que no. No espero nada de ti, salvo que hagas lo que debes para evitar tu destrucción en este instante. Todo lo demás es cuestión de tiempo. Y, hablando de tiempo, tenemos que hablar de tu búsqueda.

–Si es necesario.

–Tus sarcasmos carecen de refinamiento, prima. Has pasado demasiado tiempo alejada de los auténticos maestros de la ironía. Quizá cuando hayas cumplido tu misión te ilustremos. En cualquier caso, sabes que no te dejaremos ir sola. Debes partir junto a acompañantes dispuestos a asumir el destino y el veredicto de la Corte.

–La verdad es que no había reparado en ello.

Timofiev se giró bruscamente.

–Si quieres pensar que soy perverso, adelante. Para tu patética forma de pensar, lo soy. Pero hazme el favor de no tratarme como a un estúpido. Claro que habías pensado en ello. Tienes a alguien en mente y creo que sé de quién se trata. Así que tendrás que contármelo para que podamos discutirlo sin tapujos.

Lucita estaba perpleja. Estaba acostumbrada a reducir los asuntos más relevantes a una espiral de circunloquio y confusión. Si los maestros del Sabbat siempre se expresaban con tanta franqueza, no era de extrañar que hubieran llegado tan lejos con menos de la mitad de los integrantes de la Camarilla.

–Muy bien, es cierto, había pensado en ello. Deseo emprender la búsqueda junto con Conrad.

–¿Por qué?

–La considero lo bastante leal al Sabbat como para garantizar tu confianza, aunque tiene la suficiente pinta de intrusa como para parecer más comprensible para mí. A veces entiendo la manera que tiene de ver el mundo.

Timofiev meneó la cabeza.

»Además, pese a que su fuerza innata no es tanta como la mía, odiaría tener que luchar contra ella cuerpo a cuerpo. Creo que, cuando menos, sabe sacar tanto partido a sus talentos como yo cuando estoy menos distraída, de modo que puesto que deseas que un perro guardián me vigile ella debería valer por ese mismo motivo.

–Muy noble por tu parte que pienses así de nosotros. ¿Algo más?

–Conrad me interesa.

Timofiev esperó con paciencia a que continuase.

»Ve su situación desde una perspectiva muy interesante. Me gustaría tener la oportunidad de hablar más con ella lejos de todo esto.

–¿Y crees que os lanzaréis a las fauces de la noche y cumpliréis con vuestro cometido solas?

–No del todo. Necesito a una tercera persona.

–¿Y quién es el afortunado?

–No querrás oírlo.
Era verdad. No le hizo ninguna gracia.

* * *

Roxana se había decantado por una meditación solitaria aquella noche, dado que Simon Peter había preferido pasar las horas de vigilia en la biblioteca de la Mansión. Echó un rápido vistazo a la colección y al no dar con nada que le interesara (No sentía ninguna pasión por los tratados teóricos) prefirió seguir ensayando su habilidad para introducirse en el Abismo causando las menores molestias posibles. Atravesar la barrera que separa la realidad física del Abismo era relativamente sencillo. Lo complicado consistía en lograrlo sin atraer enjambres de curiosas criaturas deseosas de arrancarte el alma para despedazarla y llevarse los trozos a modo de comida, material para construir un nido o lo que quiera que hicieran con los restos físicos de los místicos desafortunados.

Esta vez cruzó con suavidad, aunque al principio no se lo pareció. El Abismo palpitaba con una intensidad que ella no había sentido hasta ese momento. Al principio imaginó que era por su culpa. A medida que fue recuperando la calma se fue dando cuenta de que había entrado en una corriente que ya existía y de que esta perseguía algún objetivo. No tardó en empezar a girar en pequeños remolinos, intentando hacer ver que formaba parte de la espiral nocional, al tiempo que sondeaba con delicadeza en busca de características comunes entre las revoltosas entidades.

Ocho inteligencias completas se vislumbraban tras las mentes quebradas a las que podía llegar con mayor facilidad. Orbitaban los puntos débiles de los muros del Abismo de ese lugar, sin duda para estudiar algún patrón de acercamiento y alejamiento. Roxana carecía de la experiencia para distinguir con claridad a los observadores o al menos de conseguirlo sin ponerse en peligro. Estaba con vencida de que eran mucho más fuertes que ella, ya fueran otros Lasombra u otra cosa. En realidad, su frustración y su incapacidad para entender nada incrementaban su camuflaje, dado que se confundía muy bien entre los flujos de dolor y venganza.

Sentía que algunos de los fragmentos giraban en torno a ella y que incluso pasaban a través de las ocho mentes. Se preguntaba si podría obtener una segunda opinión de ellas. Poco a poco proyectó sus remolinos hacia aquellos trozos que iban y volvían. El leve susurro

de un viento vacío señalaba el pequeño hueco por el que había entrado, lo que la permitía orientarse un poco a medida que las turbulencias se intensificaban. Llegó a alcanzar una extensión de sí misma y su oscurecido cuerpo...

Lo que la arrastró a una demencia momentánea.

Aquello, incapaz de clasificarlo al principio, no era sino una masa de rabia. No era consciente de estar extendiendo otros tentáculos del Abismo con los que azotaba el vacío que la rodeaba, ni de que las ocho mentes huyeron al ver un estallido de poder consciente en el Abismo. Rabia por la luz deslumbrante de ayer, odio hacia los Lasombra que habían osado enfrentarse al monstruo sagrado, cólera por todos los Lasombra que consideraban la oscuridad poco más útil que un mero instrumento, furor por la dificultad de acabar con el mundo...

Entonces volvió en sí y se puso a desenredar sus pensamientos de entre aquella cosa. Al moverse captó la atención de otros fragmentos. Quería salir de inmediato del Abismo pero no podía concentrarse lo suficiente mientras los fragmentos de la rabia siguieran empañando su conciencia. La rabia y el hallarse flanqueada de enemigos que llegaban de todas partes. Entonces sintió cómo se deslizaba hacia una especie de estado de frenesí de bestias. Ese pensamiento despertó a la Bestia que dormitaba en ella y antes de que pudiera reaccionar, aquella vino corriendo al primer término de su alma.

Tras aquello observó desde un punto seguro cómo la Bestia caía gimiendo en un vórtice caótico. Todos los fragmentos que se aproximaban acababan empalados en tentáculos de sombras y los más lejanos salían despedidos hacia el infinito. La Bestia lanzaba los tentáculos en todas direcciones mientras regresaba a su madriguera. Los trozos pugnaban por alimentarse de la Bestia aunque siempre acababan arrollados. Lo que la Bestia anhelaba más que nada era vivir, experimentar la total complejidad de la existencia física, pero su vida se cimentaba en la ausencia de todo aquello. Rezumaba una especie de veneno por contacto y al despertar solo dejó una vaina descascarillada, cuyas peladuras estaban demasiado pulverizadas como para emitir un solo impulso.

La Bestia se despertó cuando el último de los fragmentos pegados se desvaneció. Cuando Roxana recobró un poco la conciencia se lanzó al agujero que daba al mundo pero hasta poco después no consiguió controlar la mente y el cuerpo del todo,

momento en que empezó a caminar tambaleándose hacia su habitación.

* * *

Los ocho habían reemprendido el vuelo para contemplar la escena desde lo lejos, aunque solo consiguieron ver una nube de rabia tan grande como la suya propia. Dado lo herida que acabó la entidad Abisal la pasada noche, supusieron que esta nueva demostración de poder era intencionada y controlada. Regresaron.

Al fin y al cabo no había necesidad de exponerse a un contacto más intenso. Ahora que habían averiguado dónde se encontraba su enemigo podrían examinarlo de otras maneras.

_____ 4 _____

Sábado, 3 de junio de 2000, 3:25 a.m.
Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia

Tras la discusión sobre la segunda elección de Lucita, Timofiev regresó a su habitación de siempre y caminó de un lado a otro en silencio durante más de una hora. Le inquietaba cada vez que alguien cuestionaba su posición inicial, en particular cuando las preguntas las planteaba alguien como Lucita. Tendría que pararse a pensar en qué se había equivocado; un señor de rebeldes no podía permitirse dejar cabos sueltos. Por ahora, no obstante, actuaría como si no hubiera sufrido ese lapsus y si a Lucita le daba por soltar la lengua, bien, todo el que la creyera a ella en vez de a él se merecería el peor de los castigos.

Llamaron a su puerta, interrumpiendo el flujo de sus pensamientos. No reconoció el golpeteo, aunque era muy poco probable que se tratara de un enemigo.

–Adelante.

Roxana, la joven mística, entró. Estaba pálida, no le quedaba ni gota de sangre; quizá acabara de salir de algún tipo de frenesí. Al ver que no hablaba, Timofiev bromeó:

–¿Qué significa esto? Habla pronto, debo ocuparme de asuntos más graves.

–Sí, Su Eminencia –contestó Roxana. Le relató su experiencia en el Abismo, con toda la entereza de la que fue capaz.

–Hmm. Gracias, has hecho bien. Aliméntate y descansa; seguiremos hablando de esto en otro momento.

Observó a Roxana con aprobación cuando le hacía una reverencia y salía sin dejar de mirarlo. *Ocho*. Sentía escalofríos solo de pensarlo. Las inteligencias deben de ser parientes del monstruo que derrotaron en Thera. La partida de caza y los demás deben estar alerta cada vez que se las vean con el Abismo.

El cardenal hizo llamar a uno de los mejores soldados para ordenarle que trajera a su habitación a Conrad y al paladín. Ambos, sabiamente, decidieron ir por el mundo físico y a pie. Conrad dejó en el aire una leve y cálida estela, ya que se había alimentado de los turistas allí alojados para tal propósito. El paladín se sentía tan tranquilo como de costumbre; vestía un sencillo traje blanco con el que hubiera pasado desapercibido en cualquier aglomeración de turistas del lugar durante el último siglo y medio. Asimismo, llevaba una pistola con la que había disparado no hacía mucho. Timofiev prefirió no preguntarle al respecto en aquel momento. Hacía tiempo que sospechaba que el paladín tenía un oscuro sentido del juego, de manera que no iba a forzar el tema y provocar un frenesí innecesario.

Timofiev no se anduvo por las ramas.

–Ya ha decidido.

Conrad asintió.

–Así es, Su Eminencia. ¿Nos pondremos en marcha de inmediato o esperaremos a que alguien nos entregue a la supuesta rebelde, Rosa, si no me equivoco?

El cardenal apenas si pestañeó en un primer momento, pero sí después.

–¿Has estado escuchando?

–No, Su Eminencia. –Conrad estaba asustada de verdad--.

Aunque pensara que en la práctica podría salir impune, he pensado mucho sobre los principios de la jerarquía y no sería así. No dudo que conocéis mis investigaciones. –Timofiev asintió mientras ella seguía--. Deduje lo que pensé que serían conclusiones obvias de mis conversaciones con Lucita. Yo la saco de quicio de una forma muy enrevesada, puesto que ella no es de los que dejan las cosas sin terminar. Por tanto, me pareció evidente que solicitaría que yo la acompañara.

–¿Y la chica?

–No me arriesgaría a llamar «supersticioso» a ninguno de mis antiguos, sin embargo es cierto que los de las generaciones fundadoras parecéis tomaros los presagios más en serio que la mayor parte de vuestros descendientes de sangre. Andrew me habló de capturar a Rosa y de la búsqueda de Lucita, y ella estaba en la habitación entonces. Supongo que piensa que Rosa es una especie de vínculo con eso en lo que quiera que las fuerzas del oráculo puedan estar convirtiendo su destino ahora mismo.

–De hecho, esas fueron casi las mismas palabras que ella empleó.

–¿Y atenderás sus peticiones?

–Después de haberlo considerado, sí. Partirás con ella de inmediato, mañana por la noche. Mi paladín os escoltará. –Conrad y el paladín se intercambiaron sendas reverencias–. Tu chiquillo y su manada recuperarán a la rebelde y la instruirán en la disciplina de manada, después la llevarán a donde os encontréis Lucita y tú.

–Muy bien, Su Eminencia. ¿Tenéis órdenes que ejecutar para cuando encontremos al invocador y lo eliminemos?

–Me alegra ver que confías en llevar la misión a buen puerto.

–De no ser así, Su Eminencia, os rogaría que me sustituyerais por alguien que sí. Pase lo que pase, ¿cuáles son sus órdenes?

–Una vez que el invocador ya no represente amenaza alguna, llevad a Ciudad de México pruebas de que habéis atacado a la víctima correcta y de la eficacia de su extirpación. Después convocaremos la Corte para debatir si Lucita merece un castigo mayor.

–Muy bien, Su Eminencia.

–Chiquilla de Elias, ¿te tomas este cometido en serio? Parece que te divierte demasiado que alguien vaya a desempeñar un papel crucial en la ejecución de una de las mayores sentencias pronunciadas contra un miembro de nuestro clan durante los últimos ochenta y cinco años.

Conrad se asustó otra vez.

–¡Eminencia! Soy muy consciente de que esta es sin duda la misión más grave que se me ha encomendado nunca. Conozco el peligro que tendré que encarar y la seriedad de mi papel como responsable de la acusada. Reconozco que me hace gracia la juvenil confusión de Lucita y lo inesperado que puede resultar todo esto. Pero no, Su Eminencia, no me tomo sus órdenes a la ligera, en absoluto.

–Muy bien. Entonces te dejaré para que discutas todo esto con el paladín. –Timofiev caminó hacia las sombras y abandonó la estancia.

Conrad examinó al paladín de arriba abajo con su mirada más indiferente. Nunca le había preocupado demasiado que la androginia fuera característica de los vampiros. Carecía tanto de la pragmática simplicidad de mantener un aspecto conocido como del total compromiso de explorar formas alternativas, limitándose a regocijarse en una continua fascinación por las posibilidades de los mortales. Al menos el paladín era competente y no se servía de la androginia para disimular su falta de habilidades básicas para sobrevivir. Era más alto que ella y, aunque delgado, tenía un cuerpo bien formado (Conrad supuso que debía de haber desarrollado los músculos en vida, dado lo natural de sus movimientos debajo de aquella pálida y suave piel). Llevaba las gruesas uñas muy bien afiladas. La garganta la llevaba cubierta por un cuello de estilo mandarín que enmarcaba su elegante rostro ovalado. Aquellos rasgos tenían un aire hindú o del sudeste de Asia, aunque Conrad pensó que se debía a una reacción post-mortem.

El traje del paladín era de un estilo un tanto masculino, aunque no mucho más que los vestidos de mujeres que Conrad había visto en Europa durante la época de entreguerras y más tarde de vez en cuando. Las joyas que lucía --anillos y un brazalete (todo de platino y con un rubí incrustado)-- eran sencillas y elegantes. Lo llevaba todo ajustado a la perfección, de forma que no le estorbase durante un enfrentamiento.

El paladín dio un pequeño paso hacia el mirador. Conrad hizo lo propio. Cuando esta avanzó un paso más el paladín la imitó. Ambos se movían con sigilo, seguros, sin realizar esfuerzos de más. No llevaban nada en las manos, los dedos sueltos y mantenían las piernas separadas con los pies apuntando hacia delante. Una vez que llegaron al mirador, alternaron miradas entre ellos con otras hacia el mar.

Conrad rompió el silencio.

--¿Vamos a luchar?

--No sé --respondió el paladín--. Supongo que debemos enfrentarnos antes de hablar con la juez uno.

--¿La juez uno? ¿De verdad puedes hablar de ella en esos términos?

--Por supuesto. Optó por separarse de nosotros. Si nuestro nombre no le sirve de nada entonces a mí el suyo tampoco, por lo que solo emplearé algún identificador apropiado para indicar a qué entidad me estoy refiriendo.

Conrad, fascinada, se apoyó de espaldas contra la verja que

había al otro lado.

–Ya veo. Qué haces cuando te enfrentas. –Cuando dijo «Enfrentas» empezó a tirar del suelo enrejado de la balconada, cayendo de espaldas. A veces, después de este salto (una de sus tácticas de inicio preferidas) agarraba algún blanco oportuno y dejaba que se le dislocaran los brazos mientras daba vueltas. Después de todo, no le resultaba difícil recolocarlos cuando estaba llena de sangre. Esta vez decidió no arriesgarse a sufrir el menor retraso y colocó las manos en cuenco para sacar unos tentáculos de sombras con los que agarrarse a la parte de abajo del balcón.

Aguardó a que el paladín se asomara a su escondite para poder atacarlo a través de los barrotes. No hubo suerte. Para cuando ella había dado el salto mortal y pudo miraren la dirección de su contrincante, este había desaparecido de la reja y colgaba del alero de una mano y sin esfuerzo. Miraba hacia abajo con calma, con el traje intacto después de lo que debió ser un salto de lo más forzado. Abajo las olas rompían constantemente mientras los vampiros se miraban el uno al otro.

Una sombría silueta se desgajó de Conrad y se zambulló en el mar. Puso ocultación a su alrededor mientras se esforzaba por subir al mirador con ambas manos y manejaba las sombras. Por desgracia, el paladín no cayó en la trampa. No prestó atención a la carnada de sombras; en vez de eso, regresó al balcón para mirarla a través de las barras.

–No has ensayado lo suficiente esta técnica.

–Oh, muy bien. –Conrad volvió arriba– ¿Posees dotes de vidente? Puedo esconderme perfectamente de la mayoría de mis enemigos.

–No se puede decir que tengas un don especial –replicó el paladín–. Acaso entregada a este arte. Me podría resultar útil para mi trabajo.

–Sí, me lo imagino. –Conrad se alisó la blusa–. Bien, habrá que ir a ver a la juez uno, ¿no?

* * *

El cardenal emergió de las sombras que cubrían la pared interior de una habitación con vistas a la isla en lugar de al mar. Encontró al obispo Andrew Emory entregado a unos ejercicios espirituales junto con el sacerdote de su manada, Barry Morn: Andrew había atado a

Barry con un nudo de sombras animadas y lo había rodeado de cuchillos que lo rebanarían si hacía el menor movimiento. Timofiev observó con agrado que a muchas de las hojas se las acababa de bañar con alguna clase de sustancia. Quizá se tratara de un veneno o de algo tan sencillo como la lejía –Timofiev no conocía el estilo de Andrew lo bastante como para afirmar nada– pero, en cualquier caso, estaba bien pensado. Pese a que a Andrew le habían destrozado las piernas en vida y y a nunca podría hacer uso de ellas, sin duda era el más poderoso de los dos. Barry, a todas luces inferior, recitaba lo mejor que sabía pasajes de los más selectos filósofos Lasombra de las edades clásica y media.

Timofiev decidió esperar un poco antes de dejarse ver. El discurso de Barry se inspiraba en un escrito que Timofiev recordaba con cariño, la obra de su viejo amigo Alicitus, que tuvo la desastrosa fortuna de perecer en la gran rebelión. *«[...] por tanto, se demuestra que la esencia de esta manera de ver el mundo es la fuerza. Los débiles no pueden cambiar a los fuertes: la espada frágil se despedazará sobre el yunque, el cual permanecerá intacto; el diamante puede cortar tanto el cristal como el acero sin sufrir un rasguño. Tú eres el yunque y el diamante sobre el cual la carne pecadora se despedaza y la mente putrefacta se desmigaja. Dado que no conocerás la redención no tendrás por qué desearla, porque Dios te ha llamado al ministerio de la destrucción de todo cuanto es débil. Si temes, no podrás instilar miedo ni podrás inspirar arrepentimiento mientras tú mismo anheles arrepentirte. Deberás, en todo momento, actuar con arrojo [...]»*. Aquellas familiares palabras continuaron fluyendo hasta que el cardenal decidió arrastrar un poco los pies para atraer la atención de los jóvenes vampiros.

–¡Eminencia! –Andrew retiró las sombras de Barry y se las enrolló en las piernas para ponerse de pie. Barry, cuyos ojos eran sensibles incluso a la fresca luz de la luna, hizo una mueca de dolor antes de advertir la presencia del cardenal. Después se levantó para dedicarle la reverencia de rigor.

–Buenas noches, obispo, ductus. Me complace ver cómo practican, ductus. Es un gran ejemplo para sus compañeros de manada.

Barry sonrió.

–Gracias, Eminencia. El obispo Andrew ha sido de gran ayuda.

–Estoy seguro de ello. Si Andrew está entregado a algo es a su perfeccionamiento espiritual. –Timofiev sabía que Andrew había

estado tejiendo una red de simpatizantes entre los Sabbat americanos de la costa oeste, a quienes había unido por su interés en enseñar a los demás las bases de las distintas sendas de la iluminación. Quería que Andrew supiera que sus planes no habían pasado desapercibidos. Andrew respondió con una mirada tan vacía que equivalía a una confesión a gritos—. Ahora tengo otra tarea para vuestra manada, obispo.

—Su Eminencia, confiaba en que nuestra misión terminaría tan pronto como Lucita comenzara a cumplir sentencia. Aún tenemos asuntos que resolver...

—Sí, sí, estoy seguro. Sin embargo, vuestros superiores aún necesitan de vuestros servicios como manada. Espero que lo comprendáis.

—Por supuesto.

—Eso pensaba. —Timofiev observó que Andrew ya no tenía tantos escalofríos como al principio. Le hablaría de este progreso a Conrad—. Vosotros y vuestra manada volaréis a Ciudad de México de la forma que consideréis más apropiada, capturaréis a Rosa, la renegada, y la traeréis aquí, de nuevo utilizando el medio de transporte aéreo que más os plazca. La integrareis en la manada, utilizando tanta Vaulderie como sea necesaria, y os aseguraréis que reciba una severa instrucción sobre la jerarquía de la manada. Si es posible saldréis esta mañana y si no al atardecer y regresaréis tan pronto como podáis.

¿Alguna pregunta?

Barry tenía una.

—Su Eminencia, no pretendo poner en duda su decisión...

—Por supuesto que no.

—... pero ya hay una rebelde muy problemática suelta por aquí.

¿Sera prudente traer a otra agitadora en potencia al mismo lugar?

—Es más que prudente, por razones que a ti no te conciernen ahora. La Espada de Caín exige que traigáis a Rosa y que la preparéis para realizar un trabajo. ¿Está claro?

—Del todo, Su Eminencia. —Esta vez Andrew calló a Barry.

—¿No estás de acuerdo? —Timofiev hizo una pausa—. Puedes hablar de esto sin temer tu justo castigo, hasta que me vaya.

—Gracias, Su Eminencia. No, no lo apruebo. —Andrew siguió hablando sin dar más oportunidades a Barry—. No dudo que mi manada dispone de los medios para romper la voluntad de Rosa de resistirse. Barry lleva a cabo los rituales tan bien como cualquier menor de doscientos años que yo pueda conocer. Roxana y Simon

Peter son muy competentes en sus artes. En un principio, fue un error abrazar a Niccolo pero está aprendiendo y no creo que ponga en peligro la operación.

–¿Y bien?

–El hecho de que se pueda hacer no implica que sea la mejor manera de emplear nuestro esfuerzo y nuestro tiempo. He puesto una ciudad en manos de subordinados. Como manada, podríamos dedicarnos a otras tareas o dispersarnos. No estamos lo bastante preparados para llevar a cabo la readaptación que Rosa requiere. Me parece que la torturamos lo suficiente. ¿No podemos dejar que otro haga el resto?

–No cabe duda de que hay miembros y grupos especializados en estas tareas. Pero prefiero que lo hagáis vosotros. Quizá no os lo imaginéis. Cuando tengáis claro porqué he tomado esta decisión podéis decírmelo. Si os equivocáis en vuestras conjeturas, os enfrentaréis al castigo reservado para los insubordinados. Confío en que haya quedado claro.

–Clarísimo, Su Eminencia. –Andrew y Barry contestaron casi al unísono.

–Entonces cumplid con vuestra obligación –ordenó Timofiev antes de desvanecerse en las sombras.

–¿Qué vamos a hacer ahora? –preguntó Barry.

–El equipaje, por supuesto. Lo mejor será salir de aquí tras la puesta de sol, tan pronto como todos se hayan despertado.

_____ 5 _____

Sábado, 3 de junio de 2000, 5:00 a.m.
Isla de Sikinos, Mar Egeo, Grecia

Después de que Timofiev se marchara Lucita empleó una hora practicando unas maniobras de combate básicas. Se esforzó a conciencia por expulsar la sangre de sus miembros y suprimir los reflejos que complementaban con poder sobrenatural sus habilidades naturales. Era imposible conseguir una separación completa, es evidente. Cuando estaba viva, de joven había aprendido las bases del manejo de la espada y del combate cuerpo a cuerpo, pero de aquello

hacía ya mucho tiempo. Con todo, al menos podía intentar refrenar su lado vampiro y comportarse más como una mujer viva que como un centenario cadáver animado.

No resultaba sencillo.

Fue fácil aprender los fundamentos de una buena defensa. Era más ágil y flexible que nunca, capaz de girarse, doblarse y zafarse de ataques imaginarios. Además, sabía por propia experiencia que recuperar su potencial vampírico sería cuestión de unos segundos. Era complicado pillarla por sorpresa u organizar cualquier clase de ataque directo que minimizara su capacidad de resistir. Aun así...

La pericia ofensiva se zafó de ella aquella noche. Al igual que el resto de los vampiros, Lucita debía vérselas con la Bestia, una parte de ella que pugnaba por estallar en un frenesí de carnicería y muerte que solo podría acabar con su propia y total aniquilación. Había levantado monumentos –enterrar ceniza no era demasiado satisfactorio– en memoria de viejos compañeros de confianza que habían caído de aquella forma. Claro está, había experimentado momentos de frenesí en su día; les pasaba a todos los vampiros. Uno de los métodos más eficaces de sobrellevar a la Bestia era la creación de un código moral dentro del cual uno existía y podía aferrarse a la conciencia de uno mismo como ser guiado por principios más allá de la satisfacción inmediata que perseguía la Bestia. Durante demasiado tiempo, Lucita había existido en lo que consideraba un término medio viable, conteniéndose para no llevar a cabo matanzas absurdas y buscando en sus actos alguna suerte de bien para el mundo que se alzaba ante ella.

«Media vuelta, media vuelta, brazo derecho arriba, mantén el equilibrio, brazo izquierdo abajo. Gira. Paso atrás. Junta los brazos, sepáralos, súbelos. Paso atrás. Mantén el equilibrio. Esta serie la había salvado del ataque de más de una turba mal coordinada. En un combate real necesitaría recurrir a los poderes en ese momento. Salto adelante. Inclínate a un lado... siente la Bestia. Pausa para recomponerse y calmarse».

Ahora iba a la deriva. Tanto la confusión que no había dejado de crecer en su interior desde que Monçada pereciera como la distracción que había llevado a su captura y juicio la hacían dudar de sus ideas. La Bestia se revolvía cada vez con mayor frecuencia, pues ya no estaba contenida por esa conciencia de buscar un propósito más elevado. Se vio incapaz de afirmar con total seguridad cuáles de sus acciones estaban bien y cuáles no, de modo que todo lo que hacía

desencadenaba una lucha interior por el mero caos.

Cada vez que atacaba, incluso a un oponente imaginario, desperdiciaba un montón de oportunidades porque a cada momento necesitaba controlar el frenesí.

«Mantén el equilibrio, el peso sobre la pierna izquierda, patada con la derecha, el centro de gravedad hacia delante y bajo. Echate al suelo apoyada con las manos, salta. ¿Adelante o atrás? Adelante, cogiendo impulso hacia el grueso de un grupo de atacantes. Coge los cuchillos, si los llevas; si no, utiliza las garras para lanzar barridos. Después arriba, rápido. Mira aquella luz fija, agarra, ignora la chamusquina de sus palmas, ya sanarán más tarde. Levántate, séparate, retírate. Piernas atrás, brazos juntos, evita los tumbos por ahora. Aterrizas, calcula los patrones en pies imaginados, embiste... siente la Bestia. Pausa para recomponerse y calmarse».

De vez en cuando, había debatido el tema de la moral vampírica con compañeros de viaje e incluso con clientes. Aquella especie de humanidad truncada por la que se había decantado no era de ninguna manera la única alternativa. Todos los demás habitantes de aquella mansión eran vampiros que se habían entregado a las «sendas de la iluminación» que ofrecían un armazón de ética codificado y lo bastante sistemático como para mantener a la Bestia a raya, pero que se basaba en rechazar toda virtud característica de un humano --todos los esfuerzos que se habían realizado para excluir cualquier virtud que pudiera atribuirse a la naturaleza de un animal vivo habían terminado en fracaso, por lo que Lucita sabía--. Si al final decidiera que la humanidad ya no le servía, no le faltarían mentores deseosos de ayudarla a convertirse en un monstruo. Sin embargo, consideraba que eso sería un acto de suicidio equiparable a arrojarse bajo la luz del sol: una muerte de su yo tras la que solo quedaría un cascarón con recuerdos pero sin alma.

«Pégate a la pared, extiende los brazos, salta, haz una finta y quema toda la sangre que haga falta para llegar lo más lejos posible. Brazos atrás y pegados al techo, piernas dobladas, contra la pared, analiza la situación. Identifica al líder y embiste, puños directos contra él... siente la Bestia. Pausa para recomponerse y calmarse».

Sabía que necesitaba una explicación clara sobre su existencia y que no tenía intención de convertirse en una fiel hija del Sabbat. La filosofía nunca se le había dado bien; entonces se acordó de nuevo de su mentor. Anatole. Hasta su poco menos que sagrado chiquillo, Beckett, le hubiera hecho compañía. Dudaba de poder afrontar todo

esto sola...

Llamaron a la puerta. Antes de que Lucita pudiera contestar se abrió para dar paso al Cardenal Elieser de Polanco, uno de los jueces de su juicio. Iba vestido con pantalones oscuros y una camisa debajo de un chaleco de diseños geométricos multicolores. Parecía tranquilo, aunque Lucita sabía que se le daba muy bien esconder sus emociones, incluso frente a los antiguos. El juez hizo una mínima reverencia a Lucita y se sentó en una de las sillas que esta había pegado a la pared.

–Buenos días –comenzó de Polanco, sin preámbulos.

Lucita le contestó solo asintiendo con la cabeza.

–He venido para preguntarte qué opinas sobre tu juicio. Has hecho que Timofiev y sus adláteres se revuelvan, lo que me divierte. Pero, ¿esperas sacar algo en claro de todo esto?

–¿Por qué me lo preguntas?

–¿Perdón?

–¿Esto forma parte del juicio o es solo por husmear?

De Polanco intentó parecer más severo.

–Yo jamás he «husmeado», ni siquiera cuando se trataba de asuntos personales. Así y todo, da la casualidad de que estoy investigando a título oficial, puesto que a los jueces les gustaría llegar a entender tu estrategia, si es que tienes alguna.

–Nunca me gustaste.

–¿Cómo dices?

Lucita se sentó en una silla que había al otro lado de la habitación.

–El día que el cardenal nos presentó me pareciste el típico conspirador adulator a los que el Padre gustaba de gritar. Después de unos pocos encuentros llegué a la conclusión de que era peor aún, porque tienes un talento innato que estabas desperdiciando en tu afán por convertirte en el siguiente Alfonso Díaz. O Rodrigo Díaz, cada vez que te empeñabas en pensar que podrías seguir los pasos del El Cid.

–Ya veo. –De Polanco no perdió la compostura—. Por supuesto, por muy fascinantes que puedan parecer tus valoraciones juveniles, no guardan relación alguna con el tema que nos ocupa. ¿Cómo piensas encontrar al invocador del Abismo, sobre todo si tenemos en cuenta que no te va a ayudar nadie muy curtido en la mística del Abismo?

–Cuando tu querida Reconquista terminó ya no podías ser la clase de príncipe que habías imaginado, por lo que te sumiste en la nostalgia. Mientras estuvo perdida, fue bienvenida en algún lugar de

tus dominios. Por ello comenzaste a construir la gigantesca biblioteca de baratijas moras en cuanto dejaron de interesar a los vivos. --Lucita notó cómo de Polanco se estremeció levemente y continuó presionándolo--. El cardenal no valía demasiado pero al menos miraba hacia delante en lugar de hacia atrás. O a su detrás, para ser más exactos.

El visitante de Lucita perdió la calma. Saltó de la silla y cruzó la habitación para atenazarla con tentáculos de sombras, aparte de con sus propios brazos. Ninguno dijo nada hasta que el juez no le arrancó a Lucita dos bocados de carne, tras morderla en el cuello y el hombro.

--¡Furcia deslenguada! ¡Yo era rey cuando tú correteabas con aquel imbécil que se creía un ángel! --Se pasó la lengua por los labios y se echó atrás un poco, manteniéndola inmovilizada con los tentáculos de sombras--. Tuve suerte de que el cardenal tuviera tan poco acierto al elegir a su prole. Con su respaldo, cualquiera de sus chiquillos podría haberse convertido en una terrible amenaza. Pero en vez de eso tú hiciste mi trabajo por mí, ya que estabas tan ocupada en sabotear sus planes que me ahorraste la molestia. Hasta pensé en pagarte una cuota por los servicios prestados, pero sospechaba que no me lo agradecerías.

Como a Lucita no le quedaba aire en los pulmones por el que preocuparse, ni siquiera se esforzó en respirar. Se revolvía para liberarse al tiempo que sanaba las nuevas heridas, sin grandes resultados. De Polanco la tenía bien agarrada.

--Pues bien, permíteme explicarte cuál es tu situación. Podría aniquilarte ahora mismo sin recibir un castigo muy severo por ello. Mejor te dejaré seguir viviendo porque así volverás a hacerme el trabajo sucio. Sin duda crees que puedes apañártelas para escapar de esta situación. Te equivocas. De modo que o me cuentas tus planes o tendré que arrancártelos.

Lucita sintió cómo el miedo del frenesí bullía en su interior, sin poder evitar escupir insultos en español medieval al juez. Este la miró con tristeza mientras los sombríos tentáculos se introducían en sus heridas para ensancharlas... la sangre tiñó su mirada de rojo... ya no sentía nada, excepto el creciente dolor de las heridas y el terror...

Se acabó. Se desmayó en el suelo. De Polanco permaneció junto a la puerta, con las mejillas y el chaleco salpicados de sangre. El hervor de sus venas le avisaba que ya salía el sol, pero el cielo aún estaba oscuro. ¿Cuánto tiempo la había tenido a su merced?

--Gracias --dijo en voz baja antes de salir--. Que duermas bien.

Sábado, 3 de junio de 2000, 10:30 p.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Grecia

Lucita empezó a tranquilizarse, muy poco a poco, a medida que Sikinos desaparecía de la vista. Pronto se perdería en el horizonte; con un poco de suerte ya no tendría que verla nunca más. La tripulación del yate realizó su trabajo en silencio, dejando la cubierta despejada para que Lucita, Conrad y el sombrío Zarahustra hablaran sin interrupciones.

–¿Pero de verdad esperáis encontrar algo volviendo al lugar del naufragio? –La voz de Zarahustra fluía con uniformidad, como la de un barítono, y libre de las variaciones propias de las gargantas físicas. Lucita sospechaba que hacía vibrar el aire directamente mediante una precisa manipulación de la sombra, aunque no estaba segura del todo.

–La verdad es que no –contestó Conrad. Hizo una pausa para levantar la cabeza y mirar a Lucita, que saludaba con la mano. Después continuó–. La verdad es que no. Pero en estos momentos no nos quedan muchas opciones. Hemos puesto a un par de miembros de la tripulación a buscar nuevas historias que describan un poco aquello que estamos buscando, pero requiere su tiempo. Me parece que se trata del equivalente a un informe de balística: pruebas físicas de cómo el ser invocado se desplaza y lucha. Eso nos podría ayudar a escardar las alucinaciones y alteraciones que atestan los archivos.

–Entiendo. ¿De qué fuentes partes?

–Creo que de todas las que nos podemos hacer con un satélite. Están empezando por las inglesas, la BBC y Lloyd's, puesto que ya han trabajado con ellas antes. Después de eso, imagino que pasarán a otras fuentes europeas.

–Ya veo. –Zarahustra iba de un lado a otro, en calma, con el flequillo despeinado por la brisa levantada por la embarcación. Lucita lo observaba esperando a que hiciera algún movimiento pausado. Los minutos transcurrían en silencio.

Por fin, Lucita tomó la iniciativa.

–Señor, ha quedado claro que hemos pasado algo por alto. Por favor, ¿nos explicará de qué se trata?

–Desde luego. –Zarahustra emitió un sonido ventoso que bien podría haber sido una risa—. No habéis preguntado a los antiguos de vuestro clan, tan conocido por su interés en el mar, si han observado algo extraño últimamente en este o en aquel mar.

Lucita y Conrad se miraron un instante. Contestaron casi al mismo tiempo.

–¿No ha notado...?

–¿No hay...? –Conrad se calló para dejar hablar a Lucita.

–¿No ha notado nada raro recientemente?

–Sí.

–Señor. ¿No queríais hablarnos de ello?

–Aquí surge una interesante pregunta obligada.

Lucita empezaba a estar segura de que a Zarahustra le divertían aquellas pausas desconcertantes.

–¿Y qué pregunta es esa?

–Encontrar al invocador y destruirlo es vuestra obligación. Si os ayudo, ¿no me estaré metiendo en lo que no me incumbe y multiplicando vuestro poder de una forma en que la corte no pensó sentenciaros? Si tomo parte, ¿qué me deberéis a cambio?

Por un momento Lucita se sintió como un neonato en la corte de Monçada, escuchando como los antiguos se dedicaban al interminable juego del prestigio y el mecenazgo. Era casi como estar en el mercado de la plaza de su preciosa catedral, aunque más tranquila y menos pestilente. La sensación de estar allí la abrumaba, pero después desapareció.

–Señor, al menos sabéis tan bien como yo que si sobrevivo gracias a su ayuda tendré para con usted la mayor deuda imaginable, que podrá cobrar o bien a largo plazo o bien encomendándome algo a lo que no me pueda negar.

–Entonces eres consciente de tus circunstancias.

–Del todo. No espero vivir lo suficiente para que la Corte se reúna de nuevo y decida si ya me han castigado como debían; aprovecharé todo aquello que pueda aumentar mis posibilidades.

Zarahustra emitió de nuevo aquel ruido que parecía una risita.

–Me pregunto cuánto habrá de cierto en ello. Mientras tanto, ya sabes cuál es tu obligación para conmigo.

–Sí.

–Disculpadme... –interrumpió Conrad. Los otros dos se giraron para mirarla—. Confío en que yo no esté obligada a nada por la información que podáis facilitar –dijo a Zarahustra señalando con la

mano a Lucita.

Aquel pilar de oscuridad se giró y señaló a Conrad con la maraña de turbulencias que tenía por rostro.

–No. Este es un acuerdo al que he llegado solo con Lucita. Te ha elegido como compañera, pero esa es una decisión suya, no mía. Tú no incurres en deuda ni obligación por el papel que yo desempeñe aquí.

–Gracias. Por favor, seguid.

Zarahustra recitó una exhausta lista de horas y lugares que Lucita siguió con facilidad y Conrad con bastante esfuerzo. Sus intereses marinos habían perdido media docena de naves en el mediterráneo desde mediados de abril; conocía las fechas y las horas de los últimos contactos y les facilitó coordenadas, junto con los márgenes de error estimados. Como respuesta a las preguntas de Lucita, le describió además los buques de carga y le reveló el peligro que representaba cada uno, así como las valoraciones de los controladores de seguridad que informaban al conglomerado. Durante las horas que siguieron Conrad y Lucita fueron trazando un plan de acción.

* * *

El paladín se pasó casi toda la noche en el puente viendo cómo conversaban Lucita y sus compañeros, parando de cuando en cuando para pasear hasta la popa y supervisar los preparativos de los templarios elegidos para la misión. Había cinco de ellos, todos los cuales llevaban máscaras teatrales de obsidiana encajadas en el rostro –dos la máscara sonriente de la comedia y tres con la triste de la tragedia–. Al igual que el paladín, las Máscaras ofrecían un aspecto andrógino, de manera que con una vestimenta protectora (en la que se enfundaban cada vez que el deber les llamaba) resultaba imposible distinguir el sexo del que habían sido en su día.

El paladín sabía por experiencia que las Máscaras eran buenas. Una vez se enfrentaron con Lucita y perdieron, pero eso no las dejaba en mal lugar. Ella era más lista de lo que pensaban sus adversarios, por lo que pudo planificar dos emboscadas muy eficaces. Contra unos contrincantes algo menos preparados podían hacer maravillas. El paladín sabía que entre dos podían derribar a Conrad sin problemas y estimaba que entre tres podían acabar con Lucita con igual facilidad. Sin duda el equipo al completo era capaz de ello y estaban deseosos de tener una excusa para intentarlo.

Una de las Máscaras vigilaba a los ghouls que preparaban las bombonas de inmersión para trabajar por la noche. Los vampiros no tenían que preocuparse por el aire pero a gran profundidad sufrían los efectos de la presión: la sangre se les podía salir por los poros si bajaban demasiado. Un neonato perdería toda la sangre y se sumiría en un letargo al cabo de un par de horas a 450 metros de profundidad. Los antiguos, capaces de almacenar más sangre, durarían más y los vampiros con dureza sobrenatural perderían sangre más lentamente, aunque todos acabarían «sudando sangre» en mayor o menor grado. La noche anterior dos Máscaras y un par de ghouls habían secuestrado a la docena de pasajeros que viajaban a bordo del *Beau Soleil*, yate propiedad de un francés que se encontraba de vacaciones y que tuvo la mala fortuna de navegar las mismas aguas que el *Latter-Day Feast*. La sangre de cada una de las víctimas fue a parar a una cuba, donde se le añadió anticongelante para mantenerla líquida. --Esto le daba un sabor vomitivo y disminuía su poder, pero nadie dijo que navegar fuera algo agradable--. Aquella noche repartieron la sangre en unas bombonas de buceo de las que salían unos tubos más anchos de lo normal, cuyas boquillas contenían gel anticongelante, todo para mantener la sangre líquida. Una vez que los buceadores comenzaron a descender, los ghouls pintarrajearon los cuerpos de las víctimas con marcas que anunciaban un rito satánico y chthónico, los dejaron de nuevo a bordo del *Beau Soleil* y lo gobernaron hasta una isla cercana, donde le prendieron fuego. Los restos (si es que llegaron al lugar al tiempo) mantendrían ocupados a los investigadores y feliz a la prensa sensacionalista, ninguno de los cuales hablaría ni por asomo de vampiros.

Domingo, 4 de junio de 2000, 2:23 a.m.
En algún lugar debajo de Ciudad de México

Rosa, apenas consciente, colgaba de una cruz. Habían pasado meses, pensaba, desde que los captores empezaron a torturarla. Ahora de vez en cuando aparecía algún lacayo y le daba la sangre justa para seguir funcional. El dolor nunca desaparecía; solo la necesidad de dormir interrumpía la interminable lucha que libraba cada

crepúsculo para recuperar la conciencia.

A menudo soñaba que compartía los impulsos subconscientes del maldito Niccolo y sus amiguitos; otras veces soñaba con Lucita. Una vez soñó que Lucita y Andrew se buscaban el uno al otro; tan pronto veía los ojos del uno como los del otro.

Aquella noche, entre el sueño y la vigilia, soñó que Lucita escalaba una montaña muy escarpada y que llegaba al borde de un gigantesco precipicio, desde donde se arrojaba al vacío. Después, chorreando una sangre preciosa e irre recuperable (en su sueño. Rosa sabía que era irre recuperable, pero no porqué) Lucita volvía a escalar y a saltar. Una y otra vez. Rosa se encontró de pie en la rocosa pendiente que había al fondo del precipicio y, cuando Lucita fue a saltar por enésima vez, la joven vampiro se asomó para dirigirse a la que tanto admiraba y le preguntó «¿Puedo ayudarte?».

«Con mucho gusto» respondió Lucita antes de desangrara Rosa. La joven no podía mas que permanecer allí tirada y ver cómo Lucita seguía con su juego de sube y salta.

8

**Lunes, 5 de junio de 2000, 11:02 p.m.
De Atenas a Ciudad de México**

—No puedo hacerlo.

Andrew no se molestó en suspirar pero miró a Niccolo, cuyos gimoteos retumbaban en la bodega del carguero. Al reducirse la presión del aire los animales dejaron de alborotar, con lo que la bodega cobró una atmósfera muy serena. Andrew y su manada estaban lo bastante alejados como para que no les molestara el rugido de los motores. Sabía que los crispantes quejidos no les servirían de nada pero le seguían sacando de quicio.

—¿Y porqué no? —preguntó Andrew esforzándose por mantener la calma. Ya habría tiempo de darle una paliza Niccolo, si hacía falta.

—¡Porque me matará, por eso!

—Niccolo, ahora se encuentra en un punto de no retorno y para cuando dejemos que recupere fuerzas estará condicionada y obligada a satisfacer tus necesidades, como si para ella fueran lo más importante del mundo. Así que ¿dónde está el problema?

–Es muy avispada, Andrew. Encontrará algún modo.

–¿De verdad crees que puede conseguir lo que no han podido los espías de la Camarilla y multitud de revolucionarios fracasados a lo largo de cuatrocientos años? Sabes lo que hay en juego. ¿Alguna vez has visto que el Vínculo se rompiera solo porque alguien lo quisiera?

–Tampoco vi nunca una diablerie tan efectiva hasta aquel último viaje con nuestro sire, Andrew. Te digo que nos dará problemas.

–Muy bien. Te ahorraremos la molestia del encuentro.

–¿De verdad? –Niccolo empezó a gimotear aún más al sentirse librado de tal carga. No vio cómo Andrew empuñaba un paraguas que el líder de la manada había sacado de una de las rejillas del equipaje—. Qué bien. Estaré encantado de hacer cualquier otra cosa para colaborar en la misión, ya sabes. Solo pido mantenerme alejado de ella...

Andrew inició la embestida desde el otro extremo de la bodega y atravesó el corazón de Niccolo con el asta de madera del paraguas. Los tornillos del mango salieron por la espalda de Niccolo y cayeron sobre el suelo de la bodega tintineando levemente. El asta permaneció firme, empapada por un lento goteo de negra sangre vampírica.

–No te preocupes. –Niccolo sentía cómo se le nublaban los sentidos—. Servirás muy bien como diana esta vez. La próxima...

–Pero el resto se perdió en la oscuridad que todo lo consume.

»La próxima vez –concluyó Andrew– no tengas tanta prisa por contarme lo que no puedes hacer porque te da miedo. –Miró hacia arriba, a los demás—. ¿Alguien más quiere revelarme sus temores más ocultos? ¿No? Lo suponía. Volveos a vuestra caja pronto y practicad un poco de relajación. Cuando descarguen será de día, así que será mejor que no os pongáis nerviosos hasta que estemos en un lugar más seguro.

Martes, 6 de junio de 2000, 10:30 p.m.

30 millas al oeste de Paxoí, Mar Jónico, Grecia

Las dos mujeres miraban el casco del *Latter-Day Feast* mientras descendían hacia el lugar donde se estimaba que yacía el carguero de Zarahustra, el *Alexander Red*. Se había hundido el 22 de mayo y los

esfuerzos realizados por su conglomerado para localizar los restos habían fracasado. Sin embargo, no era de extrañar dado que se encontraban en el extremo oeste de un intrincado valle geológicamente activo que se extendía paralelo a la costa griega. Zarahustra pensaba que habían tenido suerte por que el buque no se hubiera hundido unas pocas millas al sureste, ya que hubiera quedado atrapado más de mi kilómetro por debajo de la superficie.

El descenso no daría buen resultado, por así decirlo. El fondo marino de la zona variaba de los tres mil pies a los cinco mil pies de profundidad. Lucita podía apañárselas en aquellas condiciones con relativa facilidad, no así Conrad ni sus escoltas. Las Máscaras portaban bombonas de una sangre tan comprimida como podía estar un líquido tan denso y conectadas a unos respiradores trucados para reponer lo que la presión expulsara. Tanto Lucita como Conrad llevaban un par de potentes luces de buceo, con baterías auxiliares ancladas al cinturón.

Aquella tarde estaba nublado así que la luz de la superficie no llegaba más allá de los 50 pies. Lucita encendió una luz, lo que atrajo al instante interminables enjambres de medusas. Claro está, sus picaduras no afectaban en absoluto a los vampiros, de modo que el descenso continuó.

No era la primera vez que Lucita deseó haber aprendido el arte de proyectar sus pensamientos, así que una vez más consideró buscar un mentor en dicha disciplina cuando dispusiera del tiempo para aprenderla. Aquella noche debería comunicarse a través de un teclado de muñeca o con una pizarra. Decidió empezar por esta última, dado que le resultaba más sencillo escribir que teclear, incluso después de haber mecanografiado con asiduidad en vida. *Avisadme cuando empiece a sudar sangre.*

Conrad asintió con sequedad y no se molestó en escribir una respuesta. Nunca había descendido lo suficiente como para experimentar la fuga de sangre por efecto de la presión, aunque conocía la teoría. Al menos antes de sumergirse había tenido ocasión de ofrecer una explicación satisfactoria al respecto a Lucita y Zarahustra. No obstante, Lucita sintió una constante necesidad de controlar a su joven (o, al menos, más joven que ella) compañera. En parte era por interés –si a Conrad le pasaba algo, lo más probable era que ella cargase con las culpas–. Aunque también se debía a intereses de otro tipo. Lucita no quería perder oportunidades futuras de discutir con otros vampiros.

Había pasado mucho tiempo desde aquellas... emocionantes... conversaciones sobre motivos y medios. Continuaron descendiendo en silencio.

Las Máscaras giraban en torno a ellas, cuatro a la misma profundidad y a unos veinte pies de distancia y otro cincuenta pies más abajo. Entonces un tiburón subió desde las profundidades para inspeccionar la luz de Lucita. La Máscara que se encontraba más cerca le partió la aleta dorsal en cuatro partes, le aplastó la cabeza y lo espantó, todo en cuestión de segundos. Lucita reconoció que aquello la había beneficiado en cierto modo, así que apreció la demostración de habilidad en el combate.

Ya por debajo de los dos mil pies, Lucita empezó a distinguir las primeras manchas rojas alrededor de Conrad y las Máscaras. La descomunal presión les estaba exprimiendo el cuerpo con la fuerza necesaria para que la sangre se les saliera por los poros. Las Máscaras que llevaban las bombonas de sangre las pasaban cada diez minutos para que los buceadores afectados pudieran reponerse de las pérdidas. Ahora la temperatura se aproximaba al punto de congelación, aunque aquello no les preocupaba. Mientras no se sumergieran en los puntos más profundos de los mares polares no corrían el riesgo de morir congelados. La sangre era el factor decisivo, así que mientras no abusaran de ella podrían trabajar con seguridad hasta la hora del letargo. Para sorpresa de Lucita, no aparecieron depredadores atraídos por la sangre derramada en las aguas, por lo que empezó a sospechar que una o más Máscaras poseían el suficiente control sobre los animales para mantenerlos a raya.

Por fin empezaron a atisbar el fondo. El cable de una sonda del *Latter-Day Feast* reposaba con ligereza sobre un lecho rocoso, con las pesas balanceándose hacia el sureste debido a la suave corriente. Hacía tiempo allí habían crecido plantas pero ahora solo quedaba una gruesa capa de desechos de la que de cuando en cuando emergían burbujas multicolores que delimitaban bolsas de aceite y de otros residuos tóxicos que no se veían. Los peces se perseguían unos a otros y se abalanzaban sobre los restos que caían pero no se acercaban al fondo.

Lucita y Conrad llevaban cada una un mapa en el que habían marcado tres zonas en que los ecos de los sonares eran más intensos y en las que se podían encontrar los restos de la nave de Zarahustra. La más cercana quedaba a varios centenares de metros en dirección contraria a su sonda. La corriente arrastraba demasiado barro y

suciedad como para ver más allá de unos cuantos palmos, de modo que las Máscaras se juntaron para que cada una pudiera ver al menos a otras dos. Nadaban despacio, a unos doce pies por encima de la porquería, en busca de señales de actividad reciente. Poco a poco fueron apareciendo algunos objetos: una placa retorcida del casco de un barco, el tubo destrozado de una bomba o de una linterna. Parecía que el primer objetivo iba a ser el correcto.

Los vampiros levantaron un pequeño saliente rocoso y encontraron el almacén de una nave hundida justo delante de ellos. Le habían reventado la parte inferior al menos en dos puntos, apenas por encima de la quilla, por lo que la embarcación se había dividido en varias partes durante el hundimiento. Estaba prácticamente carbonizado. No se veían sedimentos ni en la cubierta ni en los laterales; estaba claro que aquel buque no llevaba allí mucho tiempo. El impacto que produjo al caer había dejado unas curiosas marcas en los salientes cercanos: surcos paralelos a las cimas y a las hoyas, similares a unas huellas en el barro. Lucita y Conrad las examinaron en detalle pero sin llegar a una conclusión clara.

La primera Máscara se acercó a la cubierta principal, momento en que su luz roja de buceo parpadeó dos veces. Cuando las mujeres subieron vieron retorcerse las sombras de la cubierta, sin duda con voluntad propia. No había nada físico que se moviera –el poder que allí palpitaba no trascendía más allá de la propia oscuridad– pero la combinación de la luz brillante y de la profundidad significaba que había sombras por todas partes, docenas en varios metros a la redonda, todas deseosas por cumplir sus órdenes. Una vez Lucita había luchado en el mismo umbral de la oscuridad permanente, en una cueva alpina, donde se dio cuenta de que en cierto modo la situación en que ahora se encontraba era aún peor. Les podían llover ataques de todas direcciones.

Las sombras que se alzaban adoptaban formas antropomorfas con posturas retorcidas. Lucita tardó un poco en darse cuenta de que imitaban las posturas, a modo de burla, que debieron de adoptar los tripulantes de la nave a medida que esta se hundía: primero intentaban achicar agua y después se revolvían desesperados a medida que caían hasta el fondo.

Sin embargo, no se trataba de un homenaje. Una vez finalizada la *danse macabre*, cada uno de aquellos seres comenzó a girar para después abalanzarse hacia la Máscara que había elegido. Esta quedaba envuelta al instante por las sombras, que seguían con el

tétrico baile incluso mientras aplastaban a la víctima. Un leve borboteo de sangre señalaba que habían abierto una herida en la piel de la Máscara lo bastante grande para que la sangre se le saliera a borbotones y se disolviera entre las sombras.

Conrad y Lucita se miraron y asintieron. Valía la pena llevar acabo al menos un enfrentamiento inicial para estimar la fuerza de los atacantes. Lucita ascendió unos doce pies para después abalanzarse hacia ellos. Conrad subió un poco más para iluminar la cubierta con el potente foco, de forma que la aguda vista de Lucita pudiera estudiar mejor la situación; hizo subir y bajar el haz de luz. La luz, que cada vez llegaba más lejos, alejó la maraña de sombras aunque estas pronto empezaron a jadear.

Lucita, recordando lo que Roxana le había contado acerca de las abominables y fascinantes entidades Abisales, se resistió a recurrir a las armas. En su lugar, se alejó para utilizar su propia sombra y crear una sencilla barrera debajo y detrás de ella. La oscuridad se desplegó en un tenue semicírculo en el cual las sombras iban cayendo y quedando inmovilizadas una tras otra. Aquello la permitió girarse para enfrentarse a las que llegaban desde arriba. Eran más numerosas de lo que había calculado... y más fuertes. Pese a que la sangre había potenciado su fuerza y su velocidad, no tardaron en rodearla y aplastarla. Notaba cómo la sangre que sudaba saturaba el agua allí donde no había sido absorbida por las criaturas. Si no pensaba en un ataque mejor, perdería el conocimiento y quedaría a su merced.

Conrad descendió más allá del casco y se envolvió en una profunda oscuridad para ver cuánto tardaban las sombras en advertir su presencia. No tardaron nada. Un cerrado enjambre de seres retorcidos se abalanzó sobre ella desde la cubierta y la llevaron hacia abajo dándole fuertes patadas. Fuera cual fuera el sentido que empleaban para detectarla, estaba claro que no era la vista ni ninguno de los otros afectados por la ocultación tenebrosa. Empezó a dar vueltas a su alrededor para que dejaran de intentar atraerla para estrangularla; entonces vio cómo se apiñaban en torno a Lucita.

Desde que empezó a sudar sangre Conrad se dio cuenta que tendría que pensar en algo rápido para evitar más muertes como las que se habían llevado a las Máscaras. La africana agarró una de las luces de inmersión que caían hacia el fondo y se abalanzó con fiereza hacia el cúmulo de sombras que se cernían sobre Lucita. Las sombras no emitieron sonido alguno cuando la ardiente linterna se adentraba en lo más profundo de su oscuridad; entonces sus contorsiones

pasaron de la imitación a expresiones de dolor extremo. Intentaron zafarse de la luz mientras seguían agarradas a Lucita, sin demasiado éxito. Conrad giró en pequeños círculos alrededor de la más antigua, rodeándola tanto vertical como horizontalmente y sin dar oportunidad a las otras sombras de que se le agarraran. Las más obstinadas se disolvían como el polvo o manchas de tinta a medida que el haz de la linterna las partía por la mitad.

Cuando una moría se presentaba otra, pero cada vez parecían menos inteligentes. Se limitaban a situarse justo detrás de Conrad para tratar de agarrarla de los tobillos. La obligaron a proteger tanto a Lucita como a sí misma; levantaba las piernas y balanceaba la linterna para alejar a las marañosas sombras. Cuando se apelotonaban le recordaban las enormes serpientes de río que vio en su juventud, aunque dio gracias porque no parecían tener colmillos ni garras. Ya eran bastante malas, por así decirlo. Podía sentir cómo se atenuaba el fuego de su sangre a medida que gastaba más y más fuerzas por rescatar a su compañera.

Por fin, las dos mujeres consiguieron liberarse. Buscaron a las otras Máscaras y descubrieron que ya no quedaban esperanzas de rescatar con vida a la mitad de los escoltas. El cadáver de la primera Máscara quedó libre; ya no era más que una blanda masa de huesos machacados y tejidos marchitos en los que ya no quedaba una gota de sangre. Aún quedaban dos tendidos sobre la cubierta, mutilados y atenazados por las sombras, que parecían estar bebiéndose la sangre que rezumaba de sus heridas. Las tres Máscaras que quedaban se protegían unas a otras agitando una linterna igual que Conrad, por lo que de momento seguían libres. En cuanto Conrad y Lucita señalaron hacía arriba las Máscaras asintieron con la cabeza al unísono y nadaron hacia la superficie tan rápido como fueron capaces.

Las sombras dejaron de perseguirlos a unos dos mil pies de la superficie. Aunque contaban con tres vampiros menos de los que habían bajado aún les quedaba suficiente sangre (no mucha más) para seguir adelante. Cuando el inminente amanecer empezó a afectarlos descendieron hasta la sonda, donde pasarían las horas del día. Lo último que Conrad le dijo a Lucita aquel día fue breve: «*Espero que no aparezcan ahora*». Lucita no pudo sino afirmar con la cabeza.

Miércoles, 7 de junio de 2000, 2:00 a.m.
Castillo del Arcángel San Rafael

Volvían a ser ocho; estaban tranquilamente reunidos alrededor de una abertura que daba paso al Abismo. Aquella noche no recurrieron mucho a la magia. Se limitaron a escuchar los susurros que procedían de las profundidades. Su amo no había vuelto a hablar con ellos desde aquel magnífico alzamiento, y ellos esperaban reconocer incluso los mensajes subliminales de valor o de precaución.

Desde el nordeste llegaba una intensa brisa. *Cuidado cuidado mucho cuidado*, decía aquella simple cosa a sus creadores. El grupo recitó los ensalmos necesarios para invocar una conciencia del Abismo donde este se conectaba con el lugar del naufragio, el punto del que procedía el viento.

–¿Lo veis? –dijo el segundo más joven–, tal como yo predije.

–Así es --respondió el antiguo--, han provocado a la nave cuyos tesoros alimentaron a nuestro antiguo enemigo en Antioquia. Tú tenías razón y nosotros estábamos equivocados.

El mago vencedor no insistió en el tema.

–¿Puedes ver de quién se trata?

–No. Solo siento su presencia. Más de uno... puede que cinco, quizá más. Están coordinados... --El antiguo se detuvo--. Ah, están dejando atrás a los guardias.

El grupo continuó observando y sintiendo pero pronto quedó claro que ya no alcanzaban a ver a los supervivientes. Los ocho hicieron regresar a las sombras que restaban, puesto que de nada servía desperdiciarlas en los reinos iluminados del mundo.

–De modo que Zarahustra nos está buscando --dijo el segundo más antiguo-- y con gran habilidad. ¿No deberíamos hacerle ver el desatino de su aventura?

Todos coincidieron; debían ponerse manos a la obra.

_____ 11 _____

Miércoles, 7 de junio de 2000, 9:44 p.m.
30 millas al oeste de Paxoí, Mar Jónico, Grecia

El sol se había puesto hacía una hora. En la superficie la noche

ya estaba bien entrada. Un lento sueño iba abandonando a los vampiros que aguardaban abajo, que al poco empezaron a nadar cansados hacia la superficie. Después del sueño agotaron las últimas reservas de sangre, tras lo que arrojaron al fondo marino las bombonas vacías. «Para el próximo explorador», pensó Conrad; los demás parecieron estar de acuerdo.

La tripulación del *Latter-Day Feast* había bajado unas pequeñas lámparas para marcar el ascenso. Zarahustra se sumergió unos 50 pies para encontrarse con los buceadores, cuyas heridas examinó con curiosidad. Los ghouls subieron a los vampiros a la cubierta y les dieron sangre fresca. Zarahustra no tardó en comenzar el interrogatorio.

Los buceadores no contestaron enseguida y cuando lo hicieron les resultó difícil relatar la historia de forma que sonara coherente. Zarahustra les preguntó sobre las condiciones de la nave pero ninguno de los supervivientes recordaba los detalles que a él le interesaban. ¿El agujero frontal quedaba por delante o por detrás del puente de mando? ¿El boquete de la popa quedaba por delante o por detrás del extremo de la popa de superestructura? ¿Habían visto señales de más agujeros por debajo de donde el casco se hundía en el suelo? ¿Qué más había entre los restos? ¿Cuántos daños había sufrido el interior del barco? Poco a poco se fue dando cuenta del poco tiempo que habían tenido para explorar la nave y del peligro que habían corrido con sus contrincantes.

Zarahustra y el paladín examinaron con mucho cuidado las heridas de los supervivientes, a quienes dieron pequeños pinchazos para averiguar la gravedad y profundidad de las marcas, el grado de compresión interna y los efectos generales de la pérdida de sangre y la descompresión. Agarró el brazo de una de las Máscaras y empezó a presionar hasta que dijo a Zarahustra que la nueva herida era como las que les infligieron abajo. «Extraordinaria eficiencia» dijo el paladín. «Es fuerza en estado puro. La estrategia probablemente funcione mejor bajo el agua, cuando las víctimas potenciales se encuentran en desventaja al no estar familiarizadas con el medio». Zarahustra asintió, dejando las preguntas para concentrarse en las criaturas de las sombras.

El paladín pensó en anular el instinto de autodefensa de una de las Máscaras y establecer un vínculo mental con ella para enviarla a las profundidades con la intención de experimentar su propia destrucción, pero al final decidió que sería desperdiciar la preparación

y la experiencia de la Máscara. Sería mejor emplear a un ghoul con poca experiencia en buceo, pero llevaría un tiempo preparar el plan.

Pasada ya la medianoche, el paladín y Zarahustra decidieron que los buceadores ya habían tenido tiempo suficiente para reponerse. El *Latter-Day Feast* levó anclas y puso rumbo sur tan pronto como la tripulación pudo comprender cuanto necesitaba acerca de los desconocidos peligros submarinos. Zarahustra convenció al paladín de que Antioquia sería un refugio seguro. «Nada entra ni sale del Puerto de Antioquia sin que yo lo sepa. Casi nunca me manifiesto al respecto, aunque podría hacerlo». Y así, el yate continuó rumbo sureste.

_____ 12 _____

Jueves, 8 de junio de 2000, 12:30 a.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Jónico, Grecia

Angélica estaba sentada en silencio bajo el toldo de la popa del camarote del yate, viendo cómo su propietario conversaba con los otros vampiros. Hablaban de sangre, lo que atraía la atención de Angélica. Pensó en ir y bebérsela toda. Puede que si su sangre fuera más fuerte o más rica o más diversa o *algo*, su dueño volvería a interesarse por ella. Hacía más de una semana que Lucita había hablado con ella por última vez. Desde entonces no habían intercambiado más que saludos con la cabeza y otros gestos.

Habían transcurrido varios días sin que Angélica pudiera saber con certeza cómo se sentía. Lucita quería que permaneciera alerta, de modo que así lo hacía. Vigilaba. A veces tomaba notas, aunque parecía como si alguien estuviera saboteando sus esfuerzos al respecto, puesto que al revisarlos más adelante descubrió que muchas de las anotaciones se habían convertido en garabatos ininteligibles. Intentó ordenar los acontecimientos de cabeza pero resultaba muy complicado establecer una cronología consistente. Por un lado estaban las veces en que la mente de su dueño permanecía en calma y después estaba el resto del tiempo. Estaba muy segura de eso. Reordenar los hechos era mucho más difícil. Pero permanecía atenta y sentía que percibía las cosas tal y como ocurrían incluso aunque después lo viera todo confuso.

Intentó hablar con los demás «ghouls» del yate, sin demasiado

éxito. Al parecer muchos no hablaban su idioma. Los que sí le hacían el mismo caso que a un mueble: algo que siempre estaba pero que solo en ocasiones servía para algo. Parecía justo, considerando la situación. No le divertía considerarse a sí misma un mueble pero no cabía duda de que para su dueño era un mero instrumento.

Al sastre, Trasaric, le gustaba hablar de amos y amas, aunque eso a ella le hacía sentir incómoda, sobre todo por lo que respectaba a las amas. Le evocaba alguna especie de exótica orgía sexual, pero pertenecer a Lucita no era así en absoluto. Ciertamente, Angélica deseaba que su dueña aprobase cuanto hacía y que le prestara atención, pero si existía algo con menos carga sexual que su propietaria solo podían ser aquellas criaturas que no tenían ni cuerpo. Lucita no deseaba el cuerpo de Angélica ni pretendía que esta la ansiara. Era cuestión de obediencia, de contar con una herramienta con la que comunicar instrucciones y de la que obtener cierto servicio. Angélica podía recordar tener deseos propios, pero los recuerdos carecían ya de importancia. Ahora le resultaba tan difícil hacer algo por voluntad propia (sobre todo si se trataba de algo revolucionario), como dejar de respirar o de pestañear. Su identidad había pasado a depender de la de Lucita.

Un pequeño avión empezó a sobrevolarlos; realizaba un vuelo corto desde Grecia a una de las islas de descanso. Angélica recordaba haber volado. Se acordó de que Lucita le prometió que volarían en muchas ocasiones y esperó paciente la oportunidad de empezar. Ella... un torrente de pensamientos le vino a la cabeza, momento en que su conciencia del mundo exterior comenzó a desvanecerse.

Tenía un hogar. O, mejor dicho, lo había tenido. En Colorado, que tan lejos quedaba ahora como el mismo centro del sol, por lo que ella sabía. A Lucita no le interesaba Colorado, por tanto tampoco debía interesar a Angélica; sin embargo, el recuerdo permanecía ahí, haciendo que aquella titilante sensación se convirtiera en conciencia. En Colorado nadie la poseía. Había sido dueña de su avión, de su coche y de su teléfono y, en pocos años más, hubiera tenido un hogar. ¿O es que la habían poseído y no se había dado cuenta? Se acordó de cuando se obstruyó el inodoro y tuvo que echar mano del desatascador que había comprado años antes. Lo había relegado en el fondo del garaje hasta que le hizo falta. Quizá ella hubiera esperado durante toda la vida del mismo modo. ¿Es que todo el mundo esperaba como ella había hecho, como una presa o como una

herramienta o como un chiquillo, sin saberlo? Quizá sí. La sola idea le ponía enferma, así que dejó de pensar en ello.

Se tranquilizó y recuperó la conciencia del mundo.

El mundo. Su teléfono. Las piezas empezaron a encajar poco a poco. En casa debían de echarla de menos. ¿Se habría dado cuenta Lucita de eso? Con una sola palabra podía espantar el miedo y la incredulidad, Angélica lo sabía, pero ¿había hecho eso Lucita alguna vez? A Angélica le costaba respirar, jadeaba, sin darse cuenta de que sufría los persistentes efectos de la presión sobre Lucita, transportada a través del espacio por el poder de la sangre de su dueña. Fue a levantarse pero acabó sentándose otra vez. No le habían dicho que se acercara, así que mejor no enfadar a su dueña. Un ama enojada podría partir una herramienta. Angélica lo había hecho una vez con un hierro de soldador. Cuando este le quemó la mano y destrozó una tableta de enchufes con el calor incontrolado ella empezó a pisotearlo, destrozándolo. Lucita podría hacer eso con ella, estaba segura de ello. También podría tirarla por la borda y dejarla hundirse como una botella o una bolsa de basura olvidadas para después buscar otro instrumento más obediente.

Las pesadillas se asomaban a la visión de Angélica. Veía imágenes vivas de sí misma: partida por la mitad y desecada por vampiros dichosos, hundiéndose, vagando por un paisaje desconocido dejada de la mano de su dueña. Cerró los ojos, y poco a poco las visiones fueron desapareciendo. Al cabo de unos minutos los abrió de nuevo. Cuando volvieron a aparecer los primeros destellos volvió a cerrar los ojos y esperó un poco más.

Más allá del tiempo y del espacio

El Abismo

El antiguo se introdujo en el Abismo con gran cautela, muy despacio. Cada vez que le era posible utilizaba los agujeros que algún otro manipulador de la sombra había abierto hacía poco; asimismo, viajaba y salía con la misma precaución. Podía abrazar el mundo si lo deseaba pero ya no confiaba en la oscuridad como antaño. Daba igual que su sire se manifestara o no, puesto que unos grandes poderes se

habían despertado y no pretendía enfrentarse a ellos. Así viajaba noche tras noche, unas veces recorriendo las distancias y otras dando saltos de lógica. Una noche apareció en las costas del océano Índico, no demasiado lejos del lugar donde su pueblo se levantó una vez; el deseo de abandonarlo todo e irse a casa era demasiado fuerte.

Sin embargo, cuando despertó la noche siguiente, continuó su andadura. Había estado en casa y sabía que el viaje era lo más importante en ese momento, por lo que tendría que dejar de lado sus asuntos personales.

Establecer una clara relación entre los movimientos Abisales y los lugares físicos era, en el mejor de los casos, muy complicado. El mundo cambiaba y con cada cambio variaba toda la matriz de asociaciones conceptuales. Para alguien tan anciano como Montano, lo más parecido entre el mundo actual y el Abismo se reducía a una cacofonía de alaridos e idiomas incomprensibles. Aún se podían encontrar unas ideas diferentes y unos distintos matices de la oscuridad propia del mundo y de las almas, así como algunos preciados y antiguos caminos, todo lo cual podía aprovechar como señales con las que orientarse.

Todo se complicó al aproximarse a la fortaleza del fundador. En el mundo físico esta se encontraba en Sicilia, donde quedaba bien abrigada por los conflictos Abisales que ahora se concentraban en la cuenca mediterránea. En el Abismo la fortaleza era una intensa presencia, relacionada no solo con su emplazamiento sino también con los múltiples conceptos de oscuridad que el fundador había encarnado antes de la destrucción de su yo físico. Durante diez mil años su sobrehumana fuerza de voluntad había trascendido al mundo y al Abismo; unos pocos siglos de abandono no podían acabar con aquello. Si el mundo era más que nada como un grupo de niños gritando a lo lejos, entonces la fuerza que ejercía el Castillo de las Sombras se parecía a los gritos seniles de unos padres enloquecidos. A su alrededor todo tenía algo de la naturaleza del fundador, por lo que cada vez se hacía mucho más difícil detectar cualquier cambio.

No cabía duda de que el gran vórtice se había abierto en aquella zona, no en el propio castillo sino en algún lugar cercano, con el punto de contacto perdido entre las turbulencias espirituales. Montano sentía que no podía interferir en el vórtice. Pero quizá podría complicar un poco las cosas...

La oscuridad que se concentraba en el Castillo de las Sombras se asemejaba a un iceberg; se extendía mucho más en el Abismo de lo

que podría en el mundo físico. Cuando el fundador aún lo habitaba, el castillo había surgido como un coloso en el alma de los magos de las sombras de todo el mundo, una presencia constante que podría centrar su mirada en ellos en cualquier momento. Ahora el coloso había caído, en espera de un estímulo que nunca se produciría de nuevo, al menos eso esperaba Montano.

Así y todo, parte de dicho estímulo dependía de él. Se sumergió en las profundidades de sí mismo a la vez que en la insondable oscuridad que aún quedaba del castillo. Eran lo mismo, un camino hacia el legado del fundador. Allí se podía encontrar una rabia absurda que Montano había podido contemplar solo unas pocas veces por milenio, un torbellino de destrucción que acababa con todo lo que encontraba a su paso. Montano había perdido a su compañero más apreciado de entre todos los chiquillos del fundador por culpa de una rabia como aquella, algo que jamás consiguió olvidar. Ahora entraba en aquel recuerdo; se hubiera encogido de terror otra vez si el movimiento tuviera algún sentido en aquel lugar.

Al principio la oscuridad del castillo palpitaba pero poco a poco el ritmo de la vibración fue aumentando. Unos fragmentos de la voluntad del fundador salieron en busca de presas. No estaban en sintonía con ningún concepto en particular; el único principio que obedecían era el del instinto de aniquilación. El propio vórtice representaba una nutritiva fuente de alimentación. El coloso chocó con Escila (¿O se trataba de Caribdis?) cuando Montano dejó que su rabia manara sobre el castillo. No cabía duda de que no se consideraba el gran estímulo que el fundador había sido, pero con su espíritu le bastaba para lo que tenía en mente.

Ahora todo lo que tenía que hacer era encontrar la salida del Abismo y observarlo todo desde lo lejos.

Sábado, 10 de junio de 2000, 11:10 p.m.
En algún lugar debajo de Ciudad de México

Rosa se desplomó en el suelo. Permanecía al pie de su cruz, atormentada por la pureza de los impulsos nerviosos que recorrían sus extremidades. Le habían dejado un plato de sangre al lado; hubo de

emplear todas sus fuerzas y concentrarse al máximo para levantar la cabeza y después bajar la boca hasta el plato. La primera vez le salió mal y casi lloró de frustración. Al segundo intento lo consiguió y por fin pudo sentir cómo recuperaba las fuerzas.

Al volverse boca arriba se encontró con su torturador, Andrew, que la miraba. Allí estaban el joven cura, el escuálido mago y su grueso rival. Allí, por encima del hombro del sacerdote, estaba su hermano de sangre, Niccolo. Con... ¿un paraguas atravesado en el corazón? Cómo había cambiado todo. Por primera vez sonrió desde que la crucificaran.

–Hola –le dijo Andrew en tono calmado–. Han decidido bajarte. Señaló con la cabeza a Niccolo.

–A este... ¿vais a subirlo?

–¿Cómo? Oh, no, no ha hecho nada que merezca un castigo serio. Es solo que no quería hablar contigo, así que le ahorramos el mal trago.

–Es la hora... –Rosa dio el último trago de sangre. Aún estaba demasiado débil pero sus sentidos habían recuperado la normalidad–... es la hora de acabar conmigo, ¿verdad?

–Nada de eso. –Andrew le sonrió. Era lo más repulsivo que Rosa había visto desde la última vez que la destriparan.

–¿Entonces qué?

–Alguien quiere verte.

Rosa meneó otra vez la cabeza, sintiendo cómo su cuello se libraba de los persistentes calambres. Cómo no. Uno de los cabronazos más importantes quería utilizarla para dar ejemplo a las masas. La torturarían un poco más y después acabarían con ella. Es decir, si Andrew no le estaba mintiendo. A algunos de los verdugos les divertía dar esperanzas a las víctimas para después atacar. Sin embargo, Andrew parecía de los que preferían que la víctima se enterara de todo, que sintiera hasta el menor detalle de sus últimos pensamientos.

–¿Quién?

–Lucita.

La última que Rosa hubiera imaginado. De no ser porque ya estaba tirada en el suelo se hubiera desmayado por la confusión y desorientación que le produjo la noticia. Tenía que ser mentira, una especie de estratagema. Por muchos defectos que tuviera Lucita, jamás se aliaría a conciencia con el Sabbat. Y si es que la habían capturado de alguna forma, no tendrían por qué satisfacer sus deseos.

Celebrarían un juicio por mera formalidad y después la liquidarían. Antes podrían ganarse una prolongada tortura, pero quizá no... era demasiado peligrosa. Rosa se preguntaba a qué estaría jugando Andrew.

—Por supuesto —dijo con toda la soltura de que fue capaz—. Como es natural, los obispos huyen despavoridos cuando mi señora llama.

La cordialidad de Andrew desapareció.

—Si de mí dependiera solo hubieras podido bajar de esa cruz reducida a cenizas. Cierra la boca y levántate. Es hora de que nos marchemos.

Rosa se esforzó por ponerse en pie sin dejar de preguntarse «¿Qué está pasando?».

_____ 15 _____

Lunes, 12 de junio de 2000, 11:55 p.m.

Yate Latter-Day Feast, Mar Egeo, Grecia

Ahora el yate navegaba rumbo este, dejando las islas tan lejos como podía. Las nubes ocultaban la luna y de cuando en cuando caía alguna llovizna. Lucita y Conrad se pasaban casi todo el tiempo echadas en las tumbonas del camarote principal, desde donde veían pasar el mundo y donde sentían que sus cuerpos recuperaban una valiosísima fuerza.

—¿De dónde salieron aquellas criaturas? —preguntó Conrad por enésima vez— ¿Alguna vez habías visto algo igual?

Lucita le respondió, también por enésima vez:

—No igual, pero...

Conrad la interrumpió.

—¿Sabías que había nigromantes entre las tribus que vivían lejos del río cuando yo era pequeña?

—Sí, ya me lo habías contado...

—Vi a los muertos vivientes dos veces antes de la llegada del reformador y después una vez más. Pero no eran como aquellas cosas. Los muertos vivientes son criaturas solitarias y conservan parte de su antigua personalidad. Se trata de una maldición que exige al nigromante un profundo conocimiento de la víctima, en vez de algo que puedas hacer a un montón de gente al mismo tiempo. —El fluir del

monólogo de Conrad se fue ralentizando poco a poco, a medida que los recuerdos la iban abrumando.

–Existe más de una manera de ordenar a los muertos --le recordó Lucita de nuevo--. Como has dicho, te has enfrentado a Giovanni y te puedo asegurar que existen antiguos solitarios que dominan todo tipo de singulares artes.

–¿Igual que tú?

–¿Cómo dices?

–Tú eres, con varios siglos de diferencia, la vampira más antigua con la que he hablado nunca. Estoy convencida de que algunos de los cardenales son más antiguos que tú, pero jamás entablo conversación con ellos. De vez en cuando te dan alguna orden y tienes que ejecutarla. Nunca he tenido la oportunidad de discutir nada con nadie tan antiguo como tú.

–Entiendo --respondió Lucita, con el tono menos comprometedor de que fue capaz.

–Tienes razón, he visto que los antiguos recurren a unos trucos muy extraños. ¿Cuál es el tuyo?

–¡Ah!

Conrad esperó un buen rato. La lluvia amainó. La luz de las estrellas empezó a colarse por un claro que se abrió en las nubes.

–¿Y bien?

–Nada interesante, me temo. He pulido cuanto sé, por supuesto, pero no se trata de nada que tenga que ver con los secretos o con la investigación de los misterios de la sangre. Más de lo mismo, esa es la mejor forma de resumirlo todo.

–Claro. --Sin duda Conrad no se creyó ni una palabra.

Lucita consideró la idea de convencer a Conrad pero al final decidió no merecía la pena tomarse la molestia. La realidad era que, con una sola excepción, su repertorio de poderes no ofrecía nada exótico. Había desarrollado una aplicación fuerte y creativa del conocimiento existente, pues ese enfoque se adaptaba mejor a su personalidad. De cuando en cuando aprendía algo nuevo de alguno de los contactos que tenía en el clan o de algún otro miembro más o menos digno de confianza de algún otro linaje, aunque no ocurría a menudo. La excepción, ahora...

Durante algunas décadas posteriores al descubrimiento del Nuevo Mundo los Lasombra fueron motivo de fascinación para infinidad de magos y místicos de la sangre. Se empezó a decir que los Matusalenes Lasombra creían que los sacrificios de sacerdotes

aztecas eran el verdadero motivo por el que el sol salía cada día, por lo que abogaban por su exterminación (lo que en la actualidad los jóvenes llaman «genocidio»), gracias a la cual el mundo quedaría sumido en una noche eterna. El clima fue muy extraño durante un tiempo, por lo que los buscadores de presagios empezaron a pensar que aquel era el comienzo de una nueva era. Hasta que no quedó claro para todo el mundo que el sol no necesitaba del corazón de ningún azteca para alzarse, a Lucita y otros Lasombra que lidiaban con el resto de la sociedad cainita les pareció que los órganos no eran más que fetiches e ídolos para cierta clase de buscadores de poderes.

Un joven franciscano llamado Angelo Cavaradossi se convirtió en adorador del dios egipcio Set. Pensaba que la atracción que los Lasombra sentían por las sombras guardaba la promesa de nuevos conocimientos sobre el objeto de devoción de su propio clan, y estaba ansioso por compartir secretos. Lucita pensó que era un demente, aunque no dejó pasar la oportunidad de conseguir algo más de poder para sí misma. Así fue como instruyó a Angelo sobre los misterios del control de las sombras y como él le enseñó a ella las claves de la evocación serpentina. Después el franciscano continuó su camino y Lucita ya nunca volvió a oír hablar de él. De cuando en cuando Lucita pensaba que merecería la pena buscar una nueva fuente de información entre los chiquillos de Set, pero por alguna razón nunca se dedicó a ello demasiado en serio. Por tanto Lucita poseía las bases de una ventaja característica y poco común, pero en la práctica todo para cuanto la podía utilizar era para sobrecoger a los mortales de una manera muy distinta.

--Por experiencia --añadió Lucita una vez que el ensueño quedó atrás-- puedo decirte que la especialización exótica suele ser una trampa. Lo verdaderamente útil es pensar en cómo sacar el máximo provecho de mi fuerza o de mi habilidad para establecer prioridades de curación. Viene de perlas en todo tipo de situaciones. Saber cuál es el nombre secreto de un enemigo determinado equivale a tener un fiel sirviente, hasta que es destruido. Quizá no sepas mucho sobre ellos pero los Capadocios pueden adoptar la apariencia de un cadáver auténtico. Todo eso está bien y es bueno pero solo se puede emplear para un único fin, y todo el tiempo que hay que invertir para dominarlo podría emplearse en algo de mayor utilidad. Por tanto, nunca he estado demasiado interesada en ir acumulando un abanico de pequeños trucos. Los vampiros que se han dedicado a ello han sido siempre de mis víctimas preferidas, porque una vez que te conoces su

repertorio sabes que son vulnerables frente a todo aquello para lo que no tengan un truco.

–Entiendo –Conrad calculó el riesgo de irritar a Lucita y decidió que valía la pena correrlo–. Me recuerdas mucho a tu sire cuando hablas así.

–¿Cómo?

–En serio. La segunda vez que viajé a Europa escuché algunos de sus sermones. Dedicó tres Sabbaths al tema de la diablerie, dedicándose a mezclar arengas acerca de los errores de la Senda de Caín con prácticos consejos sobre la elección de víctimas. Habló de clanes, cómo no, poniendo especial énfasis en que había que hacer todo lo posible para que el clan permaneciera como un todo, así como en la postura de uno mismo; pero recalcó que los practicantes de artes extrañas demasiado especializados eran las mejores víctimas.

–Sí... ya veo. –Lo primero que a Lucita se le pasó por la cabeza fue aniquilar a Conrad en ese momento o, por lo menos, arrancarle las cuerdas vocales, pero consiguió mantener la compostura. Nunca le hizo gracia ver que seguía los pasos de su sire. Le pareció que sus temores se habían confirmado, pero quizá solo se trataba de otra trampa que aquella perra vieja le estaba tendiendo.

–Bueno, hablaremos de eso en otra ocasión –añadió Conrad con voz calma–. Habla conmigo igual que lo harías con un cliente. ¿A qué nos enfrentamos? –Lucita pareció quedarse paralizada, no porque se esforzara por mantener la compostura sino porque no la entendió, de modo que Conrad continuó:– Si te hubiera contratado para que examinaras y te enfrentaras a esta amenaza, ¿qué podrías contarme?

–Ah –dijo Lucita, meditando–. En primer lugar, examinaría las pruebas con las que contamos. –Levantó una mano y dobló los dedos.

–Primero, sabemos que nuestro objetivo puede abrir agujeros en el Abismo a distancia y que puede invocar a esa clase de habitantes de las profundidades que por lo general rehuyen las zonas interconectadas con el mundo. Por tanto, nos enfrentamos a alguien que conoce la teoría y la práctica de la magia del Abismo.

»Segundo, contamos con la opinión de un antiguo morador de la zona, es decir, un ataque similar podría estar detrás de una o más desapariciones. Esto es lo que piensa Zarahustra, que aunque podría estar equivocado conviene tenerlo en cuenta.

»Tercero, recibimos la visita de un centenar de cadáveres animados mediante artes mágicas, apoyada por lo que parece ser una extraña aplicación de la magia de las sombras. –Cerró la mano

formando un puño.

»Creo que es muy probable que nos enfrentemos a diversos enemigos. No cabe duda de que el nivel del poder que podemos ver aquí está al alcance de uno de los chiquillos del Antediluviano; con todo, si solo pretendiera causar estragos, creo que actuaría más directamente y en persona. Este es el trabajo de un ser o de un grupo que no puede entablar un enfrentamiento cara a cara y que necesita manifestarse por medio de intermediarios Abisales.

Todavía desarrolló más el tema.

»Puede ser que el objetivo se encuentre fuera del clan, aunque no es muy probable. Que no se me olvide preguntar a los antiguos más reconocidos si han oído algo acerca de algún alijo de conocimiento mágico. En caso afirmativo, significaría que habrían saqueado el refugio de algún mago. Lo más factible es que nos enfrentemos a un miembro de nuestro propio clan, que o bien ha desarrollado una nueva técnica por sí mismo o bien la ha aprendido de otros. Quizá las dos cosas. Deberíamos elaborar una lista de refugios de magos abandonados o perdidos que pertenezcan a magos reconocidos del clan y enviar manadas de jóvenes a buscarlos. --Lucita no se daba cuenta de que Conrad la miraba callada con una sonrisa en los labios.

»Al final, supongo, habrá un manifiesto, una especie de ultimátum y una lista de peticiones. Ya lo consideraremos en su momento.

--Entonces, ya has pasado por este tipo de situación.

--Oh, sí. Por lo general sin la ventaja de los exploradores prescindibles, cosa que facilita mucho las cosas. --Lucita se embarcó en la historia de la cacería del bribón taumaturgo justo al término de la guerra civil americana.

La noche transcurría.

_____ 16 _____

Martes, 13 de junio de 2000, 9:49 p.m.

Cúter *Black Aegis*, Océano Atlántico, 200 millas al oeste de Portugal

El capitán arconte Kleist se sentía frustrado. Debería haber sido una operación directa y sencilla pero ahora las cosas se estaban complicando demasiado.

La charla que mantuvo con Lucita hacía un par de meses lo había dejado inquieto. Pese a las protestas de la vampira sobre el honor, él nunca confió ni en su habilidad ni en su deseo de evitar derramar sus secretos entre los objetivos del *Black Aegis*. Eso de meterse en operaciones que no había discutido con ella le parecía la excusa perfecta para introducir ciertas variaciones en su rutina. Tal era el motivo por el que el cúter se había pasado las últimas semanas dando vueltas por el mar de los Sargazos, siguiendo a las embarcaciones que no seguían las rutas establecidas. No habían descubierto operaciones de Lasombra ni de otros vampiros en las que interferir, aunque hasta el momento ya habían despachado tres barcos piratas mortales.

La estrategia clave de este tipo de ataque consistía en la sencillez: envolver el barco en sombras, reducir la velocidad hasta que fuera poco más elevada que la de la corriente y acercarse al objetivo tanto como fuera posible antes de dejarse ver e iniciar el abordaje. Esto dependía de que sus oficiales y él lograran reunir las suficientes tinieblas y que estas se comportaran como ellos esperaban, supuesto que Kleist siempre había considerado tan fiable como para no prestarle mayor atención.

Esta vez no dio resultado.

Los primeros problemas aparecieron durante la novena (y «aparecieron» es la expresión más acertada para el caso). Justo cuando el *Black Aegis* consiguió realizar un acercamiento magistral a un petrolero que, según los espías de Kleist, escondía una banda de piratas entre los que podría haber vampiros, las sombras que ocultaban al cúter salieron volando en dirección oeste. Pero ningún viento procedente de Europa podría haber hecho eso, incluso aunque el viento terrenal tuviera efecto alguno sobre las sombras invocadas, como era el caso. El cúter, desprotegido de repente, tuvo que terminar de acercarse bajo el cruento fuego del armamento ligero de la tripulación del petrolero, todo lo cual fue de lo más caótico.

Las misiones se hicieron más complicadas durante la undécima, la duodécima y también esta noche. Mientras más al este viajaban, peor se ponían las cosas. Parecía que se necesitaba más energía para invocar la oscuridad, mayor concentración para controlarla y, aun así, seguía tendiendo a desaparecer con aleatoriedad. Aunque Kleist no viajaba con místicos del Abismo no necesitaba hundir la cabeza en el vacío para sentir una inusitada resistencia cada vez que manipulaba las sombras. Su rutina de combate en solitario y en grupo con los

tentáculos sombríos se desarrollaba con más lentitud de lo normal. Sus «brazos del Abismo» emergían más despacio y se movían descompasados, hasta el punto de que aquella noche lo mejor fue prescindir de ellos. Al resto de la tripulación le pasaba más o menos lo mismo.

En el horizonte, alejándose de ellos, se veían un pequeño carguero tripulado por vampiros. El *Black Aegis* se había acercado lo suficiente como para que Kleist divisara con los binoculares a los prisioneros encadenados esperando su turno para donar sangre y la parafernalia de los rituales Sabbat. Podría haber sido una victoria gloriosa. No se detectaba señal alguna de manipulación de sombras y el más bien destartalado aspecto del aparejo de la nave indicaba que pertenecía a proscritos que pretendían reformarse. Sería una propaganda muy buena. Como bien dijo el oficial Thomas, «No queremos que el populacho se piense que tiene la menor oportunidad de vivir lo suficiente para impresionar a sus nuevos jefes. Si creen que intentarlo siquiera los convierte en los putos mejores blancos de los siete mares, tanto mejor».

El cúter siguió navegando... entonces las sombras salieron disparadas hacia arriba, empañando la brillante luz de las estrellas a medida que se dispersaban en dirección este. Solo el más incompetente de los vigías podía no enterarse de algo así; lo malo es que entre la tripulación del objetivo no se contaban tales inútiles. De inmediato dieron la voz de alarma en el carguero, que huyó a toda máquina. Kleist enseguida hizo sus estimaciones. Existía una posibilidad entre mil de alcanzarlos, para lo cual todo tendría que salir bien; pero aquella no era la noche más indicada.

–¡Joder, puta mierda, maldición! –se quejó Thomas. Había hecho los deberes, Kleist lo sabía–. De todos modos, ¿qué está ocurriendo?

–No tengo la menor idea –contestó Kleist–. Pero cada noche es peor. Pon rumbo oeste, a ver si en esa dirección las cosas se enderezan un poco. –Hizo una pausa–. Quizá también debamos poner al corriente a nuestro justicar favorito.

Al despertar Rosa descubrió que se encontraba en una habitación extraña. Otra vez. Todas las noches desde que la bajaran de la cruz Andrew y su manada le habían hecho algo durante el letargo. Se estaba quedando sin sangre (la primera noche le dieron un par de campesinos pero después nada más). Si no volvía a alimentarse durante las dos próximas noches desfallecería y ya nunca volvería a levantarse. Lo más probable era que existiera una explicación de todo esto pero Rosa había sido incapaz de dar con ella.

Aquella noche despertó en medio de un túnel de metro abandonado. Estaba tirada entre los raíles. En cuanto se levantó pudo ver una estación que llevaba años desierta; todas las salidas estaban tapiadas, excepto una que estaba cerrada con pesadas cadenas. Ante ella, a unos cuarenta y cinco metros, el túnel moría con un sólido muro de hormigón. A sus espaldas daba una curva y ya no se podía ver más. Se oían chirridos que procedían del otro lado de la curva y el débil gorgoteo del agua que venía desde la pared de hormigón pero nada de allí a donde conducía la puerta sellada. La única fuente de luz eran dos fluorescentes que parpadeaban sin cesar junto a la puerta.

De repente se oyó un fuerte sonido metálico y el ruido de pies que corrían. Rosa se aguantó las ganas de echar a correr, no fuera que necesitara la sangre más tarde. Fuera lo que fuera saldría a la luz enseguida... allí estaba, un grupo de al menos una docena de hombres y mujeres vivos sosteniendo en alto unas afiladas estacas de madera. En cuanto la vieron empezaron a gritar en inglés y español: «¡Muerte!» y «¡Acabemos con el engendro!». No parecían nada amigables.

Entonces accionó el corazón para prepararse. Debía emplearse a fondo si quería salir de allí con vida. Parecía sensato aceptar que la puerta no cedería a toda la fuerza que ella era capaz de reunir, pues se trataba de un obstáculo demasiado bien pensado. La pregunta era si sería capaz de acabar con los atacantes antes de quedarse sin energías. Se alejó de la multitud, primero caminando despacio hacia atrás y después corriendo. Con solo doce pasos ya había alcanzado su velocidad máxima, varias veces superior a la de una persona viva normal. Buscó algo que pudiera emplear como arma pero Andrew y sus lacayos no habían dejado nada que pudiera utilizar. Enfadada, se dio media vuelta para enfrentarse al enemigo.

No parecía que aquellas catorce personas (según contó Rosa) estuvieran muy bien coordinadas. Todos miraban en la misma

dirección; era muy posible que estuvieran sometidos a algún influjo vampírico y manejados por alguien que sabía cómo convertirla en un blanco fácil. Delante de ella estaban plantados dos tipos fornidos, quizá trabajadores de la construcción o algo así. Se encontraban tres pasos por delante del siguiente grupo, lo cual bastaba para lo que Rosa había ideado. Se metió entre los dos y puso los brazos en ángulo recto, bien tensos, apuntando a los hombres con los puños a la altura de la ingle. Ni se dieron cuenta. En un abrir y cerrar de ojos habían recibido en los testículos un impacto de fuerza sobrenatural a una velocidad superior a los 50 Km/h. Antes de que pudieran recuperarse Rosa les había arrebatado sendas estacas, que utilizó para partirlas el cuello con dos golpes paralelos.

Ahora que estaba armada la balanza se había equilibrado un poco. Un puñado de seis atacantes empezó a acercarse; iban tan apiñados que apenas podían mover las estacas. Tras ellos venían los rezagados. Rosa pensó en subirse al andén pero no se fiaba mucho de cuánto aguantaría el hormigón, pues era imposible saber cuánto tiempo llevaría humedeciéndose. Así que en su lugar se encaramó sobre el grupo y empezó a patear al gigantón que iba en medio y a clavar los tacones en las cabezas de las matronas que flanqueaban la piña. Después dio dos volteretas, haciéndose solo unos arañosos con los amagos de ganchos que le ofrecían. Acto seguido saltó en paralelo a la pared de la izquierda, aplastándole en la trayectoria la garganta a una coqueta y joven secretaria. Tres o cuatro enemigos menos, todavía quedaban diez u once por machacar.

Después de pasar la curva del túnel Rosa aminoró el paso, pero no demasiado. No podía permitirse el lujo de hacerse un reconocimiento exhaustivo y solo le quedaba confiar en que más adelante alguien podría ayudarla... y que no quedaran enemigos a sus espaldas.

Pasado el recodo, el túnel llegaba tan lejos como cuando pasaba de la estación en el otro sentido: no más de cuarenta y cinco metros, quizá algo menos. A la altura del suelo había un montacargas, con su gran puerta metálica extendida a modo de rampa. Unos raíles señalaban el lugar por donde había que subir a él. Los cables desaparecían por unos agujeros en las placas corredizas del techo. Los paneles parecían muy pesados por lo que Rosa decidió que era mejor olvidarse de ellos por el momento. El elevador estaba pensado para transportar los vehículos de servicio: tenía unas guías en el suelo y en el lado interior de la puerta, además estaba colocado en medio

del túnel. Taponaba más de la mitad de la anchura del corredor, lo que daba lugar a dos caminos bien separados, con unos tres metros de distancia entre la parte trasera del montacargas y el muro de hormigón del final del pasadizo. Rosa reconoció su oportunidad.

Mientras el grueso del rebaño seguía dando vueltas Rosa atacó a los dos más rezagados, un joven y una mujer de edad media. Iban bien vestidos pero se movían con torpeza y era evidente que se sentían totalmente perdidos. Rosa se preguntaba qué les habrían hecho los vampiros de Andrew para que se jugaran así la vida y los miembros. Con una andanada de estacazos los dejó secos a los dos, antes de que los demás pudieran acercarse lo bastante como para atacarla. Tenía tiempo de sobra para encaramarse al techo del ascensor y dejar que los otros ocho supervivientes se aproximaran.

Entonces comenzó la matanza. Había una persona a cada lado del montador y Rosa acabaría de inmediato con ellos. Solo uno de ellos consiguió asestarle un buen estacazo antes de que ella iniciara la ofensiva, dándole con el madero en el brazo. No suponía nada grave aunque el dolor era intenso y tendría que curarse después. En cuanto descalabró a los últimos se detuvo para descansar los doloridos brazos y piernas. Después agarró el cadáver que tenía más cerca y hundió los colmillos en él, consciente de que la sangre recién muerta no era mucho peor que la sangre de los vivos...

...y de que sabía asquerosamente mal. Por primera vez en varias décadas el estómago se le había puesto del revés. Echó aquel cuerpo a un lado y cogió otro, picoteándolo por encima con los colmillos. La boca se le volvió a abotagar con el mismo sabor vomitivo.

Entonces, colérica y de lo más hambrienta, desabrochó la camisa del muerto. Justo encima del corazón tenía una herida abierta y reciente, de una redondez perfecta. Estaba claro que Andrew o alguno de sus esbirros había inyectado algún tipo de veneno en aquellas personas. ¿Droga? ¿Residuos tóxicos? ¿Bacterias? Debía tratarse de algo que no matara a la gente antes de que intentara liquidarla y, a ser posible, que no la atontara demasiado. El abanico de posibilidades era amplísimo.

Enfurecida, examinó con indignación el resto de los cuerpos. Le habían hecho lo mismo a los catorce. A menos que Andrew le diera sangre fresca, cuando se fuera a dormir al morir la noche no le quedarían reservas para volver a despertar. Se suponía que eso era lo que Andrew buscaba y que aquello había consistido en un mero espectáculo para entretener a sus adláteres. Lo podrían haber hecho

de una manera más rápida, como cuando ensartaron a Niccolo.

Desmembrar los cuerpos hubiera sido divertido durante un rato, tiempo suficiente para encharcarla en una piscina de sangre. Pero la fuerza y la velocidad ya empezaban a reducirse. Nunca sería ni tan débil ni tan lenta como un mortal pero la ventaja con que había peleado antes tenía un precio que ya no podía seguir pagando. Pensó en seguir bebiéndose la sangre envenenada y perecer en aquel preciso momento. Fuera lo que fuera lo que Andrew le hubiera preparado después de aquella historia demencial acerca de Lucita era muy poco probable que se tratara de algo agradable. Sin embargo, por algún motivo, era simplemente incapaz de hacerlo. Mientras permaneciera consciente quedaría esperanza. Por definición, ya no quedaría ninguna en cuanto cerrara los ojos. Así las cosas, saltó sobre uno de los despedazados andenes y se sentó para ver qué ocurría.

No sabía lo tarde que era cuando se empezaron a oír unos pasos desde el otro lado de la puerta trancada. No se molestó en mirar a los recién llegados mientras abrían la entrada.

–Andrew.

–Obispo Andrew, si no te importa. O, mejor aún, ductus Andrew.

–La suya no es una autoridad que merezca mi respeto.

–¿Ah, no? –Hablaba con calma mientras caminaba de un lado a otro detrás de ella. Los demás le imitaron. Rosa podía distinguir a la perfección los pasos de cada uno. La más grande, quizá Roxana, se movía con una evidente falta de equilibrio; era fácil que de nuevo le hubieran mandado cargar con Niccolo. O que aún siguiera haciéndolo. Podría tratarse de alguna suerte de ejercicio espiritual.

–Todavía no, quizá –Andrew entró en su campo de visión y se alejó dando unos pasos en cuclillas. Los demás permanecían juntos detrás de ella, fuera de su vista.

–¿Y qué hace falta para que cambies de parecer?

–Poder, qué si no –dijo con sequedad–. Hay muchas formas de romper mi voluntad. Tú cuentas con infinidad de aliados y una enorme influencia, de modo que al fin y al cabo solo es cuestión de tiempo. Ocupate de ello, ¿de acuerdo?

Andrew frunció el ceño.

–Muy bien. Sacerdote, la Vaulderie. –Asintió con la cabeza al hombrecillo fornido, que sostenía un antiguo cáliz y una daga. Barry por su parte pasó el cepillo, recogiendo sangre de todos ellos, incluido el comatoso Niccolo. Con la más breve de las bendiciones:

–Padre de la Oscuridad, concédenos resolución ante la

adversidad y unidad ante el caos. --Ofreció el cáliz rebosante a Andrew.

Andrew permaneció en cuclillas en el mismo sitio, pasándose el cáliz de una mano a otra. Era una joya artesanal, plata con incrustaciones de marfil. Rosa sospechaba que lo había «liberado» de alguna iglesia cristiana durante los inicios de la conquista española. Andrew le pareció uno de esos Lasombra a los que utilizar las santas reliquias de los peones involuntarios les resultaba satisfactorio, igual que a Rosa durante sus dos primeros siglos.

--Sin esto morirás.

--¿Y?

--Tómalo. No se te permite morir ahora. Tengo órdenes...

--De Lucita --terminó Rosa con socarronería--. Está claro que es lo que se supone que debo creer.

--Solo te queda una opción. Puedes beber de esto ahora o al despertar al anochecer, implorando sangre e incapaz de controlarte a ti misma.

--¿Por qué me das esta oportunidad? ¿Qué ganas tú?

--Sobre todo tiempo. Si podemos ponernos en marcha esta misma noche, tanto mejor. Pero no me arriesgaré a emprender el viaje hasta que no hayas pasado por la siguiente ronda de vinculaciones sobre la marcha. Estoy dispuesto a renunciar a parte de mi propia libertad para destruirte, si ese es el precio a pagar para evitar que intentes aniquilarme. Al fin y al cabo, yo siempre puedo contar con mis aliados mientras que tú estás sola. Al menos lo estarás hasta que alguien de nuestra manada desarrolle un vínculo más fuerte contigo que conmigo. Ya ha ocurrido con anterioridad.

Rosa miró el cáliz. Los demás esperaron pacientes. Por fin, después de un extraño momento de silencio, lo levantó y se bebió la mitad del contenido.

La sangre Vaulderie nunca sabía ni parecido si la probabas más de una vez. La sangre mortal ofrecía unas posibilidades limitadas y pese a que había pequeñas diferencias de una persona a otra (y en una misma persona con el tiempo), al final siempre estaba constreñida por la mortalidad. En teoría, la sangre vampírica podía variar eternamente. Algo ocurrió durante la consagración ritual, en la que ciertos elementos cobraron más importancia y otros se suprimieron... siempre ocurría algo diferente. Esta vez Rosa sintió la ambición de los demás: la seguridad de Andrew y sus aspiraciones, el conflicto de Barry con una parte de sí mismo, la búsqueda de Simon Peter de las

palabras que harían a Dios estremecerse en su trono, el ansia de Roxana por liberarse de sí misma y hacerse una con la sombra. Niccolo era una incógnita para Rosa, pues se escudaba en el miedo que le tenía pero demostraba poseer una extraordinaria fuerza de voluntad.

En ocasiones Rosa sentía cómo lo imperioso de los lazos del Vínculo se fundía con suavidad con sus propios deseos. No así esta vez, ya que el odio que sentía hacia Andrew y los demás era constante y evidente. Sabía que su renuencia a continuar considerando su destrucción era artificial, pues le había sido impuesta por la sangre y la magia, pero ello no implicaba que su repugnancia fuera menos real. No podía percibir los cambios que se producían en los otros a medida que iban bebiendo de lo que quedaba en el cáliz; esperaba que lo que sintieran les resultara tan intenso y desagradable como a ella.

_____ 18 _____

Jueves, 15 de junio de 2000, 11:50 p.m.
Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

Durante toda una semana los invocadores habían trabajado en vano. Aparte de la gran entidad algo se revolvía en el Abismo sin responder a quienes lo llamaban, pese a que se habían entregado al máximo para establecer contacto. Muy a su pesar habían llegado a una desagradable conclusión: se trataba de algo que tenía nombre propio, una etiqueta que indicaba que la totalidad de su esencia difería de la suma de sus componentes. Una de dos: o había nacido en el Abismo, donde había recibido órdenes y un nombre de otro practicante de las artes de las sombras o era un ser del mundo físico que había sido confinado al Abismo. Ninguna de las opciones sonaba alentadora.

Si fuera propio de este mundo, entonces debía tratarse de alguno de sus rivales, lo conocieran ya o no, o del sirviente de alguno de ellos. No había muchas almas que pudieran sobrevivir en el Abismo durante mucho tiempo sin dejar partes de sí mismas en el eterno enjambre de fragmentos, aunque cabía la posibilidad. Los fundadores de este círculo de invocadores ya habían dado caza a este tipo de criaturas en su día, inmovilizándoles el alma con robustas cuerdas de

vacío y despedazándosela poco a poco, chupándoles el poder para usarlo ellos. Aunque nunca hablaban del tema, los dos más antiguos del círculo a menudo sospechaban que uno o más chiquillos del fundador corrieron a refugiarse en el Abismo la noche en que Gratiano se rebeló contra su sire y cambió la constitución del clan. Era muy probable que aún merodearan por allí.

Monçada se consideraba el mejor invocador de la época, sin saber que el círculo estaba allí reunido, y de hecho sus logros con su leviatán fueron dignos de recordar. Había tenido mucho menos éxito lanzando seres vivos (o no muertos) a través de los muros del mundo desde el otro lado. Los invocadores habían sentido la agonía terminal de algunas de aquellas víctimas. Otros magos de las sombras intentaron realizar el mismo truco. Nunca funcionó.

–Pero hasta el momento –señaló uno de los miembros más jóvenes del círculo mientras se preparaban para el ritual de la noche-- nadie ha demostrado jamás que el fundador sobreviviera y mucho menos que estableciera contacto. Somos los elegidos del fundador. Pero quizá otros han conseguido avistar una nueva senda o redescubrir una de las antiguas, incluso sin nuestra bendición.

–¿Quién podría ser? –preguntó el más antiguo--. Has revisado las listas. Aun más, nos trajiste algunas. –La capucha le hubiera cubierto el rostro incluso sin las sombras que llevaba a modo de ropa interior, aunque los demás conocían el ritmo de sus palabras. Le había venido a la cabeza un recuerdo feliz-- ¿Crees que alguno de nuestros hermanos de la lejana Catay ha llegado dominar la traducción y la alimentación?

–No exactamente –contestó el séptimo--. Solo quiero asegurarme de no dejarme algo entre las sombras de mi propia mente, por lo que cuestiono las cosas en vez de entregarme a la hermosa luz de la convicción.

–Hablas bien –dijo el antiguo--. Ahora comencemos.

Iniciaron los cánticos típicos. Decidieron que aquella noche no se esforzarían en encontrar al fundador. Si había esperado todo aquel tiempo entonces podría esperar un poco más mientras eliminaban a los enemigos (que, por supuesto, también debían ser sus enemigos). Necesitaban un arma poderosa pero muy simple. Por consiguiente, los sacrificios fueron muy sencillos; todos fueron de niños raptados entre los turistas de las poblaciones costeras. Sus padres no sufrirían porque bastaban unos triviales ejercicios de voluntad para hacerles olvidar que habían estado viajando junto con sus vástagos. La sangre

fluía sin problemas y los últimos alientos formaron una tenue y cálida neblina sobre el altar.

El Abismo se abrió. Apareció una columna de oscuridad, lisa y calma. Irradiaba las emociones más básicas, consumir y terminar. El antiguo le habló, no con palabras sino a través del flujo del pensamiento. Una maraña de zarcillos negros como el vacío se revolvían alrededor del ser invocado, proyectando las asociaciones que lo llevarían desde el castillo hasta Turquía, desde los invocadores hasta Zarahustra y sus esbirros. Cuando la red estuvo tejida del todo, el pilar se hundió de nuevo en el Abismo en busca de la nueva presa.

_____ 19 _____

Viernes, 16 de junio de 2000, 2:02 a.m.
Antioquia, Turquía

El cazador apareció en el lugar más parecido al Abismo que pudo encontrar cerca de su destino: bajo el fondo del río Asi, en un túnel inundado envuelto en sombras antinaturales. Todo lo que se pareciera un poco más al Abismo no podría existir siquiera. La maraña que envolvía al predador emitía un eco discordante. Había cosas relacionadas con el objetivo pero ni eran la presa ni la relación era tan estrecha como para atacarlas. Sin embargo, el cazador las destrozaba; el mundo dolía y aquellas cosas emitían pequeños destellos del poder Abisal que albergaban hasta que la columna acababa con ellas.

En su interior se retorció un nubarrón de pensamientos. Carecía del universo conceptual necesario para entender que eran la prole de la presa, un nieto y un bisnieto que habían violado alguna de las leyes de Zarahustra y que ahora recibían su justo castigo en letargo. Su esperanza de volver a despertar, de caminar bajo el cielo nocturno y entregarse a sus grandes juegos una vez que hubieran expiado sus pecados carecía de sentido para el cazador. Luchaba contra la red, recordando todos los motivos mientras los cuerpos desecados se disolvían en el frío agua.

El depredador, ya renovado y saciado, echó abajo la entrada sellada al túnel y pudo salir por fin subdividiéndose en minúsculos fragmentos que se introducían en las aguas del río. Allí fluían una

espesa mezcla de esencias vitales y antivitales: los residuos con los que los peces se alimentaban en medio de toda aquella contaminación, la polución en sí y la persistente mancha de multitud de vampiros manipuladores del Abismo que se encontraban por los alrededores.

* * *

Zarahustra había mantenido un refugio a orillas del Asi casi continuamente desde que volvió a casa después de su Abrazo, hace ya varios siglos. Durante los últimos veinte años allí había habido un conjunto de almacenes denominados de propiedad del gobierno (y debidamente registrados a través de un oscuro organismo del Ministerio de Comercio) desalojados y decorados con un estilo clásico. Pero el poder de Zarahustra tampoco era infinito, por lo que no pudo echar abajo el proyecto de la Organización de Terrenos Industriales de Antioquia de remodelar toda aquella zona de la ribera. La mayor parte de sus bienes se encontraban ya en un hotel medio abandonado de las afueras de la ciudad, habiendo dejado atrás algunas comodidades, su plantilla más esencial y los invitados que tenía en ese momento.

Lucita y Zarahustra caminaban juntos mientras analizaban una pared decorada con frisos de piedra que representaban batallas en Antioquia y alrededores, desde los tiempos de Alejandro Magno hasta las Cruzadas y la invasión de los mongoles. Lucita reconoció a varias personas en distintas escenas y se lo pasó sorprendentemente bien con Zarahustra rememorando amigos y aliados comunes que tuvieron en los siglos XII y XIII. Conrad, el paladín y las Máscaras supervivientes les seguían a distancia, conscientes de que era mejor no inmiscuirse en los recuerdos de los antiguos. Los ghouls se dedicaban sobre todo a empaquetar las pertenencias que quedaban. Angélica se había quedado sentada en una esquina, ajena a todo.

Lucita, mientras examinaba un tapiz del siglo XIV que representaba sucesos en los que había estado envuelta de pleno en Transilvania, preguntó con mucho cuidado y calma a Zarahustra:

—¿Por qué estás en medio de todo esto?

—Por dos razones. La primera es que Timofiev me lo pidió. Ha llovido mucho desde que me pidieron tomar parte en la política del clan, y prefiero que me recuerden y tengan en consideración. Me pareció que si me negaba tendría que esperar otros ochenta años para establecer una relación similar. La segunda es que me pareciste

un caso muy interesante la última vez que pasaste por aquí y quería comprobar de que serías capaz ahora.

–¿Cuándo fue la última vez que estuve aquí?

–Hace 571 años. Era primavera (fue tardía pero, sin embargo, esplendorosa). No te paraste a hacer la debida demostración de deferencia ni a mi autoridad ni al señor del dominio. Pensé en destruirte junto a quien te acompañaba pero conversé lo suficiente contigo para darme cuenta de quién eras y de que en aquel momento no me convenía tener problemas con Monçada.

–No tenía la menor idea.

–Cierto. Puede que desees considerar en algún momento de qué otras cosas tampoco sabes nada. Habitamos un mundo muy simple, o eso pensamos, y quizá esa forma de ver las cosas haga que acabemos iluminando el crepúsculo.

Lucita miró de nuevo a aquellas placas de piedra más antiguas que ella misma.

–Me gustaría hacerte una pregunta personal.

–No hay problema. Por supuesto, no te garantizo que vayas a entender o a apreciar la respuesta.

–Cuando tienes ganas de charlar con alguien, ¿con quién sueles hacerlo?

Zarahustra soltó una carcajada que sonó mucho más humana de lo normal.

–Es uno de los ardides retóricos más evidentes con los que se han dirigido a mí en los últimos años, ¿sabes?

–Estoy segura pero siento una gran curiosidad.

–Muy bien, entonces. Sí, tengo un círculo de amistades de la época en que me Abrazaron. La mayoría son viajeros cuyos caminos casi nunca se cruzan con el mío. Con todo, cuando ocurre intercambiamos noticias, experiencias, ideas y cosas así. Considero que pasar unas semanas así de cuando en cuando me ayudan a recordar quién soy y considerar el futuro como algo más que una fuente de malos agüeros.

–Por favor, hálame de tus amistades.

–Dexicos es íntimo. Mantiene un refugio al otro lado del Egeo, cerca de la universidad de Atenas. Con frecuencia viene aquí físicamente y se queda unas pocas horas. A menudo no entiendo qué quiere decir cuando habla de sus investigaciones pero siempre tiene algo interesante que decir sobre la manera en que manejo mis posesiones.

»Tegyrus llegó aquí con cierta precipitación hace solo algunos meses. Ha pasado mucho tiempo desde que empezó a considerar los asuntos del clan como algo más que el árbol de las eternas contrariedades, pero últimamente se está emocionando bastante. Reclutó algunos de mis mejores guerreros, quiero decir, con mi permiso y se fue para empezar lo que parece una guerra civil. Será interesante ver qué se le pasa por la cabeza la próxima vez.

»No he vuelto a ver a Phaedyne en persona desde aquel espantoso incidente con su estirpe el año pasado. La mayor parte del año me he venido temiendo que ella también hubiera sucumbido a la locura, pero me ha escrito un par de cartas que dejan bien claro que ha sobrevivido. De aquí se deduce que ahora está haciendo algo parecido a lo de Gratiano, entrenando a los recién llegados que podrían desentrañar el misterio del fallecimiento de su predecesor...

—Disculpe, señor.

—¿Hmm? —Zarahustra se detuvo y se giró—. ¿Sí?

—Pensé que conocía la cultura de nuestro clan mejor de lo que parece. No conozco a ninguno de esos antiguos.

—¿Por qué has supuesto que son Lasombra?

—Yo... quiero decir...

—Has adoptado las suposiciones del Sabbat sin darte cuenta. Estabas escuchando el nombre de los antiguos Tzimisce (y me cortaste antes de que pudiera pronunciar ninguno) y presuponiendo que mencionaría a cualquiera que no tuviera que ver con nuestro Padre de la Oscuridad. Pero la verdad es que no me interesa la mayoría de los linajes relacionados conmigo. Aparte de mis propios descendientes, tanto los vivos como los no muertos, hago poco uso de los derechos por vínculo de sangre. Prefiero guiarme por la mente y el alma, sin preocuparme por el contenido de las venas.

Al principio ninguno de los vampiros más jóvenes ni de los ghouls prestó ninguna atención al leve oscurecimiento. Cosas así eran frecuentes cuando los antiguos estaban muy alerta o nerviosos, por lo que todos pensaron que aquella reacción se debía a los frisos y a la conversación. No se dieron cuenta de lo que pasaba hasta que la sustancia sombría de Zarahustra se giró y su voz retumbó por todo el almacén:

—Quienquiera que esté haciendo eso que se detenga ahora.

El paladín miró con impaciencia a todos los demás uno por uno.

—Señor, no es ninguno de ellos y yo tampoco. ¿Seguro que no es usted ni la prisionera?

Lucita meneó la cabeza mientras Zarahustra se limitó a contestar «No».

No bien empezó a decir «Prepar...» cuando la oscuridad se manifestó con toda su fuerza.

* * *

El cazador ascendió hasta la superficie del río, iluminada por la dolorosa y deslumbrante luz de las estrellas y del embarcadero. Por fortuna el lugar donde la resonancia era mayor estaba relativamente oscuro, aunque le seguía doliendo demasiado. La puerta de la dársena del almacén le impedía seguir avanzando. Ya estaba acostumbrado a enfrentarse a este tipo de barreras, por lo que la maraña había desarrollado una memoria de respuestas. Empujó y decidió que la barrera era demasiado fuerte, por lo que se deslizó por entre las rendijas para después recomponerse al otro lado.

Allí estaba el objetivo, una criatura físicamente pequeña pero terriblemente poderosa cuya identidad resonaba en perfecta armonía con los rasgos que los invocadores habían incrustado en su red. Dos nódulos de poder más débiles flotaban en el espacio que había entre el cazador y su presa. Cargó contra ellos, con ansia, con crueldad y con la esperanza de quedar libre lo antes posible. De la uniforme funda en que el cazador iba embutido emergieron unos afilados pinchos que salieron lanzados hacia sus carnosos cuerpos, liberando un hedor familiar al abrir las heridas.

Alrededor todo era actividad. El objetivo, sus familiares y los débiles nódulos de comportamiento similar empezaron a moverse rápidamente. El cazador, que no pudo llegar a todos ellos, desperdició un tiempo precioso en busca de un lugar desde el que pudiera emprender una mejor ofensiva. No se desenvolvía con soltura en el espacio físico, por lo que la maraña de instrucciones no pudo proporcionarle las mejores pautas a seguir. Para cuando decidió dejar de moverse a gran escala para empezar a avanzar más poco a poco, los fragmentos Abisales que estaban al mando de estas extrañas cosas ya le habían flanqueado por todas partes. Intentaba refrenarlos tan rápido como le era posible pero seguían avanzando. Al final consiguieron rodearlo para iniciar el ataque y utilizar su propio hogar en su contra.

El cazador sintió entonces un dolor atroz. Los enviados del Abismo, tanto el objetivo como los demás, fueron arrancando al

depredador parte de su propia esencia. Con la mente le taladraron la maraña que le protegía y se la dejaron hecha jirones; a medida que se alejaban del núcleo del monstruo los pedazos iban escapando a su control. Ya no era él. Las porciones que todavía quedaban seguían atacando alentadas por un frenesí cada vez mayor, ganando, de hecho, algunas batallas. Donde antes el segundo y el tercer objetivos eran cosas sólidas, ahora solo eran objetos enclenques y debilitados. El predador también se estaba quedando sin fuerzas pero aún no le habían derrotado, así que siguió adelante a la caza del objetivo principal.

La telaraña de asociaciones quedó muy perjudicada por la siguiente tanda de ataques. El monstruo había subestimado la capacidad de las víctimas para seguir dominando el Abismo con las redes de carne dañadas. Pero no se trataba solo de las órdenes del Abismo. Las luces que tenía delante le cegaban. Ante el anatema la telaraña ya no resistía más. Olvidándose de su propósito y sin nadie que lo guiara, la única opción del monstruo era la huida. Descendió de nuevo al Abismo, desmenuzándose. Los últimos cortes infligieron un gran daño a los nódulos de energía que se habían reunido a su alrededor pero saberlo no le proporcionaba la menor satisfacción. No tardó demasiado en dejar de ser consciente de nada.

* * *

Lucita mirada atónita al almacén a medida que se desvanecían las sombras que habían invocado ella y los otros. Recibió un fuerte impacto en un brazo justo por debajo del hombro y su otra mano se había convertido en una masa de tejidos destrozados y colgantes. No podía andar o, al menos, no podría hasta recuperarse de los golpes que le habían agujereado una rodilla y reducido la cadera a simples pedazos de hueso y cartílago.

—¿Qué? —preguntó, intentando no caer inconsciente— ¿Qué era eso?

Zarahustra había abandonado la forma de sombra y necesitaba concentrarse para combatir y para curarse. Resultó ser un joven y apuesto griego que bien podría haber sido el modelo de algún cartel de ofertas turísticas de no haber sido porque el rostro y el torso se le habían convertido en un inagotable manantial de sangre.

—No... no estoy seguro. Creo.

Ahora el que estaba más al tanto de todos era el paladín. Apenas

había sufrido daños, en parte gracias a la suerte que tuvo de que las Máscaras que quedaban habían absorbido los golpes más letales cuando se lanzaron contra el monstruo. Ahora no eran más que cenizas y uniformes vacíos. Los ghouls, que habían salido casi todos indemnes, se habían quedado atrás, aterrorizados, excepto el piloto de Lucita. Caminaba por el lugar con expresión calma y curiosa. Al verla, el paladín la ahuyentó para que regresara con el resto de los ghouls.

–Señor, esa cosa me ha recordado demasiado a la que atacó la Corte de Sangre. Sin embargo, no vi cómo salía del Abismo. ¿Envío a alguien a explorar el río?

–Oh. Sí. –Zarahustra asintió vagamente. No prestaba atención a los ghouls que salían corriendo al embarcadero en busca de la protección de los guardias vampiros que andaban por allí. Que busquen; no creía que encontraran nada. Además necesitaba sangre con urgencia, por litros. Se abrió paso entre los ghouls, tomando al azar un poco de sangre aquí, otro poco allá y enviando a los ejemplares más rollizos al lugar donde Lucita estaba tirada.

–Eso. Alguien está jugando con el Abismo –declaró Lucita–. Sí. ¿Qué puede hacer algo así? ¿Puedes tú, Zarahustra?

Zarahustra adoptó de nuevo forma de sombra.

–¿Me estás acusando?

–¡No! Solo quiero saber si el invocador es más fuerte que tú.

–Oh. Hmm. Déjame pensar. –Se quedó meditando hasta que le interrumpieron los ruidos al recuperar la forma humana.

La puerta de la calle se abrió y entró Conrad.

–Señor, dignatarios, vuelvo con... –Se calló de repente– ¿Qué demonios ha ocurrido?

–Un monstruo del Abismo –respondió el paladín con sequedad–. Alguien lo envió aquí poco después de que salieras para el aeropuerto. ¿Qué tal tu invocación?

–Inexistente –contestó, deseando que no se le notara que le había dado un ataque de pánico. Sabía por experiencia que las situaciones difíciles solían requerir el sacrificio de un chivo expiatorio, pero a ella no le atraía perecer de aquella manera–. ¿Recuerdas? Intentaste prepararme pero no funcionó.

–Oh, sí. Hmm... –dijo el paladín, en parte para sí mismo–. Muy bien. Como puedes ver, estamos pasando ciertas necesidades. Espero que dones.

Viernes, 16 de junio de 2000, 3:33 a.m.
Antioquia, Turquía

Roxana se sintió desorientada; la conciencia se le había desgajado de repente de las emociones y casi literalmente del cuerpo. El vuelo desde Ciudad de México a Madrid y después hasta Turquía había sido largo y arduo, con Rosa y Andrew sin parar de debatir sobre la moralidad de la rebelión y otros temas de escaso interés para ella. El crispante escepticismo de Rosa acerca de la implicación de Lucita en su misión pasó de la molestia al simple tedio, así que mientras Andrew prohibiera a los demás manifestarse al respecto (por alguna razón que escapaba a la comprensión de Roxana) se trataría solo de una ilusión más.

Cuando Roxana llegó al almacén de Matusalén descubrió que aquello era una carnicería. Conrad solo dejó pasar a Simon Peter y a Roxana. ¿Formaría esto también parte del juego con Lucita y Rosa? No, Roxana se dio cuenta enseguida de que no podía ser. Los antiguos querían que los practicantes de la magia del Abismo que se encontraran bien se sumaran a un ritual para investigar la cosa que acababan de expulsar. Y allí estaba Roxana, bebiendo sangre de los ghouls viejos y sentada como un igual en el corro del ritual con los Matusalén y el paladín de Timofiev.

Lucita estaba al borde del delirio. Había visto u oído llegar a Rosa y ya apenas podía hablar de nada más. Roxana sabía que la pérdida de sangre podía afectar la fuerza de voluntad de los vampiros y el control de uno mismo pero, sin embargo, resultaba muy desagradable.

–Soñaba con ella –dijo mientras un ghoul se retiraba para dejar que el siguiente le ofreciera sangre.

»Y ella conmigo. Quizá soñemos un sueño con dos mentes. La gran resonancia de la edad. ¿Crees en los sueños?

Roxana se pensó la respuesta.

–No creo en los sueños. Solo son reflejos del resplandor del sol en el cerebro, luz derramada que debemos limpiar. Me parece que cuando así lo hacemos el Abismo puede entraren los lugares lúgubres que una vez ocuparon los sueños y contarnos la verdad.

–Entonces, ¿crees que lo que Rosa y yo compartimos es la luz?

–Lucita mostraba una enorme curiosidad pero Roxana no pudo evitar

darse cuenta de que los ojos de la antigua miraban al infinito.

–No lo sé.

–Entonces, ¿qué sabes tú, que distingues los sueños de las visiones? –Lucita añadió algo en español antiguo que Rosa no pudo entender. El proceso de curación había comenzado, haciendo que el cuello y los hombros de la antigua se retorrieran.

–Sé un poco sobre ella al menos. –Roxana repitió la historia de Rosa tal como la había oído en el avión y se preguntó si no sería un simple eslabón de la cadena de un oráculo. Le contó con concisión todos los siglos de servicio que Rosa había prestado a lord Rudesi; a veces Lucita la interrumpía para contarle anécdotas de la Yihad de la antigua Europa, algunas de las cuales parecían interesantes y otras en absoluto. Roxana pasó con cortesía a los sueños de Rosa sobre los grandes logros y el desencanto con el Sabbat, además consiguió desviar otra divagación de Lucita acerca de los «sueños» y las «visiones».

Al Final, Roxana citó a Rosa sin rodeos: *«Nos podemos pasar un siglo y más estimando posibilidades. Después se empezó a decir que había destruido al viejo bastardo, con la ayuda de los Assamitas. Aquello nos recordó cómo Gratiano utilizó a los Assamitas cuando aniquiló al Antediluviano. Nosotros no contamos con ninguno de ellos pero sí con armas y manuales de entrenamiento, con lo que nos acabamos convirtiendo en asesinos por la causa. Como ves, nos mostró el camino. Debíamos atacar y después unirnos a ella»*.

Lucita había recuperado ya cierta lucidez.

–Ha escrito su versión de mis hazañas. Eso no es en absoluto lo que yo pretendía hacer, sobre todo si hubiera significado imitar a esa pequeña comadreja.

–¿Cuál?

–Gratiano, quién si no.

–Yo, eh... no solemos llamar pequeña comadreja al Gran Rebelde.

–Desde luego que no. Seguramente nunca has llegado a verlo y, mucho menos, a vivir en el mismo castillo que él durante años y años. No importa. Quieres que perdone tu actitud, incluso que la aplauda. ¡Pero estás equivocada! –Levantó la voz, sin importarle toda la atención que estaba atrayendo y, según parecía, sin distinguir ya más entre Rosa y Roxana–. Nunca me propuse acabar con mi sire. Él lo provocó. Yo solo me defendía. Si pudiera haberlo salvado lo habría hecho, precisamente porque no soy familia en absoluto, solo un

ancestro de la pequeña comadreja. Esto no tiene nada que ver con mi castigo.

–Aun así le enviaste sueños o al menos buscabas a alguien como ella en espíritu.

–No. Tú... buscaba visiones mías y tú tienes tanto talento que la sangre respondía cuando la llamabas. Además me enviaste visiones a mí para que me interesara por lo que te pasaba. Pero ahora que lo sé no te hubiera traído aquí. Por mí puedes seguir colgada.

Ni Lucita ni Roxana se dieron cuenta de que Simon Peter se esforzaba por aguantarse la risa. «Pues vaya una profecía», susurró y reprimió una carcajada que hubiera resultado inoportuna. Zarahustra, que permanecería en forma humana hasta que se le curaran algunas heridas más, escuchaba con atención y no parecía que todo aquello le hiciera ninguna gracia.

Lucita continuó con su furiosa arenga sobre Roxana y Rosa.

–¡Eres una estúpida! Gratiano salió impune porque las circunstancias le favorecían: la revuelta generalizada, desorganización en la fortaleza, Montano con otra de sus eternas pataletas, el fundador demasiado letárgico para defenderse a sí mismo... Incluso aunque todo hubiera seguido su curso normal, Gratiano debía esconderse de nuevo hasta que pudiera juntar un grupo de seguidores. ¿Cómo si no pensabas que yo podría organizar el gran ejército con el que soñabas? ¿Crees que solo puedo llamar a mi lado a los Lasombra más grandes o que tengo algún mundo secreto en que podemos esperar? No. Qué vas a pensar tú. Tú no haces más que soñar pero ya tenemos demasiados oráculos.

Angélica se esforzó al máximo por comprender la rabia de su dueña pero le resultaba demasiado complicado. Aquella conversación solo trataba sobre rebeliones y ese era el pensamiento que no dejaría a Angélica entender nada. Cada vez que los vampiros hablaban sobre sublevaciones un pequeño fuego se encendía en su mente, apartando esa idea con gran dolor. Se imaginó con el cerebro cubierto de cada vez más cicatrices, hasta el punto de que quizá algún día le reventaría el cráneo y se le desparramaría como la cresta de un dinosaurio. Le gustaría. Eso le parecía mucho mejor que el dolor producido por aquella fea palabra.

La discusión continuó hasta que el letargo empezó a hacer presa de ellos.

Viernes, 16 de junio de 2000, 3:02 a.m. (4:02 a.m. hora de Antioquia)

Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

Los invocadores escuchaban los últimos gritos agónicos del cazador mientras su maraña de asociaciones se iba deshilachando hasta desintegrarse. Por fin desapareció pero quienes lo habían llamado no estaban seguros de que el objetivo principal o sus lacayos hubieran sido destruidos.

–Necesitamos un noveno –sentenció el más antiguo. Su voz, que siempre había sonado firme y distante, parecía cansada ahora–. Esta magia requiere otro celebrante. –Los demás asintieron–. Mañana realizaremos otra llamada. Ahí fuera debe de haber alguien cuya alma esté preparada para oírla.

El séptimo y el octavo empezaron a decir algo pero se callaron enseguida. Empezaron de nuevo al mismo tiempo y de nuevo dejaron de hablar. El octavo hizo una reverencia al antiguo. Esta vez el séptimo habló solo.

–La llamada podría ser escuchada por más de uno.

–¿Y qué?

–Recuerda que cuando vine a ti hube de atravesar estepas y montañas junto a otros dos que bien podrían haber pasado a formar parte del círculo. Hasta que tu sueño no llegó a nosotros en Armenia no nos dimos cuenta de que solo uno de nosotros sería elegido, así que acabé con los demás antes de que salieran del letargo.

–Sí. Así son las cosas. El alma que oye debe demostrar su valía. Siempre se presenta algún desafío en el camino.

–¿Disponemos de tiempo suficiente para eso? Además, ¿podemos permitirnos perder al adecuado justo ahora? –El séptimo miró detenidamente a cada uno de sus hermanos a la cara, atravesando las sombras que los cubrían–. El fundador nos espera. No podemos permitirnos el lujo de un periodo de prueba; debemos encontrar al elegido lo antes posible.

–Ah –dijo el antiguo–, ya veo, pretendes lanzar la llamada para después...

–Deseo rastrear los ecos y ver quién responde. Yo, junto con quien quiera unirse a mí, puedo preparar los desafíos en el lugar

donde se halle y traer aquí al elegido de inmediato.

–Muy bien –dijo el antiguo asintiendo tras una breve deliberación–. Puedes ir. Pero el resto nos quedaremos para continuar el trabajo como mejor podamos.

_____ 22 _____

Viernes, 16 de junio de 2000, 11:35 p.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

El ataque de las criaturas del Abismo había sido lo bastante concentrado como para que los barcos amarrados fuera del depósito de Zarahustra sufrieran solo daños menores. Durante el día los ghouls que servían al linaje de Zarahustra trasladaron a sus miembros a fondeaderos cercanos, llevando a los vampiros (junto a Lucita y los demás) en cajones que mostraban el sello del Ministerio de Comercio. La prensa local dio una gran relevancia a la trágica violencia derivada del tráfico de drogas; los espeluznantes relatos de los investigadores de la policía explicaban cómo los ingredientes sin refinar de lo que iban a ser unas nuevas y exóticas mezclas habían explotado trágicamente en medio de lo que parecía un brutal tiroteo.

El *Latter-Day Feast* empezó a descender por el río Asi mientras sus auténticos patrones aún descansaban. Cuando se despertaron ya iban por el Egeo rumbo oeste, hacia aguas más profundas. Zarahustra y Lucita deberían pasar las próximas semanas recuperándose de los daños sufridos (las heridas eran tan profundas y difíciles de curar como las quemaduras de tercer grado o las cicatrices que deja la luz del sol). Los Matusalenes preferían hacerlo en un entorno menos complejo en un sentido estratégico y táctico.

–Además –añadió Zarahustra para explicar su estrategia–, me gusta sentir el mar. Así que allí estaban, disfrutando de la sangre de la recolecta de cuerpos de la noche anterior. La amplia familia de Zarahustra había pasado muchas noches atrapando malhechores de embarcadero y piratas fracasados, fáciles de engañar, difíciles de dejar pasar, con el fin de proporcionar a los antiguos las ingentes cantidades de sangre que necesitaban para curarse.

Angélica empezó a preguntarse si la sangre y la sombra no serían los elementos primarios del universo. En sus sueños, el cielo era de

sangre y fluía disolviéndose en la oscuridad, la cual se elevaba para después caer en forma de lluvia rosada.

La manada de Andrew se mantenía alejada de los antiguos. Desde su punto de vista, lo más sensato era mantenerse bien lejos de algo que podía causar tanto daño a los antiguos y al parecer atacarles tan directamente. No había comprendido del todo la magnitud del problema cuando la Corte de Sangre dictó sentencia, pensando que algún mal vado invocador o incluso alguna caterva de ellos no podía representar una amenaza seria para una manada cazadora que funcionaba a la perfección. Ahora se sentía más bien como el líder de una fila de hormigas que intentaba escalar una montaña. Si algún miembro de su manada había sufrido el mismo daño que Lucita y Zarahustra, estarían tan muertos y enterrados como los seguidores del paladín, las Máscaras.

Conrad se sentó en la cubierta de proa junto a Lucita y Zarahustra, disfrutando de la rociada del mar y viendo cómo se alejaban las luces de la costa turca. Se había vuelto a nublar. Desde los puertos llegaban deslumbrantes ráfagas de luz que iluminaban el toldo que los cubría. La vista era tan horripilante como las descripciones misioneras de un mundo atrapado en el pecado, lo cual complacía a Conrad. Siempre había sentido cierta atracción por lo melodramático. Así y todo, aquella noche no quedaba mucho tiempo para las cuestiones de naturaleza estética.

—Señor, señora, me pregunto si han considerado recurrir a fuerzas alternativas ahora que ya no queda ninguna Máscara.

Zarahustra detestaba pasar tanto tiempo en estado corpóreo. Era perfectamente consciente de su vulnerabilidad. Casi nada... excepto las criaturas como la de la noche anterior... podía causarle un daño grave en estado de sombra. Aquella forma era como una figurilla de cristal mal soplado temblando sobre una mesa durante un terremoto. Saber aquello le irritaba.

—Sí. Vas a proponer a tu chiquillo Andrew y su manada por la experiencia demostrada refrenando a Lucita y por incorporar ahora a la rebelde chiquilla Rosa, solicitada por Lucita. ¿Te gustaría entrenar a un cuerpo táctico para suplantar la autoridad del paladín?

—No puedo negarme a nada de eso —respondió Conrad.

—Claro que sí —dijo Zarahustra con sequedad—. Puedes hacer lo que te plazca... y pagar el precio. Prefieres no negarte porque dudas de tu capacidad para mantener una mentira creíble con la que engañar a los antiguos con un dominio desconocido de los sentidos físicos y

mentales.

Conrad se limitó a asentir.

–Dime qué respuesta habías preparado –le inquirió Lucita–, a lo que dije sobre que no se puede esperar que yo actúe con la mayor eficiencia mientras me encuentre rodeada de jóvenes y ambiciosos vampiros que ya me han atacado en el pasado.

–Esa es fácil –dijo Conrad un poco más relajada. Podría haber sido mucho peor. Lucita podría no ser consciente de hasta qué punto su comportamiento manifestaba resignación a una decisión ya tomada pero Conrad sí lo era y sospechaba que Zarahustra también.

»La verdad es que esto tiene que ser muy incómodo para ti. Te están juzgando y sabes que te observan. La presencia de vampiros conocidos me permite ser un poco más eficiente, lo cual sospecho que es del máximo interés para los jueces.

–Sí –intervino Zarahustra con hosquedad–. Lo es.

–Ya ves –continuó Conrad–, preguntaste por mí. Quieres que sea lo más solícita posible para evitar cualquier error fatal durante el juicio...

–No me hagas perder el tiempo –le interrumpió Lucita–, con fantasías triviales. Debes saber que sé que no tienes licencia para aniquilarme sin sentido. Deberías dar cuenta de tus actos pero los jueces te arrancarían hasta el último pensamiento en busca algún vestigio de sabiduría o de locura. Cíñete a lo que importa.

–Bien. –Hizo una pausa. Lucita se defendía mucho mejor de lo que esperaba; era hora de dejar de lado la retórica prefabricada–. Sí, señor –dijo dirigiéndose solo a Zarahustra–, me gustaría que la manada de Andrew se uniera al paladín y a mí.

–Muy bien. Sea.

El silencio volvió a cubrirlo todo durante algunos minutos. Por fin Lucita lo rompió:

–Alguien tiene que decirlo.

–¿Sí? –Zarahustra intentaba parecer ecuánime. Conrad pensó que era una de las cosas de más aspecto mortecino que había visto a lo largo de los últimos años–. ¿Qué crees que es lo que alguien tiene que decir?

–Señor, no necesito jugar con vos más de lo que lo hago con ella –contestó Lucita sin andarse por las ramas–. Nuestras heridas demuestran que nos acecha un peligro mayor de lo que esperaba y creo que de lo que cualquiera se imaginaba. Ahora debo hacer una pregunta obligada: ¿ha regresado el fundador?

Zarahustra asintió.

–He estado pensando sobre ello. No estuve allí para la gran diablerie, por supuesto. Nunca me interesará hasta ese punto mientras mi dominio permanezca intacto, como ha estado hasta ahora. Pero este control de las criaturas Abisales en el mundo real, a distancia, con poder suficiente para provocar todo este daño a alguien como yo... sí. Podría tratarse de Laza Omri Bara, el Dios del Río de la Oscuridad.

–¿Has puesto a los tuyos a trabajar? –Lucita había empezado a preguntar algo más pero lo dejó para más tarde.

–Así es. Están muy ocupados intentando recopilar todas las pruebas que pediste sobre antiguos refugios y tentativas recientes para comprar, vender o intercambiar extraños conocimientos mágicos.

–Bien. En ese caso... –Lucita titubeó de nuevo—. Tengo que descartar esta posibilidad. Si es el fundador, debo cerciorarme antes de suicidarme. En realidad no creo que se trate de él, pero debo estar segura. Creo que tenemos que consultar a Gratiano.

SEGUNDA PARTE: *ADENTRÁNDOSE EN LA OSCURIDAD*

_____ 23 _____

**Sábado, 17 de junio de 2000, 11:05 p.m.
Av. Río Blanco, Río de Janeiro, Brasil**

Gratiano de Veronese apenas sobresalía entre la gente elegante, aunque estuviera a medio mundo de distancia de su casa. Durante los siglos transcurridos desde que exhalara su último aliento las distintas

clases de aristócratas se habían ido entremezclando. No era impensable que algunos de aquellos cariocas, la alta sociedad brasileña, compartieran rasgos físicos, aquellos «genes» que habían desplazado a los homúnculos nacidos del esperma del cariño entre eruditos. Sin embargo, compartieran sangre o no, lo que sí intercambiaban eran ideas y culturas. Aquella era la gente a la que le resultaba más sencillo atacar. Hasta que no desplegó sus poderes solo fue un hombre normal de pelo castaño y largo que solía llevar cada temporada el segundo traje más caro de Yves St. Laurent. Destilaba seguridad en sí mismo y, como toque inusual, se giraba sin importarle que se le notara para mirar a los demás viandantes.

Llevaba media hora dando vueltas delante del Teatro Municipal. No necesitaba oír los comentarios de la gente para saber que cualquiera que le viera pensaría que era el típico don Juan que había quedado allí con alguna belleza para seducirla a espaldas de un marido entrado en años. O, si el cotilla en cuestión lo prefería, delante de sus narices. Sería muy de su estilo. Solo por si había una investigación posterior, era más probable que se preocuparan de mantenerlo en secreto que si pensaran que solo era un caballero cualquiera sin nada destacable.

Las luces blancas y rojas relucían por toda la maravillosa fachada barroca del teatro. Le recordaba los palacios de su tierra, aunque era mucho más lujoso de lo que hubieran podido permitirse jamás durante el siglo XII. Era un sueño del pasado, una máscara sobre una realidad chabacana. Aquello iba con él –le gustaba alimentarse de soñadores y esconderse en sus ilusiones–. Los titulares de prensa anunciaban con comentarios deslumbrantes una nueva puesta en escena de la ópera de Mozart «La flauta mágica». Al mirar por segunda vez, se dio cuenta de que los titulares brillaban de verdad, puesto que habían cosido unos hilos de plástico fosforescente en los tejidos. La noche anterior había asistido al ensayo general, el cual no le llamó nada la atención, aunque era cierto que si se molestaba en ir a verla era porque se trataba de una ópera muy importante. El acogedor interior del teatro no le interesaba tanto como el exterior, siempre le pasaba. A veces subía las escaleras principales de un salto repentino para después detenerse a mirar la plaza y la gente y por último bajar andando poco a poco.

Al final oía los aplausos. Eran lo bastante ruidosos como para que la gente que andaba por allí también los oyera; la audiencia era previsiblemente entusiasta. A veces se preguntaba si les gustaría de

verdad o si solo lo hacían porque les parecía que era lo correcto. En cualquier caso, era hora de ponerse en marcha. Bajó las escaleras otra vez y dobló la esquina, con una mirada decidida en los ojos. En la oscuridad que había entre las farolas del callejón para rodearse de sombras y pegarse a la pared del teatro. Su presa gozaba de una aguda visión preternatural, aunque no tanto como para traspasar su ocultación.

Tras él, media docena de muchachos y muchachas desaliñados embutidos en trajes de moda se apartaban de la gente a intervalos irregulares. A simple vista no tenían nada en común, aparte de la evidente porquería que estropeaba sus ropas. No eran los únicos en medio de toda aquella gente con una pinta tan estrafalaria (algunos habían salido perdedores de una pelea o se habían caído borrachos). Solo cuando estuvieron todos juntos se podía ver con claridad que formaban un grupo en el cual los miembros compartían una expresión de anticipación y de hostilidad, aparte del desaliño.

–Listos –susurró Gratiano desde las sombras. Era una orden, no una pregunta–. Dispersaos.

Dos de los jóvenes sacaron sendas cámaras digitales de sus abrigos y se prepararon para sacar fotos inocentes de la gente que salía del teatro. Uno de los hombres y una de las mujeres se pusieron a darse un abrazo apasionado en medio del callejón. El hombre y la mujer que quedaban se pusieron unas gafas de sol, se sacaron unos carnés de policía de la chaqueta y caminaron hasta la parte de atrás del teatro. Una vez distribuidos ya no volvieron a parecer un grupo.

La primera tanda de seguidores de ópera salió del teatro. Los taxis se apelotonaban a la salida, desesperados por aparcar en un buen sitio y metiendo prisa a los demás con todas las luces posibles. Al principio las limusinas se mezclaban entre los taxis; al cabo de unos pocos minutos, los guardias de seguridad del teatro habían despejado el carril más cercano al bordillo para los clientes más adinerados y sus lujosos vehículos. La mayoría de la gente se fue andando hacia los locales que cerraban más tarde; algunos antros sórdidos como el Amarelinho y ciertos establecimientos subidos de tono como el bar Luiz serían invadidos por la masa. Muchas de las personas que había entre toda aquella gente guapa que se aferraba a todos los estereotipos eran guapas de verdad: rasgos atractivos o bellos, cuerpos esbeltos y mentes entrenadas para desenvolverse con gracia y talento. Allí estaban, cómo no, los ricos feos o de andar por casa, pero se mimetizaban con el medio, dejando libre el escenario para los

estéticamente superiores.

Entre la multitud había una hermosa mujer que no parecía ir acompañada. Con tacones medía 1'80 y se movía con una naturalidad que invitaba a los demás a acercarse. Sus rasgos eran una mezcla de herencias común en Brasil, el legado de los conquistadores y de los propietarios de plantaciones que se habían cruzado con los esclavos y cuyos descendientes habían mantenido unas relaciones no tan coercitivas con los campesinos y los jornaleros. Estaba envuelta en un aura gélida y sus gestos eran rígidos e inexpresivos, aunque quienes se le acercaban rara vez se daban cuenta de algo más que del hecho de que se habían sentido incómodos hasta que se iba. Nadie conseguía ver lo suficiente a través de las aberturas de su vestido borgoña como para entrever las pronunciadas cicatrices y los bultos que tenía a los lados debajo de las costillas; además, el frasquito con sangre que llevaba en el monedero estaba lo bastante protegido como para que los sentidos de los humanos lo encontraran.

El olfato de Gratiano, mucho más agudo, percibió el olor de la sangre vampírica guardada. Una vez se preguntó por la mujer que se hacía llamar Octavia. Era una fría chupasangre familiarizada con las convenciones de la sociedad cainita y no cabía duda de su naturaleza básicamente vampírica. Pero... había algo extraño en ella. Gratiano, que contaba con casi mil años de experiencia en la identificación y el conocimiento de vampiros, no conseguía encajarla en ninguna de las categorías que conocía. Deseaba conocerla mejor. Y, puesto que las elucubraciones no iban muy bien encaminadas, lo mejor sería entrar en acción.

Los cámaras empezaron a trabajar.

—¡Octavia! ¡Sonríe! --le gritaban-- ¿Qué piensas de la función?

Ella les dedicó una amplia sonrisa y se les acercó para que tomaran mejores fotos. Vieron cómo fijaba la mirada por encima de sus hombros, viendo cómo los dos oficiales de policía abrían hueco, hablaban con la pareja que se estaba morreando y caminaban hacia la partes de atrás del callejón. Sabían que el hombre giraría el cuello para dejar ver unas venas que había desarrollado explícitamente para que palpitara como si portara la sangre bombeada por un corazón agitado y que Octavia olería que tanto el hombre como la mujer estaban ardiendo para producir un calor similar al humano. Todo aquello conformaba un cuadro vivo de lo más tentador.

—¡Octavia! ¡Acércate! Me gustaría sacarte una foto con la luna y el museo de fondo --le pidió uno de los fotógrafos en un tono un tanto

suplicante.

–Muy bien –contestó Octavia con otra sonrisa–, cómo no, todo por la prensa de las artes. Siempre que deletreéis correctamente el nombre de la galería. –Caminó hacia el callejón, acercándose a los fotógrafos. Estos retrocedieron tres pasos y ella también. A medida que se iba aproximando movía la mano derecha de una forma extraña a la altura de la cintura. En el anillo más grueso que llevaba en esa mano se produjo un fogonazo de luz azul oscuro y en el aire que quedaba a sus espaldas se formó un pequeño remolino.

–¡Vaya por Dios! Sospecho que vuestro telón de fondo no va a salir muy bien.

–¿Qué ha hecho?

–No juguéis conmigo –advirtió, con la sonrisa ya desvanecida–. Al menos no de esta manera. Ambos estáis fríos. Mucho más que ellos –hizo un gesto para señalar a la pareja del fondo–, además no os reflejáis en la marquesina. Sois Lasombra que habéis venido a medir mis habilidades, y os sugiero que sigáis adelante. Ya he hecho planes para esta velada.

Los dos hombres tiraron las cámaras y se retiraron enseguida de la calle, pegándose cada uno a un lado del callejón.

–¡Apartaos de mi camino, imbéciles! –gritó el que se quedó a la derecha empujando a los dos que se estaban dando el lote. Estos cayeron al suelo, formando dos bultos idénticos. Los fotógrafos se agarraron a unas escaleras de incendio para ponerse a salvo.

Octavia se quedó meditando unos segundos sobre todo aquello para después echar a correr por el callejón más rápido que los cámaras. Aterrizó sobre la pareja, que pronto se recobró de su fingida inconsciencia. No obstante, antes de que pudieran levantarse les atravesó el cráneo con el puño a ambos. La sangre empezó a manar de inmediato en un esfuerzo automático por curar las heridas, pero sería cuestión de horas.

–Esto os entretendrá de momento –dijo a los semicadáveres antes de iniciar la caza de los fotógrafos.

–¿Ahora no queréis bajar?

Se limitaron a gruñir. El de la derecha arrancó una tubería del balcón para utilizarla como arma; el otro se dedicaba a bombear a sus miembros toda la sangre de que era capaz. Saltaron al callejón sincronizados. Sus golpes eran fuertes y precisos pero antes de caer sobre Octavia esta ya había cambiado. De cada uno de los escudetes de su vestido emergió un negro brazo quitinoso más largo que sus

brazos humanos. Uno lanzó la tubería a lo lejos mientras el brazo humano correspondiente atenazaba por el cuello al que la empuñaba. El brazo recién nacido en el otro lado empaló al atacante, atravesándole el esternón con un sonoro «crack», y la garra del final del miembro se retorció para agarrarle por la columna vertebral y dejarlo allí colgando.

Los dos «oficiales de policía» sacaron la pistola y empezaron a disparar desde donde estaban. Los silenciadores amortiguaron los disparos, más que suficiente para que se camuflaran con el ruido del tráfico de la plaza. La mitad de los balazos impactaron de lleno en el pecho de Octavia, que permaneció de pie retorciéndose un poco, como habría hecho cualquier vampiro. En solo seis pasos largos (casi saltos) ya estaba sobre ellos. No pudieron apuntar bien a medida que se les acercaba, puesto que parecía rielar en el aire. Al dar el último paso se giró y dejó que los brazos extrudidos pasaran por debajo de ella para inmovilizar a uno de los pistoleros al tiempo que de su mandíbula nacían unas protuberancias que estaban a medio camino entre pinzas y colmillos. Atenazó por el rostro con sus nuevas armas al otro pistolero, golpeándolo debajo de los ojos e inyectándole un veneno cáustico bajo la piel. Ciego y agónico, era incapaz de ver ni, siquiera, pensar con claridad presa del dolor.

Instantes después ambos estaban acabados; sus cuerpos empezaron a desmigajarse mientras la Muerte Definitiva se cobraba su peaje. Octavia retrajo los miembros y los colmillos y continuó deleitándose mientras volvía por el callejón, mirando en todas direcciones, pues sabía que el observador no debía de andar lejos. Después de decapitar a la pareja caída y a los fotógrafos miró a su alrededor por última vez.

—Sé que estás ahí. Sabes ocultarte bien. Dime, ¿esto te hará la misma gracia cuando le cuente a tus compinches los Toreador cómo los Lasombra respetan los pactos para mantener la paz? —Al no recibir respuesta alguna, subió por la escalera de incendios del teatro y desapareció por los tejados del centro de Río. Sin duda tendría que arreglar en alguna parte el vestido destrozado para después regresar a las calles sin demora.

Gratiano emergió de las sombras solo cuando Octavia se encontraba ya lejos. Ahora aquello se ponía interesante. Había oído historias inverosímiles acerca de los poderes de transformación de Octavia, pero ninguna le hacía justicia. Ahora parecía evidente que o bien era un miembro del clan Gangrel o había aprendido su arte de

transformación en algún momento de su existencia (en alguna época lejana, a juzgar por la precisión con que se manejaba). Valdría la pena plantear algunos interrogantes entre sus conocidos para ver si sabían de algún linaje tan canallesco como el de Octavia. Estaba claro que las manifestaciones de la araña estaban surtiendo efecto. Ahora, cómo volver a ponerla a prueba...

Oh, sí. Conectó su teléfono móvil y tecleó un número de marcación rápida.

–Han caído los seis. Eliminad las pruebas de inmediato.

Colgó antes de que el lacayo que estaba al otro lado de la línea tuviera apenas tiempo de empezar un apresurado asentimiento.

_____ 24 _____

Domingo, 18 de junio de 2000, 1:40 a.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

Lucita miraba a Angélica con curiosidad mientras el piloto permanecía tumbado sobre el techo de la cabina del yate. Angélica estaba haciendo unos extraños gestos con las manos, pequeñas vueltas y espirales que hacían sospechar a Lucita que Angélica se imaginaba pilotando un avión. Sin embargo, en la mente de la piloto no quedaba casi nada que su ama pudiera interpretar como razonable.

«*Volando por la sangre emergiendo de la sangre volviendo a la sangre los cables del alerón los cables de los tendones el movimiento de un cuerpo diseccionado cadáveres encadenados por la sangre y elevándose en un aire negruzco...*». Solo se oía un balbuceo de pensamientos que orbitaban alrededor de unas cuantas imágenes obsesivas. A Angélica se le daba muy bien hacer frente a la rutina (alimentarse, arreglarse y demás) aunque a veces necesitaba la ayuda de alguno de los demás ghouls para superar los imprevistos. Todo cuanto caía en la espiral de aquella rutina solo podía convertirse en locura.

–No tengo tiempo para eso –le dijo Lucita a Angélica–. Debes de tener alguna tarea que hacer y debes estar lista para hacerla tan pronto como Conrad y yo estemos listas para partir. Imponete una disciplina o de lo contrario tendré que imponértela yo. –Se alejó dando pasos cuidadosos, pues sus huesos y músculos aún estaban hechos

jirones.

* * *

Días atrás Angélica se había quedado mirando cómo el sol se hundía en el mar, ardiendo durante el descenso hasta que por fin se apagaba y todo se quedaba oscuro, como un coágulo de sangre. Ahora la luna se encontraba en su cénit (¿estaría ahí ya o es que acababa de aparecer?) y se resquebrajaba para dar a luz a un nuevo sol. El rostro de este ardía con un fuego negro que arrojaba crueles e inhóspitas sombras de un resplandor blanco virginal con las que inundaba a Angélica. En el centro de aquel sol se dibujaba el rostro de Lucita, con el ceño fruncido. De sus colmillos goteaba un veneno de color rojo purísimo que absorbía la vitalidad del suelo y el agua en que caía; allá a donde Angélica mirase el mar rebosaba de peces que habían muerto por la rabia de Lucita.

–Imponte una disciplina –ordenaba el colérico sol a Angélica, que así hizo. Se abrió el pecho para extirparse los órganos de la rebeldía, que arrojó al suelo para que el veneno cayera sobre ellos. Después se empezó a sacar los órganos de la confusión, hasta que vio lo que el sol le hacía a las vísceras de la rebeldía. No morían. De hecho, florecían con un radiante follaje de tonos grises y multicolores. Los insectos muertos salían de entre las rendijas de la cubierta del yate para libar el veneno-néctar de las flores de los órganos. Sin duda aquello no podía salir bien, de modo que se cerró el pecho, dejando de momento los órganos de la confusión en su sitio y concentrándose en el problema de la rebelión.

El siguiente paso era arrojar por la borda las entrañas de la sublevación. Cayeron sin problemas pero rebotaron sobre la superficie del mar, cada vez más alto hasta aterrizar de nuevo sobre la cubierta. Estaba claro que aquello no iba a funcionar.

–Tu almuerzo –dijo un hombre a sus espaldas. Angélica se giró y vio a Trasaric, el sastre, que llevaba en la mano un plato de la cocina. El jardín de la rebelión se abrió para dejarle paso.

–Oh, gracias –dijo Angélica–. Ten cuidado con las abejas. Quién sabe si les gustaría probar alguna otra cosa.

Trasaric miró con expresión confusa más allá de las flores, asintió con la cabeza, y echó a andar. Hacía como que no veía las cosas más importantes que rodeaban y llenaban a Angélica, quien no podía imaginarse por qué. Quizá aquello fuese una prueba más. Se preguntó

si todos los ghouls pasarían por lo mismo pero parecían guardar celosamente el secreto. Ninguno hablaría del tema con ella. Las flores salían de pronto a la superficie y le arrebatában un poco de sangre, dejando el suelo de la cubierta moteado de gotas. Cuando Lucita intentaba recogerla las abejas la picaban. Estaba hambrienta y empezó a desear no haberse abierto nunca el pecho. Pero ahora que los órganos estaban fuera tendría que hacer algo con ellos, pensaba.

De repente le llegó la inspiración. Cogió la víscera que tenía más cerca y la partió enseguida en cuatro pedazos que se introdujo en la boca. Después de masticarlos un poco y tragárselos empezó a sentir que el estómago extraía la esencia maligna y conservaba los nutrientes que la rebeldía había robado para alimentarse. Animada por su propia ingenuidad, se comió el resto de las entrañas. Las abejas y demás insectos comenzaron a picarla con una violencia cada vez mayor hasta acabar con ella; después se aburrieron o abandonaron para salir hacia otros lugares en los que estar muertos de nuevo.

Martes, 20 de junio de 2000, 11:19 p.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

Lucita y Zarahustra volvieron a sentarse en la proa del yate. Este último se había recuperado lo suficiente para adoptar forma de sombra y permanecer así durante minutos e incluso horas, pero decidió mantenerse en forma humana hasta que por fin pudiera pasar a forma de sombra de manera permanente. Ya se habían tomado la ración extra de sangre y ahora estaban concentrados en el doloroso proceso de sanar las peores heridas. Las sillas de la cubierta tenían unas protecciones para evitar que sacudieran las piernas espasmódicamente, dado que todo lo que quedaba por fuera de los huesos crecía de nuevo. Así, ambos habían necesitado a los ghouls para contenerlos porque las sacudidas podían estropear los nuevos tejidos y echar a perder las energías de toda una noche.

–¿Y...? –dijo Zarahustra dejando la palabra en el aire.

–Y... –contestó Lucita meditabunda–. En realidad no tengo ni idea.

Cerró la mano herida deseando que dejara de picarle.

–Al menos sabes dónde se encuentra. –No era una pregunta.

–Oh, sí, desde luego. Ha estado en Río de Janeiro durante al menos cinco años. Timofiev me dijo que estaba pensando en enviar algún día al chiquillo de Conrad para entrenarse, antes de que todo esto empezara.

–De modo que irás para allá, te presentarás y le pedirás que te relate su momento más glorioso. Él, por supuesto, estará encantado de hacerlo y ni te pedirá que le pagues ni te pondrá pegas cuando te marches. Al menos así es como yo he entendido el plan hasta ahora.

–Suenas muy mal, ¿no es así?

–Sí, cierto. Tanto que si se te ocurre hacerlo me sentiré obligado a anunciar a los demás jueces que intentas suicidarte con el fin de eludir tus obligaciones.

Lucita se giró tanto como le permitieron las protecciones para mirar a Zarahustra a la cara.

–¿Hablas en serio?

–Tanto como jamás lo he hecho. Yo también conozco a la pequeña comadreja, como tú le llamas, y pese a que no siento un gran respeto por su persona y menos aún por su inteligencia sí que respeto su poder. No puedo imponerme ante él (no podía ni siquiera cuando era un neonato, así que mucho menos ahora que alberga el alma del fundador). Tú tampoco. Si te presentas así, pidiendo favores, te aplastará y desafiará a la Corte para obligarlo a someterse. Lo sabes tan bien como yo y esta vez no tengo libertad para perdonarte si te suicidas. Primero tienes una condena que cumplir.

–Ya veo. –Lucita se inclinó hacia atrás, intentando encontrar la postura que menos le molestara.

El problema era que en realidad no contaba con opciones que le parecieran mejores que su idea primera de verse a solas con Gratiano. Podía llevar con ella a Conrad y los demás pero todos ellos estaban separados de la sangre del fundador por más generaciones que Lucita, menos capaz de resistirse a la voluntad de Gratiano. Incluso los jueces que habían condenado a Lucita carecían de la libertad de acción necesaria. Por tanto... se hacía necesario cambiar las condiciones del compromiso. Pero ¿cómo?

Podía presentarse de incógnito. Gratiano nunca se había destacado por su capacidad de percepción y Lucita sospechaba que él no querría rodearse de consejeros o seguidores capaces de hazañas que superaran sus posibilidades. Pero Lucita no podía pensar en nadie de quien se pudiera disfrazar y con quien Gratiano estuviera

dispuesto a colaborar. Estaba claro que los cardenales no le iban a dar permiso para poner en práctica esta farsa, y mucho menos a interceder por ella.

Si al menos contara con alguien que controlara su estado de ánimo por si daba con alguna señal de manipulación... pero eso también acarrearía problemas. Ninguno de sus posibles compañeros de viaje contaba con una sangre tan fuerte para derrotar su resistencia innata y el cariz que iba tomando todo aquello le impedía incluso elegir someterse por voluntad propia a un acto de dominación perfectamente perfilado. La sangre no le dejaría. Podía establecer un lazo de sangre con Conrad o cualquier otro y pasar a depender de las vagas impresiones que fluían a través de él de súbdito a dominador. Solo que prefería perecer a arriesgarse a acabar sus días así. De hecho no tenía ni un solo motivo para esperar recuperar en el futuro su libre albedrío en tales circunstancias. Allí no había nadie a quien confiaría semejante poder.

Por supuesto, quedaba otra alternativa. Tenía entendido que los vínculos creados durante el rito de la Vaulderie del Sabbat le permitían compartir sensaciones y conciencia, al menos en ciertos casos. Pero, ¿cómo podía ceder ante aquel acto que definía a sus enemigos como una secta? No. Debe haber otra respuesta, en algún lugar.

* * *

Sus silenciosas deliberaciones se vieron interrumpidas por la llegada de Gustav, un tímido investigador que había estado estudiando el comercio del saber taumatúrgico. Presentaba el aspecto de un guerrero vikingo, alto y con una larga y espléndidamente lisa cabellera rubia, pero daba la impresión de que estuviera todo el tiempo esperando a que alguien fuera a meterse con él. Se movía con cautela y sin dar señales de tener ningún tipo de poder sobrehumano. Lo que sí tenía era una de las mentes más analíticas que Lucita había encontrado desde que puso a su servicio a Willa Gebenstaler. Podría haberse mostrado muy temeroso de Lucita pero también era cierto que poseía información que ella necesitaba, y por lo menos él apreciaba su valor en aquel contexto en concreto.

—Disculpa. Tengo los datos que me pidió. Al menos algunos de ellos. —Hizo un leve gesto con la pila de carpetas que llevaba en la mano.

—Gracias, Gustav —dijo Lucita con toda la paciencia de que era

capaz en aquellas circunstancias--. ¿Traes alguna novedad?

--Para empezar, durante los últimos veinticuatro meses, puedo documentar cuarenta y ocho transacciones con probable significado taumatúrgico llevadas a cabo por agencias de subastas administradas por humanos, setenta y dos con una probabilidad de tener igual significado mayor del setenta y cinco por ciento, aparte de ciento diecinueve con...

Zarahustra ahorró a Lucita la necesidad de interrumpirlo.

--¿Tienes alguna pista?

--Hum... no estoy seguro.

--Cíñete a aquello que sepas con total certeza --le recomendó Zarahustra-- y empieza a trabajar por ahí.

--Aparte de las doscientas treinta y nueve transacciones mediadas por humanos, se obtiene un total de ochenta y una operaciones de referencias taumatúrgicas comprobadas o probables dentro de...

--Cíñete a aquello que sepas con total certeza y que sea relevante.

--Er. Sí. --Gustav rebuscó con torpeza entre sus papeles--. Vamos a ver. Ya descartamos la mayor parte de tales operaciones gracias a...

--Se dio cuenta de que ambos antiguos lo miraban con evidente impaciencia--. Tenemos catorce candidatos para hacer negocios con la cultura de lo oculto relacionada con los Lasombra dentro de los últimos veinticuatro meses.

--Gracias --dijo Zarahustra--. Es un buen punto de partida. Ahora, ¿qué más nos puedes decir acerca de esas operaciones?

--Cinco de ellas eran tratos entre Sabbat de los que tenemos información. Si es necesario, puedes ordenar un interrogatorio pero una investigación preliminar sugiere que se dedican a temas rituales conocidos. No existen pruebas de la implicación de la clase de experto investigador que requiere el fenómeno que nos ocupa... --Vio sus caras de impaciencia y siguió hablando a trancas.

»Pues eso. En total. En tres de ellas hay un comprador o un vendedor dentro del Sabbat y un socio de fuera. Como es de esperar, hemos escudriñado este conjunto de negocios más de cerca. Estos tres tratos tienen el mismo punto de partida: la biblioteca del cardenal Monçada. Tres consistieron en lamentables lapsos de seguridad durante al menos dos semanas tras el suceso, cuando, oh... --de repente Gustav se acordó de con quién estaba hablando--. Hum, lo siento, mi señora, no pretendía abrir viejas heridas.

--Continúa. --Lucita le hizo un gesto con la mano.

–Eh, claro. Total, tres operaciones referentes a la biblioteca del cardenal. En realidad una llegó a manos de los Tremere en el norte de España y después regresó a las del Sabbat. Imagino que alguien debió de sufrir por ello. No hemos sido capaces de establecer con claridad cuál era el contenido exacto de los documentos relacionados, pero sabemos que dos de los compradores carecen de las nociones básicas de lo oculto que exige el misticismo elevado del Abismo y que el tercer comprador lleva mucho tiempo oponiéndose a relacionarse con el Abismo más de lo necesario. Por supuesto, vigilamos todo esto pero esperemos que ninguno de estos casos acabe siendo demasiado relevante.

Apartó una de las montañas de carpetas y acercó la siguiente.

–Pues bien, esta es la octava de catorce. Todavía quedan seis. Cinco de las transacciones tratan sobre todo o exclusivamente de la cultura Assamita, lanzada al mercado en los inicios de lo que quiera que haya estado entorpeciendo la erudición en Alamut. –No se percataba del alarde de calma de Lucita, quien no pensaba ponerse a discutir sobre rumores de cismas y de chiquillos Antediluvianos salidos del letargo con alguien como Gustav–. Sabemos, desde luego, que algunos de los «visires» llevan mucho tiempo interesándose por nuestras tradiciones, pero ni uno solo de los compradores cuyas identidades podamos averiguar ha demostrado poseer ninguna aptitud para el misticismo Abisal.

–Identidades... –Zarahustra dejó que la palabra flotara en el aire.

–Eh, sí. El quinto comprador recorrió la red de relevos más compleja que he visto desde que intenté romper la cadena de Lucita... oh, dios mío. –Gustav retrocedió, dejando caer los papeles para protegerse con los brazos.

–¡Oh! –Lucita sonrió–. Eras tú en 1962.

–Así es, mi señora, era yo.

–Lo hiciste muy bien. De hecho, solo tenías dos vínculos que seguir.

–Caramba, quiero decir, gracias. Hum, pues eso. –Recogió sus papeles–. Bueno, tenemos al mismo equipo intentando atrapar a este comprador, así que ya veremos que sacamos de todo esto.

–¿Qué puedes contarnos sobre el otro caso? –preguntó Zarahustra en tono tranquilizador.

–Cultura Setitas –contestó Gustav con brusquedad–. Quiero decir, los vendedores eran Setitas antiguos que emigraron de Egipto después de lo que parecen ser las usuales enemistades entre

facciones de clanes. Podría tener algo que ver con la cultura Lasombra, pero todavía es pronto para asegurarlo, además se encuentran muy abajo en nuestra lista de prioridades.

–En otras palabras, que no tienes ninguna pista. –Ahora la pierna y el brazo le picaban con mayor intensidad, lo que le hizo sentirse bastante poco caritativa.

–Eso es, eh, básicamente cierto, mi señora. A menos que las últimas investigaciones aporten alguna luz, no tenemos ninguna señal del tipo de negocio que ahora nos ocupa.

–Gracias, entonces. Esto es todo. –Lucita cerró los ojos y escuchó cómo se alejaban los pasos de Gustav.

_____ 26 _____

Viernes, 23 de junio de 2000, 2:30 a.m.

Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

–Muy bien, creo que estamos preparados. –Andrew y su manada se habían desplegado alrededor de Rosa en la cubierta de popa del yate. El resto de la tripulación les había dejado espacio y había colocado unas cuerdas para delimitar un cuadrilátero de tres metros cuadrados justo al fondo de la cubierta. Andrew se encontraba dentro del ring; Rosa estaba tirada sobre el suelo de la cubierta, con las muñecas y los tobillos esposados. Los demás estaban apoyados en los cables, expectantes—. Barry, la valoración de tu capacidad profesional, por favor.

Barry no estaba contento al respecto y Andrew lo sabía.

–No creo que pueda darte una evaluación justa. Hemos intercambiado tanta sangre que ahora mismo estoy muy vinculado a ella. Habrá que intentarlo para poder hablar.

–Muy bien, entonces. –Andrew llevaba unas mallas de corredor (bien ocultas por los tentáculos de sombras que solía mantener en posición vertical) y una camisa de redecilla con dos pequeños bolsillos de botón. De uno de ellos sacó una llave y la dejó caer delante de Rosa. «Aquí». Sin mirar, se colocó detrás de él. «Simon Peter, por favor». El mago le dio dos navajas automáticas iguales; sacó una de ellas y puso la otra junto a la llave. «Ya está».

Rosa se retorció para alcanzar la llave y después se soltó los

tobillos y los pies. Llevaba puesto el mismo atavío de deportista que Andrew. No tenía dónde esconder nada... aunque tampoco es que tuviera algo que ocultar. Con un golpecito del pie hizo el cuchillo saltar hacia arriba; lo cogió y lo abrió despacio.

–¿Y ahora qué, estimado líder?

–Intenta tu mejor ataque. –Andrew separó bien las piernas. De repente lanzó el cuchillo al aire, haciendo que describiera una parábola a medida que daba vueltas. El otro lo cogió y se lo devolvió, así una y otra vez. Rosa lo observó el tiempo suficiente para coger el ritmo y después se concentró en los ligeros cambios de postura de Andrew. Aún no estaba acostumbrado a mantener el equilibrio sobre un barco, por lo que de cuando en cuando, dadas las inconstantes sacudidas, debía esforzarse para permanecer de pie. Sabía que Rosa contaba con una experiencia en el mar mucho mayor y que debía de estar analizando los puntos débiles de los que él apenas era consciente. Aquello lo aterrorizaba, pero no podía arriesgarse a mostrar miedo. Y además, necesitaba saber de alguna manera qué era lo que estaba en juego.

Rosa dio una vuelta completa alrededor de Andrew. Pensó en girarse para mirarla, pero decidió no hacerlo. Que vuelva. Rosa querría ver su propia cara cuando diera el primer paso, pensó.

Tenía razón. La primera embestida no se hizo esperar. Sacudía el cuchillo adelante y atrás, con movimientos altos y bajos, unos admitidos y otros ilícitos, y entonces le tiró a los pulmones. Andrew sintió cómo la punta se le clavaba entre las costillas y se le quedaba peligrosamente cerca del corazón (lo bastante cerca para presionar los tejidos que quedaban por encima y lanzar una pequeña marea de sangre por todo el torso). Le dolía tanto como se había temido, incluso aunque se esforzaba todo lo posible por ignorar los impulsos nerviosos. Rosa empezó a atacar de nuevo, pero no lo consiguió. Con un gáñido de dolor, retiró el cuchillo y lo dejó caer.

–Soy incapaz –declaró, aguantándose las lágrimas.

–Si lo deseas puedes intentar tu segundo mejor ataque. –Andrew no hizo ningún esfuerzo para evitar sonar desdeñoso. Curar el navajazo llevaría solo un momento. Decidió arrancarse la camisa y dejarla ver con claridad su pecho intacto de nuevo.

–No. Es inútil. ¡Maldito seas! –le gritó de repente, no a Andrew sino a Barry– ¡Gilipollas de mierda! ¡No eres bueno en absoluto en esto, joder, es solo que tienes suerte!

Barry meneó la cabeza.

–Yo no lo creo así. Andrew no lo cree así. El cardenal no lo cree así. Ni siquiera importa lo bueno que yo sea o lo vulnerable que seas tú, hija del Sabbat para su desgracia. No se trata de suerte, es que estás muy vinculada.

Andrew asintió.

–Yo no esperaré los pocos ritos que hemos tenido para apartarte del golpe mortal cuando tuviste tan gran oportunidad. Pensé que tendrías que hacer mucho más que esto después de dejarte empezar. En el futuro deberé recordar lo bien que te adaptas a la sumisión.

Rosa se estremeció. La hoja de la navaja, que aún estaba fuera, hendió el aire tan rápido que se oyó un agudo gemido. Cargó de nuevo contra Andrew, pero se le cruzaron los pies y cayó al suelo de la cubierta, quedando a tan solo dos pasos de Andrew. «Maldito seas».

Andrew se acercó para situarse justo encima de ella. La Bestia se revolvía y no hizo nada por reprimirla. En su imaginación, sus brazos se convirtieron en las extremidades de un ser similar a un hombre-lobo o a un hombre-simio, de aquellos que aparecían en las películas de terror que tanto amó un día. Cogieron el cuchillo por el puño con las dos manos y lo empujaron hacia abajo. Pero los puntos más débiles de Rosa (las venas y arterias a flor de piel y el corazón, más hondo) irradiaban una luz como proveniente de un espejo. Para la Bestia era como abalanzarse sobre sus propias venas y corazón. Era inconcebible e inaceptable si fuera imaginable. El resto de Rosa era blanco fácil y la Bestia le taladraba los hombros y las clavículas, dejando rastros de sangre. A medida que iba quedando más debilitada por el ataque de frenesí, los reflejos del espejo se iban expandiendo hasta que por fin la Bestia huyó de la mente con indignación, dejando a Andrew sosteniendo la navaja con calma.

–Me gustaría coger esto –movió el cuchillo en un lento semicírculo– y rebanarte el cuello para ver cuánto dura tu cabeza antes de que la Muerte Definitiva te lleve. Pero, sabes, yo tampoco puedo. No necesito que me caigas bien, bien lo saben todos los poderes. Pero formar parte de esta manada significa que no puedo liquidarte sin más. De modo que ¿estarás dispuesta a hablar conmigo como un adulto?

Rosa le miró desde el suelo.

–Quien calla otorga –dijo Andrew coloquialmente–. Se hizo muy pesado oírte vociferar y delirar sobre cómo nos enseñarías a todos, durante toda la travesía por el Atlántico. No fue mucho mejor toda

aquella palabrería acerca de cómo ibas a acabar contigo misma para huir de nuestra tortura, todo el tiempo desde España hasta aquí. Quizá algún día de tu boca salga algo que merezca la pena escuchar. Pero no aquí. --Le tendió una mano--. Vamos. Levántate. Es hora de que te reúnas con tu creador o algo así.

Rosa se puso en pie, sin decir nada y rechazando su ayuda con cautela. Sanar las heridas le llevó menos de un minuto. A Andrew le alivió comprobar que el cuchillo se quedó en el suelo.

--Nunca me creíste cuando te conté porqué te bajamos de la cruz. Bien, ven conmigo.

La rodeó muy amablemente por el hombro y la acompañó fuera del cuadrilátero, después cruzaron todo el yate hasta llegar a la proa. Habían llegado la noche anterior y en realidad él solo había hecho ese recorrido una vez. Pero Andrew se había estudiado los mapas de antemano pues de ninguna manera pensaba parecer ahora desinformado delante de Rosa.

--Tienes a Lucita en un barco cargado de Sabbat. --La voz de Rosa rezumaba desdén.

--Vaya, no, no es él --dijo uno de los vampiros que estaban sentados en las sillas mirando por la proa del barco. Era una voz de mujer que Rosa nunca había oído antes. El rostro que se había girado para mirarla le resultaba muy familiar. Era el que llenaba la galería de retratos que había acumulado después de concebir el plan de su propia sublevación. La gran rebelde permaneció sentada con tranquilidad, bebiendo de vez en cuando de un tazón de porcelana lleno de sangre fresca. En la silla de al lado, un griego bebía de un tazón idéntico. Sonrió levemente a Andrew y Rosa, pero no dijo nada. Lucita prosiguió--. Son todos, el conjunto. O Zarahustra, como actual representante de los Amigos de la Noche y la relevante Corte de Sangre. Tu Andrew es solo una pieza de todo este mecanismo, aunque de inestimable valor.

Rosa pensó en algo que decir, pero no se le ocurrió nada. Abría y cerraba la boca igual que un mortal que hubiera entrado en shock.

Lucita continuó evaluándola.

--De modo que sueñas conmigo. --Rosa se esforzó para asentir con la cabeza--. Y yo soñé contigo, en la cruz. ¿Tienes antecedentes de comunicación psíquica? --Rosa meneó la cabeza--. Imaginaba que no. Zarahustra, aquí presente, me recomienda tener en cuenta a los augurios, los cuales son la voz del mundo que será, que nos habla para que podamos hacerlo a su debido tiempo. A veces el mundo nos

mente, ya sabes, pues no muestra visiones de lo que no es o de lo que no será para que así, engañados, hagamos lo que en realidad sucederá. ¿Crees que el mundo me mintió a mí sobre ti o a ti sobre mí?

Por fin Rosa encontró algo que decir.

–No lo sé.

–Eso te sitúa por delante de la mayoría de los que pisan este barco –dijo Lucita– ¿Qué es eso que sabes que no sabes?

–No sé nada sobre ninguna de nosotras. Yo... esto no es lo que yo...

–¿Percibiste falsas visiones?

–No. –Rosa hizo un gran esfuerzo para poner la mente en orden. A Andrew le parecía de lo más divertido—. Yo... no tuve más que dos visiones de ti, una cuando Monçada cayó en los brazos de su monstruo y otra cuando estabas en camino, en algún lugar del desierto. Al resto las esperé. Tus proezas se hicieron tan famosas que pensé que querías que las tomaran como ejemplo. De modo que mis hermanos de sangre y yo, excepto el mierdecilla cobarde de Niccolo, decidimos tomarte como ejemplo y después seguirte. Salimos a buscarte para pedirte consejo. Liderazgo. Pensamos...

–Pensasteis que yo había decidido establecer un Sabbat moderno y que os convertiríais en los apóstoles del nuevo Gratiano.

–Sí. –Andrew miraba cómo Rosa escudriñaba a fondo a Lucita. Podía ver la amplitud de las heridas de Lucita que aún no habían sanado y debía de estar preguntándose cuál sería la situación actual. Andrew se admiró de lo rápido que recuperó la compostura; por muy confusa que se sintiera, no se le notaba nada, solo a través de su aura y, además, solo un observador muy curtido se percataría.

–No correrás esa suerte. Estoy aquí de acuerdo con los protocolos del clan, por un asunto que concierne al mismo. –Lucita habló como si todo fuese muy sencillo. Andrew se dio cuenta de que Lucita no quería que Rosa supiera cuáles eran las circunstancias que ahora las habían reunido y escribió una nota mental para conversar más tarde con Lucita y Zarahustra. No serviría de nada decir mucho más ni mucho menos de lo que ellos querían que dijera—. No obstante, se te concede la oportunidad de vigilar de cerca a los revolucionarios.

–Lucita se dio media vuelta para mirar de nuevo el mar—. Pronto saldremos para celebrar una reunión con Gratiano de Veronese. Deberías venir con nosotros.

Andrew le hizo una reverencia sabiendo que ninguno de los

antiguos llegaría a ver algo así, consciente de que ninguno de ellos necesitaba ojos para sentir cosas como esa.

–Gracias, Su Excelencia, mi señora. La veremos en...

–Un momento –interrumpió Lucita, mirando aún hacia delante–. Llevad de nuevo a Rosa con los ghouls. Deseamos seguir hablando contigo, obispo Andrew.

–Muy bien, mí señora. –Andrew hizo un gesto con la mano a dos ghouls para que se acercaran–. Llevadla con mi manada y ocupaos de que participe en los ejercicios de la noche. Decid al sacerdote que aplique su juicio con disciplina. –Los ghouls le hicieron una reverencia y se llevaron a Rosa. Una vez que esta se hubo ido, Andrew cerró las manos y esperó en una militar posición de descanso.

–¿Le has contado lo que ocurre? –le preguntó Lucita.

–No, mi señora.

–¿Apostarías tu vida?

Andrew se quedó callado pensando una respuesta. Había hostigado a Rosa algunas veces, igual que los demás. ¿Habrían llegado a comentarle algo sobre la captura de Lucita?

–Con reservas, mi señora.

Lucita se rió.

–¿Qué reservas vas a presentar ante una destrucción inminente, obispo?

–En ningún momento ni un solo miembro de mi manada ha discutido directamente el plan del cardenal Timofiev para daros caza, ni las circunstancias de vuestra captura o juicio, ni ningún otro acontecimiento desde entonces.

–Pero...

–Pero hemos hablado de vuestros aparentes puntos débiles y nuestra capacidad colectiva para venceros en combate. No puedo garantizaros que no disponga de información suficiente para esbozar por sí misma un esquema de esta situación.

–De modo que no apostarías tu vida. ¿Preferirías perder algún miembro en lugar de morir?

–A mi señora le gustan las bromas macabras.

–De hecho tu señora hace bromas macabras, sí. ¿Hasta qué punto dudas que hablas cuando no te corresponde con una presa de la secta a la espera de juicio? –En la voz de Lucita y a no quedaba rastro de jocosidad.

–Tengo grandes dudas, mi señora.

–Gracias, obispo. Y ahora que hemos aclarado este asunto, si tú

o cualquier otro miembro de tu manada comunica directamente mi situación a Rosa, te destruiré con mis propias manos.

Andrew tragó saliva reflexivo.

–Sí, mi señora.

–Querrás saber por qué.

–La verdad es que sí, mi señora.

–Supongo que entendiste lo que quise decir con aquello de «controles experimentales». Tu sire me ha dicho que te interesan los temas científicos.

–Así es, mi señora.

–Entonces, bastará decirte que deseo que Rosa sea mi control experimental en nuestra investigación. Esto es todo.

–Sí, mi señora. –Andrew hizo una reverencia y se fue.

* * *

El *Latter-Day Feast* continuó con su no tan aleatoria travesía por el este del Egeo. No apareció ningún delfín para saltar junto a la proa y los tiburones de la zona habían aprendido que la permanente mancha de sangre sobre el agua indicaba un grave peligro. Así, el mar permaneció silencioso y en calma.

–Siento curiosidad –dijo Zarahustra cuando una nube cruzaba la luna.

–¿Sobre qué?

–¿Cómo demonios llegaste a hacerte pasar por un antiguo con responsabilidades, en cualquiera de las sectas?

–Me temo que no te entiendo –respondió Lucita, mostrando una franca confusión.

–Estabas demasiado dispuesta a dar información, a ambos de los hijos que estaban allí.

–¿A eso lo llamas «demasiado dispuesta»? Yo pensaba que era más como «regia objetividad imperativa».

–Entonces, podría tener que ver con por qué te capturaron tan pronto después de conseguir otro socio.

Lucita adoptó un tono formal, aunque siguió cómodamente repantigada.

–Noble señor, me presenté ante vos como una hija de sangre en busca de la sabiduría, que es el alimento que hace crecer a nuestra especie. Así como Caín vio en la oscuridad sin Dios, yo veré en las tinieblas. Sed mis ojos.

–Muy bien. Me alegra que aún haya quien recuerde el protocolo. Sea, pues. –Zarahustra se giró un poco para dejar ver una mayor porción de su flanco herido a la primera brisa de la mañana–. Has dado a entender tus motivos a Rosa y a Andrew; en ambos casos bien porque han sido declaraciones afirmativas y mal porque faltaba cierta información que buscaban.

–¿Y?

–Esa información rebaja el concepto que ellos tienen de ti. Si les dieras órdenes eficaces desaparecerías por completo del terreno de la voluntad individual. ¿Es que de niña no seguías las escrituras en la iglesia? «A uno le digo *Ven* y viene y a otro le digo *Ve y va*». El centurión comprendió el principio de la sumisión y lo reconoció trabajando en el Segundo Caín, a quien los mortales llaman el Cristo. Debes ser menos humana, más divina en tus operaciones.

–Entiendo.

–No, no lo entiendes. Pero pensarás en ello y quizá te guiarás por ello sin pensar que te observo. El miedo no es un motivo que valga tanto la pena como el orgullo, pero servirá hasta que aceptes mejor tu naturaleza primitiva. Esta clase, por supuesto, te la daré en otra ocasión.

–¿Pretendes aleccionarme en los Caminos de la Moralidad?

–Ahhh. Sabes que utilizar ese término pasado de moda no cambiará mi punto de vista. Pero sí, en otro momento hablaremos acerca de tu universo moral. Sin embargo, no será esta noche. Por ahora, basta decir que deberías dar más órdenes y evitar parecer que das explicaciones.

–Comprendo.

–No, todavía no. Atención, con eso basta por el momento.

Domingo, 25 junio de 2000, 11:54 p.m.
Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

Era la primera noche que Lucita se despertaba sin sentir dolores extraños o rigidez en las piernas. El brazo le llevaría más tiempo; Zarahustra, que había tenido mejor suerte forzando el proceso de curación, acababa de recuperar todas sus fuerzas. Aquella noche

Lucita caminó y caminó y caminó, dando incontables vueltas alrededor del yate, reajustando el sentido de plena movilidad. De cuando en cuando se detenía para realizar un entrenamiento corto con el que ponía a prueba su capacidad de salto, de giro y de pasar de las secuencias de ataque a las de defensa.

Conrad caminaba a su lado, observando, sin decir nada durante la primera hora. Al final, justo antes de medianoche le hizo la pregunta que le había venido corroyendo desde que se levantara.

–¿Crees que sobrevivirás?

Lucita no interrumpió sus ejercicios, unos pasos de esgrima que había aprendido justo antes de estallar la Revolución Francesa. Ahora era un ataque obsoleto pero todavía resultaba efectivo contra parejas de enemigos, además a veces causaba un gran efecto sorpresa. En sus recuerdos, los remotos compases de un clavicordio tocado bajo la luna bretona acompañaba esos pasos.

–Todo se acaba, Conrad.

–Ya sabes a qué me refiero. ¿Esperas salir indemne de este juicio? Si es que sí, ¿qué piensas que pasará después?

En medio de una serie de embestidas y fintas, Lucita respondió con toda tranquilidad:

–No lo sé.

–Muy bien, entonces ¿qué sabes?

–Sé que pocos vampiros duran tanto como yo. No pienso que haya límites naturales que dicten cuánto podemos durar, pero las cosas nos arrollan a su paso. Sobre todo unos a otros. Nosotros...

–Eso no responde a mi pregunta. --Lucita seguía dando vueltas e incluso empezó a dar unos pasos de inicio de ataque antes de refrenarse. A Conrad se le dibujó una dentada sonrisa--. Me alegra que recordaras cuál era tu situación antes de empezar a sacar sangre y no después.

–¿Interrogarme de esta manera es parte de tus obligaciones?

–Es tarea de Timofiev y mía. ¿Prefieres continuar la charla con él?

No cabía duda de que se trataba de una trampa. Si Lucita insistía en el tema y el cardenal respaldaba el programa de interrogatorios de Conrad, le podría ir muy mal. Si por el contrario Lucita no forzaba las cosas y el cardenal terminaba por rechazar el plan de Conrad, también le iban a ir mal las cosas. Era cuestión de juicio que Conrad estuviera dispuesta a tirarse un farol con las autoridades que estaban tan al alcance de la mano. Lucita meditó unos instantes. No, Conrad se

divertiría más sin andarse por las ramas, decidió por último.

–Ahora no. Quizá en otro momento.

–Muy bien. ¿Esperas sobrevivir a este juicio? Si es así, ¿qué crees que ocurrirá después?

–Ni idea. La verdad es que me temo que estoy o, mejor dicho, estamos enfrentándonos a una fuerza que quizá seamos incapaces de superar.

–El fundador. –Ya no quedaba sarcasmo ni en la voz ni en los gestos de Conrad.

–Sí.

–Pero si hay algo seguro en este mundo, sin duda es que la vieja bestia desapareció.

–Podría ser... ¿Llegaste a conocer alguna vez a Lambach Ruthven?

–Nunca tuve el placer; no me suena el nombre.

Lucita se subió a la barandilla y empezó a hacer el pino, primero con una mano y luego con la otra, calculando el centro de gravedad y el flujo de energía a través de los miembros regenerados.

–Es un Tzimisce, coetáneo mío, más o menos. Solo me crucé una vez con él, en Nueva York, poco antes de que el Código de Milán original desapareciera. Mi misión consistía en eliminar a algunos de sus compañeros de clan que podrían haber sido problemáticos para el acuerdo del Sabbat. Lo de encontrarme con él tuvo algo de accidental y, de momento, prescindiré de los detalles.

»Después de presentarnos dedicamos tres noches a dialogar sobre la experiencia de rebelarnos contra los rebeldes, por así decirlo, disidentes del consenso del clan formulado en disconformidad contra sus fundadores. Era un alma en pena y un furtivo. Casi nunca he visto a nadie permanecer alerta todo el tiempo, pero él lo hacía, sin duda esperando descubrir algo espeluznante en cualquier momento. Al final le pregunté de qué se trataba.

»Me contó la historia de cómo el fundador de los Tzimisce había utilizado visiones para hacer pensar a sus rebeldes que lo estaban destruyendo... cuando en realidad están aniquilando a su propio líder. Lambach descubrió la verdad y se le ordenó que no se entrometiera. Dijo que desde entonces había estado intentando avisar a su clan pero que nadie le hacía caso.

–Sin duda engañoso. He hablado de ello con todos los demás clanes y algunos hablan de Antediluvianos que yo creo no existieron jamás. –Conrad miraba desde la cubierta cómo Lucita realizaba

estiramientos isométricos—. Y esa es con mucho la peor clase de demencia que he conocido.

—Oh, en aquel momento estuve de acuerdo y lo habría estado la mayor parte del tiempo desde entonces. De hecho me reí de él y le pregunté si esperaba que el fundador apareciese en el siguiente tren, puesto que estábamos hablando en un túnel de metro. Se puso muy a la defensiva y se enojó mucho, así que me alejé de él. Seguí esperando recibir noticias de su destrucción, pero parece que sigue conservando el instinto de supervivencia a pesar de los engaños.

—¿Y cuál es el objetivo de todo esto?

—No tenemos a nadie así, por lo que yo sé, diciendo haber visto al fundador de los Lasombra tras la diablerie de Gratiano.

—No, no de una forma verosímil. ¿Y?

—Pero... cuando me fijo en el poder de esas criaturas, me empiezo a hacer preguntas. Infligirme heridas cuesta un considerable trabajo cuando me encuentro en posición de defensa. Herir a alguien como Zarahustra es algo mucho más costoso aún. Pensé en lo que Lambach contaba sobre las ilusiones. —Lucita se bajó de la barandilla y de nuevo empezó a correr por las cubiertas del yate—. ¿Qué es lo más cerca que has estado del fundador, en términos de fuerza sanguínea?

—Hmm... —meditó Conrad—. Quizá Zarahustra, si es que pertenece a la Quinta Generación. Conocía a tu sire, desde luego, así como a algunos otros de la Sexta.

—Entonces has visto cómo las primeras generaciones pueden quebrar la voluntad de los más débiles como si de pequeñas ramitas se tratara.

Conrad se estremeció al pensar en la purga de los posibles rebeldes en el primer Gran Baile al que había asistido en Ciudad de México, hacía ya más de un siglo. En lugar de toparse con la Muerte Definitiva, los hicieron pasar todo el tiempo por una dolorosa humillación.

—Oh, sí.

—Contamos con un enorme número de supervivientes de la gran rebelión, comenzando por el propio Gratiano. Todos creen de verdad que la hazaña se logró. De hecho, están tan convencidos que...

—Sospechas que les han ordenado que lo crean tan a ciegas. ¿A qué piensas que el fundador se ha estado dedicando desde entonces, si se escondió de esa manera?

—No puedo siquiera imaginármelo. No tengo idea de cómo pudo

pensar o, quizá, puede pensar. Supongo que el abismo que hay entre la generación de los fundadores y la siguiente es mayor que el que existe entre los neonatos normales y los de sangre débil. Jamás imaginé que llegaría a entenderlo, en las ocasiones en que me lo encontraba, y nada de lo que he experimentado desde entonces me ha hecho cambiar de parecer.

–¿Hasta qué punto te tomas esto en serio?

–No estoy segura. El nivel de poder apunta por desgracia al fundador. Pero nunca se comportó como un estúpido, pese a todo su misterio, y aquellos ataques no me llevan a pensar que tengan un elevado grado de inteligencia. Por supuesto que es posible que el fundador haya enloquecido sin más o que esté senil, pero las probabilidades de eso son más bien pocas.

–¿Qué piensas hacer al respecto?

–Hablaré con Gratiano, claro está. --Lucita terminó el entrenamiento y se puso a repasar las artes del sigilo. Se pegó a la pared de fuera de la cabina del yate y colocó la cabeza tomando como referencia una portilla y un clavo cercano. Se esforzó por mantener así la cabeza, balanceándose arriba y abajo según las sacudidas que el yate daba a su paso sobre las olas, sin perder el contacto con la pared ni haciendo el más leve sonido cada vez que cambiaba de postura. La capacidad de aguardar con paciencia de esta manera era una de las habilidades básicas de cualquiera que trabajara como asesino, aparte de un buen ejercicio para mantener la mente en calma en mitad de un torbellino emocional.

Conrad la observaba, estudiando los ejercicios.

–¿Y cómo pretendes impedir que despedace tu voluntad como si de una rama seca se tratara? --Se inclinó un poco para que sus ojos estuvieran a la altura de los de Lucita, teniendo que doblar y estirar las piernas según fuera necesario para mantener el contacto visual a medida que atravesaban el oleaje.

–No lo sé. --El ejercicio calmaba los espasmos nerviosos de los músculos de Lucita pero no conseguía poner en orden sus pensamientos.

–Claro que lo sabes --dijo Conrad--. Es solo que te niegas la verdad a ti misma con la esperanza de conservar tu queridísima independencia. Por fin has encontrado una situación en que tu pequeña misión de cruzada independiente no proporciona fortaleza ni recursos, lo cual te asusta. Por eso la evitas.

* * *

Angélica se había puesto a hacer punto. Tenía la manía de coser cosas: todo lo que se pusiera a su alcance le valía. Se arrancó bastantes pelos con los que hizo unas cuerdas bastante curiosas, pues sentía que su cuerpo tenía la obligación de coserse a sí mismo. No se le pasó por la cabeza preguntarse por qué adquirió este hábito mientras Lucita se estaba curando; le bastaba sentir que debía tejer, y eso es lo que hacía.

Tras varios días de trabajo le pareció que ya había cosido el suficiente pelo, así que se puso a buscar otros materiales con los que trabajar. Se acomodó sobre un par de bobinas de alambre que había en un rincón de la sala de máquinas. Como el alambre era rígido, doblarlo sin romperlo ofrecía una interesante serie de desafíos técnicos. El equipo que controlaba la maquinaria no le permitía utilizar sus sopletes, por razones que Angélica no alcanzaba a comprender. ¿Cómo era posible que no se fiaran de ella si estaba al servicio de Lucita, que parecía ser lo más importante de toda esta expedición? Por desgracia aquel argumento carecía de peso, así que hubo de apañárselas ella sola.

Al final descubrió que podía calentar un poco el alambre si lo dejaba sobre el radiador de su camarote con la potencia al máximo. Sudaba, pero ¿qué importaba? Siempre podían conseguir más agua. A veces el alambre ardiente le quemaba las manos pero, de nuevo, ¿qué más le daba? Podía soportar el dolor. La sangre de su ama la hacía fuerte. Si era necesario, podía quemar un poco con un fuego interior que contrarrestaría las cicatrices externas. Después de todo, allí la sangre no escaseaba más que el agua. Los vampiros eran auténticas fuentes, ya que la extraían a través de la malla de colmillos entrelazados y la destilaban dando origen a su esencia pura, una especie de sangre más allá de la sangre.

A veces dejaba de coser y se dedicaba a ver cómo pasaba el mundo. Estudiaba las sombras con gran atención, en busca del próximo monstruo que viniera a por su ama y los demás. Durante un momento tuvo la sensación de que había descubierto algo crucial que tenía que ver con la secuencia de los ángulos y las formas de las curvas de las sombras que descansaban sobre las superficies verticales, pero cuando intentó explicárselo a los demás no se mostraron demasiado interesados. La mayor parte de los otros vivos que viajaban a bordo eran crueles y distantes. Quizá no los amaran

por su sangre, pensaba Angélica para sí. Trasaric, el sastre, era más amable pero no le costaba admitir que carecía de la capacidad para entender la geometría de Angélica, por lo que siguió poniéndose nervioso cuando ella trataba de enseñarle. Hablar con los demás era demasiado complicado.

Así que siguió tejiendo. Pronto su ama querría atacar a alguien y Angélica estaría allí para tender las redes en que caerían los fugitivos. Tendría que entrenarse para lanzarlas. Quizá consiguiera plisarlas y dejarlas igual que las banderas que los astronautas habían clavado en la luna, arrugadas para que pareciera que ondeaban en el vacío. La luna. Volar hasta la luna. Angélica echaba de menos volar. Practicaba cada día, pilotando aviones imaginarios y sujetando de cuando en cuando sus redes de alambre como si fueran el cuadro de mandos. Dentro de poco, quizá, podría volar como su dueña le había prometido. Estaría muy bien.

* * *

Andrew y Rosa se encontraron de nuevo en la popa, una vez que Lucha y Conrad se hubieron marchado. Esta vez no había barrera; el resto de la manada conformaba una pared improvisada pero el forcejeo podría desplazarla a donde hiciera falta. Andrew volvió a sacar un par de navajas automáticas, una para él y otra para Rosa, lanzándole la de ella con estudiada indiferencia.

—Lo mismo de la otra vez —le dijo con sorna—. Intenta tu mejor ataque.

Rosa empezó a caminar en círculo con tranquilidad. Sabía que no podía arriesgarse a intentar un ataque letal directo. La sangre de Andrew, bendecida por los ritos, lo impedirían y la menor distracción en el momento inadecuado la dejaría expuesta a cualquier ataque. Tendría que ser algo indirecto. Saltó encima de la barandilla y tomó todo el impulso que pudo, dando un salto mortal por encima de Andrew para caer justo sobre la barandilla opuesta.

—Impresionante —dijo Andrew—, aunque no muy útil a menos que esperases marearme. Deberías acercarte. —Las sombras que le reforzaban sus machacadas piernas se espesaban y extendían, envolviéndolo en oscuridad. Aquella no era la auténtica metamorfosis oscura (no pretendía recurrir a sus valiosas reservas de sangre ni de concentración mientras no lo estimara necesario) pero servía para que fuera más difícil atacarlo, además quería ver cómo se las apañaba con

ella Rosa.

Rosa saltó una vez más, aunque no tan lejos en esta ocasión. Extendió los brazos para alcanzar la sombra y la forma sólida que albergaba. En un instante había clavado los brazos. Movía la navaja a ciegas apretando bien los dedos de la mano derecha.

–No está mal –dijo Andrew sin perder la calma. Unos tentáculos de sombras emergieron de entre la masa negruzca para soltarla y lanzarla a lo lejos. Con uno de los nuevos brazos, Andrew tiró a sacarle los ojos a Rosa. No fue lo bastante rápido, así que solo consiguió hacerle una pequeña marca en una mejilla.

El golpe le dolió a Rosa más de lo que Andrew esperaba. Se tambaleó y se desplomó de bruces. Andrew enseguida lanzó unos brazos sombríos para agarrarla y retenerla... llevándose una desagradable sorpresa. Rosa se revolvió dentro de la tenaza rajándole limpiamente los tendones. Antes de que a Andrew le diera tiempo de renovar los brazos nublosos había caído de espaldas. En un abrir y cerrar de ojos Rosa estaba encima de él, con las rodillas en su pecho y agarrándolo con sus propios brazos de sombras.

–Ríndete. –No era un ruego.

–Podría alargar todo esto, lo sabes –dijo Andrew–. Si este fuera un combate serio todavía tendrías mucho que pelear.

–Sí. Pero ahora estás a mi merced.

–Cierto. –Se deshizo de las sombras, se curó los cortes y se volvió para mirar al resto de la manada–. Eso ha sido muy astuto por su parte. Como habéis visto, el Vínculo le impide aniquilarme del todo. Pero un contrincante inmovilizado no representa amenaza alguna, siempre que permanezca atenzado en lugar de solo herido. Las magulladuras que sanar son una buena respuesta al frenesí incontrolable en el momento más inoportuno de uno de vuestros compañeros de manada: después desaparecen pronto, pero son muy efectivas en el fragor del combate. –Rosa y él se levantaron–. Retiraos. –La manada se disolvió con discreción, dejándolos solos.

Andrew se apoyó sobre la barandilla para descargar un poco las piernas, que le dolerían un poco hasta el siguiente letargo.

–¿No estarás pensando en otra rebelión?

Rosa estudió sus rasgos en apariencia calmados, intentando desentrañar lo que escondían.

–Claro que sí. ¿Acaso tú no? ¿No es ese el fin último del Sabbat?

–En realidad no. Que a veces la sublevación sea necesaria o deseable no significa que la puedas convertir en el pan de cada día.

En realidad, en la mayoría de ocasiones no nos comportamos tan distinto de la Camarilla o de los vampiros más independientes. Los líderes dan órdenes y los subordinados las cumplen.

–¿Cómo puedes hablar así? –Rosa no pudo reprimirse—. ¿No te da vergüenza?

A Andrew se le empezó a caer la máscara de tranquilidad cuando se puso a gruñir. Le salieron los colmillos y apretó fuertemente los puños.

–¿Quieres decir avergonzarme por no intentar cumplir la fantasía de que la *Wonder Girl* esa no me nombre su abanderado?

¿Avergonzarme de luchar por sobrevivir y prosperar y hacer lo posible por gobernar el mundo alguna noche? ¿Avergonzarme de ser prudente y previsor? No, no me avergüenzo de nada de eso en absoluto. ¿Y tú?

Rosa retrocedió dos pasos con torpeza. Sintió cómo la Bestia se revolvía dentro de ella, deseosa de empaparse del delicado rocío arterial del cachorro lisiado. Calma. Despacio.

–La traición jamás prospera; ¿por qué motivo? Pues si triunfara, nadie osaría llamarla traición.

–No te hubiera tomado por un miembro de la John Birch Society, querida. –Lo peor de la rabia de Andrew ya había pasado pero los colmillos y la insistencia en mirar a Rosa fijamente le daban un aire bastante despreciativo.

–No conozco a ese tipo.

–Lo acabas de citar. El típico orador populachero de derechas. Solía reírme de esa gentuza cuando estaba vivo y no han dejado de parecerme ridículos. Supongo que no me sorprende oírte citar a esos reaccionarios ludistas.

–No tengo la menor idea de qué estás hablando. Estaba citando a sir John Harrington. Era mayor que tú, por supuesto, e inglés, así que no esperaba que ningún americano hubiera oído hablar de él. Solo pretendía llamarte cobarde. La finalidad del Sabbat es glorificar el éxito. Yo todavía no lo he alcanzado, pero no pienso desistir. Vendrá una nueva revuelta y yo estaré ahí para colaborar en su instigación. Sin duda tú estarás ahí para subirte al carro cuando triunfe. Es lo que han hecho siempre los tuyos.

De nuevo Andrew se quedó al borde del frenesí, aunque en esta ocasión consiguió retenerlo guardando un largo silencio. Sabía que Rosa podía interpretar las señales, ahora que había encontrado una palanca que emplear contra él. Andrew tendría que adaptarse a ello

con el tiempo.

Después de una larga y silenciosa espera, Rosa continuó.

–Parece ser que el poderoso ductus no tiene una respuesta a las inquietudes de su compañero de manada. Qué pena. ¿Cómo sobreviviremos a esta terrible ausencia de líder?

–Puedo hacerte de todo excepto traerte la Muerte Definitiva.

–Muy cierto. Pero no lo harás. Porque no quieres arriesgarte a que tenga el corazón rebelde del que tanto te enorgulleces. Tú, despreciable mierda pusilánime, que te deshaces en alabanzas a los cobardes y a los estúpidos. Ni siquiera estarías hablando conmigo si no te lo hubiera ordenado alguien a quien temes; si de ti dependiera, estarías ya tan lejos de aquí como te permitieran tus retorcidos miembrillos.

–¿Y?

–¿Qué quieres decir?

–Nada de eso importa. Porque el funcionamiento de este sistema es que yo doy órdenes y tú te sometes si no quieres que te destruyan. Da igual que seas una rebelde idealista, pues no por ello serás menos esclava.

Ahora era el turno de Rosa de sumirse en un silencioso sufrimiento.

_____ 28 _____

Sábado, 1 de julio de 2000, 2:02 a.m.

Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

Lucita se zambulló en el mar y empezó a sentir cómo las enormes olas la subían y bajaban. Durante unos momentos se sintió como un auténtico cadáver arrastrado a voluntad de la marea... aunque, claro está, en cuanto se alejara unos metros de más del barco el paladín saldría enseguida detrás de ella. La realidad y el deseo se habían enzarzado en su mente, chirriando como las extrañas mallas que Angélica había estado tejiendo sin motivo aparente. Lucita deseaba evadirse de todo, perder hasta la última gota de sangre y hundirse en las profundidades para esperar una nueva era.

Pero las profundidades no eran tan hospitalarias. Aquellos cuerpos condenados animados por una luz negra podrían estar

nadando cerca de ella en aquel preciso instante, esperando captar el olor de alguien como ella para poder reunirse y poner fin a la pelea que habían iniciado unas semanas antes. En su mente vio y oyó a las Máscaras caer bajo el peso de los cuerpos. Aquel no era un final preferible a las demás opciones que le quedaban en aquel momento.

Después se puso a pensaren la reunión que pronto debería mantener con Gratiano.

Lucita aparece con su séquito. Gratiano, cómo no, insiste en las formalidades y así van pasando los minutos. Ella empieza a hablarle de su investigación. En cuanto le mira por primera vez a los ojos deja de ser dueña de sí misma. A él no le interesa en absoluto esa investigación. Como quien no quiere la cosa, la hace enfrentarse a los demás y cae derrotada. O triunfa. Da igual porque dentro de poco dejará de haber una «ella» de la que valga la pena hablar.

Inaceptable. Peor que la Muerte Definitiva. Porque...

No importa puesto que en un abrir y cerrar de ojos estará atrapada en la plena conciencia de su servidumbre. Gratiano se asegurará de que la voluntad de resistir de Lucita se esfume, aunque no sus recuerdos. De hecho, le permitirá salir durante breves periodos, cuando no le sirva de nada.

Aun más inaceptable. Lucita debe... ¿qué?

En principio, Lucita podría cometer una serie de actos de diablerie para fortalecerse.

En cuanto le mire directamente a los ojos, Gratiano intentará imponer su voluntad sobre ella, pero se queda atónito cuando descubre que es incapaz. Por las venas de Lucita corre la sangre de...

Ah, muy bien, hay un problema. Era probable que algún chiquillo del fundador engendrara progenie solo para que Lucita pudiera aniquilarlos y absorber su poder o que una Corte de Sangre dictara la sentencia de destrucción de los objetivos apropiados. Era imposible, pensaba, que también pudiera eliminar al chiquillo de la Cuarta Generación. Además tampoco sería beneficioso que Gratiano hubiera absorbido una parte considerable de la sangre del fundador. Lucita tenía serias dudas de que el viejo monstruo hubiera desaparecido por completo, pero estaba claro que Gratiano había obtenido algo por su esfuerzo.

Lucita sabía la respuesta. Si pretendía entrar, hablar con Gratiano y salir de nuevo con garantías de seguir siendo ella misma, tendría que permitir el paso de otra persona a su alma. Precisamente existía una forma fiable de hacer eso, el rito Sabbat de la Vaulderie.

Una parte de ella se preguntaba con despreocupación por qué habría tan buenas perspectivas. Al fin y al cabo, se había vinculado individualmente y con otros grupos en distintas ocasiones a lo largo de los siglos. El año pasado su recién renovado vínculo de igualdad y camaradería con Fatima, a quien los forasteros podrían confundir con el Eros de los mortales, había salvado a ambas en su enfrentamiento contra Monçada. Ninguno de sus otros vínculos había resultado tan esencial, pero Lucita sabía cómo era compartir la esencia de otro de forma tan íntima. Sabía cómo era experimentar los pensamientos y sentimientos de otros, incluyendo el percibir los cambios que no podía sentir por sí misma cuando fuerzas ajenas manipulaban su espíritu.

La respuesta llegó con las circunstancias. Ni amaba ni le gustaban los demás vampiros que allí se encontraban, a quienes tenía que someterse. Tampoco confiaba en ellos más que en Gratiano, y le preocupaba que el hecho de comprometer su sentido del yo debilitara las ventajas de su sangre. Zarahustra, Timofiev y los otros pocos con los que se las había tenido que ver desde que en el juicio la obligaran a someterse, así como la mera fuerza bruta la abrumaron pero no estaba dispuesta en absoluto a poner las cosas más fáciles.

Sin embargo, se trataba de algo más que de eso. La Vaulderie definía al Sabbat como una comunidad de fieles. Lo que hacía posible la gran revolución era la Vaulderie, que rompía los vínculos de sangre y fortalecía a quienes la celebraban delante de las narices de sus adversarios. El rito cambió a sus participantes, convirtiéndolos en algo que rayaba en inteligencias colectivas más que en meros individuos entretejidos. Monçada había participado con entusiasmo en el rito; como chiquilla rebelde, así como mujer celosa de su independencia, Lucita solo pudo desistir. Le invadió un escalofrío solo de pensar en hacer algo que recordara tanto a la forma de actuar de su sire. En sus sueños todavía le perseguía su voz, que repetía una y otra vez: «Mi leal chiquilla».

Tenía que saberlo. Tenía que oír la destrucción del fundador descrita por su instigador y medir las palabras de este con todos sus sentidos. De nada valdría lo que le contaran otros. Toda su existencia como guerrera independiente la había preparado para este momento de interrogatorio, y ya no podía echarse atrás. Un leve escalofrío se escurrió por donde habían estado sus heridas hasta hacía poco. ¿Era este el propósito secreto de su existencia, planeado hace tanto por su sire? ¿Cómo podría salir de dudas? Y si fuera a hacer lo que debía, primero tendría que hacer lo que no debía.

Se convenció a sí misma de que podría salir de todo aquello y seguir siendo ella misma. Tomaría parte en el rito, sí, pero en su interior florecería la semilla de la rebelión hasta que llegara el momento de partir de la Espada de Caín. No podrían retenerla. Se iría a... alguna parte. Se purgaría. Iniciaría una nueva existencia. Se tomaría esto como un trabajo, un encargo que tendría su fin mientras que ella perduraría. Por supuesto que sobreviviría, porque ella era la increíble Lucita, azote de su clan y terror de la sociedad cainita.

Envalentonada, ascendió de nuevo a la superficie y saltó a las escalerillas de estribor.

—¡Conrad! —gritó.

La africana se asomó por el compartimiento del piloto.

—¿Sí?

—Quiero participar en el rito de la Vaulderie con los guardianes que se me asignaron. Dile a ese patético sacerdote arrastrado que prepare sus instrumentos.

—¿Ahora?

—Sí.

—¿Qué celebramos?

—Limítate a llamarle. Ya.

_____ 29 _____

Sábado, 1 de julio de 2000, 3:15 a.m.

Yate *Latter-Day Feast*, Mar Egeo, Turquía

Se reunieron en la proa. Andrew estaba de pie junto al mástil delantero, un poco subido, y Barry estaba justo debajo. Alrededor de ellos se habían colocado los demás participantes: Lucita, Conrad, Rosa, Simon Peter, Roxana y Niccolo. Sin duda, Zarahustra debía de encontrarse cerca, entre sombras, aunque Barry no podía percibir su presencia; todos los demás se habían quedado al fondo, dejándoles todo el espacio. Aquel era el momento de la Manada de la Corte.

«No sé que *hostias* estoy haciendo» pensó Barry con tranquilidad. Le pareció que podía calibrar su maestría en el estudio de la ciencia de la Noche con el hecho de que ni rastro de aquello se dejara entrever en sus rasgos o comportamiento (podía advertirlo en el movimiento de los ojos de los demás). Estaba de pie, sin balancearse,

acostumbrado por fin a mantener una postura firme mientras la proa del y ate subía y bajaba. Como de costumbre, tenía el cáliz y la daga en las manos. Había sido idea suya. Andrew quería que convirtiera aquello en un espectáculo, pero Barry pensó que la copa recién hecha y ligeramente abollada, así como el cuchillo mexicano de caza intimidarían a Lucita solo con verlos. Quería que Lucita pensara que aquello era rutinario. O que pensase que tenía la suficiente seguridad en sí mismo para querer que creyese eso. Intimidación, en cualquier caso.

«*Ha llegado el circo*». En su imaginación empezaban a sonar los primeros acordes del gran volcado de información.

–Hermanos y hermanas, --«*Empieza por el principio, Barry. Recuérdales a todos dónde están... o dónde están tirados, según el caso*»–, somos doblemente familia. Somos los herederos del poder de Caín, nuestro Padre de la Oscuridad, que reclamó para sí la parte del mundo sumida en la noche, donde creó su reino, que asesinó a su familia, maldijo a Dios y vi vio para contarlo. –Señaló a Lucita–. Ella es la hija de Lamech, que nos arrojó una maldición mayor que la de Caín. Jabal y Jubal, Tubal-cain y Naamah son nuestros tíos y tías, nuestros abuelos y tatarabuelos. Cuando los hombres y mujeres vivos leen las primeras historias de la raza, nosotros estamos ahí, entre líneas, observándolos sin que se den cuenta.

»Todos pertenecemos a la familia que existe dentro de la familia, todos somos herederos de los Lasombra que atravesaron los dominios de la noche para encontrar su hogar entre los más recónditos recovecos. Moramos en la cara de la noche más alejada del día, cumpliendo por tanto con lealtad el deseo de nuestro Padre de la Oscuridad. Nosotros somos sus verdaderos hijos.

Alzó el cáliz.

–Así, esta es la puerta al siguiente nivel de nuestra evolución, individual y colectiva. Los descendientes de los otros hijos de Adán permanecen atrapados en sus propios cuerpos. Cada uno de ellos cuenta con tan solo un alma, de modo que cuando el cuerpo muere el alma se disipa. Se evade del mundo y ya no se la vuélvela ver. Puede quedarse, como fantasma, o caer en picado hacia la extinción pero, en cualquier caso, ese será su final. Nosotros perduramos. Y cada uno de nosotros somos muchos: acogemos en nuestro seno las almas que los hijos de Seth perderían de todos modos. Aun así, aparte de eso, cada uno de nosotros se transforma en el otro. Esto es así sobre todo durante el sagrado acto de la diablerie, cuando enviamos el alma

hacia atrás en el curso de la historia para llegar a ser más como nuestro Padre de la Oscuridad en poder y en pensamiento.

»Sin embargo no somos tantos para que todos podamos disfrutar de la ventaja del retroceso, no todavía. Ni es tiempo aún de decir que el papel de los chiquillos menos importantes de Caín es el de forraje para nuestra consumación. Esta es la hora de expandir un poco el alma, a través del mundo más que fuera del mismo. Durante el rito de Vaulderie entregamos parte de nosotros mismos y tomamos una porción de otro. Jamás dejamos de ser nosotros mismos. Siempre habrá un Yo y un Tú. Pero cuando bebéis y bebo abro una ventana en las barreras que flanquean vuestra alma. Vosotros hacéis lo mismo conmigo. Nos convertimos en algo para lo que los demás carecen de nombre: no es una colmena, no es una sola cosa sino una comunidad de individuos vinculados entre sí. --Barry cogió el cuchillo con la mano izquierda y se hizo un profundo corte a lo largo de todo el antebrazo, sosteniendo el cáliz por debajo de forma que su sangre cayera dentro con un flujo controlado gracias a una larga experiencia.

»Esta noche nos reunimos una vez más como la Manada Cazadora: Andrew, Barry, Simon Peter, Roxana y Niccolo.

»Además esta noche se confirma como hermana de la manada Rosa, que ha bebido de nosotros y nosotros de ella, una vez por cada uno de nosotros, de manera que ahora está mezclada entre nosotros. No importa cuánto amor y odio albergue su corazón pues, mientras haya noche y día, estará vinculada a nuestra fortuna y nosotros a la suya. Ya no es nuestra súbdita, sino nuestra hermana, y como a tal la trataremos bajo el liderazgo de nuestro ductus.

»También nos vincularemos esta noche con la digna sire de nuestro ductus, Conrad. Se une a nosotros en calidad de asociada de la manada, de aliada de confianza, de camarada y de mentora cuya sangre nos da fuerzas. A cambio, compartimos con ella el fuego de la juventud y la pasión de la modernidad para mantener vivo en ella el deseo de conocerlo todo y de conquistarlo todo. --Barry dobló un poco la muñeca para reducir el flujo. Las gotas que se escaparon cayeron con cierto dramatismo sobre el charquillo acumulado en el fondo del cáliz y salpicando por fuera del mismo.

»Asimismo, esta noche se une a nosotros Lucita. No pertenece a nuestra secta y no acepta las verdades que os cuento, es decir, que os recuerdo, puesto que la sangre ya lleva consigo la verdad. Bebe con nosotros por motivos que solo a ella atañen y que no ha compartido con nosotros. Pero no supone secreto alguno para

nosotros. Somos lo que parecemos ser y todos le decimos bebemos contigo, hermana, para alimentar también la verdad que hay en ti. Cuando miremos en nuestro interior y nosotros en el tuyo verás que te revelaremos lo que eres, lo que puedes hacer y lo que puedes ser. No te engañaremos ni pediremos que hagas nada que nosotros mismos no haríamos. Se nos ordenó que te tomáramos, y así lo hicimos. Ahora te concedemos la oportunidad de comprender tus propios errores y de redimirte de la única manera en que se puede conseguir el perdón: el triunfo. --Alzó el brazo y ordenó a la hemorragia que se cortara.

Se giró y se arrodilló frente a Andrew.

--Hermano y líder, dame tu sangre para fortalecer a la manada.

Andrew tomó la daga y se infligió un corte limpio en la muñeca, dejando brotar la sangre sin borbotones. Barry examinó la cantidad, asintió, y recogió sus instrumentos. Después hizo la ronda con cada uno de los miembros fijos, a los que pidió sangre y dio el visto bueno por la cantidad cedida. Acto seguido llegó el turno de los tres casos más especiales.

Barry sonrió a Rosa. Durante los últimos días le había cogido cariño. Por supuesto, estaba muy equivocada respecto a sus propios objetivos y las probabilidades de éxito pero su espíritu era el que debía tener. Si una décima parte del Sabbat sintiera la misma pasión por los nuevos logros, la secta iría contra cualquier oposición cainita. Barry esperaba ayudar a Rosa a dirigir su fuego contra blancos más apropiados. «Camarada y hermana, ofrece tu sangre para el vigor de la manada».

Rosa frunció el ceño. Vaciló unos instantes antes de cortarse. Las primeras veces que habían hecho esto, Barry había tenido que inmovilizarla y cortarla él mismo. Podría hacerlo de nuevo, pero prefería causar una buena impresión ante Conrad, así que se abstuvo. Por fin Rosa agarró la daga con las dos manos. Antes de que Barry pudiera adivinar sus intenciones, Rosa levantó una pierna y, rasgándose el pantalón, se cortó una arterial femoral. Barry tuvo que pegarle el cáliz al muslo para recoger suficiente sangre para que pudiera participar en el rito.

Después llegó el turno de Conrad. Barry no se molestó en ocultar que le impresionaba estar cerca de ella. Aquella sumisión era un pecado que iba contra las doctrinas de la Noche, por lo que más adelante tendría que expiar sus culpas, aunque opinaba que la honradez bien valía aquel precio. Que su Bestia clame venganza por

este acto de sumisión; ya saldría luego a matar algo. Después de todo Barry estaba impresionado por lo que Conrad había conseguido y por el entrenamiento que había proporcionado a Andrew. «Camarada y madre de nuestro líder, bendice a la manada con tu sangre». Conrad sonrió y se hizo un corte normal en una muñeca sin inmutarse.

Por último, la estrella de la película. Barry hubiera agradecido disponer de un poco más de tiempo para prepararse, algo así como una hora, un año o el tiempo que hiciera falta para encontrar a otro que hiciera su trabajo. Le resultaba imposible hacer esto sin seguir pecando ante su credo. Sus mentores le habían explicado la importancia vital de afirmar la igualdad o, mejor, la superioridad de uno respecto a los demás –se podía aceptar una posición de sumisión (tal como él hacía como sacerdote y como esperaba hacer alguna noche como templario) sin admitir una superioridad innata de la autoridades, porque aquella era una cuestión de jerarquía. Todo aquello residía fuera del alma y no implicaba más pecado que el hecho de sucumbir a la gravedad (conveniente, pues hace que la jerarquía sea inevitable). Pero esto...

El hecho era que Lucita era su superior: cualitativamente más fuerte, más rápida, más inteligente, capaz de sentir, comprender y actuar como él no podía. A menos que los Amigos de la Noche le proporcionaran una serie de derechos para practicar diablerie, sus capacidades física o mental nunca serían muy superiores a las de un humano, al menos no de forma permanente. Podría (con mucho entrenamiento y un siglo o dos de práctica) igualar al mejor levantador de pesas y al más inspirado poeta del mundo de los vivos, si se decantaba por desarrollarse en esos aspectos. Pero era incapaz de enfrentarse a las ideas que su prisionera tenía a diario; era demasiado consciente del papel que la estúpida suerte había desempeñado para que pudieran golpearla justo cuando estaba distraída por algo (a mí también me encantaría saber qué fue). Ante un poder a todas luces superior, la sumisión parecía ser la opción más sensata.

La Bestia tenía una postura clara al respecto. Barry se tambaleaba bajo una doble oleada de pasiones conflictivas, pues sentía al mismo tiempo el impulso de acabar con Lucita cuando esta no estuviera en guardia y así erradicar la fuente de su sentimiento de inferioridad y el igualmente imperioso impulso de adentrarse en la noche y eliminar la amenaza que pesaba sobre todo pensamiento consciente. Descubrió con consternación que el tambaleo era literal cuando vio que la sangre del cáliz se agitaba y que sus compañeros

tenían una expresión de alerta e inquietud. Malditos sean; cuando todo aquello acabara tendría que volver a defender su autoridad sacerdotal. La sangre empezó a fluir hacia abajo para llevarle fuerza a las piernas; tuvo que realizar un enorme esfuerzo para hacerla subir de nuevo. Maldición, ¿por qué demonios la elegida tenía que llevar un reloj esta noche? El tictac contra su pulso irregular no le ayudaba en absoluto a relajarse.

Ya, por fin recuperó el control. «Camarada y forastera», dijo, estirándose para poder mirarla a los ojos. «Danos tu sangre».

* * *

Lucita había conseguido ver los preparativos desde lejos, hasta que el joven sacerdote inició aquella evidente lucha contra su Bestia. En respuesta, también se despertó la de ella, deseosa de acabar con él y huir. Su conciencia, lo que quedaba de ella, tampoco le servía de gran ayuda. No le importaba aceptar la inevitabilidad como justificación, pues prefería hacerla recordar todas las formas en que su información y su juicio podrían estar equivocados. Creía firmemente que ninguno de los demás podría detectar una señal visible del pánico que la inundaba, pero no pudo estar segura del todo hasta que el sacerdote habló cara a cara con ella para preguntarle si de verdad podría ser consecuente con su decisión.

La simplicidad, pensó Lucita, sería la mejor opción. Un profundo tajo en la muñeca, el largo chorro de su espesa sangre, curación. Ya estaba. Al menos el primer paso.

El sacerdote (Barry Morn, por lo que recordaba, jornalero de la Fría Senda de la Noche por razones que divertían a Conrad pero que prefería no revelar) guardó la daga en una vaina de hombro y alzó el cáliz por encima de la cabeza con ambas manos.

—Nos hemos reunido en esta copa, al igual que en este lugar —dijo.

Lucita quedó impresionada por la naturalidad con que le fluía el discurso. Era arcaico pero sonaba sincero. Era muy probable que de vivo le atrajeran las diversiones de los antiguos y también era muy posible que ahora a veces creyera que ponía en práctica la clase de ficción de la que tanto se había empapado entonces.

—El cáliz no miente. Carece de alma, por lo que solo puede dar o recibir, según se le diga.

»La daga no finge. Corta o permanece quieta, según se le ordene.

»La sangre sí actúa. Contiene la chispa del desafío primario que empujó a Caín a asesinar a su hermano y a desoír la llamada de Dios a la sumisión. La sangre nos quema para convertirnos en alguien distinto de quien hemos sido, al principio durante un corto período y después para siempre. La sangre arde en cólera y nosotros entramos en frenesí.

»La sangre se huela y nosotros huimos. Nosotros hacemos la sangre pero esta también nos crea a nosotros.

»La sangre es egoísta. Hizo que Eva diera a luz a Caín antes que a Abel, convirtiéndolo en el primer hijo de los primeros padres. Lo empujó a ser el único hijo de los primeros padres. Le dio fuerzas para sobrevivir a la cólera de Dios. Lo calentó lo necesario para templarlo, cuando Dios le habló a través del fuego exterior y esbozó un mundo para él cuando Dios quería arrebatarse el regalo que eran la luz y la vista. La sangre desea ser preeminente.

»La sangre nos reclama, cuando es rica y vieja pero permanece resguardada en un ánfora que no merece. –Lucita estaba fascinada. Habían transcurrido muchos años desde que escuchó a un hijo devoto del Sabbath explicar sus monstruosas doctrinas, y pensó que sonaba muy lógico–. La sangre nos reclama cuando está encerrada en los vivos y desea quedar libre para que le den un mejor uso.

Barry alzó el cáliz poco a poco haciendo una serie de semicírculos. El aire rieló levemente cuando empezaron a pasar la copa. Había algo que Lucita no alcanzaba a comprender. Ninguno de los demás parecía dar demasiada importancia a todo esto; Barry continuó la ronda.

–Nietos de Caín, supervivientes del mundo antiguo a quienes llamamos Antediluvianos, destinados a reservar este poder para sí mismos. Pero su intención era y fue insensata. Tras ganar la guerra contra sus sires, se obcecaron con un concepto muy peculiar de poder. No siguieron creciendo; ya no buscaban a Caín ni para aprender de él ni para enfrentarse a él y destruirlo por último. Se convirtieron en cálices de su propia sangre.

»De esta manera se convirtieron en nuestros enemigos. Fuimos los primeros. La sangre de nuestro fundador se volvió contra él mismo en el cuerpo del Antediluviano, que acabó perdiéndose. Nosotros derribamos la barrera que aquella cosa ponía a nuestro desarrollo, nuestra guerra contra toda limitación, interior o exterior. Nuestro ejemplo dio coraje a los Tzimisce, que acabaron haciendo lo mismo. Con el tiempo, todos los clanes harán lo propio y si no nosotros lo

haremos por el los. Los clanes perecen junto con los miembros cuando la sangre reclama un amo mejor. Aún estamos en los primeros años de una guerra que durará hasta que toda la sangre se destruya o hasta que el propio Dios sea expulsado y nosotros reconstruyamos el universo a nuestro placer. –Lucita pensó que aquello parecía algo más que simple megalomanía; aquella era la fantasía suicida más enrevesada que había oído nunca.

Barry bajó el cáliz. La sangre que contenía brillaba, muy débilmente.

–Ahora recuperamos la sangre que hemos entregado, mezclada con la sangre de los demás. Es ahora más rica que antes, más parecida a la sangre que corre por las venas de nuestro Padre de la Oscuridad, esté donde esté. Bebed y haceos uno.

Volvió a pasar el cáliz, en el mismo orden que antes. Cada uno de los participantes dio un gran sorbo y pasó la copa. Lucita los miraba con atención para ver cómo reaccionaban pero no pasó nada, aparte de los momentos en que cerraban los ojos para alcanzar una intensa concentración. Era casi imposible saber cómo se sentían por dentro. Ahora le había llegado a ella el turno de beber. En el fondo del cáliz quedaba justo la misma cantidad de sangre que había dado. Ya no brillaba pero conservaba una gran viscosidad que casi le permitía escalar la cara interna del cáliz.

Se la bebió toda. Era más cálida que la sangre vampírica normal y al tragarla dejaba una característica sensación de hormigueo. Lucita probó su propio sabor y después... epifanía. La sangre reventó por todo su cuerpo. Ya no importaban venas ni arterias: la sangre se abría paso directamente de unas células a otras. Su cuerpo era como un cascarón hueco en el que acabara de explotar una granada. La energía creada por el rito se desbordó por fuera de la carne y el alma. La sangre derribó las barreras que la delimitaban, tal como describían las proféticas palabras de Barry; se imaginó que la sangre no tardaría en inundar el universo de salpicones y coágulos.

Lucita, en medio de toda aquella vigorizante confusión, era consciente de que cada uno de los demás participantes servía como nudo de esencia en el centro de un insonorizado y vibrante cosmos blanco. Aquella conciencia de un universo no dependiente todavía de la sangre y no liberado aún de la tiranía del día ahogó sus sentidos corporales. El propio tiempo perdió toda relevancia frente al ojo de su alma.

Conrad, tranquila y curiosa, permanecía a la espera de poder

poner en práctica su propio plan. Pensaba en Lucita como en un instrumento de precisión que hubiera perdido su utilidad y que necesitara de un maestro artesano que le diera nuevo brío. Su sangre da la bienvenida a Lucita y la escudriña muy de cerca.

Andrew, por su parte, se sentía orgulloso en aquel momento de triunfo, aunque tenía pavor a los peligros a que se enfrentaban por culpa de Lucita. Se la imagina como estaba en la sala de espera del aeropuerto, y se imagina a sí mismo desecándola allí mismo y en aquel momento. Si pudiera vincularla a él sin unirse él a ella lo haría y cree que su sire ha sido engañado por el cebo del conocimiento prohibido o por la esperanza de un arma hecha a medida.

Barry, que la teme y la venera, orgulloso por sus logros como sacerdote, siente un miedo secreto que Lucita no sabe ver.

Simon Peter lo había analizado todo con criterio de científico, por mucho que se deleitara con la práctica de la magia que actuaba contra la realidad. A Lucita le recuerda a los antiguos alquimistas de hace cuatrocientos años, tan seguros de sí mismos e insensatos, que se consideraban mucho más sabios que los sacerdotes o los místicos y que practicaban la adoración y el misticismo. Si le dejaban, experimentaría con Lucita desde ahora hasta la Gehena.

Roxana, tan joven y ya tan inhumana. Para Lucita apenas le queda alma después de haber purgado casi todas las emociones y vinculaciones. Es una maraña consciente de instintos básicos inhumanos y se siente muy feliz en su condición. Por Lucita solo siente desprecio, pues para ella es un error del antiguo y una muestra de su cariño por la vida perdida.

Niccolo siente un miedo más manifiesto aún que el de Barry. Antes soñaba con una posición segura de autoridad en las sombras, dando órdenes a sus esbirros y luchando por la causa de la secta sin llamar la atención. Ahora se ve rodeado de enemigos y enigmas y carente por completo de cualidades de líder. Cada noche le trae una tormenta de confusiones.

Rosa, la protagonista de las pesadillas de Niccolo. Es una revolucionaria que no solo se encuentra al borde del abismo sino que de hecho se ha arrojado a él. Si alguna vez admitiera que ha fracasado, nada la salvaría de caer a plomo hacia la oscuridad última. Admitirlo sería poder llegar a ella desde abajo y desde atrás. Se conduce desesperada a sí misma con unas alas construidas demasiado deprisa a base de explicaciones atropelladas. Todo con tal de no admitir la derrota. La misión de Lucita aquí es arrancarle las

alas. No sabe qué va a hacer ahora.

Por último, Lucita, que ve su reflejo en la sangre. Espejos sangrientos quedan infinitas vueltas. Es una locura celestial. Lucita es una criatura que podría expulsar del trono a los príncipes del mundo y derrumbar los cielos, que se pasa todo el tiempo merodeando y renegando de su sire. Podría estar al mando de todos, de no ser por su narcisismo y su completa ignorancia.

Lucita se esforzó por recuperar la conciencia de sí misma. Podía sentir su cuerpo bajo el diluvio de todas las sensaciones despertadas por el rito. Podía encontrarse en un lugar, pero ese sitio era multiplicado por los lugares que ocupaban los demás. Eran sensaciones embriagadoras que le habían ofrecido el reflejo de sí misma más fiel de los últimos mil años. Había empezado a sospechar que el rito había sido desarrollado por un Lasombra; nadie más tenía ni de lejos aquella obsesión por ver y ser visto de aquella inusitada manera.

Mientras empezaba a acostumbrarse a aquella experiencia, dio comienzo la siguiente fase.

La rodeaban como si fueran dioses de la noche, carentes de cualquier luz, centelleantes bajo un resplandor que nada tiene que ver con las emanaciones del sol y las velas. Es una matriz que cae en cascada nacida de la esencia de la propia noche.

Conrad es como obsidiana animada que hubiera cobrado razón de ser. Toda la sociedad mortal yace aplastada entre las enormes pisadas dejadas en la ceniza de la hoguera que fueron sus obras. Estas se fueron pero ella perdura y al final los fantasmas del Congo descansan en silencio.

Rosa es... Lucita la mira perpleja y termina por darse cuenta de que Rosa es la propia Lucita si se hubiera quedado con Monçada. Es el arma perfecta, ajena a los temas triviales, entregada a la gran cruzada y ganando sus batallas siempre.

Andrew es un nódulo maligno de voluntad enfundado en un cuerpo que no deja de metamorfosear. Su carne es todo lo que necesita que sea. Tiene las ideas claras y lo observa todo con respeto, además derriba los misterios en cuanto se interesa por ellos.

Barry no es. El mundo tiene un agujero con la forma de Barry que da al Abismo, Lucita puede ver la ondulante estela de su paso. Ha traspasado la noche para llegar a un estado más puro y regresará cambiado.

Simon Peter es una especie de escalpelo mental. Mientras que

Andrew destapa los misterios desde lejos, Simon Peter penetra en ellos para sacarles las entrañas y convertirlos en prisiones de secretos.

Roxana tampoco existe. Pero en lugar de dejar un agujero en el mundo, se rodea de él. En la estela de su no paso la creación se deshace, dejando tras de sí un silencio más armonioso y agradable.

Niccolo es la cara oculta de la luna que acecha sobre las ciudades de los humanos. Es el dios perfecto y distante que todos temen y propician. Cuando debe actuar lo hace con la seguridad de la propia gravedad y nunca se equivoca, jamás ataca al objetivo equivocado. Poco a poco el mundo se llena de polvo lunar que se desprende de las demolidas rocas de la corrección, lo que hace feliz a Niccolo.

Por último está Lucha, que no es gran cosa. Sus carencias la definen: no tiene sire, no tiene mentor, no tiene amigos. Los puntos de referencia terrestres huyen de ella, confinándola a un gélido y grisáceo vacío. No se trata del Abismo, sino mera confusión. Lucita carece de todo aquello a lo que pueda decir, como Fausto, «Quédate, eres preciosa». Nada consigue definirla.

Lucita sintió una tremenda oleada de sentimientos hacia los demás. El amor se entremezclaba con la admiración e incluso con la reverencia. Aquellos eran los verdaderos chiquillos de Caín, capaces de retar a gritos a Dios y ponerlo en su sitio. Su condición era cierta y sus sueños valían la pena. ¿Cómo no iba a entregarse a ellos? Al instante siguiente, la revulsión se unió al pastel emocional y Lucita se empezó a dar cuenta de que estaba experimentando la adaptación que acompaña la formación de los nuevos lazos del Vínculo.

Incluso mientras el confuso pánico y la demente exaltación desaparecían, se dio cuenta de que todavía quedaba algún eco de ellos. Podía odiar a aquellos amigos y buscar la forma de acabar con ellos, pero cuando tuvo que pensar en aniquilarlos de verdad no pudo. Si los encerraran y dejaran que el sol y los carroñeros los apresaran, como ya había visto antes hacer al Sabbat, no podría dejarlos secos ni propiciar su sufrimiento terminal. Tendría que conformarse con la frustración y la desorientación, y con el resto de herramientas que dictaba la retórica. Esto le recordaba demasiado su relación con su sire; guardó el pensamiento en un profundo cajón de su mente para examinarlo en otra ocasión.

El trabajo estaba hecho. Podía sentirlos, sigilosos, y sabía que también ellos la sentían. Si alcanzara un estado de tormento suficiente se sentirían impelidos a rescatarla, pues su dolor, a la larga, terminaría

por convertirse en el de ellos. Percibirían grandes y burdas alteraciones en su estado de ánimo. Podría enfrentarse a Gratiano. Siempre y cuando lo que se ocultaba ahora bajo su piel fuera realmente «ella».

Domingo, 2 de julio de 2000, 1:40 a.m.
Museum der Arbeit, Hamburgo, Alemania

Willa Gebenstaler sabía muy bien que nada podía aniquilar mejor a un vampiro que el aburrimiento, ni siquiera la violencia despertada por otros vampiros. Ya habían transcurrido tres meses desde que oyera hablar por última vez a Madame. En el fondo temía que Madame hubiera intentado algo para destruirse o para dejar que otros acabaran con ella. Sin embargo, con o sin Madame sobre la faz de la tierra seguían quedando posibles clientes. Willa aún tenía mucho trabajo por hacer.

Poco después de la última llamada de Madame, Willa leyó un artículo del periódico de Hamburgo que hablaba sobre el papel que desempeñaban las casas de subastas en el proceso de blanqueo de dinero y bienes robados. Aquello le interesaba, puesto que cada día movía jugosas sumas de dinero (de las que las autoridades se apropiarían si pudieran). Decidió embarcarse en el estudio del negocio de las subastas y para ello cogió unos cuantos artículos de los archivos del museo para llevárselos a unos socios de fiar y seguir su periplo por el sistema. Cada quince días actualizaba los datos y decidía qué artículos se pondrían a la venta para los clientes de Madame.

Se llevó una grata sorpresa cuando recibió los últimos informes sobre las pequeñas casas de subastas de los Alpes y regiones cercanas. Allí abajo, entre los hijos de los godos, los hunos y cosas peores, una fascinante mezcla de bienes ajenos y, en algunos casos, peligrosos, cambiaban de manos, unas veces envueltos en eufemismo, otras en apariencia resguardados en una oscuridad protectora. Por ejemplo, este informe de la Casa Tirolesa de Donación: Willa había pasado dos pequeñas cruces robadas de las capillas de los Ventrue en el siglo XVII. Llevaban grabadas unas inscripciones que

servían de ayuda al practicante entendido de la magia de la sangre a conseguir ciertos efectos, al menos eso le habían dicho. A Willa la hechicería le despertaba ciertas sospechas. Le parecía laberíntica, a pesar de resultar tan útil. No tardaron mucho en empaquetarlas junto con otra media docena de cachivaches modificados por la magia negra de los rituales cristianos. Nada destacable hasta ahora.

Lo chocante fue su último hallazgo. Habían colocado junto a otro el paquete que incluía sus cruces, con la consabida razón fundamental de «consolidación en ausencia de mecenas». El otro lote consistía en el contenido de una biblioteca privada del sur de Baviera... Se trataba de la biblioteca de un viejo conocido, el conde Kart von Ostwer, que había contratado a Madame en diversas ocasiones en los conflictos derivados de la unificación prusiana de Alemania, igual que hiciera más de trescientos años atrás en una puja por el control de un culto de la Gehena al que más tarde abandonó. Willa no se sorprendió cuando descubrió que estaban vendiendo las propiedades del conde, porque hace cincuenta años este pensó que al final encontraría un blanco que demostraría no valer tanto la pena como superior. Lo más curioso era empaquetar aquellos libros junto con sus artefactos. ¿Se trataba de una mera coincidencia o de una calculada asociación por parte de alguien familiarizado con las posesiones vampíricas? Willa había empezado a hacerse muchas preguntas.

Ahora tenían los resultados a su alcance. Sí, al menos media docena de aquellas casas de subastas estaban juntando paquetes de bienes aislados que en su día fueron propiedad o usados por los vampiros, con frases recurrentes en las descripciones. Todo parecía apuntar a que alguien estaba dirigiendo aquellas ventas como parte de algún plan mayor. Incluso esta conclusión se vendería a un buen precio a ciertos clientes de Madame; un análisis más exhaustivo se vendería mucho mejor. Willa empezó a tomar notas con su pequeña letra acerca de dónde seguir trabajando.

Sonó el teléfono. Willa lo hubiera ignorado de no ser porque el número que indicaba la pantalla era el de Katherine Scott. Willa se esforzó por contestar sin sonar como si estuviera muerta de miedo o en éxtasis.

–Ejem. Servicios Scott. ¿En qué puedo ayudarle?

–Sí, Willa. –Era Madame o si no alguien que imitaba muy bien su voz—. Hablé con usted el primero de abril sobre la Reserva Fondo B. La contraseña operativa actual es «Tabasco» y el número de autenticación es noventa y siete. ¿Acepta esta información?

–La acepto, Madame. La respuesta a la contraseña es «naranja» y las letras de autenticación son ALN. ¿Acepta esta información?

–La acepto, Willa. Necesito que prepare un viaje para un grupo de diez.

–Madame, puedo preguntarle...

–No, Willa. Ya habrá tiempo más tarde para esas cosas. Este asunto es de la mayor urgencia, así que ya nos pondremos al día de los asuntos personales más adelante.

–Muy bien, Madame. Un grupo de diez. ¿Habrá alguno que necesite respirar?

–Sí, uno. Físicamente está en forma, aunque no es que esté en su sano juicio.

–De acuerdo, ¿Hay alguno que no pueda viajar en condiciones normales?

–Creo que no.

–Perfecto. ¿Lugar de salida?

–Antioquia, Turquía. Servirá cualquier campo de aviación de la región.

–Madame, qué demonios... está bien, está bien, lo sé. Más tarde. De acuerdo. ¿Y el lugar de llegada?

–Río de Janeiro, Brasil. De nuevo, nos arreglaremos con cualquier campo de aviación que haya por allí.

–Sí, Madame. ¿Desea que avise a alguien cuando llegue?

–Sí, Willa. Necesito que me concierte una vista con Gratiano.

Willa se quedó sin palabras durante unos segundos.

–Madame, me parece que hay problemas con la conexión. Por favor, repita su última instrucción.

–Necesito que me concierte una vista con Gratiano, lo antes posible después de la llegada.

–Madame, por favor, ¿qué está ocurriendo?

–Después. Por favor, dispóngalo todo y llámeme a este número, proporcionado por mi anfitrión –dijo Lucita flemática.

–Yo, eh... –Los hábitos adquiridos a lo largo de los siglos se imponían–. Muy bien, Madame. Lo dispondré todo y la avisaré a este número.

–Gracias, Willa. –Lucita colgó el teléfono.

Willa se sentó ante el ordenador y, con la mente en otra parte, empezó a consultar horarios de vuelos. ¿Qué podría tener que ver Madame con el Sabbat? Había al menos cuatro formas en que Madame podría haberle indicado con aquella llamada que se

encontraba bajo coacción, aunque no había recurrido a ninguna de ellas. Pero... ¿y la gran diabolista? ¿Por qué iba Madame a arrojarse a las fauces del Sabbat? Willa tenía la esperanza, mientras arreglaba los trámites, de que algún día Madame pudiera explicarlo todo.

_____ 31 _____

Lunes, 3 de julio de 2000, 9:30 p.m.

Hotel Intercontinental de Semiramis, El Cairo, Egipto

Un hombre que se hacía llamar Hassan se despertó bajo el persistente efecto de un sueño recurrente que iba retrocediendo como la marea, desvaneciéndose no en el simple olvido sino en algo mucho mayor que él mismo. Una parte de él esperaba en cierto modo que al descorrer las cortinas pudiera contemplar un mundo sumergido en una noche eterna o al menos conseguir ver a aquel coloso de oscuridad atravesar el mundo a grandes zancadas para pulverizar los baluartes de la luz. Pero, pobre de él, la ciudad brillaba con el tráfico nocturno, como de costumbre.

Aquel hombre no era ningún loco. De lo contrario no hubiera podido sobrevivir al paso de los siglos como renegado de un clan que era al mismo tiempo proscrito entre los cainitas. En cierto modo, sabía que ningún mortal podría, ya que había diseccionado su conciencia y su cuerpo para después ensamblarlos con sumo cuidado. Conocía los estanques de imágenes que su mente dejaba caer en sus sueños y estaba seguro de que no era nada que proviniera de su interior. Alguien lo estaba llamando.

No había opción de esconderse. El primer sueño llegó hacía cinco noches. Desde entonces había recurrido a todas las técnicas de protección que conocía e incluso había cedido ciertos restos de saber al Lasombra más poderoso de esta ciudad, Fátima al-Lam'a, así como a uno de los Tremere más temibles, Sylvia Kilver, a cambio de unos hechizos de protección que superaban sus habilidades. Además, a ambas les dijo algo muy parecido a la verdad: algo ajeno a él lo asaltaba en sueños, de modo que cuando la práctica de la magia de las sombras se volvió más difícil de controlar de lo normal sintió la necesidad de buscar protección adicional. Se negó desde el principio a contarles lo que pensaba hacer con el tema de las invocaciones o

cómo estas habían turbado sus sueños de gloria oscura.

Como la Tremere fue muy confiada y le alegró tanto tener unos fragmentos de un antiguo manual Lasombra de magia de la sangre de la época de inicios del cristianismo le hizo pocas preguntas. Sin duda pensaba que se estaba haciendo un favor a ella misma e incluso que se estaba aprovechando mucho de él. Hassan sospechaba que Sylvia esperaba desarrollar una nueva senda taumatúrgica o revivir otra antigua. En cualquier caso, le arrebató sus defensas y las inutilizó. El sueño regresó, más intenso que nunca.

La Lasombra antitribu era muy diferente. Hassan tenía la incómoda sensación de que estaba desnudando sus secretos ante ella, quien se ahorró el interrogatorio más por su sentido del decoro que porque Hassan hubiera conseguido engañarla. Fátima aceptó su oferta, tomada del refugio de un matusalén Lasombra que había sobrevivido a la rebelión de Gratiano solo para perecer a manos de los cazadores mortales un siglo más tarde, así que a cambio le concedió dos valiosísimos y potentes hechizos de defensa. Además Fátima le ordenó regresar y contarle qué tal funcionaban.

Sin embargo, Hassan no obedecería. Esta vez el sueño le proporcionó más información. El gigante emergió en medio del mediterráneo. Sicilia, quizá, o Malta, o Córcega. Necesitaba seguir acercándose para averiguar que más quería revelarle el que lo llamaba. Cogió el teléfono de la habitación y reservó un vuelo a Sicilia aquella misma noche. Ya se encontraría muy lejos para la hora en que se suponía que tenía que encontrarse con Fátima.

32

Lunes, 3 de julio de 2000, 9:30 p.m.

Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

–Lo siento –dijo el séptimo al antiguo–, se encuentra en algún lugar al este de aquí y ha atendido la llamada.

–¿Se dirige hacia aquí?

–Sin duda no viene derecho. –El séptimo confiaba mucho en el contenido de sus emisiones. No se podía estar demasiado seguro de cómo ciertas imágenes se manifestarían en la mente de receptores desconocidos, pero los ecos del hombre invocado despejaban ciertas

dudas—. No tiene claro cuál es su objetivo. Cuando esté más cerca intentaré mandarle algunas más para comprobar su capacidad de respuesta.

—Muy bien. Lo pondrás a prueba antes de traerlo ante nosotros.

—No era una sugerencia.

—¡Por supuesto! Si no alcanza a demostrar suficiente talento, entonces jamás tendrá la oportunidad de fracasar aquí.

—Procede, pues.

Lunes, 3 de julio de 2000, 10:40 p.m.

Propriedade Nova da Lua, Gávea, Río de Janeiro, Brasil

Gratiano se despertó con la esperanza de que la noche fuera tranquila. Todavía se preguntaba que haría ahora con Octavia. Era evidente que debía de ser la chiquilla de baja generación pero relativamente joven de algún Gangrel antiguo. A Gratiano no le hacían mucha gracia los Gangrel antiguos, dado que consideraba que ni eran lo bastante predecibles para que fueran buenos objetivos (como lo había sido el fundador de su propio clan) ni eran lo bastante independientes para ser buen forraje a pesar de los riesgos. Eran muy dados a los desarrollos inesperados. Gratiano quería sentir que Octavia ya no sería más un comodín en su ciudad.

Aquel último pensamiento le hizo gracia. Estaba claro que él no era de Río. En realidad no pertenecía a ninguna parte pero, si lo hubiera hecho, no hubiera elegido esta ciudad. Este solo era un lugar al que había venido porque años atrás le había ofrecido algún que otro desafío interesante. Cuando descubriera todo lo que podría llegar a hacer con los Lasombra de aquella región ya estaría a lo suyo en cualquier otra parte y Octavia pasaría a convertirse de nuevo en el problema de algún otro. Podría dejarla por su sucesor, pero... mejor no. Prefería permanecer informado y controlar.

Aquella noche planeó reunirse con algunos de los antiguos de la ciudad para discutir la siguiente fase del plan socavar a los Toreador con los que ahora los Lasombra compartían el poder. Era una relación de lo más interesante, pero en estos tiempos en que las guerras entre clanes eran cada vez más sangrientas Gratiano decidió impedir que la

Camarilla utilizara la mitad de la ciudad como escenario. No tenía por qué respetar (de hecho no lo hacía) a los líderes de la secta por su coraje o sus visiones, pero debía admitir que en sus filas se contaban algunos de los más terribles señores de la guerra y aún mejores soldados. De nada serviría repetir la debacle del levantamiento norteamericano del año pasado, que tan prometedor parecía en un principio pero que no tardó en desmoronarse y dispersarse. Hacer la ciudad segura para los intereses de los Lasombra y los Sabbat, antes de que fuera perentorio, para que cuando llegara la crisis no les costara tanto enfrentarse a ella.

Una de los habitantes de la región le había replicado con escepticismo durante la última reunión, preguntándose mientras salían por qué alguien tan poderoso como él decía ser se conformaría con un rango de arzobispo y una existencia sin compromisos. Se lo explicaría por la noche, recordándole que después de un logro lo bastante importante...

Había llegado el tren descarrilado del pensamiento. Se trataba de Silvano, uno de los prometedores ancillae. No había duda de que quería unirse a Gratiano, aunque este lo estaba considerando. Dado que uno de los mejores rasgos que definían a Silvano era que entendía las prioridades en seguida, Gratiano supuso que no le interrumpiría sin una buena razón.

—¿Qué?

Por otro lado, no había motivo para ser tan encantador al respecto, de modo que lo cortó de la forma más áspera que sabía.

—Excelencia, habéis recibido una llamada desde Alemania.

—Y en vez de coger el recado interrumpes mis preparativos porque... —Ahora sonaba delicado como la seda, suave como el veneno de una cobra.

Silvano comprendió el significado del comportamiento de Gratiano y pestañeó, hecho un manojo de nervios.

—Dice que llama de parte de Lucita.

Ahora fue Gratiano el que pestañeó. Solo una vez, pero muy fuerte.

—Ya veo. Has hecho bien. Lo cogeré. —Extendió la mano para recoger el teléfono inalámbrico que sabía que Gratiano llevaría consigo y se introdujo su propio auricular.

—Eso será todo. —Esperó hasta que el vampiro más joven abandonó la oficina. Ahora Gratiano se había quedado solo de nuevo, contemplando el valle, más allá de aquel espantoso y ridículo Cristo

gigante, mirando las luces de la ciudad. Aquella vista obligaba a sufrir delirios de grandeza.

Recompuesto, apretó el botón de retención.

–¿Quién es?

Era una mujer alemana.

–Señor.

Gratiano hizo su primera puja por el dominio.

–«Señor» no. El título apropiado es «Excelencia». Úsalo o llámame por mi nombre de pila si crees que puedes sobrevivir a mi oposición a la libertad personal no autorizada. Si no, puedes ir a hablar con uno de los lacayos.

–«Excelencia» entonces. –La mujer no se esforzó en ocultar su desagrado—. «Excelencia», ofrezco servicios a Lucita de Aragón, a quien ya conocéis.

–Desde luego. ¿Y cómo es que la patética chiquilla de Monçada no está junto a su papi insultándolo?

–Lucita desea verse con su «Excelencia».

Gratiano pestañeó otra vez. Si se trataba de una broma, estaba claro que había alguien a quien le gustaba jugar con fuego. Había oído hablar sobre la captura y el juicio de Lucita, cómo no, y tenía entendido que mantenía interesantes relaciones con algunos de los cardenales. Entonces se acordó de sus últimos encuentros y supo también que Lucita probablemente preferiría destriparse a sí misma con una cuchara que pasar un solo segundo hablando con él, sobre todo en el propio territorio de Gratiano. Lucita siguiendo las tradiciones... era ridículo.

–¿Y qué es lo despierta el interés de mi querida prima de sangre?

–No puedo hablar de eso en este momento. Se me ha ordenado concertar la vista tan pronto como Lucita y su compañía lleguen a Río de Janeiro.

–¿Me dirás cuándo será eso o tendré que adivinarlo?

–Aterrizarán en la Isla del Gobernador en la madrugada del día siete y se alojarán lo antes posible. Por tanto, estarán disponibles al anochecer o después en cualquier momento.

–Entonces puedes decir a nuestra bisobrinanieta de sangre que estaremos preparados para recibirla en la noche del ocho. Ella y sus acompañantes serán cacheados para que no utilicen armas mientras pisen mi propiedad, de modo que la menor señal de hostilidad será castigada al considerarse una violación de mis derechos de dominio.

¿Ha quedado claro?

–Sí.

–Sí, ¿qué?

–Sí, «Excelencia». –Gratiano se sintió muy complacido por la frustración en la voz de la mujer. La detestable raza alemana no trajo nada bueno en los tiempos en los que se empezó a llamar a sí misma el Santo Imperio Romano, y ahora no era mucho mejor. No les vendría mal un poco de frustración. En realidad se merecían todo el mal posible, pero ya habría tiempo para eso.

–Muy bien. Cuando la señora se haya alojado que hable con mis sirvientes para que se le conceda permiso para aproximarse. Sería una pena que los tomáramos por intrusos y los usáramos como tinajas de sangre caídas del cielo, ¿no es así? Frau... no recuerdo tu nombre.

–Gebenstaler. «Excelencia».

–Ah, sí, ya te recuerdo. ¿Todavía sigues respondiendo al teléfono y haciendo recados? Me alegra ver que se mantiene la tradición de nuestro clan de aspirar a la excelencia prosperando de esta manera. Cuando los inferiores y los estancados se mantienen en la misma posición, los superiores tienen más posibilidades de engendrar y evolucionar. Muy bien. Ahora, ¿hay algo que pueda hacer por ti?

–No. «Excelencia».

–Debo recordar hablar a tu señora sobre el tema de la deferencia. Qué terrible infortunio si, mientras cumples con tus pequeñas y sencillas obligaciones, hicieras enfadar a alguien que podría recurrir a la conexión electrónica para arrancarte tus patéticas defensillas mentales. No te gustaría, y me juego el cuello, despertarte una noche y descubrir que eres un peón vinculado de alguien a quien detestas tanto como a, por ejemplo, un arzobispo del Sabbat. ¿No odiarías algo así? No, no hace falta que me des las gracias por aconsejarte. Buenas noches. Frau Gebenstaler. –Colgó.

Muy bien. Aquello se ponía interesante. ¿Acaso Lucita lo acusaba de liberar monstruos del Abismo? Es cierto que lo había hecho en ocasiones anteriores. Se necesitaba poner en práctica el poder de cuando en cuando; si no tienes enemigos no puedes aprender a defenderte de ellos. Pero ya hacía tiempo que no se dedicaba a eso y, en cualquier caso, aquel tipo de violencia gratuita no era propio de él, que lo haría de forma que consiguiera sus objetivos con mucha mayor eficacia.

Llamó a Silviano y canceló las reuniones de aquella noche. Prefería pensar sobre el asunto de Lucita. Tenía tantas cosas que decirle a aquella zorra.

Aquellos primeros siglos en el castillo del fundador habían pasado con más pena que gloria, incluso después de que el joven Gratiano concibiera la sublevación a una escala que haría temblar los cimientos de la sociedad cainita. Sabía que la mitología vigente presentaba los motivos del fundador en términos de relativa simplicidad: el fundador, impresionado por la buena disposición de Gratiano a protagonizar complejos actos de traición y por su codicia de poder personal, lo Abrazó (según cuenta la historia), se unió a él a través del vínculo de sangre y lo empezó a adorar igual que un padre orgulloso. La realidad fue mucho más extraña. Quizá Gratiano nunca la admitiría ante nadie, pero entre las pocas convicciones inamovibles que tenía estaba la idea de que no sabía cómo pensaban el fundador y los demás Antediluvianos.

En algunos aspectos, Gratiano disfrutaba de un poder tremendo, durante aquellas noches siempre oscuras en el Castillo de las Sombras. Al fin y al cabo era el chiquillo del fundador y casi todos los demás se habían sumido en el letargo o habían desaparecido o habían emprendido su propio camino. Por supuesto, Montano, aquel enigmático «hombre de honor», estaba casi siempre cerca, así como dos o tres más, pero sobre todo Gratiano, de los nuevos preferidos del fundador. Su poder podría llegar a ser casi ilimitado. No obstante, no tenía nada como el práctico poder de muchos habitantes del castillo, y estaba sometido a un constante tormento que iba más allá de su capacidad de formular quejas tan claras al fundador. En determinadas ocasiones se había inventado acusaciones para quitar completamente de en medio a quien no hablaba bien de él.

En medio de todo aquello, la presencia inesperada de Lucita era un insulto intolerable. No estaba vinculada al cerdo de su sire. No, había venido en contra de la voluntad de este. Después Gratiano se preguntó si Lucita se daba cuenta de hasta qué punto aquel cabrón la había protegido de los Amigos de la Noche. Siguió sin hacer uso de su derecho a castigarla, mucho después de que cualquier otro sire hubiera accedido a ceder la sangre de Lucita a un aspirante que valiera más la pena. Incluso se negó a conceder derechos de caza después de que Lucita se colara en el Castillo de las Sombras. Lucita cometió graves faltas de respeto hacia Gratiano, porque apenas mostró un mínimo de deferencia hacia el hijo del fundador y además se vanagloriaba de sus propias aventuras.

Lucita dejó de ir por allí mientras aún se preparaba la gran sublevación. Quizá oliera los vientos de cambio. En cualquier caso,

Gratiano nunca tendría la oportunidad de reprenderla como se merecía por todas las desgracias que le había traído. Lo más cerca que había estado de eso habían sido un par de encuentros con la secretaria, Gebenstaler, mientras iba a la caza de un viejo camarada que se había independizado perniciosamente durante la Segunda Guerra Mundial. Escondido tras un seudónimo, Gratiano consiguió que Gebenstaler le proporcionara cierta información para más tarde, al término de la caza, restregarle la verdad por la cara durante una larga y explicativa llamada telefónica. Ahora, después de tanto tiempo, tenía una oportunidad única para aliviar aquel picor persistente, así que debería sacarle el máximo partido.

Miércoles, 5 de julio de 2000, 11:02 p.m.
Almacén n° 3 de ZF Industries, Antioquia, Turquía

«Angélica se quedará detrás con los demás, por supuesto». Aquellas palabras atravesaron el cerebro de Angélica como un escalpelo. *No, no*, ardía en deseos de gritar pero, claro, guardó silencio.

Hasta ahora no había prestado demasiada atención a la conversación. Tenía que revisar los manuales de vuelo. Su dueña le iba a traer otro Challenger 604, idéntico al que había pilotado desde Gunnison hasta Londres, pero aquel parecía poder personalizarse aún más. Al igual que en aquel vuelo, viajaría sin copiloto, aunque aquello fuera una violación de varias normas de seguridad. Así y todo, de alguna manera sabía que tenía la resistencia necesaria, al menos mientras su dueña estuviera a su lado.

Los vampiros seguían con su conversación. Aquel «almacén» tenía unas oficinas bastante cómodas al fondo, detrás de tres niveles de sistemas de seguridad. En realidad Angélica no se sorprendió porque Zarahustra tuviera tanta influencia; ya se figuraba que los vampiros gobernaban el mundo y que se engañaban a sí mismos y a los demás a conciencia sobre ello solo porque les gustaba el desafío. Sin embargo, a Zarahustra no le hacían tanta gracia esos juegos. Sabía lo que tenía que hacer y disfrutaba con ello. Angélica pensó que Zarahustra era tranquilizador en cierto modo: resultaba mucho más

sencillo ser enigmático que ser cruel.

Ahora todo lo demás se desvanecía mientras la conmoción de las palabras de su dueña la taladraba una y otra vez. Lucita continuó con su comportamiento flemático.

–Quiero que Conrad venga conmigo. Gratiano subestima a las mujeres. A mí creo que me odia pero a ella solo la ignorará, por lo que podrá vigilarlo todo mejor. El paladín tendría que escoltarnos pero quedarse fuera de la zona de encuentro y los demás deberíais manteneros juntos y alejados. El hotel está lo bastante cerca para que podáis saber cómo van las cosas, ¿no es así?

Andrew asintió.

–Estoy de acuerdo. Será un buen experimento.

Lucita lo miró desconfiada.

–¿Cómo que un experimento?

–Dime lo que sientes. –Pulsó una tecla de su teléfono para ejecutar una orden preprogramada.

Un instante después Lucita sintió un agudo dolor punzante que le atravesaba la parte derecha de la cadera, una y otra vez. Su mente le trajo aquella imagen en que Niccolo era una luna oscura que caía en picado a tierra.

–¿Qué le has hecho a Niccolo?

A Andrew se le dibujó una amplia sonrisa en la cara.

–Uno de los primos de Zarahustra acaba de perder una pierna, en las dárseñas.

–Ya veo.

–Me pareció que sería una buena prueba. Estaremos todavía más cerca pero esperamos una experiencia menos traumática, de modo que queda nivelado.

–Muy bien. –Angélica percibió que su dueña sintió un leve ataque de náuseas, seguido de un esfuerzo consciente por reprimirlo. Angélica también intentó superarlo (si su dueña lo negaba, entonces, por definición, tenía que ser malo)–. ¿Estará en condiciones de viajar?

–Me encargaré de que así sea –dijo Andrew–. Claro está, si es necesario, podemos meterlo en un contenedor y dejar que se cure más tarde. No habías pensado en un papel más importante para él, ¿o sí?

–No. –Lucita meneó la cabeza y Angélica se preguntó si los demás se daban cuenta de todo lo que estaba negando con aquel gesto–. Muy bien, –repitió–, si me hace algo, no habrá nada que ninguno de vosotros podáis hacer para detenerlo. En ese caso, lo más

sensato sería que os dispersarais y que avisarais al cardenal...

Andrew la interrumpió.

–Con el debido respeto a nuestra nueva compañera de rito, sabemos un par de cosas sobre cómo enfrentarnos a los adversarios más poderosos.

El silencio se tensó entre el ductus y su prisionera.

–Sí. Ciertamente –dijo Lucita por fin–. De modo que lo que recomiendas es...

–Si percibimos que está ejerciendo un poder físico o mental contra ti, recomiendo que nos separemos y que intentemos avisar cada uno por nuestra cuenta al cardenal Timofiev. Puede que una actuación coordinada del cardenal sirva para interferir en los planes de los Amigos de la Noche, ante los que nosotros no podemos hacer nada.

–¿Me has interrumpido solo para decir en qué circunstancias nos encontramos?

–En efecto.

–Sí. Vale. ¿Nos olvidamos de algo? –Lucita miró uno por uno a todos los presentes. Nadie tenía nada que añadir y si lo tenía se lo callaría, igual que Angélica.

El laberinto que era la mente de Angélica empezó a simplificarse. Su dueña la rechazaba, excepto cuando se trataba del tema de volar. Por tanto volaría lo mejor que supiera y debería hacer algo para que el vuelo cobrara mayor importancia. Su dueña tenía que ver que seguía siendo de utilidad.

Sábado, 8 de julio de 2000, 10:30 p.m.

Aeropuerto de Luxor, Gávea, Río de Janeiro, Brasil

A lo largo de los siglos Lucita había ido aprendiendo que una de las claves de la supervivencia era la eliminación de los detalles innecesarios, tanto del análisis del presente como de la reflexión sobre el pasado. El viaje transcurrió sin percances, de modo que no se molestó en recordar los pormenores. Su mayor preocupación era si Angélica seguiría siendo tan buena piloto pero la respuesta fue más que positiva. Sin embargo, una vez zanjada esa cuestión, a Lucita ya

le daba igual a qué altura volaban o dónde tenían que repostar, siempre que no se necesitara su intervención. Y no hizo falta.

Aquello le permitió concentrarse en lo que realmente importaba: descubrir el sentido de su existencia y el de la misión. No se dio cuenta de que Angélica pilotaba cada vez con mayor precisión en respuesta a aquella floreciente claridad de ideas; solo se percató de que tenía libertad de actuación.

Lucita y Conrad estaban en el balcón de su suite mirando cómo el tráfico del aeropuerto daba vueltas a su alrededor. El aeropuerto de Luxor estaba en realidad en el edificio de la terminal principal del aeropuerto; Lucita pensó que cuando necesitara algún sitio donde esconderse donde hubiera alimento en abundancia, aquel sería el lugar perfecto. Todos los miembros vampiro de la compañía habían hecho el viaje sin problemas y habían disfrutado del agradable calor de la sangre fresca. Aquello compensaba un poco la preocupación por lo que se encontrarían más adelante.

—Dime —comenzó Lucita—, ¿crees que puede haber sobrevivido alguna parte del fundador?

Conrad meditó la respuesta mientras seguía con la mirada a un blanco elegido al azar que iba por la acera que quedaba justo debajo de ellas.

—No.

—¿Es intuición o tienes razones para afirmarlo?

—Ambos. Debo suponer que los taumaturgos de dentro y de fuera del clan han analizado a Gratiano con gran cautela. No les gustaría que les estuviera gastando una broma, como aquel desgraciado que solía decir que había diabolizado al amante de un Brujah y que había quedado poseído por todas las almas de Cartago.

Lucita soltó una risita. Aquello le recordó a lo del cruzado que puso la nota de humor a la Segunda Guerra del Sabbat.

—Cierto. No estuve allí en su momento, desde luego, pero debe de haber habido algo de eso. ¿Qué más?

—Solo la sensación de que esta vez no se trata de algo especial. Oh, ha habido distintas señales de que se acerca el fin, desde lo que quiera que fuera aquello que afectó a los Ravnos hasta el pánico de los Gangrel. Nunca han faltado señales: siempre pasa algo nuevo y malo y siempre hay algo viejo y positivo que desaparece. A mí no me parece que se trate de la víspera del Apocalipsis y no creo que nada de eso haga manifestarse al fundador si es que todavía existe.

—Hmm, yo... —un pensamiento repentino interrumpió a Lucita—.

Pero supón que no ha quedado atrapado en el Abismo y que acaba de descubrir la forma de liberarse, de manera que el único ritmo imperante fuera el de su ansia de libertad de acción.

Conrad levantó dos dedos.

–Te voy a instruir. –Dobló el primer dedo–. Primero. Podemos inventarnos hipótesis hasta el día del juicio final sin llegar a ninguna parte. Mi antiguo mentor me dijo una vez que un número infinito de mentiras es compatible con cosas que pueden ocurrir, y tenía razón. El hecho de que te pueda entrar el pánico no significa que tus teorías estén bien encaminadas. –Dobló el otro dedo–. Busca una excusa para, de alguna manera, convertir todo esto en un error tuyo. Tienes la típica obsesión de los cristianos por el pecado y la expiación. Te negarás la posibilidad del suicidio, pero si al final decides que destruirte a ti misma sería un sacrificio que valdría la pena, entonces te suicidarás. Ya he conocido a otros como tú.

–Desde luego que los has conocido.

–Sabes que el sarcasmo no es uno de tus fuertes. La invectiva no se te da mal, pero la verdad es que ese tipo de salidas no es propio de ti. Y sí, claro que he visto antes a los de tu calaña. Recuerda que crecí rodeada de misioneros e imperialistas culpables. Piensa en lo cómoda que te hace sentir tu evidente idea de la autodestrucción, en lugar de dejarla desvanecerse sin hacerla el menor caso. En realidad, en estos momentos no podemos permitirnos el lujo de aferrarnos a este tipo de cobardía.

–¡Cobardía! Yo... –Sonó el teléfono de la habitación. Lucita lo miró. No podía soportar la ironía de aquel momento. Antes de recuperar el control de sí misma arrancó algunos barrotes del mirador. Entonces miró los hierros retorcidos que sostenía en la mano–. Oh... lo incluirán en la factura, me imagino.

El paladín respondió al teléfono mientras Lucita lo miraba.

–Sí. Muy bien. –Miró a Lucita y Conrad–. Ha llegado nuestro coche. –Volvió a hablar por el teléfono–. Estaremos abajo enseguida. Sí.

De forma oficial, esta era una propiedad ancestral de la familia Ombrivecchio que ahora pertenecía al gobierno italiano. Según los registros auténticos y oficiales, allí había estado guardada una serie de residuos peligrosos durante la Segunda Guerra Mundial y después otros veinte años más, de modo que el suelo representaba una grave amenaza para los hombres y mujeres vivos. Se habían registrado varios fenómenos inexplicables relacionados con el lugar, así como una vieja historia sobre cómo las sombras de esas tierras permanecían inalterables incluso cuando los ríos de lava del cercano volcán Etna arrojaban su espeluznante resplandor rojo vivo sobre todo lo demás. Ni los habitantes de la región ni las autoridades que visitaban la zona se daban cuenta de hasta qué punto se les retorció la mente cada día para ocultar todo cuanto pudiera tener un mínimo de interés en el castillo que se encontraba en medio de aquellas tierras.

Los vampiros veían todo aquello con otros ojos. La arquitectura de la fortaleza era muy sencilla, había sido modificada en incontables ocasiones a lo largo de los siglos y sus defensas no dependían en absoluto de la fuerza terrenal. La muralla exterior, de una cuadratura perfecta, albergaba dos torreones interiores, también cuadrados. La torre este era más alta y tenía una amplia azotea que permitía a los vigilantes las mejores perspectivas en caso de que el volcán entrara en erupción, así como de las demás direcciones. Desde lejos resultaba imposible determinar con precisión con qué estaban contruidos los muros porque toda la superficie se encontraba cubierta de sombras que se movían de forma continua y casi imperceptible. Cada noche, en cuanto se ponía el sol, oleadas de sombras emergían de las profundidades y arropaban el castillo desplazándose por lo general en espiral hasta que pasada la medianoche empezaban a desvanecerse.

El hombre que se hacía llamar Hassan en el Cairo llegó a pie, tras aparcar el coche fuera de la carretera y de la vista, cerca de la entrada sur. Aunque tenía la cara encendida por la sangre de los granjeros de la zona, decidió proceder con cautela. Así, saltó la valla haciendo uso solo de su fuerza y velocidad y después avanzó sin prisa por el camino principal. Ya no oía la voz que le susurraba al oído, la misma que le había hablado en sueños y también en momentos de vigilia, persiguiéndolo por todo el mediterráneo central. Le llevó casi una semana darse cuenta de que había una segunda voz que hablaba por debajo de la primera. Esa voz oculta no hacía más que repetir incansable un nombre: «Castillo de las Sombras».

Las sombras correteaban en espiral por el camino y los prados, igual que lo hacían por los muros del castillo. El visitante se sentía cómodo allí, tan tranquilo como no lo había estado nunca. El poder al que se había entregado aún permanecía allí, aunque su instigador se había marchado hacía mucho. Podía sentir con bastante claridad que allí no habitaba ningún vampiro (había realizado un sencillo rito para potenciar la percepción de cosas de ese tipo). Todo aquello consistía solo en la memoria del Antediluviano, el feroz espíritu de aquel ser grabado en todas las superficies donde había reinado durante tanto tiempo. Las sombras se le subían a los pies como pequeños animalillos, trayendo con ellas aquel frío tan familiar. Quizá aquel era el lugar que más se parecía al Abismo en toda la Tierra. Cuando lo llamaron, ¿cómo iba a desoír la llamada?

Un pequeño reactor describió un arco por encima de su cabeza, dejando a su paso una blanca estela fundiéndose con las nubes. Se quedó mirándolo como si nada, inmovilizado más por curiosidad que por miedo a que los ocupantes lo estuvieran buscando o que pudieran verlo si así era. Al fin y al cabo, las falsas impresiones que plagaban aquel lugar permanecían intactas y podían mirar tanto hacia arriba como hacia fuera. Los aviones, los satélites y, suponía, los ojos de los alienígenas que pudieran estar observando desde otros mundos podían ver las tierras abandonadas en las que los mortales creían.

Mientras permaneció enfrente de la enorme puerta sur las sombras que se arremolinaban a su alrededor se congelaron lo bastante para que cualquier vampiro se alejara de ellas, pero después recuperaron su movimiento normal. El recién llegado era un poco más alto que el visitante y había algo en él que dejaba entrever una estrecha relación con el lugar con el que «Hassan» solo podía soñar. Era chino y llevaba un sencillo traje oscuro con el que hubiera pasado desapercibido por las calles de cualquier gran ciudad del mundo.

–Bienvenido –dijo sin ningún tipo de acento.

El visitante tanteó al recién llegado.

–Eras tú a quien vi aquellas noches en el aeropuerto –dijo por fin.

–Sí –el otro asintió para mostrar su acuerdo–. Necesito saber cuánto tiempo te llevaría oír la verdadera llamada, sobre todo cuando se puede estar distraído de tantas formas.

–¿Y?

–Oyes la voz.

–Sí. Es la misma que me habló hace muchos años, creo, diciéndome que llegaría el día en el que el Padre de la Oscuridad se

alzaría de nuevo para reclamar el legado que Caín dejó inacabado.

El otro sonrió.

–La voz te cuenta la verdad. Ese día ya ha llegado. Si puedes mostrar tu verdad, puedes unirte a la gran obra.

–Sí. Soy un estudioso de la ciencia del Abismo y de la aplicación del poder primario por medio de la sangre hasta conseguir la transformación del mundo. Puedo superar la prueba.

–Dime, estudioso, ¿qué sombras asolan ahora el mundo y quién te habla?

El visitante se dio cuenta de que aquellas eran preguntas cruciales.

–Sé que por el mundo corre desencadenada una gran y terrible sombra. Emerge del mar y de la noche en la cuenca del Mediterráneo, trayendo consigo la muerte y la consternación que no son sino un anuncio de lo que acontecerá a todos los pueblos durante la última noche. Los mortales hablan de piratas y de serpientes marinas pero no saben la profundidad de su desatino, porque lo que se revuelve es el alma del fundador de la Oscuridad. ¡Ya viene! –Su evidente fachada de erudito se disipó para dejar ver al fanático que se escondía debajo.

–Bien. Abre la puerta que hay tras de mí y conocerás el resto. –El chino se apartó a un lado y le señaló la puerta.

Primero lo más importante, pensó el visitante, y extendió un solo tentáculo de sombras. En cuanto alcanzó la puerta, las sombras que había allí se lo arrancaron al visitante para que se fundiera con ellas. El visitante asintió, pues esperaba que sucediera algo parecido. El siguiente paso era empujar con todas las fuerzas sombrías que pudiera reunir, y así hizo. Todos los tentáculos se desvanecieron igual que el primero, dejando al remolino de la puerta en apariencia inalterado.

–Se necesita una fuerza bruta mayor que la que yo tengo.

–Oh, sí. Después de todo la construyeron entre otras cosas para contener a los propios chiquillos del fundador.

El visitante asintió y se puso firme. Se dejó inundar por la oscuridad pero no dejó que saliera de él. La voluntad colectiva de las persistentes fuerzas del castillo, que casi se diría que conformaban un alma, tiró de él, haciéndole retorcerse. Pudo oír cómo la oscuridad crujía entre las vísceras y consiguió entrar en sintonía con los latidos del castillo. Arrodillado, se mecía adelante y atrás, aunque apenas se daba cuenta de ello.

La visible cadencia del flujo y el reflujo no era más que el

comienzo de las corrientes que se movían por el lugar. Por supuesto, había unos ritmos que variaban cada minuto y otros que se mantenían siempre constantes. También se movían corrientes por el interior del castillo y por debajo del mismo. Estaba claro que algunas conservaban la agonía de la muerte de algún Lasombra poderoso o eran el legado del éxito de algún experimento. O, pensó el visitante al acordarse de las sombras que se habían comido literalmente la cueva de un mago de la sangre en los Alpes, del fracaso del mismo experimento. Algunas de aquellas corrientes internas se repetían cada pocos minutos: algunas parecían parte de ciclos más largos (puede que años, en el caso de un nudo atado a varios centenares de metros bajo tierra, pasando las cámaras selladas y el suelo que quedaba entre ellas).

Tenía la esperanza de entrar sin sufrir demasiados daños, pero poco a poco se fue dando cuenta de que eso no era factible. Aquel lugar emanaba demasiada vitalidad oscura y no tenía tiempo de dominarla toda. Se alegró de haberse alimentado antes de subir la colina. El cielo daba vueltas por encima de él mientras miraba, sentía y se preparaba.

Ahora. Había llegado el momento. Dejó que la oscuridad brotara de su piel y resplandeciera por la superficie de la puerta. Como era de esperar, las sombras del lugar tiraron de ella y entonces supo que cuando recompusiera su cuerpo le quedarían unas heridas bastante profundas. Pero ahora trabajaba con la más fuerte de las corrientes, que le protegían lo suficiente para que consiguiera sobrevivir.

De repente se encontró al otro lado del espejo, en el patio principal. Reconstruyó su cuerpo como mejor pudo, de manera que en los miembros resecos solo quedaron heridas profundas. El chino salió de entre las sombras en completo silencio y le sonrió.

—Descansa, ahora te contaré el resto. Tienes afinidad con la voluntad del fundador. No eres el primero. Ahora somos ocho...

Sábado, 8 de julio de 2000, 11:48 p.m.

Propriedade Nova da Lua, Gávea, Río de Janeiro, Brasil

Se ha producido un incendio en una finca situada a pocos kilómetros de aquí poco después de anochecer y el humo y las

cenizas han cubierto gran parte del terreno circundante. Así, Lucita solo tuvo unas pocas visiones fugaces de los setos que habían crecido alrededor de las verjas de hierro ornamentales, de las amplias colinas de prados salpicadas de estanques con formas astrológicas y, por último, de la casa del señorío. Tenía tres pies de altura y tenía forma de un tercio de círculo que daba a las afueras de la finca. Brillaban luces por todas partes, y el fetichismo que los Lasombra habían tenido siempre por los espejos alcanzaba allí su máxima expresión: en todas las habitaciones que vio Lucita una de las paredes o el techo estaban cubiertos de espejos enmarcados cuyos estilos iban del gótico al barroco pasando por el marcadamente moderno.

Una vampira que parecía más joven de lo que en realidad era conducía la limusina que había recogido a Lucita, Conrad y el paladín en el hotel. Muchos de sus gestos eran los típicos de los neonatos, incluidos un montón de pequeños movimientos inútiles, pero Lucita, que ya había hecho lo mismo antes, se dio cuenta de que estaba fingiendo. Por otro lado, los dos guardias que los recogieron en la puerta principal no escondían nada. Todavía se movían como si estuvieran vivos, haciendo gestos innecesarios, empleando unas veces más fuerza de la requerida, controlándose otras a todas luces un pulso que no se encontraban para entonces confundirse por su ausencia. Lucita admiró la riqueza de detalles de la coreografía que su anfitrión les había preparado.

Deseó que pudiera deshacerse de aquella incertidumbre que la acosaba. Lo que Conrad le había dicho sobre lo de suicidarse resonaba punzante en su cabeza. Le recordaba demasiado a la condena de su fantasmal criado del pasado Halloween. Aquel era un momento para confiar plenamente en uno mismo, no para... a menos que, pensó, Conrad quisiera que se sintiera insegura. Pero ¿por qué? ¿Acaso ella no necesitaba estar en plenitud de facultades en aquella situación? Conrad esperaba que vencieran a Lucita de aquella manera para que pensara lo mismo que Gratiano sobre el papel de este en el mundo y sobre cómo el rebelde apresado se relacionaría con él de manera natural. Ah. Sí. Lucita acabaría pensando como él, y todas las manipulaciones de Gratiano sobresaldrían con mayor claridad mientras Lucita recuperaba su garbo característico. Por supuesto, ahora que se había dado cuenta tendría que vencerse a sí misma de nuevo para reclamar aquel estado de desorganización.

Por fortuna, las razones del desdén y la desaprobación enseguida le vinieron a la cabeza. Allí estaba, una vampira milenaria de la

Séptima Generación, obligada a darle coba a unos chiquillos de mucha menos edad y mucho menos poder que ella. Era la recadera de los Amigos de la Noche, a quienes había dado la espalda hacía ya tanto tiempo. Sospechaba que nunca había sabido que debía mucho más que su supervivencia a la protección de su odiado sire, además era perfectamente consciente de que ahora se encontraba a merced de los cardenales y de todo lo que no fuera el Inconnu. La desesperación se adueñaba de ella.

Ambas mujeres habían elegido sendos sencillos vestidos negros para la ocasión, mientras que el paladín se había decantado por un traje gris liso. El paladín fue el primero en salir de la limusina, casi en absoluto silencio.

–Como habíamos acordado, ha venido Lucita de Aragón y su séquito para verse con Su Excelencia Gratiano de Veronese. Por favor, avisad a vuestro señor que sus invitados han llegado.

Uno de los guardias habló con discreción por un teléfono móvil, se quedó un rato a la escucha y después dijo en voz alta:

–Al fondo del pasillo principal, a la izquierda. No os quedéis deambulando.

–Ni se nos ocurriría –le aseguró el paladín. De hecho, ya en el hotel habían hablado sobre viabilidad de organizar una pequeña investigación, y todos coincidieron en que sería demasiado arriesgado. No sabían con exactitud con qué defensas contaba la mansión pero se imaginaban las que sí que podría tener. Lo dejarían para otra ocasión, si les parecía necesario. De momento se limitaron a cruzar el pasillo principal.

Lucita había buscado en un diccionario el nombre de la finca y descubrió que era una expresión portuguesa que significaba «Mansión de la Luna Nueva». La decoración hacía juego con el nombre. Las luces del techo provenían de cristales grabados con escenas que representaban eclipses de sol y noches de luna nueva y que habían sido elaborados con tal finura que dejaban pasar tenues sombras en lugar de impedir del todo el paso de la luz. Aquellas luces colgaban entre unos altísimos espejos pulidos en los que también se había representado la luna nueva, haciendo énfasis en las grandes hazañas de la historia primera del clan. Lucita reconoció al artista que había dibujado dos de las escenas de los Lasombra en los inicios de la Roma imperial, un cartaginés tomado como prisionero durante una de las guerras púnicas y Abrazado durante alguna fase de algún plan típicamente intrincado. Había perecido solo unas pocas décadas

después del Abrazo de Lucita, pero las pinturas habían sido restauradas con meticulosidad para que recuperaran su esplendor original. Lucita no pensaba que Gratiano se preocupara por ese tipo de detalles, así que se preguntó quién se encargaría de esas tareas.

Vieron guardias en el interior de la mansión (de hecho, fue lo único que vieron) solo en dos ocasiones. Dos hombres de rasgos mediterráneos de edad indeterminada estaban sentados en una mesa ornamentada de un pasillo lateral, revisando montoncitos de pequeñas cartas que, como Lucita pudo saber al final, eran de una baraja de tarot. Alguien debía de estar realizando un proceso de adivinación. Parecía la clase de cosas por las que Gratiano se interesaba. Un guardia uniformado permanecía de pie al fondo de un salón de banquetes amueblado al estilo vampírico, con generosos abrevaderos de sangre y vísceras. Estaba envuelto en la nublosa invisibilidad que generaba la sangre común entre algunos otros clanes. Pero no estaba lo bastante bien arropado para escapar al poder de observación de Lucita, que le hizo un gesto de asentimiento con la cabeza cuando pasaron por delante de él. No esperó a ver qué cara ponía.

Por fin llegaron a la esquina. La bóveda de dos pisos de altura descendió hasta convertirse en un pasillo de un piso de altura con techo liso, aunque no por ello estaba menos decorado. Cinco metros más allá del pasillo principal, el corredor lateral terminaba con un par de puertas de roble grabadas con el rostro de la luna. El paladín llamó una vez. Una voz familiar dijo desde el interior «Adelante». El paladín abrió las puertas para abrir paso a Lucita y Conrad, pero él se quedó fuera y cerró las puertas tras ellas.

Gratiano llevaba un ostentoso traje plateado con hebras metálicas en las costuras. Lucita pensó que era el conjunto más vulgar que había visto en un antiguo Lasombra en las últimas décadas. A este le iba como anillo al dedo. También lucía una amplia sonrisa.

–Bienvenidas, primas. ¿Qué asuntos os traen a visitar a vuestro arzobispo en una noche como esta?

De modo que hoy iba a comportarse con formalidad. Lucita dejó que Conrad tomara la iniciativa.

–Saludos, Excelencia. Somos viajeros por estos dominios, adonde venimos por asuntos del clan y a donde traemos la esperanza de alcanzar la paz y la victoria.

–¿Quién se presenta ante la corte?

–Conrad, chiquilla de Elias, que acompaña a Lucita, chiquilla de Monçada.

–¿Quién las lidera y protege?

–Obedecemos a la Corte de Sangre. El cardenal Timofiev nos envía de acuerdo con el juicio de la Corte.

–Impresionante –dijo Gratiano–. ¿Qué juicio sería ese, entonces?

–Conrad iba a contestarle pero Gratiano le hizo un gesto con la mano para que guardara silencio–. Oigámoslo de labios de la condenada.

–La Corte me declaró culpable de complicidad en la destrucción de mi sire.

–La condena por eso suele ser la aniquilación a manos de tus captores. ¿Cómo es que aún sigues en este mundo?

–Encontraron circunstancias atenuantes.

–¿Y cuáles son?

–Ayudé a salvar la Corte.

Gratiano pareció sorprenderse de veras. Lucita se preguntó qué sería lo que Gratiano habría oído sobre aquel asunto.

–Eso... no es el tipo de circunstancia que yo imaginaba. ¿Cómo ocurrió?

–Nos atacó una criatura del Abismo, que salió de una brecha abierta desde una distancia indeterminada por un invocador cuya identidad todavía no conocemos. Mi condena es encontrar al culpable o los culpables y acabar con esto de una vez por todas.

–¿Entonces qué os trae aquí? ¿Es que vais a acusarme de intentar asesinar a mis primos enviándoles monstruos del Abismo?

–Es lo que pensé en un principio. Pero después decidí que si te había entrado una fiebre asesina hubieras preferido que tanto la víctima como los testigos supieran con exactitud quién lo había hecho y por qué.

Gratiano soltó una carcajada.

–Muy cierto. Habría sido así. Al menos, veo que me recordáis bien.

Lucita pensó que era el momento de ir un poco más lejos.

–Así es, y apuesto a que alguien tan inseguro como tú se aferrará a alguno de sus puntos débiles preferidos y se inventará cualquier excusa para decir que son sus virtudes.

Tal como Lucita había imaginado, la cólera de Gratiano llegó a las puertas del frenesí.

–¡Ramera! ¡Podría acabar contigo ahora mismo y nunca nadie te echaría en falta!

Conrad intervino.

–Tres cardenales y otros dos en la Corte de Sangre tendrían algo

que decir al respecto.

Gratiano se puso justo delante de ella, con el puño en alto.

–¡Alto! ¡Ya no quedarían cardenales de no ser por mí!

–Veo que ahora te sientes más seguro en el lugar que ocupas en la sociedad –dijo Lucita con tanta calma como pudo. Era un buen truco. En realidad, Gratiano podría tener razón: si acabara con ellas y se molestara en dar explicaciones, tanto la Corte como los Amigos las aceptarían con docilidad. Por ciertas cosas no merecía la pena montar alboroto, ya encontraría a otro que continuara con la investigación. Lo que Lucita tenía que hacer ahora era tender el cebo adecuado.

–¡Estuviste allí! Cuando no eras más que otra cagada de Monçada, ¡estuviste allí! ¡Sabes cómo era aquello!

Lucita tuvo que asentir. Las generaciones posteriores no tenían una idea realista de lo que era caminar sobre la tierra sabiendo que lo mejor después de los dioses hacía lo mismo. Nunca percibieron el eco de la voz de los Antediluvianos retumbando no solo en los oídos sino en la sangre, hablándoles más allá de las palabras y por encima de cualquier capacidad de elección. Lucita recordó aquella última era de deidades inmanentes y no pudo decir que la echara de menos.

El torrente de rabia de Gratiano siguió fluyendo.

–¡Yo cambié aquello! ¡Convertí a un puñado de niños llorones en algo capaz de tirar del trono a los Antediluvianos! ¡Yo! –Ahora el torrente había pasado a ser solo una cascada demasiado rápida. Lucita había olvidado que Gratiano tendía a gimotear cuando se ponía nervioso y que el agudo tono de su voz nasal chirriaba de una manera bastante desagradable—. Todos los vampiros que han existido han bailado siempre al son de los fundadores desde los tiempos del Diluvio. Decidí ir más allá y lo hice. Sin mí no existiría el Sabbat. Y sin este no se hubiera formado la Camarilla. Toda la sociedad cainita es lo que es gracias a mí. ¿De verdad crees que me preocupa que a un grupúsculo de lacayos les moleste que les rompa los juguetes?

–Yo no...

–Tú nada, zorra. Si hubieras recibido tu merecido, no serías más que ceniza arrastrada por el viento. Si estás aquí es única y exclusivamente porque un atajo de los viejos idiotas cree que todavía sirves para algo, pero en el momento en que cambien de opinión ya puedes despedirte. Si tu amiga te ensartara en una estaca una vez que les dieras las respuestas que buscan, es muy probable que le dieran una medalla. ¿Me equivoco?

Lucita no dijo nada.

–Perfecto. –Gratiano se respondió a sí mismo–. Sí, entonces es cierto. Eres un juguete, el instrumento perfecto. Que no te entren los delirios de grandeza a estas alturas. De hecho, ponte cómoda. Va siendo hora de que te recuerden cuál es tu sitio.

–Estamos aquí... –interrumpió Conrad.

–¡Cállate! –le dijo Gratiano enérgicamente. Le bastó con mirarla a los ojos para derrumbar la resistencia de Conrad, que ya no sería capaz de volver a hablar hasta que Gratiano se lo permitiera–. Pues bien, como iba diciendo antes de que me interrumpieran de una forma tan estúpida...

»Empezaste como miembro de la realeza y descendiente elegida de uno de los grandes antiguos de la época. Te prepararon para ocupar un puesto de autoridad. Si entonces me hubieras prestado atención, ahora podrías ser regente. En vez de eso, aquí estás, merodeando hasta que te atrapen y ahora solo esperas poder seguir escondiéndote durante el tiempo suficiente para llegar al próximo año. ¿Puedes hacerte una idea de todo el desprecio que siento por ti?

Lucita se quedó tan conmocionada que parecía que Gratiano hubiera empleado sus poderes sobre ella. Sentía celos de Lucita, hasta un extremo que esta nunca habría sospechado. Aquellas fueron las palabras de un hombre carcomido por la envidia. Mientras meditaba sobre ello, Lucita podía ver la rutina del Castillo de las Sombras desde un ángulo inimaginable, pensando en Gratiano como en un chiquillo de gran potencial pero que en realidad apenas tenía nada propio, contemplando su propia y cada vez mayor independencia y su escapada final del yugo de los Amigos de la Noche. Lucita sabía que Gratiano la odiaba pero nunca se le había ocurrido que él podría sentirse tan inferior a ella. Empezó a preguntarse si no se habría arrojado aquella noche a las fauces de su aniquilación.

–De modo que si no has venido hasta aquí para acusarme de dejar suelto al hombre del saco, ¿qué es lo que te ha empujado a venir?

–El fundador. –Respondió de la forma más escueta y directa posible.

–¿Qué hay de papaíto? Esa cosa ya no está. Yo sigo aquí y esa cosa no.

–Es una cuestión analítica –dijo Lucita–. Recuerdo que se te daba bien la estrategia, así que analiza la situación.

–Oh, sí, cómo no, mi querida prima. Enséñame. No soporto esta espera.

–Alguien está invocando monstruos del Abismo. Desde lejos. Son lo bastante fuertes para hacer frente a Timofiev, Zarahustra y el resto del grupo. ¿Cuántos Lasombra conoces que sean capaces de hacer eso, aparte de ti?

Aquello lo desarmó un poco.

–Hmm. No muchos. –Alzó las manos, contando con los dedos mientras pensaba–. Unos ocho, y supongo que ya has seguido el rastro de todo ellos.

–De todos los que conseguimos identificar, sí.

–Entonces, ¿cuál es el problema con el fundador? Está claro que su muerte y mi posición son incuestionables.

–Lo serían, de no ser por esta oleada de ataques. –Le relató el episodio con las sombras antropomorfas con las que se encontraron en el barco naufragado de Zarahustra.

–Eso ya es... otra cosa –dijo Gratiano tras una pausa–. Pero, ¿porqué has venido?

–Necesito que me cuentes una historia.

–Pretendes interrogarme.

–La verdad es que no. Quiero que me la cuentes como la recuerdas, para que así pueda compararla con lo que ya sé y ver qué piezas faltan; uno de los otros chiquillos del fundador escapó, quizá, o puede que una serie de conocimientos o de instrumentos que en su día no se tuvieron en cuenta cayeran en las manos equivocadas más adelante. Parte del legado del fundador que todos imaginamos desapareció con la cosa.

–Ahhh, muy bien. Nos podría llevar bastante tiempo. –Gratiano miró a Conrad–. Tienes mi permiso. –Antes de que Conrad pudiera relajarse, Gratiano ya se había vuelto de nuevo hacia Lucita–. Ven y siéntate junto a la ventana. Bien, por dónde empezar...

Lunes, 1 de abril de 1420, 12:00 a.m.
Castillo de las Sombras, Sicilia, Italia

El aspecto que Gratiano tenía hablando con Lucita y Conrad era el mismo que ofrecía quinientos ochenta años atrás. Ya era vampiro desde hacía más de trescientos años y se había forjado una

personalidad: todo lo que fuera elegante en aquel entonces, había que llevarlo al extremo. La moda era que el jubón de los hombres quedara por encima de la cadera y que las medias tuvieran muchos bordados, de modo que el vestía el jubón más escandalosamente corto y medias adornadas con hilo de oro. La bragueta tardaría aún algunas décadas en llegar y sus intentos por hacer que la llevaran los hijos de la noche no habían sido bien recibidos.

Sus tareas nocturnas eran sencillas y tediosas. Las cortes portuguesas accedieron por fin a que el primer año de gracia no fuera el 38 a.C. como todo el mundo pensaba y decretaron un cambio oficial en el calendario. Gratiano tenía que vigilar el rebaño de amanuenses y archiveros, asegurándose de que todos los documentos que salieran para Portugal llevaran ahora la nueva fecha y encargándose de revisar los registros ya existentes para sincronizarlos. Con el transcurso de los siglos los archivos habían llegado a albergar una enorme cantidad de correspondencia oficial, así que repasarla toda llevaría mucho tiempo.

Por fortuna, había llegado el momento de parar todo aquello.

Oyó que una caravana subía la colina y los inconfundibles gritos de los libios y sicilianos que la dirigían. No hacía muchos años que habían estado allí como contingente neutral de vampiros y lacayos deseosos de llevar información vital hacia los territorios controlados por los enemigos de los Lasombra. Tuvieron éxito dando un servicio de incalculable valor a todos los bandos durante las disputas de aquella época. Al menos, eso era lo que parecía que hacían. Solo Gratiano y unos pocos ayudantes elegidos a dedo sabían que quienes viajaban con la caravana habían sido reemplazados uno a uno por una especie de «anarcos», que era como se hacían llamar los jóvenes vampiros rebeldes que rechazaban la autoridad de los fundadores. Aquella vez viajaban con un contingente de asesinos reclutados del clan Assamita, cuyos antiguos tenían razones para fomentar las disensiones entre los linajes europeos de los cainitas.

En el interior del castillo todo estaba preparado para la marcha de Gratiano. Podía oír las disputas en el salón principal, un piso más abajo y dos salones más adelante. Los devotos inquisidores estaban arrancando la mente de los anarcos capturados que habían intentado asesinar a varios chiquillos del fundador. Todos recordaban haber sido reclutados por el chiquillo mayor del fundador, aquel santurrón de pacotilla de Montano. De hecho, lo recordaban muy bien, ajeno a la duda y a los escrúpulos. Deberían: los recuerdos se los habían injertado unos chiquillos Assamita y Lasombra casi tan poderosos

como la propia progenie del fundador, y el recuerdo auténtico del reclutamiento y del acondicionamiento se había desvanecido por completo. Aquella noche las riñas trataban sobre el tema de siempre: si aquello era una farsa, ¿quién la había planeado y porqué?

Montano se mantuvo al margen de las discusiones, negándose a decir nada en su defensa más allá del simple «No». El fundador estaba sumido otra vez en lo más profundo del letargo y ya llevaba así más de cinco años. Gratiano había intentado despertarlo para conocer las noticias de la derrota francesa en Agincourt y comentar el papel de la estrategia de los Lasombra en Francia, pero todo fue en vano. La agitación de aquellos días tampoco alteró el letargo del fundador. El silencio de Montano conmocionó a muchos de los «Amici Noctis», los Amigos de la Noche, porque pensaron que era una forma de admitir sus culpas. *«Si fuera inocente, nos daría una explicación, pues eso es lo que suele hacer»*. Otros le creyeron cuando lo negaba pero pensaron que él también había sido acondicionado de alguna manera, a pesar de la dificultad que entrañaba hacerle eso a alguien cuya sangre era tan espesa. *«No habla porque no puede; no sabe cuál es la verdad y no confesará su ignorancia igual que no admitiría haber mentado»*. También había quien no sabía qué creer y que hablaba solo por miedo. No era agradable pensar que el clan tenía enemigos poderosos cuya identidad permanecía oculta.

Gratiano sonrió para sí cuando pensó aquello. Oh, los «Amici Noctis» pensarían que era una traición planeada desde el interior. De hecho, ya lo habían pensado. Pero a él y otros cuantos más los descartaron por las razones más triviales; en su caso, supusieron que nadie a quien el fundador adorase tanto sería capaz de ocultar una traición a su sire. Lo habían subestimado y perecerían por ello.

Aquello llevaba ya dos siglos cociéndose en lo más recóndito de la mente de Gratiano. Al principio no era más que el chiquillo travieso de un sire que apenas le prestaba atención. La caída de Constantinopla y su corte de antiguos durante la Cuarta Cruzada dieron a Gratiano la primera pista de que algo más grande podía aguardar al Cainita que fuera lo suficientemente cruel. Mientras la Guerra de los Príncipes avivaba la Revuelta Anarquista, Gratiano maquinaba y pulía sus planes. Transcurridos más de cien años, los contactos que tenía por todo el mediterráneo han demostrado ser las defensas de los Lasombra, una vez puesta a prueba la resolución de los comandantes Lasombra. Más de un antiguo había caído ya, derramando su sangre para enriquecer a algún revolucionario

afortunado. El golpe final se acercaba.

Bajó y atravesó el gran salón en dirección al patio principal para recibir a la caravana. El Castillo de las Sombras rebosaba actividad: durante los últimos tres días habían llegado tres caravanas más, con cada una de las cuales llegaban nuevos y espantosos relatos sobre los contratiempos de los conflictos con los Ventrue por los derechos de influencia en el norte de Italia y sobre las complicaciones derivadas del cada vez más ambicioso clan de los nigromantes (la familia Giovanni) a quienes los Capadocios habían reclutado. Esos detestables y respirantes idiotas ofendieron muy gravemente a Gratiano por ocupar posiciones de influencia secreta que él consideró propiedad del linaje de los de Veronese. Pero ya habría tiempo más adelante de ajustar cuentas. En cualquier caso, una considerable fracción de las historias eran mentiras plausibles inventadas para sembrar el miedo entre los Lasombra. Al igual que la caravana de aquella noche, todos los recién llegados eran partícipes de su conspiración.

El gran carillón terminó de anunciar la llegada de la medianoche, con su maravilloso repique grave, que dejaba que los ecos de la última campanada retumbaran por todo el castillo. «¡Ahora!» gritó Gratiano en cuanto el silencio volvió a inundarlo todo. Ya estaba. Cuando descendieron los toldos de la caravana fue posible ver que estaban hasta arriba de armas: ballestas, estacas para el cuerpo a cuerpo, espadas cortas para decapitar, frascos de aceite con los que incitar el Rotschrek o frenesí ciego del pánico. Al retirar las túnicas, aparecieron resplandecientes cuchillos y frasquitos de veneno con los que empapar las hojas de sus armas. Los rebeldes habían caído sobre la presa. Habría sido más duro de no haber sido por la actividad que bullía en el salón principal. Cuando empezó el mando de Gratiano, los torturados prisioneros se prendieron fuego en un intento desesperado de escapar. De los ocho que habían sido conducidos al cadalso o a la sala de torturas, tres consiguieron escapare infligir daños considerables a sus interrogadores. También se escapó la mitad de los dieciocho que esperaban a ser torturados, quienes diezmaron las filas de los antiguos que se encontraron a su paso. Montano escapó, pero su huida convenció a muchos de los presentes de que en realidad era culpable de los cargos de que se le acusaba. En medio de todo aquel caos, los que habían cogido las riendas de la resistencia organizada contra los rebeldes bajaron la guardia en los cruciales minutos de apertura. Para cuando restablecieron el orden en el salón principal, ya era demasiado tarde.

Aquello no significaba que a los rebeldes les saliera todo a pedir de boca. Gratiano esperaba que hubiera una carnicería entre sus seguidores, y sus predicciones quedaron más que cumplidas. Un tiro certero desde una de las torres de vigilancia redujo a cenizas toda una carreta de materiales inflamables, de modo que el pánico que cundió despejó la mitad del patio en un abrir y cerrar de ojos. El golpe más dañino, dirigido a los antiguos reunidos en el salón principal, salió muy bien, pese a que fue algo confuso, al igual que el siguiente golpe más demoledor, en los archivos. El ala completa quedó incendiada al cabo de unos pocos minutos de que dieran la señal, y muy pocos vivieron para ver amanecer de nuevo. No obstante, los ataques más débiles fracasaron más tarde o más temprano al encontrarse con una resistencia mayor. Gratiano deseó que se le hubieran ocurrido más formas de hacerles bajar la guardia.

Sin embargo, solo había un lugar al que pudiera ir, de modo que hacia allí corrió tan rápido como pudo. Bajó la escalera este del salón principal, pasó por la planta baja (con una rápida mirada al patio, envuelto ahora en llamas), por la planta de almacén y después por las mazmorras, hasta llegar a la cripta del fundador. Era un laberinto gigantesco, varias veces más extenso que el castillo, construido a base de cuevas cuyos excavadores eran tan viejos que Gratiano sospechaba que fueran del todo humanos. Era, cómo no, negro como la noche, pero Gratiano conocía sus gustos. Aplastó a los guardias que vigilaban al pie de las escaleras con unos golpes que les atravesaron el cerebro y les arrancaron la cabeza antes de que cayeran al suelo.

Gratiano oyó un ruido en la entrada que daba a la cámara abovedada del fundador. Estaba muy claro quién era el invitado.

—Sé que estás ahí, Montano.

La familiar voz oscura y cansada emergió de la negrura.

—No debes hacer esto, Gratiano.

—Estoy haciéndolo. La hazaña se ha realizado y si no se realizará. Ahí arriba los tuyos están pereciendo como ratas que se tiran del barco y pulgas que se queman. Pronto llegará mi ejército y no podrás detenerlos a todos, sobre todo cuando están recién comidos con la sangre de nuestros hermanos y hermanas. Has perdido, desde el momento en que di la orden de atacar.

—No tienes la menor idea de lo que estás haciendo, hijo.

—Sé muy bien lo que me hago. Para los tuyos este es el principio del fin, bastardo. A nuestro sire y tu, vejestorios atontados, se os ha

acabado el tiempo bajo la luna. Ahora os iréis y nosotros terminaremos el trabajo que Caín empezó y al que tú te opones. Ríndete o perece bajo las lanzas de mis soldados, a mí me da igual.

Se oyó un susurro como de corriente de aire. Gratiano supo que Montano había adoptado forma de sombra y que aparecería en cualquier otra parte lejos de allí. Eso le decepcionaba un poco, pero tampoco le sorprendía. Había algunos antiguos de los que se sospechaba que se sumarían a los rebeldes: algunos actuaban por convicción propia y por el deseo de llevar a cabo la gran obra de la Noche o por simple odio al fundador, pero otros, que no eran tan sinceros, solo esperaban poder salvarse o vengarse de algún otro enemigo. Más adelante llegaría la horade las búsquedas y de las purgas. Pero también había un puñado a los que Gratiano esperaba no poder interceptar, con Montano encabezando la lista. Sin duda, su hora llegaría algo más tarde.

El gran premio estaba ya al alcance de la mano para Gratiano: el fundador, sumido tan profundamente en el letargo que sigue a la muerte que nada podrá despertarlo. Gratiano sentía en la oscuridad a aquel ser magnificante, cuya carne era tan perfecta y fría como el mármol. Como siempre, el fundador dormía ataviado con unas simples túnicas, inspiradas quizá en las tradiciones de sus días de vida. Su cuello estaba allí, listo. Gratiano se inclinó y clavó los colmillos.

Era una sensación indescriptible.

En solo un instante, Gratiano conoció la respuesta a algunos de los misterios de los Cainitas. Recordó el Diluvio con los ojos de Lasombra, la guerra contra la Segunda Generación, la fundación de la Primera Ciudad, así como su dramático y desconcertante final. Vio a los Antediluvianos a quienes más tarde los vampiros dieron por desaparecidos y vieron los arcos de la Yihad abrazando el mundo como serpientes gigantescas. Comprendió lo que les había ocurrido a los Salubri y lo que les pasaría a los Capadocios y por qué. Entendió el verdadero sentido de los Tremere y por qué motivo los Asamitas jugaban el papel que jugaban. Vio más allá de las fronteras del mundo que conocía para encontrar el legado de aquellos que tienen el tercer ojo y extraños dones. Vio el futuro, cuando las viejas profecías ofrecían un rostro distinto.

La mayor parte de esa catarata de información se evaporó con la misma facilidad con que cayó; a lo largo de los siglos que siguieron. Gratiano soñaría con esa sabiduría y trataría de recuperarla, siempre sin éxito. Pero pese a su naciente frustración, sentía cómo en su

interior afloraba un poder incomparable. La mente se le aclaró y agilizó y supo que cuando llegara el momento de huir, correría más rápido y con mayor precisión que cualquiera de los que lo perseguirían jamás. Descubrió cómo emplear su fuerza de voluntad sobre los demás y desarrolló un nuevo parentesco con la oscuridad y el Abismo. Estos dones ya no se separaron de él.

La cámara abovedada resonó con un chasquido seco. El cuerpo del fundador se deshacía en pedazos mientras se derramaba su sangre. Las túnicas se deshicieron también, vinculadas al parecer de alguna forma mágica con la existencia que tan rápido se desvanecía del fundador. Las pesadas cenizas del cuerpo atestaban el aire, y Gratiano supo que les daría un mordisco cuando se descompusiera el cuello del fundador. Este se desmigajó y Gratiano lo saboreó. Todo había terminado. El chiquillo había matado al sire; el clan había asesinado al fundador, por primera vez (según la leyenda) desde que Troile, el chiquillo de Brujah, realizara tan gran hazaña. Fue la primera noche de una nueva era y Gratiano tenía que sondear a todo un imperio. Cerró la puerta de la cámara abovedada en silencio y después echó a correr hacia las escaleras.

Domingo, 9 de julio de 2000, 1:01 a.m.

Propriedade Nova da Lua, Gávea, Río de Janeiro, Brasil

–...y después de aquello, --concluyó Gratiano-- solo fue cuestión de limpiarlo todo. --Recordó aquella noche gloriosa como en un ensueño, con los ojos cerrados. El espectáculo que contempló cuando los abrió de nuevo no le pareció agradable--. ¿Por qué, por favor, decidme, queridas primas, se os ve tan escépticas?

Lucita lo miró apenada.

–Debes recordar haber oído las noticias de cómo Lugo y su banda atacaron al fundador Tzimisce y acabaron con él, inspirados en parte por tu proeza, aunque dijeron actuar llevados también por otros motivos. Un viejo amigo mío me contó tu reacción.

–Oh, sí, su falta de respeto me enfureció. Tuvieron el absoluto descaro de comportarse como si ellos hubieran promovido la

revolución.

–¿Recuerdas cuándo fue aquello?

Gratiano meditó unos segundos.

–Fue en 1413. Verano. Me acuerdo porque...

–Por favor, escucha...

Lucita era consciente del enorme riesgo que corría. Los recuerdos de las viejas glorias habían inflado el ego de Gratiano, quien podría no tolerar esa clase de interrupciones. Pero Lucita sentía que no podía permitirse dejar que Gratiano se perdiera en las viejas batallitas. Aquello iba a ser muy desagradable, por así decirlo. En efecto, Gratiano se levantó un poco de la silla mientras los dedos se le transformaban en zarpas letales, pero después se detuvo y soltó una carcajada.

–Muy bien, mi señora. ¿Qué es eso tan importante por lo que interrumpes los recuerdos de un héroe?

–¿En qué año has dicho que acabaste con nuestro fundador?

–1420.

–¿Es que no ves el problema?

–No, no lo veo. Logré mi proeza y esta se supo en todas partes por el boca a boca y veintidós años más tarde los Tzimisce lograron la suya.

–El año de tu ataque fue...

–1420.

–Y el año de su proeza fue...

–1413.

–Y pasaron...

–Veintidós años.

Lucita miró a Conrad, que estaba horrorizada. No se esperaba nada parecido. Lucita albergaba la esperanza de no descubrirlo, pero no se sorprendió en absoluto.

–¿No te oyes cuando dices «1413» para su hazaña y «1420» para la tuya?

–Sí, me oigo muy bien diciendo los años correctos.

–Cuéntame otra vez qué estaba ocurriendo en la época de tu rebelión.

–Acabo de decírtelo, pero lo haré otra vez. Los portugueses acababan de cambiar su calendario y habíamos llegado al quinto año tras la batalla de Agincourt.

–De modo que no recuerdas la fecha exacta, sino solo los acontecimientos de más o menos aquel momento. –Gratiano asintió y

dejó que continuara—. De la misma manera recuerdas sin duda los sucesos que acontecieron en los días de la rebelión de los Tzimisce: la muerte inminente de Enrique IV y todas aquellas complicaciones con los anarquistas de Inglaterra.

—Claro que sí. —Gratiano estaba perdiendo la paciencia por momentos—. ¿Vas a sacar alguna conclusión o solo quieres darme una clase de historia?

—Tus recuerdos son falsos.

—No, no lo son.

—Por lo que se refiere a la cronología, las respuestas que das son absurdas. Déjame que escriba ahora una cosa —No esperaba que le saliera bien, pero cogió un trozo de papel y escribió las fechas que él le había dado—. Por favor, léenos esto.

Con un gesto de desprecio, lo leyó.

—1420: Lasombra perece. 1413: Tzimisce perece. —Alzó la mirada— ¿Dónde está el problema?

Lucita miró a Conrad de nuevo.

—¿Debemos continuar con esto? —Conrad se limitó a menear la cabeza, consternada—. Su Excelencia —Lucita habló con una formalidad de la que no había hecho uso en décadas—, os agradecemos la ayuda que habéis prestado para juzgarme. Que la fuerza de Caín os acompañe.

—Ah, ya se te pasó la obsesión con el calendario. Muy bien. Marchaos en paz de este dominio y —volvió a hacer un gesto de desdén— que todas vuestras hazañas traigan la gloria al Sabbat y a los Lasombra, que son sus señores por derecho.

* * *

En la limusina, durante el camino de vuelta al hotel, Conrad se puso a temblar.

—¿Qué era aquello? —El paladín parecía confundido. Las mujeres habían salido pálidas e insensibles, limitándose a contestarle con un «*Más tarde*» cuando les preguntaba sobre el encuentro. Ahora las dos estaban claramente al borde de la conmoción, si es que no lo habían saltado ya.

Lucita se esforzó por mantener la firmeza de la voz, sin demasiado éxito.

—¿Cuál fue el mayor nivel de dominación?

—¿Quién le hizo eso?

–No te hagas la tonta ahora, –le espetó Lucita–. Sabes de sobra quién se lo hizo. Ahora la pregunta es hasta dónde ha llegado tanta manipulación. Vamos a tener que hablar con el resto de supervivientes.

–¿Crees que... crees que el fundador anda todavía por ahí? –La histeria se asomó a la voz de Conrad.

–En realidad, no debe de andar por este mundo –dijo Lucita–. Lo que me temo es que permanezca ahí abajo, en el Abismo, y que tenga la intención de subir a buscarnos. –Juntó las manos sobre una rodilla y se quedó meciéndose en el asiento de la limusina–. No sé. No sé si puedo hacer esto. No creo que posea la fuerza necesaria para hacerlo.

Lunes, 10 de julio de 2000, 5:10 a.m.
Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

Los invocadores se habían reunido y formado el círculo habitual, solo que sin el aparato típico de sus artes. Aquella sería una noche de diálogo más que de acción.

Entró el séptimo, conduciendo al hombre con el que se había encontrado en el Castillo de las Sombras. Ambos llevaban unas sencillas túnicas negras, sin los adornos que lucían los demás. Aquella sería su puesta a prueba, así como la de su candidato, explicó el séptimo, de modo que si el nominado fracasaba, el responsable de que hubiera venido también podría perecer junto a él. Así que si el séptimo debía reunirse aquella noche con la Muerte Definitiva, sería sin los honores inherentes a pertenecer a la gran obra.

–Os traigo al noveno –anunció el séptimo seguro de sí mismo–. Lo llamé con la voz del fundador y respondió. Ha venido. Ha entrado en la gran fortaleza y mostrado, por tanto, que la voz habla también en su interior, guiándolo a través de los peligros que acechan allí. Él completará nuestra obra.

–Es bueno que proclames el triunfo, –dijo el primero–, pero no debes anunciarlo tú solo. Debemos comprobarlo por nosotros mismos. Tráenoslo.

–No necesito ningún guía –dijo el recién llegado. Caminó hasta el

centro del círculo mientras el séptimo lo observaba desde fuera del anillo de los participantes. Adoptó una postura relajada para mirar al primero—. Ponme a prueba y convéncete de que he sido llamado a la gran obra.

El primero asintió al resto. El quinto, que poseía un talento especial para la taumaturgia, realizó los movimientos para encender una chispa. El recién llegado sintió que la sangre se le convertía en fuego y apenas pudo reprimir un grito. Consiguió pasar a forma de sombra justo antes de caer en el frenesí, para cambiar de nuevo en cuanto el quinto terminó con ese ritual. El quinto hizo otro gesto y entonces el recién llegado sintió cómo la sangre se le empezaba a congelar. Otra vez tuvo que cambiar a forma de sombra y recuperar la forma normal después. Al final estaba cansado, pero no dejó que la fatiga se evidenciara (al menos así lo esperaba) en su lenguaje corporal.

—Bien —dijo el primero sin dar nada por sentado.

La rutina de los desafíos y la reacción ante ellos se alargó hasta la mañana. El recién llegado sintió la salida del sol cuando su alma lo empezó a empujar al letargo y supo que los demás sentían lo mismo. Pero no pensaba sugerir de palabra ni con sus actos que deseaba dejarlo todo hasta que estuvieran preparados. La prueba final lo sorprendió con la guardia baja, cuando recibió un simple y preciso golpe en la parte de atrás del cráneo con una pesada barra de hierro. Cayó al suelo, aturdido, y ya solo fue capaz de distinguir apenas unos movimientos difíciles de interpretar.

Lo siguiente de lo que fue consciente fue que sus pies estaban ardiendo. Abrió los ojos y se encontró así mismo al borde de la luz del día. Los otros lo habían encerrado en una jaula que habían puesto en el tejado del castillo y que habían dispuesto para que los pies del recién llegado recibieran los primeros rayos del amanecer.

Pintaba mal. Sus poderes se habían reducido sustancialmente en la parte del día regida por el sol, ya apenas le quedaba sangre y, además, como había consumido más energías de lo habitual para superar los primeros desafíos, ahora le resultaba muy difícil mantener la concentración que en ese momento necesitaba más que nunca. Por primera vez estaba preocupado de verdad por su capacidad de supervivencia. Mientras contraía los pies pensaba que tendría la energía (y el tiempo, pues el sol empezaba a inundar la jaula) para una única demostración de dominio de las sombras. Tenía que funcionar...

Y funcionó. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, atravesó el muro del mundo y el suelo de la jaula al mismo tiempo, saltando al Abismo el tiempo necesario para acceder al interior. Cayó desde el techo de la cámara que había debajo al suelo de la misma y allí se quedó, inconsciente. El letargo se apoderó de él.

Cuando despertó, los otros estaban reunidos a su alrededor. El primero extendió un cáliz rebosante de rica y fresca sangre.

–Bebe. Nosotros que éramos ocho somos ahora nueve. Tú eres el que el fundador ha elegido para completar la gran obra. Vamos, bebe, y hablaremos de lo que está por venir.

TERCERA PARTE: *ABRAZANDO LA OSCURIDAD*

_____ 41 _____

**Domingo, 9 de julio de 2000, 3:20 a.m.
En algún lugar debajo de Ciudad de México**

A veces Trasaric creía que el teléfono había causado más daño a la causa de la buena sastrería que ningún otro invento de la era moderna. Resultaba demasiado fácil interrumpir a un artesano o a su cliente en plena faena y demasiado difícil explicar a los profanadores que no deberían volver a molestarle durante su trabajo, del mismo modo que no tendrían por qué parar una operación quirúrgica o uno de los grandes ritos. No, quienes se preocupasen por su condición les estorbarían sin el menor respeto hacia la práctica del arte de la sastrería, sin consideración alguna por el perjuicio que podrían estar causando a la imagen pública de sus propios superiores.

Si la captura y el juicio de la traviesa chiquilla de Monçada había hecho algún bien, por lo que a Trasaric respectaba, sería este: el

cardenal Timofiev admitió por fin que su guardarropa necesitaba un repaso. Lo que años o, mejor dicho, siglos de discusiones sobre el papel de Trasaric no pudieron conseguir, lo lograron las reacciones visibles de otros cardenales y sus subordinados del Sabbat en general. Timofiev accedió a que Trasaric tomara todas las medidas necesarias y discutiera las distintas posibilidades para las prendas que potenciaran la dignidad y la autoridad del cardenal sin restar valor al estilo sencillo que tanto le gustaba.

Por desgracia, la noche que había elegido para ello parecía también la elegida por las crisis de toda índole y de todo el mundo. En primer lugar estaba la llamada de un obispo desesperado de algún lugar del medio oeste americano que barbullaba algo acerca de humanos que llevaban espadas llameantes. Timofiev lo descartó recordando que el Jardín del Edén había estado más cerca de Mesopotamia que de Minneapolis, de modo que dispuso un castigo inmediato para los subordinados que dejaron que atendiera aquella llamada personalmente.

Después estaba la llamada de Lin Baloh, desde la lejana Catay. Trasaric se había reunido dos veces con el arzobispo de Nanjing, a quien recordaba con cariño y consideraba un caballero de lo más culto, que había hablado largo y tendido con el sastre sobre la ropa de los pueblos chinos y acerca de las posibilidades de aplicar sus técnicas a los propósitos de Trasaric. Aquella noche no habría tiempo para socializarse. Después de un rato hablando con Timofiev, Trasaric dedujo que había algo que andaba peor de lo normal acerca de los intereses del Sabbat en el sudeste de Asia. Al sastre no se le daba bien la geografía (para él, Japón, Catay, las Indias, Anima y Shangai estaban pegando unas a otras y no guardaban ningún tipo de relación entre sí), además los constantes cambios que se daban en las lenguas humanas no le eran de gran ayuda. De modo que pudo quedarse con muy pocos detalles y no tuvo oportunidad de averiguar si merecía la pena preocuparse o no por los asaltos paralelos a los refugios de Bangkok y Yakarta. Después el cardenal le hizo una ristra de preguntas que para el sastre tenían menos sentido todavía y que iban sobre los movimientos de individuos o, quizá, grupos con nombres en clave, aunque solo recibió respuestas que lo molestaron. La llamada terminó cuando el arzobispo Baloh concertó una visita en persona dentro de pocas semanas.

Tras mucho pensarlo, al final el sastre decidió que debería haber puesto fin entonces a la sesión de pruebas. El cardenal nunca

recuperó su garbo y a Trasaric cada vez le resultaba más complicado tomar medidas o notas exactas. Después llegó la tercera llamada. Después de unos breves preliminares, uno de los guardias acompañantes le pasó el teléfono a Timofiev.

–Es la partida de caza, señor. Dicen que tienen que hablar con vos.

–Oh, muy bien. –El cardenal cogió el teléfono–. Timofiev. ¿Hay alguna razón por la que no podáis informar por carta como hacen los súbditos más leales? –Se quedó escuchando. Después se puso pálido. El sastre no tenía muchas oportunidades de ver algo así, pero era posible cuando un vampiro se sentía lo bastante intimidado para retirar la sangre de las extremidades pero no lo suficientemente ofendido para canalizarla de inmediato y de nuevo al exterior para rendir más en el combate. Era una señal de miedo cervical pero a Trasaric en realidad no le preocupaba ver que algo pudiera infundir pánico al cardenal.

»Entiendo. ¿Habéis hablado con...? sí, muy bien. De acuerdo. Sí, regresad en cuanto lo consideréis necesario, pero, en cualquier caso, hacedme saber mañana vuestra decisión. Sí. –Colgó sin hacer uso de sus típicas despedidas formales.

–Su Eminencia, si se levanta... –empezó a decir Trasaric vacilante.

–¿Hmm? Ah, no. Ya lo haremos en otro momento. Tengo asuntos que atender, gracias. –Ni siquiera miró al sastre, sino que pasó de inmediato a hablar con el guardia que llevaba el teléfono:– Toma nota. Encima de la ficha de Lucita encontrarás las instrucciones para contactar con un buzón de voz anónimo de Berlín. Hay un antiguo codificador junto con las instrucciones. Codifica esto y envíalo de inmediato. –El apremio con que dijo aquello incrementó el miedo de Trasaric–. «*Timofiev debe hablar contigo esta noche. Llama en cuanto sea la hora de levantarse en Ciudad de México. Autoriza al cardenal con el Código Dos, a Lucita con el Contacto Dos*». Asegúrate de que lleve la fecha para que ella sepa a cuándo me refiero. ¡Vamos! –El guardia salió corriendo.

Trasaric sabía que era mejor callarse cuando el cardenal se ponía así. Se le puso cara de perdición inminente cuando vio que uno de los jóvenes guardias que habían viajado hacía poco a Ciudad de México desde un obispado europeo salía corriendo de un túnel lateral y gritaba:

–¡Eminencia! ¡Ha ocurrido algo grave! –Trasaric hizo una mueca

de dolor. Le gustaba Kris, un joven amigable y enorme, cuya forma de ser le parecía exquisita, que no interfería con su celosa supremacía de tácticas terroristas o de espionaje. El sastre y el guardia habían charlado sobre los distintos aspectos de la moda durante los últimos meses, por lo que Trasaric se había hecho una idea muy aproximada sobre el estado de los atavíos comerciales en la Europa moderna. Trasaric apreciaba la positiva e incansable alegría de Kris y su optimismo sin límites acerca del panorama de la secta, sobre todo tras los recientes contratiempos sufridos en distintos frentes.

Nada de todo aquello importaba ahora: el cardenal gruñó y arremetió contra aquel blanco tan oportuno. La oscuridad envolvió a Kris, que empezó a gritar. Trasaric pudo oír con nitidez un sonido gaseoso cuando la piel de Kris empezó a abrirse por distintas partes al mismo tiempo. El cardenal se fue con paso airado antes de que se dispersara la oscuridad y dejara que los pedazos de Kris cayeran al suelo. Los otros guardias no dijeron ni una palabra.

_____ 42 _____

Domingo, 9 de julio de 2000, 6:02 p.m.
Aeropuerto de Luxor Río de Janeiro, Brasil

Lucita se obligó a despertarse en cuanto la maldición de su sangre le dejó levantarse y sintió el letargo provocado por la excesiva proximidad del sol. Por un momento la experiencia de quemarse en un hotel de Zaragoza la pasada víspera de Todos los Santos le saturó los sentidos pero al final consiguió reprimir el recuerdo. Ya habría tiempo para eso. Además (este pensamiento llegó de repente), si lo que tememos se confirma, todavía podría quedar tiempo de sobra para que todos ardan. Disponía de algo más de una hora para ella misma, y la dedicaría a pensar y trazar algún plan.

Era posible que Gratiano se hubiera vuelto loco sin más. Comparándolo con las demás opciones, aquella era una idea reconfortante. A veces la sangre antigua traía consigo la enajenación mental, tanto para aquellos a quienes el portador sometiera a vínculos de sangre como para quienes la bebieran durante el rito de diablerie. La ferviente convicción de lo que no podía ser cierto no era de ningún modo desconocida tampoco para los antiguos. Lucita había conocido antiguos (algunos mucho más jóvenes que Zarahustra, que parecían

tener su propia y tenaz visión de la cordura) a quienes, en el sentido literal, no se les podía decir que estaban equivocados. La combinación adecuada de una presencia majestuosa y abrumadora y de poderes de control mental no permitiría a nadie del entorno tener pensamientos encontrados o expresarlos si los tenían o recordarlos después de una corrección si por casualidad se las apañaban para extraer algo alguna vez. El hecho de que Gratiano los hubiera dejado marchar con sus recuerdos intactos era una buena señal, a su manera...

...si es que había sido así. Era algo que tendría que revisar.

La noche antes no había tenido tiempo. El trío de emisarios regresó al hotel en estado de shock. Lo hicieron bien, pensó Lucita, para haberse tenido que encargar de la llamada telefónica a Timofiev y de todos los obstáculos sociales que se encontraron por el camino. Para cuando hubieron terminado, la mañana les estaba hirviendo ya en la sangre y era hora de que todo el mundo se fuera a dormir. Lucita sospechaba que los otros habían tenido o, quizá, todavía tenían las mismas pesadillas que ella había sufrido. Aquella no era una situación que propiciara el descanso.

Cuando Lucita terminó de meditar con los ojos cerrados se dio cuenta de que había desperdiciado gran parte de su hora en un bucle infinito de pavorosa reiteración. Vaya con la sabiduría milenaria adquirida con la edad. ¿Y ahora qué? Primero, por supuesto, el reconocimiento mutuo en busca de señales de manipulación. Segundo, pensó Lucita, salir a toda prisa de Río, lo antes posible. Pensó que todos se sentirían mucho más seguros una vez que estuvieran en el aire y bien lejos de los dominios de Gratiano. Volar... sería mejor ir a ver qué hacía Angélica.

La piloto estaba tranquilamente sentada en la mesa en la sala común de la suite, comiendo un sandwich del servicio de habitaciones y repasando el manual del avión. Se le alegró la mirada cuando Lucita entró.

—¿Está bien el avión? —preguntó Lucita—. No hubo sobresalto durante el vuelo, aunque comprendo que no habías pilotado aviones así antes del vuelo desde Denver.

—No, solo se me caía la baba por ellos. Pero parece que fue bastante suave. A medida que avanzábamos sentía que lo iba controlando mejor. ¿Será que...? —Angélica hizo una pausa para medir bien las palabras— ¿Será que tu sangre me hace más inteligente?

—No, por lo general no funciona así. La sangre realza la fuerza y la vitalidad en su conjunto. Me pregunto si tu periodo de locura te

aclaró las ideas.

–¿Locura? –Sin duda Angélica se quedó confundida– ¿Cuándo he estado yo loca?

Lucita decidió que sería mejor no ahondar en el tema.

–Bueno, ya hablaremos de eso en otro momento. Lo importante es si tardarás en estar preparada para el siguiente vuelo. ¿Podría salir el avión esta misma noche?

Como su dueña había dejado a un lado la cuestión de la demencia. Angélica también la olvidó, sin pensaren ello ni un segundo más.

–Oh, sí, creo que sí. Llené el depósito y lo revisé durante el día. Cuesta un poco más pero pensé que en realidad en estos momentos solo es dinero. Espero no haberme equivocado. –Lucita asintió; aliviada, Angélica prosiguió–. Esta tarde, cuando me levanté, me pasé para revisar el avión y vi que había hecho un gran trabajo. Así que puedo hacer un plan de vuelo y tenerlo aprobado enseguida, sobre todo sobornando a la gente adecuada.

–Muy bien, –dijo Lucita sintiéndolo de verdad. Para ella era un alivio saber que algo marchaba bien en medio de toda aquella calamidad–. Mantente al margen de todo y estate preparada.

Ahora empezaban a levantarse los demás. Sobre las 7:30 la manada al completo estaba reunida en la sala común. Angélica se retiró en silencio a un rincón mal iluminado donde se sentó encorvada sobre el manual, sin que ninguno de los otros le prestara la menor atención. Lucita fue la primera en romper el silencio imperante.

–¿Quién nos examinará al paladín, a Conrad y a mí?

–Yo lo haré –contestó Barry–. Pero necesitaré que Roxana me ayude un poco. –La enorme mujer accedió–. Hay un patrón característico que se aplica a cualquier mezcla de sangre para Vaulderie –explicó Barry a Lucita–. No es del todo fiable, pero tiende a mantener una forma y un comportamiento característicos. Si Roxana colabora en la potenciación de nuestra percepción colectiva, me parece que podremos saber si ha habido un cambio significativo en la mente de alguno desde la última vez.

–Tenemos que realizar el rito otra vez –Lucita dejó escapar un sincero suspiro.

–Así es. ¿Seguro que no te da miedo?

Barry hablaba en serio, por lo que podía ver Lucita, pero aun así sintió un fogonazo de rabia. Deseó descuartizarlo y dejar que él y su seria preocupación se pudrieran en el suelo.

–Claro que lo tengo. No tengo un solo motivo para confiar en ti y todos para temerte. De ninguna manera estaría haciendo esto si la cuestión que nos ocupa fuera un poco menos seria. Si pensara que podría decirte que te fueras al infierno y sobrevivir yo sola, lo haría. Me tienes aquí por una amenaza mayor, nada más, así que te agradecería que lo recordaras. Si las tornas se vuelven de nuevo, me alegrará poder actuar de la manera en que me gustaría.

–Entiendo. Bien. Gracias por la aclaración. –Barry reprimió los escalofríos que debía de estar sintiendo; Lucita se quedó impresionada cuando advirtió lo bien que Barry mantuvo la compostura–. Sí. Realizaremos el rito una vez más.

En esta ocasión el rito transcurrió de manera muy diferente. Comenzó con Barry y Roxana dibujando símbolos en el alfombrado y haciéndose unas marcas con los dedos alrededor de los ojos lo bastante profundas para provocar un moratón defensivo que más tarde procedían a interrumpir en vez de dejar paso al proceso de curación. La recolecta de sangre y las bendiciones se llevaron a cabo en un silencio absoluto (Barry se limitaba a pasar la daga a cada uno de los vampiros y a aguantar el cáliz para recoger la sangre vertida). Agitó la copa y la sostuvo en alto con los ojos cerrados durante una oración mientras Roxana miraba con sus magullados ojos a cada uno de los demás participantes.

Cuando bajó el cáliz, este volvió a brillar y a burbujear un poco. Había un destello idéntico en sus ojos. Por lo que pudo ver Lucita, no procedía de las contusiones que bordeaban sus ojos; estos permanecían oscuros. Aún en silencio, pasó la copa a los demás para que bebieran. Aquel torrente de conciencia inundó de nuevo a Lucita, quien vio a cada uno de los otros tal y como se soñaban a sí mismos, como esperaban ser y como la veían a ella. En esta ocasión, el desprecio entre unos y otros se vio reducido por el miedo que tenían a Gratiano y por aquello que le había convertido en lo que era.

El brillo no abandonó los ojos de Barry mientras siguió pasando el cáliz y un destello igual al de él se encendió en los moretones de Roxana después de que esta bebiera su parte. Ambos miraron una y otra vez a todos los congregados. Por fin, Barry habló.

–Yo no detecto alteraciones sustanciales, ¿y tú?

Roxana meneó la cabeza.

–No.

–Por supuesto, está la distorsión provocada por el miedo

–continuó Barry–. Todos lo tenemos. Pero nadie se siente enajenado

ni extraño y no parece que nada entorpezca el flujo de la sangre mezclada para fortalecer los lazos del Vínculo. Creo que todos estamos más o menos como la pasada noche, solo que ahora sabemos cosas que preferiríamos desconocer.

Hasta entonces Andrew había permanecido sentado en una silla de conferencia. Después se levantó y dio unos pasos con las piernas fortalecidas por las sombras.

–Muy bien. Por lo que veo, tenemos dos opciones. –Miró a Lucita por encima–. Por supuesto, me lo dirás si me dejo alguna. Primera, Gratiano se podrá haber vuelto loco y desarrollado alguna especie de engaño que le impide darse cuenta de los puntos en los que falla su historia. Segunda, podría haber estado dominado por otros. ¿Alguna tercera alternativa? –Esperó algo más de un minuto–. La habitación estaba muy silenciosa, con el único sonido de la respiración de Angélica y del crujido de las páginas que alguien pasaba para romper el silencio–. Ya suponía que no. ¿Entonces?

Se dirigió hacia las ventanas y descorrió las cortinas para mirar los aparcamientos y los almacenes.

–La verdad es que no sé qué podemos hacer para confirmar cada una de las posibilidades. Está claro que ya no nos va a conceder más audiencias a ninguno. Imagino que podemos pedirle a Timofiev que haga alguna pregunta. ¿Alguien cree que podemos esperar que Gratiano preste atención a un cardenal? ¿No? Yo tampoco. Pero mientras se nos ocurre otra cosa, tendremos que ver si nosotros o el cardenal podemos presentarnos con una historia creíble y digna de ser considerada. Lo de «creemos que estás loco» quizá no nos valga de mucho, de modo que si a alguien se le ocurre algo mejor, que me lo diga.

Las cortinas se cerraron mientras Andrew se retiraba, movidas por unos pequeños tentáculos de sombras animadas. Lucita se dio cuenta de que estaba fanfarroneando y tomó nota mientras siguió hablando, mirando esta vez a los demás.

–Si le están controlando la mente, necesitamos saber quién lo hace y hasta qué punto.

–Me parece que la lista de candidatos es reducida. Tiene que ser alguien de su misma generación y más cercano a Caín, y no debe de haber muchos de esos. Trece Antediluvianos, a menos que haya alguno que desconozcamos, y sus chiquillos. ¿Cuántos chiquillos de Lasombra seguían en activo antes de la rebelión? –Se quedó callado y miró a Lucita. Esta se había percatado de que había empezado a

hablar más despacio a medida que se aproximaba a la cuestión y no la cogió desprevenida.

–En el Castillo de las Sombras, tres. Montano. Khanom Mehr. Tepelit. –Meditó unos segundos–. Una vez envié un mensaje a un cuarto, Ojo Azul, que está en la estepa, pero no ha pasado por el castillo durante los dos últimos siglos y no creo que Gratiano consiguiera nunca dar con él.

–¿Eres consciente de lo poco que importa la distancia física en esta cuestión? –Andrew sonó muy inseguro de sí mismo. Lucita deseó poder saborear aquella experiencia.

–Lo soy. Pero debemos tener en cuenta que pese a que es posible que un miembro de esa generación influya a otros que se encuentran muy lejos, cambiar la mente de otro de su misma generación bien podría requerir un enfrentamiento en primera persona. Por el momento dejemos a un lado a Ojo Azul y concentrémonos en los demás. –Andrew se encogió de hombros; Lucita se lo tomó como una forma de asentir–. Montano, como todos sabemos, huyó. Imagino que en estos momentos permanece en letargo en algún tenebroso rincón del mundo. Si alguien desea buscarlo, sugiero que empiece por su parte del este de África y por Australia. Tepelit pereció. Tengo un contacto entre los Assamitas –*Qué forma tan fea de referirte a tu amigo*, se dijo y se respondió a sí misma, *si es que aún lo es*– que trabajó con su asesino. Tiene artefactos de su refugio y estoy convencida de lo que dice. Khanom Mehr pereció en el ataque, creo. Tenemos multitud de pruebas de cuanto ha dicho para presentar y para después tratar de destruir a sus captores.

–Hay otros, claro está –añadió Roxana–. Boukephos ha estado en tratos con los Amigos de la Noche hace muy poco y está Sybil también. El americano, es decir...

Barry la interrumpió.

–Me refería a los que estaban ahí la noche de la gran rebelión.

Hubo otro momento de silencio sepulcral. Lucita habló de nuevo.

–Sí. Es decir, si podemos fiarnos de alguna de las pruebas.

–Entonces ¿sugieres un punto de partida? –Preguntó Conrad antes de que empezara Andrew. La sire tenía sus privilegios, por lo que Lucita podía observar.

–Sí, la verdad es que sí. Konstantin no era el único morador aislado que conozco. –Hizo una pausa–. Lo aniquilaste, ¿no es así?

–Sí –confirmó Andrew–. Aguantó bastante, pero al final nos dio las pistas que nos permitieron seguirte por el Atlántico.

–¿Tú...?

–Oh, sí --sonrió--. Me lo bebí hasta la última gota y por tanto estoy enriquecido. Algún día tendré que dar explicaciones a los Amigos de la Noche, pero no creo que tengan problemas con la sabiduría ni con la conveniencia de mi conducta.

–Algún día, --dijo Lucita con una voz perfectamente firme--, tendrás que darme explicaciones a mí. No tengo tantos amigos como para permitirme perder ni uno solo.

Conrad interrumpió de nuevo.

–Ni los anarquistas ni los autarquistas pueden elegir, al menos eso es lo que tengo entendido. Tu amigo pagó el precio por asociarse contigo. Tú debes pagar tu propio precio. Todo lo que pienses decir en contra de Andrew deberá esperar y, de todas formas, sabes que en este momento no puedes hacer lo que quisieras.

Lucita intentó ignorarla, se esforzó por concentrarse en visiones de venganzas pero tenía razón. Cada vez que Lucita concebía una imagen en la que se vengaba letalmente de Andrew, el Vínculo llameaba y la despedazaba. Con cada intento de idear un plan de destrucción se sentía enferma, como si hubiera bebido sangre podrida. Debería buscar la venganza por otras veredas.

–Cierto --dijo Lucita, con toda la calma que pudo reunir--, como iba diciendo, sí, tengo un contacto al que puedo llamar.

43

Lunes, 10 de julio de 2000, 12:03 a.m.

Museum der Arbeit, Hamburgo, Alemania

Willa miró el mensaje con el mayor asco. Entre serrarse algún miembro y hablar con un cardenal del Sabbat, no tuvo ninguna duda de que elegiría el desmembramiento. Pero en realidad no tenía elección: o bien Madame había autorizado expresamente este contacto o bien alguien había socavado su voluntad lo bastante profundo para obligarla a aceptar. Miró el reloj y consultó una tabla de husos horarios. No, Timofiev no se habría levantado aún. Todavía le daba tiempo a investigar un poco más.

Madame había tomado un montón de minuciosas notas sobre la organización del Sabbat a lo largo de los siglos. Después de todo, se trataba de una cuestión de defensa propia. Timofiev, como pronto

pudo saber Willa, era uno de esos trepas que había llegado a ocupar un cargo importante en los siglos XIV y XV, presentándose primero como un salvador de los oprimidos (como era él mismo) y como un mentor de los ignorantes después. El único aspecto digno de destacar de su carrera era que había sido gravemente rebajado de categoría tras uno de los tratos esporádicos del Sabbat, el acuerdo de principios del siglo XIX conocido como el «Pacto de la Compra», que se suponía iba a sembrar la disputa acerca de las autoridades del Nuevo Mundo. No estaba claro qué era lo que había hecho mal ni cómo había acabado de sacerdote de manada en el México rural, ni tampoco había muchos detalles sobre cómo retomó el camino a la supremacía. Aparte de eso, parecía el típico mojigato y tirano cruel que Willa esperaba ver uniéndose a la Espada de Caín.

Willa se preguntó por enésima vez qué demonios andaría haciendo Madame. Elaboró distintas hipótesis mientras seguía con la rutina de cada noche, aunque ninguna le pareció del todo satisfactoria. En algún rincón de su mente acechaba el temor de que Madame se hubiera vuelto loca y de que se hubiera unido a sus enemigos. Willa sabía lo suficiente sobre la demencia de los antiguos para saber que no podía descartar esa posibilidad sin más.

Dio un salto cuando oyó sonar el teléfono y vio el número de Madame, pero se recompuso antes de contestar.

–¿Sí, Madame?

La conexión no era muy buena. Las comunicaciones transatlánticas se veían alteradas por algo más que los típicos parásitos.

–Buenas noches, Willa. –La voz de Madame sonaba serena y coherente, para el alivio de Willa–. Necesito que me conciertes una cita.

–Cómo no, Madame. ¿Con quién?

–Yusuf bin Shamsid.

Willa encontró una breve anotación sobre él en la lista de ermitaños de Madame.

–Sí, Madame. Contactar con él puede llevar varias noches, dado que las instrucciones que tengo aquí implican a un mensajero de Ámsterdam. La respuesta podría llegar por carta o con una llamada a un número seguro.

–Sí, gracias. Da el número de uno de los teléfonos correspondientes al avión que contrataste para llevarnos a Río de Janeiro.

–Muy bien, Madame. ¿Dónde estarás tú, por si ocurre algo?
–Imagino que no nos quedaremos en un sitio fijo hasta que sepa algo de Yusuf. También deberías usar los números del avión.
–Sí, Madame. Ahora...
–Te noto algo decaída, Willa.
–Lo estoy, Madame. Tengo aquí un mensaje bastante angustioso.
–¿Para mí?
–Sí. Son los datos de contacto del... –Willa se esforzó para seguir sonando profesional, sin demasiado éxito--... del cardenal Timofiev.
–Comprendo. Gracias. –Lucita escuchaba mientras Willa transmitía las instrucciones: un número de teléfono y una serie de códigos y contraseñas--. Contacta con el cardenal de mi parte e informa de que has enviado el mensaje.
–Madame, te lo ruego, dime qué está pasando.
–Ahora no, Willa. Todo a su debido tiempo.
–Madame...
–Gracias, Willa, esto es todo por el momento. Por favor, hazme saber la respuesta de Yusuf. Buenas noches, Willa.

Más allá del tiempo y del espacio

El Abismo

A Montano no se le habría ocurrido suspirar; no se había comportado como un ser vivo desde la época de los supuestos imperios universales que en realidad solo abarcaban el mediterráneo. Pensaba, aunque no estaba del todo seguro, que ese gesto lo había hecho adrede por última vez más o menos cuando murió Alejandro Magno. Sin embargo, en cierto modo se sentía cansado y frustrado y hubiera detectado grandes similitudes entre su aura y la de un mortal mohíno de haber habido alguno cerca.

Sus esfuerzos por interrumpir el vórtice de invocación no habían dado resultado. En realidad sí que habían funcionado, pero durante demasiado poco tiempo. Ahora el ritual causante del efecto volvía a tener una fuerza y concentración máximas. Se dio cuenta de que debía de haber varios invocadores, de que sus filas habían estado incompletas y de que ahora gozaban de todo su poder. Las cosas ya

no podían ir a peor, a menos que entrara en juego algún elemento externo.

Pensó en alejar su creciente furia de las sombras del castillo, pero al final decidió dejarla allí. Al fin y al cabo, la verdadera que no le servía para nada y podía conservar el recuerdo fáctico de perderla sin retener las emociones asociadas. Le facilitaría la existencia, ahora que iba a necesitar una total claridad de objetivos en el futuro inmediato.

_____ 45 _____

Domingo, 9 de julio de 2000, 8:15 p.m. (Lunes, 12:15 a.m, hora de Hamburgo)

Aeropuerto de Luxor, Río de Janeiro, Brasil

Lucita colgó el teléfono furiosa. Acto seguido, Conrad le preguntó:

–Es la segunda vez que la dejas a un lado. ¿Vas a decirle lo que ocurre o pasará a formar parte de los daños colaterales?

El comentario enfureció a Lucita.

–¡Nadie le hará daño a Willa! Es solo que no quiero que ahora sufra en vano. Esto está cambiando a cada momento, de modo que no tiene sentido confundirla hasta que las cosas se estabilicen un poco.

–Claro, claro.

* * *

Simon Peter y Barry contemplaron la conversación de las antiguas desde la otra punta de la habitación. Simon Peter condujo a Barry hasta uno de los dormitorios y cerró la puerta con sigilo. No pensaban que así impedirían que los escucharan a través de las paredes, pero al menos era una manera de decir que se trataba de una conversación privada.

–Muy bien, ¿qué sucede? –preguntó Barry.

–Aquí no pintamos nada.

–¿Has recibido alguna clase de aviso? ¿Has tenido la premonición de un ataque?

–No, no –dijo Simon Peter impaciente–. Me refiero a todo esto. Por ejemplo, sentada en la habitación de al lado hay una que lleva en la lista negra del clan desde antes de que hubiera un Sabbat. Está

cagada de miedo, rezando para que el miembro del clan más poderoso y en activo en la actualidad esté simplemente loco. Está telefoneando al Inconnu y quién sabe a quién más. Estoy deseando que Montano aparezca derrumbando las paredes en cualquier momento.

–Bueno, sí –dijo Barry–. Soy consciente de todo eso. ¿En qué estás pensando?

–Mírame a los ojos y dime que estás seguro de que tenemos una oportunidad, por imposible que parezca, de salir de todo esto sanos y salvos.

–¿Qué quieres decir?

–Lucita podría arrancarnos la cabeza con el dedo meñique y sin darse cuenta de la sangre que necesitó para hacerlo. Joder. Conrad podría quitarnos de en medio sin montar demasiado escándalo y Lucita podría eliminarla a ella. Quizá los lazos del Vínculo la detuvieran pero puede que no. Parece que hiciste un buen trabajo...

–Gracias por el voto de confianza.

–A tomar por culo con los sarcasmos, estoy hablando en serio. Este no es lugar para un puñado de jovenzuelos ambiciosos. Deberíamos estar ahí fuera echando a los putos espías de la Camarilla o incitando a la rebelión a un puñado de bolsas de sangre con tropas de choque o algo por el estilo. Acabar con Rosa fue divertido. Acabar con Konstantin estuvo de puta madre. Puedo defenderme en ese tipo de situaciones. Pero esto... –Sacudió una mano y se encogió de hombros.

–Esto es patético.

–¿Huh?

–En primer lugar, encuentro repugnante tu forma de profesar el miedo. Soy consciente de que no has elegido entregarte a una ideología sistemática pero debes saber que este tipo de cobardía no es compatible con ninguna de ellas ni, en realidad, con las enseñanzas fundamentales de la secta. Si eres incapaz de reprimir tus temores, al menos puedes hacer que deje de rezumar por todos los poros de tu piel.

–¿Consejo sacerdotal? –Simon Peter se recompuso lo bastante para sonar desdeñoso.

–Por supuesto. Pero también es la pura verdad. Lo sabes. Eres consciente de que el miedo anula la concentración, hace que los adversarios parezcan más formidables y tú menos capaz, además hace que te canses antes de tiempo. Incluso sin doctrinas, deberías

saber que el miedo es una de las emociones más características del ser humano y que tendría que ser lo primero en desaparecer después de vomitar el último trozo de comida que te quede en las tripas. No te hicieron ayer así que no deberías actuar de esta manera solo porque la situación sea tácticamente complicada.

–¿Complicada? –repitió Simon Peter casi gritando antes de refrenarse–. ¿Dices que ir contra la fuerza más poderosa del clan sin posibilidad de discusión es «tácticamente complicado»?

–Por supuesto que sí –dijo Barry–. No es fácil, así que tiene que ser difícil. Muy difícil. Tendremos que andarnos con ojo, avispados y a la que salte si queremos sobrevivir. Por mi parte, eso es justo lo que voy a hacer. Pero necesito que te comportes de una forma más constructiva que, oh, Niccolo. Andrew ya se ha di vertido bastante empalándolo. No le des motivos para que haga lo mismo contigo o a mí para decirle que creo que eres un desastre.

–¿Me estás ofreciendo ayuda, Hermano Barry? Pensaba que ese era otro de tus pecados.

–Eso es interés propio a todas luces y ahora no intentes hacerte el listo conmigo. Bastará con que seas básicamente práctico. Tu manada necesita que estés alerta y que seas capaz de poner en práctica tu pericia única de acuerdo a las exigencias de la misión. Si no puedes estar a la altura, mejor te quitamos de en medio, ya sea temporal o permanentemente, según consideremos necesario.

–¡Que te jodan! –De nuevo Simon Peter tuvo que esforzarse para no gritar–. ¡Estoy intentando salvar el pescuezo y tú eres doctrinario conmigo ¡A la mierda contigo!

–No me embarqué en esta misión para suicidarme, Simon, ni pienso ayudarte a suicidarte ni incitarte a ello. Y si intentas escapar, eso es lo que será. Sé un seguidor, si lo necesitas, pero no intentes ser un desertor. Esto no es por la «Medalla Roja al Coraje»; no acabarías siendo un héroe aclamado por los demás, sino que desaparecerías para siempre. Mientras que si te quedas con nosotros y cumples con tu cometido, podemos salir de esto y contarlo.

–Sí, claro.

–Sé sincero. En realidad no pensabas que íbamos a atacar a Lucita, ¿verdad?

–Bueno... la verdad es que no.

–Perfecto. –Barry señaló la puerta–. Ahora mismo, ahí fuera hay una Matusalén anarquista asustada sometida a nuestras órdenes, y no al revés. Hace lo que le mandamos. Nosotros hicimos lo que tú no

pensabas que sucedería. Así que no me cuentes toda esa mierda sobre no ser capaz de dar el siguiente paso, ¿de acuerdo?

–Vale, de acuerdo.

–Muy bien, entonces. –Barry sonrió. De nada servía decirle ahora a Simon Peter que Barry le acababa de enseñar cómo aplicar ciertos preceptos básicos de la Senda de la Noche. La furia y el instinto de supervivencia habían ensombrecido el miedo y entonces un análisis racional propuso la posibilidad de la acción innovadora y la oportunidad de ordenar en lugar de obedecer. Simon Peter todavía podía ser un buen discípulo de aquí a unos años, si es que entre tanto era capaz de impedir que lo aniquilaran.

* * *

Andrew vio cómo el sacerdote y el taumaturgo iban dejando su insulsa conversación. Cuando cerraban la puerta le dio un codazo suave a Rosa.

–De modo que hay descontento entre las filas. Si tuvieras autoridad, ¿qué harías al respecto?

–¿Me lo estás preguntando en serio?

–Sí, claro.

–¿Y por qué crees que mereces una respuesta seria?

–En primer lugar, mientras dure esta crisis soy tu ductus, de modo que si te niegas a cumplir con cualquier petición u orden razonable te puedo complicar bastante la existencia. No obstante, dado que tú eres más fuerte que yo, no lo haría solo. Involucraría al resto de la manada, para que a todos les sirviera como experiencia de aprendizaje, o quizá solicitaría la ayuda de mi sire. Te has fijado en ella. Aunque le doblas en edad creo que está a tu altura en lo más importante en lo que se refiere al combate.

–Así que piensas que la mereces solo porque puedes intimidarme.

–No, ese es solo el primer motivo. El segundo es que quieres demostrarme tu superioridad. No puedes esperar que yo admita con claridad si se te ocurre algo que a mí se me podría haber escapado, pero sí puedes desarrollar ideas que después yo diré que son mías. Sobre todo si en ellas hay algún defecto que tú ves y yo no, así que estaré preparado para cuando haya problemas.

–¿Siempre hablas sin andarte por las ramas cuando intentas ser persuasivo?

–Solo cuando creo que así conseguiré lo que busco.

–Muy bien, pues. Mi primera idea es destruir a cualquiera de ellos en público y, a ser posible, con mucho dolor, a modo de aviso a los demás.

Andrew esbozó una sonrisa prieta.

–Ahora entiendo cómo has acabado así. No, no, no te enfades conmigo. Ambos sabemos que el vínculo no te permitirá infligir daño suficiente para ser tan entretenido como cabría esperar y la verdad es que perdiste de forma bastante espectacular.

–Están pensando en huir o, al menos, decidiendo si deberían hacerlo.

–Por supuesto.

–Entonces coge al que creas que es más fácil que te cuente la verdad y pídele que te dejen acompañarlos.

–Eso es lo que tenía planeado.

Rosa le devolvió la sonrisa.

–Entonces te podrás preguntar si tu inteligencia es equiparable a la mía o si te estás preparando para mi caída, por así llamarlo.

* * *

Lucita dio dos palmadas que captaron la atención de todos; Barry y Simon Peter salieron de la habitación para unirse al resto.

–Señoras y caballeros del Sabbat, --dijo Lucita con la voz más seca de que fue capaz--, creo que es hora de partir. ¿A alguien le queda algo por hacer en esta ciudad? ¿No? Entonces, a menos que el ductus Andrew no esté de acuerdo, larguémonos de aquí.

_____ 46 _____

Domingo, 9 de julio de 2000, 11:30 p.m.

Aeropuerto Internacional de Antonio Carlos Jobim, Río de Janeiro, Brasil

Desde que el aeropuerto empezara a aparecer en las listas de los «lugares más peligrosos» para los hombres de negocios, los guardias de seguridad empezaron a ser cada vez más fornidos y descerebrados. En concreto, esta pareja de vigilantes, ambos de 1'80

m, musculosos y con el cuero cabelludo cubierto de cicatrices, no se hacía notar en realidad. Sus gruesos abrigo de cuero ocultaban el hecho de que no respiraban.

Aquella noche habían estado haciendo la patrulla de rutina por el semicírculo de la Terminal Uno del aeropuerto, observando tranquilamente con su visión sobrenatural en busca de objetivos interesantes. Si alguien irradiaba demasiado calor para estar vivo de verdad, o cuya aura emanara un flujo extraño o que desentonara de cualquier otra forma ante el escrutinio sobrenatural se le llevaría por la fuerza a una sala de interrogaciones para «hablar», que era la forma en que la pareja describía siempre su trabajo. Cada uno de ellos llevaba tres teléfonos móviles: uno que en realidad pertenecía a la red de seguridad del aeropuerto, otro para comunicarse con otros miembros del dominio vampírico y otro para que lo utilizara solo Su Excelencia el Arzobispo. Cuando este último teléfono empezaba a sonar la pareja intercambiaba una mirada rápida y ambos contestaban.

–Excelencia --respondían casi al unísono.

–Debéis impedir que un grupo se vaya.

–Sí, Excelencia. --El más alto había tomado ahora la iniciativa.

–Son por lo menos tres. --Gratiano les describió por encima a Lucita, Conrad y el paladín–. No sé cuántos más los acompañan, pero retenedlos a todos. Su avión viene del Luxor, de modo que planificad la detención con mucha cautela.

–Sí, Excelencia. --Ninguno de los guardias había sido nunca cauto en nada pero ahora lo serían por la orden directa del Arzobispo, por muy dados que fueran a las chapuzas. Gratiano no se tomaba bien aquella clase de respuesta–. ¿Se sabe cuándo salen?

–Esta noche a cualquier hora. La habitación está a nombre de Angélica Tranh.

–Muy bien, Excelencia, nos ponemos con ello. --En cuanto Gratiano colgó los guardias llamaron al departamento de información del Luxor, que les confirmó que el grupo de Tranh había pagado por dos días más y que había pedido explícitamente que no tocaran la habitación. Aquel lo no los sorprendió ni los desconcertó; pagar por unos días de más era un truco evidente y, al fin y al cabo, solo les costaba dinero. Siempre tendrían dinero. La pareja acordó peinar el pasillo que conectaba el vestíbulo del hotel con la Terminal Uno y asignó un esbirro para que controlara los accesos de servicio del otro lado del semicírculo de la terminal.

La muchedumbre que atesta a altas horas de la noche cualquier aeropuerto importante siempre desprende una interesante mezcla de emanaciones psíquicas, para quien puede percibirlas. La fatiga debilita la resolución y da paso a la frustración y la decepción, que quedan tan a flor de piel que hasta los mortales menos capaces pueden reconocer y aprovecharse de los secretos que quedan expuestos. El desajuste provocado por el cambio de husos horarios hace añicos el sentido de la rutina de los viajeros y los deja a la deriva, exponiendo de nuevo las pasiones y planes que preferirían guardar bajo llave. Por lo general, los guardias se hubieran quedado un rato a disfrutar del desfile de sensaciones, pero sabían que no convenía defraudar a Su Excelencia cuando tenía algo en mente. Así que dejaron pasar a la masa sin analizarla en cuanto decidieron que no había individuos ni grupos de naturaleza vampírica.

La llegada del objetivo fue algo evidente. En la calle, los matones más modestos, contratados como brazo ejecutor, tendrían que haberlos detectado. Al frente caminaba una mujer viva asiática, la única mortal del grupo. Irradiaba un fuerte olor a demencia, con su aura distorsionada palpitando y saliéndosele de los vaqueros y la camisa. A su lado iba una joven vampira española vestida con unos pantalones de seda blanca que tenían un diseño tribal brasileño bordado con hilos de plata. Era un traje muy elegante pero no le supondría un estorbo si tenía que luchar.

El guardia más bajo refunfuñó: «*No hubiera estado mal si nos hubiera dicho que quería que detuviéramos a Lucita*».

Tras ellos caminaban la mujer negra, a quien conocían por sus anteriores visitas al dominio, años antes de que Su Excelencia llegara, y el paladín de Timofiev, a quien conocían por su reputación y por las lejanas visiones de los ritos en Ciudad de México. Ambos llevaban un traje negro andrógino; igual que Lucita hiciera con el traje blanco, estaba claro que los habían sacado de los percheros de los almacenes del Luxor hacía solo unas horas. Y detrás de estos dos venía un grupo variopinto de criaturas de menos edad que mostraban un potencial considerable pero que carecían casi por completo de la disciplina que da la experiencia en el combate. El hombre tullido que andaba apoyado en unas muletas de madera talladas mostraba cierta conciencia táctica para el combate; al resto los cazarían como a conejos cegados por unos faros si se iniciaba el combate.

El guardia más alto descolgó el teléfono de seguridad.

—Tengo a la heroína que encabeza el grupo y a sus vínculos

saliendo del hotel. Parece que se dirigen a un avión privado. Interceptadlos después de que abandonen la terminal. –Les dio unas breves descripciones–. Os informo de que al menos unos cuantos están bajo la influencia; nuestro contacto dice que arrastran un historial de violencia extrema y de tolerancia al daño cuando se ponen en guardia. No provoquéis un combate. –Antes de colgar, dijo:– Muy bien, eso nos hará ganar tiempo. Vamos a intentarlo con ellos detrás. Prefiero coger a unos cuantos de los débiles y arriesgarme a dejar que los demás escapen antes que me aplasten intentando atacar a Lucita o al paladín ese.

El guardia bajo asintió mostrando su aprobación y empezaron a organizarse a medida que sus objetivos iban pasando.

* * *

Sin alterar el paso, Lucita entornó un poco la cabeza hacia Conrad y le dijo con voz queda:

–Nos están vigilando.

–Sí, yo también me he dado cuenta. Aquellos dos guardias de seguridad. Vampiros, imagino.

El paladín se inclinó un poco hacia delante.

–Supongo que nuestro anfitrión desea que nos quedemos para seguir haciéndonos preguntas. ¿Queremos enfrentarnos a ellos o marcharnos sin armar jaleo?

–Silencio –dijeron ambas mujeres al mismo tiempo. Lucita levantó la voz lo justo para que la oyeran los demás–. Juntaos.

* * *

Los dos guardias vieron que Lucita levantaba la mano derecha y se concentraba unos instantes. Después, en un abrir y cerrar de ojos, la imagen del grupo parpadeó y desapareció. El guardia alto era incapaz de verlos; tenía la persistente sensación de que debían de seguir allí pero, de alguna manera, no veía ningún lugar en que pudieran estar. Era como si se hubieran cobijado en algún lugar ciego.

–Mierda –dijo en voz baja–. Odio esto. He perdido a esos hijos de perra.

El guardia bajo tuvo mejor suerte. No podía ver al grupo con claridad pero consiguió divisarlo vagamente. Titilaba como si estuviera al otro lado de un espejismo pero estaba allí.

–No, los tengo. Se han ido al extremo más lejano del recibidor y ahora caminan un poco más rápido, pero puedo seguirlos. No hay problema.

El guardia alto detestaba depender de otros para los asuntos en que la inteligencia era un factor crucial, pero así eran las cosas. Siguió mirando con ojos de topo a donde su compañero le había indicado, sin conseguir ver nada.

–Muy bien. Ya los vamos a dejar salir y llegar al asfaltado. Tendrás que dar la orden de abrir fuego en cuanto lleguen ahí.

* * *

–¿Les hemos dado esquinazo? –Lucita siguió haciendo que el grupo se moviera a un ritmo incómodo, casi el doble de rápido del que podía mantener un humano sin ahogarse.

El paladín miró a uno de los espejos de las esquinas.

–No lo creo. Uno de los guardias sabe ver dónde estamos y dónde no.

–Mierda. De acuerdo. Cuando nos encontremos en la mitad de las escaleras, me gustaría que nos echaras el velo. Conrad, tú también. Saltaremos de la escalera por lados distintos y cada uno de vosotros guiaréis a un grupo por el camino más oscuro que encontréis hacia el avión. Yo llevaré a Angélica para que no nos haga bajar el ritmo. –Se quedó mirando hacia atrás hasta asegurarse de que todos la habían oído y estaban de acuerdo. Después volvió a mirar hacia delante mientras los demás se iban transmitiendo las instrucciones. A través de las ventanas de la terminal Lucita podía ver dos equipos de seguridad reunidos cerca del pie de la escalera que necesitaba para descender y se sintió muy aliviada porque había predicho correctamente cuál sería el siguiente desafío.

–¿Hay señales que indiquen la presencia de otros vampiros? –No necesitó girarse para hacer la pregunta.

–No –respondió Conrad.

–Perfecto –dijo Lucita–. Todos parecemos mantener el calor y estar respirando. Si tienen suficiente capacidad de ocultación para esconderse de esta búsqueda, quizá nos estemos enfrentando a una fuerza superior, de todas formas... –intentó acabar la frase pero algo le hizo olvidar lo que iba a decir. Claro que se enfrentaban a un poder superior y en realidad solo era cuestión de si Gratiano decidía tomar parte directa. Si la tomaba, todo habría terminado–. Si solo están esos

dos entonces quizá podamos retrasar la llegada de Gratiano deteniéndolos. No querrá hablar directamente a los subordinados vivos si no le es necesario.

–¿Entonces?

–Entonces me voy a rezagar un poco para darles algunas órdenes. Tú sigue con el velo y la dispersión. Los guardias de ahí abajo perderán a sus jefes y puede que les hayan mandado que esperen a recibir nuevas órdenes, pero no pienso correr riesgos innecesarios.

–De acuerdo.

Lucita se quedó inmóvil como un tronco y dejó que los demás siguieran avanzando. Cruzó la mirada con el más bajo de los guardias, el que la había visto y dijo «*Para*». El matón se quedó paralizado donde estaba. El otro solo tenía que dar un paso para darse cuenta, detenerse y ponerse a mirar a ver si la veía. Entonces Lucita volvió a hacerse visible y le dio la misma orden.

Durante el tiempo que permanecieron allí, incapaces de cambiar de posición, esforzándose por coger la pistola, Lucita se acercó unos pasos.

–Vosotros dos, olvidad todo lo que ha ocurrido desde el momento en que os ordenaron vigilarnos. –Sintió cómo la voluntad se le escapaba casi de forma tangible y se dio cuenta de que durante el duelo sus mentes se habían transformado en marañas de fuerzas psíquicas. Las instrucciones de Lucita retiraron las capas más exteriores de aquellas cuerdas de pensamiento enredadas para abrirse paso hacia el estado anímico que ambos habían tenido durante la noche. Anticipación, tensión, confusión... todo desapareció. Era una noche más vigilando por si surgían problemas. Cuando Lucita vio que iban a obedecer sus órdenes, añadió otra más:

–Tengo el permiso de Su Excelencia, así que es mejor que no hagáis preguntas sobre lo que hago.

Aquellas instrucciones supondrían de forma inevitable el fin para los guardias. Gratiano no aceptaría la excusa de que habían terminado siendo espiados por su propia presa. Lucita conservaba un vago recuerdo de un tiempo en que esta clase de sucesos le habría molestado. Había estado bajo el influjo de otro, incluyendo el horrible encuentro final con su sire, cuando este hizo añicos su capacidad de resistirse. Según las doctrinas que había asimilado a lo largo de la vida y de acuerdo con los valores de su mentor perdido, Anatole, aquello era una violación del yo del individuo y como usurpación de la

prerrogativa de Dios debía exigir la expiación; ella no era el rey ni el sacerdote ungido, ni ninguna otra autoridad reconocida por la orden de Dios. Pero ahora Lucita solo sentía una conciencia racional de maldad en lugar de una convicción de haberse entregado al mal a nivel emocional o del alma. Se había dado cuenta de que se había librado de un rasgo humano más y ni siquiera sabía cuándo se había producido aquel cambio.

La segunda orden les impactó.

–Y para terminar y que os quede muy claro: No miréis afuera durante los próximos quince minutos.

Liberó a los guardias mientras caminaba a su alrededor para después alejarse como si acabara de pasar por su lado. Conrad y los demás, todavía ocultos, estaban ahora preparados para bajar.

* * *

Los guardias vieron pasar un vampiro por delante de ellos, pero pensaron que la joven mujer española era una de las ayudantes preferidas de Gratiano. No convenía entrometerse en los asuntos de Su Excelencia; él sabía a dónde iba la chica y cuál era su misión, no necesitaban saber nada más. Siguieron perdiendo el tiempo con la agitación del interior del semicírculo de la terminal, desde donde se veía una rotonda. Por fin, el más alto le dijo al otro:

–Será mejor que vayamos a echar un vistazo ahí. Si se nos escapa algo importante, no le hará ninguna gracia.

* * *

–Esperad –dijo Lucita en voz baja mientras los demás iban alcanzando la parada de las escaleras. Esperaron. Lucita miraba a los guardias, a quienes vio comportarse tal y como ella les había mandado, y después por fin empezó a alejarse de la terminal todo lo que pudo.

–Muy bien, vamos allá.

El resto de la escapada transcurrió sin contratiempos. Tanto el paladín como Conrad crearon masas compactas de oscuridad y recibieron a los otros miembros y acogieron a los demás miembros de la manada bajos las protectoras sombras. Entonces ambos grupos empezaron a caminar sin prisa hacia el reactor Challenger que los esperaba. Angélica salió del otro lado y se puso a hablar con un

trabajador de la pista de aterrizaje para comprobar que todo estaba en orden; acto seguido subió a la nave para preparar el despegue. Los vampiros fueron subiendo uno a uno y, una vez que todos hubieron entrado y que las puertas quedaron selladas, fueron despojándose de las varias capas de ocultación. Once minutos después el Challenger inició el ascenso, dejando a los guardias todavía un poco más de tiempo para cumplir sus órdenes.

* * *

Sonaron los teléfonos de los matones.

–Sí, Excelencia –contestaron como uno solo.

–¿Los habéis capturado ya?

–¿A quién?

Durante el resto de la noche el desasosiego fue cada vez mayor para los guardias, cuyas cenizas acabaron esparciéndose con la brisa de la mañana. Como Lucita había previsto, Gratiano no estaba dispuesto a perdonar un error tan grave como dejar que les dieran órdenes sus propios objetivos. Los maldijo por su incompetencia y por desperdiciar su oportunidad de atravesar las sombras e intervenir él mismo. ¡Ojalá se hubieran mantenido en contacto! ¡Ojalá le hubieran confirmado sus planes! El fracaso era culpa exclusiva de ellos dos porque él había confiado en ellos y ahora los objetivos habían volado. Aquella madrugada se fue a dormir maldiciendo a la chiquilla de Monçada y a todos los que la acompañaban.

Jueves, 13 de julio de 2000, 11:50 p.m.

**Acercándose al Aeropuerto Internacional Roberts, Monrovia,
Liberia**

«*Esto sí que es volar*» pensaba feliz Angélica. Las luces de Monrovia estaban veinte kilómetros por detrás de ella y contando; el aeropuerto hacia el que volaba era nominalmente parte de la ciudad pero en realidad estaba construido sobre un terreno salvaje. Era además un territorio tenebroso, que había quedado desolado por la guerra civil y que todavía no había tenido tiempo de repoblarse, a

pesar de que ya habían transcurrido unos tres años desde que las luchas más sangrientas terminaran en aquella parte del país. De esta manera, Angélica volaba más que nada con el piloto automático y tomando como referencias las tablas que sabía estaban anticuadas por culpa de la guerra, aunque no sabía con exactitud cuánto de anticuadas. Iba a ser una aventura inolvidable.

El aeropuerto de destino había sido clausurado oficialmente en 1997. Con todo, allí aterrizaban de manera ilegal mercenarios alquilados por el gobierno liberiano (Angélica sabía de pilotos de alquiler de Colorado que habían realizado ese vuelo una o dos veces) y ambos recibían y despachaban cargas de heroína. La última noche su dueña había pasado bastante tiempo hablando con aquella mujer alemana que se encargaba de sus negocios y después hizo un par de llamadas para hablar con los oficiales de Liberia. Aquellas conversaciones parecían ir sobre todo de intercambios de códigos de acceso a cuentas. Durante la madrugada Lucita había aparecido para darle a Angélica unas direcciones. Primero de Río a Brazzaville, después del Congo a Liberia... era divertido. Angélica se preguntaba a dónde tocaba ir ahora.

Sabía que su dueña estaba muy alarmada por todo lo que había ocurrido en Río y tenía la sensación de que los demás estaban igual de afectados. Había pensado en pedir que le explicaran lo que sucedía pero después decidió que lo que quiera que pudiera asustar tanto a todos esos vampiros quizá era algo que le impediría concentrarse en el vuelo. De modo que descartó la idea. Pero había algo más que necesitaba saber.

–¿Madame? –dijo al interfono–. Cuando estés libre, tengo algunas preguntas sobre las operaciones.

En menos de un minuto Lucita ya estaba sentada en el asiento del copiloto.

–¿Algún problema con las instrucciones que te he dado?

–No, señora, todo está claro. He hablado con ellos una vez por radio y se supone que dentro de unos pocos minutos veremos las luces de la pista.

–¿Entonces qué?

–Estaba pensando en Colorado. ¿Ya no me dejarás regresar, verdad?

–No.

–No es lo que había imaginado. –Angélica no se mostró entusiasmada con la negativa de Lucita, pero como era lo que su

dueña quería tampoco se podía sentir del todo decepcionada—. ¿Ya ha hecho algo sobre lo de mi desaparición?

—¿Quieres decir que si he preparado una historia que la justifique?

—Sí, eso es.

—No, no lo he hecho. He estado ocupada con otros asuntos. ¿Te gustaría que inventara algo?

Angélica asintió con cara de felicidad.

—Sí, no me gusta la idea de que he dejado cabos sin atar. Puede que alguien saliera a buscarme y resultara herido si llega a ti por el camino equivocado.

—¿Estás preocupada por eso? —Al igual que le ocurrió en Río con los guardias, la nostalgia apresó a Lucita unos instantes. Podía recordar cuando los daños colaterales se presentaban ante ella en forma de asuntos de estrategia y táctica. Ahora que Angélica había sacado el tema a relucir Lucita había pensado en términos de sus propios intereses y en el riesgo de que las cosas se complicaran si algún investigador descubriese algo como la verdad. La idea de que Angélica tuviera amigos o compañeros que la echaran de menos y que podrían descubrir que ahora cosas como la amistad y la humanidad le son ajenas... no había pensado en nada de eso. Quizá hacía demasiado tiempo que no tenía un ghoul.

Si Lucita desaparecía, ¿quién la lloraría en vez de preocuparse por que fuera una treta sutil? Willa, por supuesto, se haría preguntas pero no iniciaría ninguna investigación hasta pasado mucho tiempo, no con el sentido que tenía de la discreción cuando se trataba de las operaciones secretas de Madame. Fatima podría sentirlo pero no movería un dedo hasta que pensara que su Dios se lo había ordenado. Lucita analizó aquella espantosa noche en el desierto y no encontró ningún motivo para creer que su vieja amiga pudiera nunca ponerse a investigar ningún informe sobre la desaparición de Lucita. ¿Quién más? Muy pocos.

Los miembros de la partida de caza conversaban tranquilamente en la cabina principal del reactor. A veces el paladín rememoraba divertidas historias sobre enfrentamientos con el populacho independentista vampírico de México y los Estados Unidos y Conrad reflexionó sobre sus primeras experiencias en el Nuevo Mundo. La conversación se desarrollaba en un elegante y comedido clima de estrategia. Lucita había leído bastante acerca de las distintas encarnaciones de la Senda de la Noche, el artificial código ético que

muchos antiguos Lasombra profesaban, para saber que prohibía el ejercicio de la compasión en varios aspectos. Pedir ayuda desde una posición de inferioridad declarada era una infracción; ofrecerse a ayudar para corregir la inferioridad de otros también lo era. Así pues, la conversación debía girar en torno a cualquier admisión de que la información proporcionada era útil y entretenida.

No obstante, incluso con tales restricciones se respiraba una camaradería sincera. La manada y los demás compartían el mismo punto de vista: todos eran conscientes de que eran los herederos de la tradición de la revolución por la causa del perfeccionamiento personal (según Lucita), de que compartían un compromiso con una organización que, por muchos defectos que tuviera, los acercaba cada vez más a su meta. Pertenecían a algo mayor que ellos mismos. Como, salvando las distancias, le ocurría a Angélica respecto a Lucita. Lucita era la única que no. Había tomado los lazos de Vaulderie sobre todo como medida defensiva pero también para poder reponerse de las sorpresas desagradables. Eso era táctica, no compromiso.

En un momento de lucidez se dio cuenta de que aquella era una forma de pensar de lo más melancólica. De hecho estaba a punto de ponerse muy melodramática acerca de sus circunstancias. Aquello no era propio de ella.

Más allá del tiempo y del espacio

El Abismo

Montano caminaba sin rumbo fijo, emitiendo con cuidado ráfagas de turbulencias. Bullía tanta actividad en el reino oscuro que hubo de trabajar más duro de lo normal para poder ver el mundo material y establecer lo que había instigado un punto de conexión. No le gustaba tener que alimentarse tan a menudo, pero ahora el precio en sangre de sus investigaciones lo empujaba cada pocos días a la caza de víctimas vampíricas adecuadas. Todo aquello le llevaba más tiempo del que quisiera.

De hecho el Mediterráneo, obviamente el lugar por el que comenzar, estaba fuera de los límites para él. Las criaturas grandes, familia del leviatán que Monçada solía tener bajo su guarida, viajaban

en enjambre en la dirección del viento y en las complejas circunvoluciones de esfuerzos e intensidad que eran el equivalente Abisal de la distancia espacial. Se había pasado dos semanas buscando la manera de mirar a las fortalezas de su sire y otros lugares donde hubiera prosperado la práctica del misticismo Abisal, pero siempre en vano. Todo lo que consiguió fue que las criaturas arremolinadas lo hirieran. Al final lo dio por imposible y se puso a buscar a los que sabía o sospechaba que eran lo bastante fuertes para hacer algo así y que podrían estar trabajando desde algún lugar de más allá del Mediterráneo.

Montano se conocía lo bastante bien a sí mismo para seguir el rastro de sus propios miedos y dudas pero había decidido hacía mucho que un poco de fragilidad no le haría ningún daño. Por tanto, se permitió pasar el resto de ese primer mes estudiando la posibilidad de que otro chiquillo del Antediluviano hubiera sobrevivido y que pudiera ser responsable, aunque en realidad sabía que no era así. En efecto, todos sus refugios se encontraban vacíos excepto uno, ocupado por jóvenes Sabbat que no tenían ni idea de que el «viejo obispo miedoso» que habían destruido era algo más de lo que parecía. Al final se cansó de esperar y se puso a analizar a Gratiano.

Su hermano menor de sangre podía ser un idiota patético en muchos aspectos pero no era ningún incompetente cuando se trataba de seguridad. Unas protecciones mágicas de diversos estilos rodeaban su refugio de Río de Janeiro, igual que varias otras que había empleado en el pasado y otras dos que parecían marcadas para utilizar en el futuro. Al final, Montano decidió no acercarse todo lo posible, pues sentía que podría obtener información suficiente desde una distancia segura. Aunque Gratiano se deleitaba con el uso rutinario del misticismo Abisal y los poderes derivados nada alrededor de su ciudad mostraba señales de aquella gran invocación. Podría llegar el momento en que se convirtiera en objetivo pero si él era el instigador, era lo bastante listo para ocultar cualquier rastro del análisis de Montano, algo que este no creía posible.

El antiguo estaba saliendo de la ciudad pero, cada vez que percibía aquel olor familiar, se paraba a echar vistazos allá donde parecía haber concentraciones de Lasombra con el poder y la determinación necesarios. ¡Monçada! No, no podía ser. Montano había oído hablar de la destrucción del cardenal el año anterior. En cualquier caso, no era él. Aunque se parecía... ah, claro. La chiquilla rebelde de Monçada, que le había faltado al respeto a Montano

cuando se encontraron cara a cara y a partir de entonces no fue más que una agitadora autoproclamada que se expulsó a sí misma de la experiencia colectiva del clan, al cual dejó de importar. Desde el interior del Abismo la siguió por el Atlántico, sondeándole la mente con mucho cuidado en busca de algo que pudiera ayudarlo a alcanzar su meta.

Mientras atravesaban las tierras oscurecidas por la guerra, un debilitamiento momentáneo en las paredes del mundo (el legado de la miseria y la amoralidad condensadas) lo hundieron en la mente de Lucita mucho más de lo que hubiera deseado. De hecho ella lo notó y le hizo darse cuenta de toda la melancolía que la llenaba. Montano se retiró precipitado. Ya tendrían tiempo más adelante para hablar cara a cara, quizá.

_____ 49 _____

Viernes, 14 de julio de 2000, 12:05 a.m.

Aeropuerto Internacional Roberts, Monrovia, Liberia

Unas luces débiles empezaron a aparecer ante ellos. Parecían llamas de verdad, pensó Lucita, y le entraron ganas de reírse al imaginar que serían soldados o campesinos ondeando antorchas a lo largo de los bordes de la pista sin pavimentar. Pero su dueña estaba distraída y, por supuesto, Angélica no debía interrumpir aquel momento de meditación de Lucita.

Pasados unos minutos, Lucita se levantó y volvió a empezar como si nunca hubiera parado.

—Muy bien, Angélica. Le diré a Willa que se invente una historia verosímil para tu desaparición. Si tiene alguna duda, que hable contigo. Pero parece que ahora es momento de que te concentres en el aterrizaje.

—Sí, señora. --Angélica se sentía muy feliz. Aquel era otro gran pasaje de su antigua existencia que pronto quedaría despachado y dejaría de atormentarla.

Para aterrizar tenían que sobrevolar lo que parecía que hacía años había sido una central eléctrica, por lo que Angélica pensó que la maraña de líneas de alto voltaje que salían de allí podrían ser un reto de lo más interesante para su habilidad como piloto. Ahora, después

de que todas las torres que no habían sufrido ataques se hubieran desmoronado, solo quedaban escombros. Un disparo resonó a lo lejos mientras pasaban por allí encima. Se preguntó si algún pobre disidente los habría confundido con un avión oficial o algo así, aunque sospechó que nunca lo sabría.

Por fin divisaron el aeropuerto. Unos faros de camión iluminaban los ruinosos edificios, la mayor parte de los cuales estaba claro que no los habían tocado desde la guerra civil. La hierba había crecido en lo que antes habían sido caminos y solares asfaltados. Lo único que quedaba intacto eran dos pequeños bunkeres situados junto a las pistas, los cuales tenían un aspecto bastante militar. Angélica recordó los campamentos militares de su infancia y evocó las viejas costumbres para lidiar con la mentalidad marcial. Para su sorpresa, al final las luces eran lo que se había imaginado: a cada lado de la pista menos destrozada se había alineado una columna de soldados, todos los cuales sostenían una antorcha. El humo producido se arremolinaba y ascendía para fundirse en la noche.

El Challenger estaba muy bien equipado para el aterrizaje, de modo que ni siquiera los profundos baches de aquel la pista abandonada consiguieron molestar mucho a los pasajeros. Angélica se sintió muy orgullosa por tomar tierra botando solo una vez y conduciendo sin dificultad por el estrecho tramo asfaltado marcado para que aterrizase el avión. Tuvo que esforzarse para poder ver a través de las antorchas, aunque solo consiguió divisar una pista cuyo estado era algo mejor, por lo que supo sin lugar a dudas que quienquiera que se hubiera dejado sobornar por Lucita para dejarla aterrizar aquí quería demostrar lo que el dinero de desconocidos no podía comprar. Se giró para comentárselo a su dueña pero el ceño un poco fruncido de Lucita le indicó a Angélica que su dueña también había reconocido las señales.

—¿Y ahora qué? —preguntó Angélica mientras detenía los motores.

—Espera. Alguien se acerca —respondió Lucita levantándose un poco para poder ver mejor.

Aguardaron en silencio. Los vampiros que iban en la cabina también se quedaron callados. Angélica sospechó que debía de haberse perdido alguna explicación sobre el siguiente paso porque todo aquello le parecía muy extraño. La espera en sí no lo fue. Sabía que las burocracias del mundo entero se regocijaban demostrando que la irregularidad comportaba su propio castigo. Angélica tenía muy

claro que al final Lucita tendría lo que había pagado pero, asimismo, no dudaba que sus anfitriones complicarían las cosas tanto como les fuera posible. En dos ocasiones unos soldados empezaron a aproximarse al reactor pero las dos veces Lucita les hizo un gesto con la mano para que se alejaran. Su comandante debía de andar por allí cerca, pero Angélica no podía ver dónde.

Más de una hora después de haber aterrizado, las filas de soldados se rompieron para abrir paso a un moro. Este hombre caminaba con la elegancia que ahora Angélica reconocía como una característica de los antiguos: completamente consciente del entorno, sin dar nunca un paso en falso ni hacer un gesto de más. Sus aires indican que no había nada con que el género humano pudiera sorprenderlo y los soldados, aunque probablemente no sospechaban siquiera cuál era la verdad sobre aquel ser, le dejaban pasar. Algunos se hacían señales contra el mal de ojo; no podía ocultar del todo su poder. Avanzó con paso firme hasta la puerta lateral del Challenger, donde esperó pacientemente.

Lucita abrió la puerta y bajó por la escalerilla. Le tendió la mano pero el hombre pudo subir sin ayuda con solo dar dos rápidas zancadas. Después hizo una reverencia a Lucita y al paladín.

—Saludos a mis primos de sangre, con quienes espero comunicarme y paz y sacar provecho. ¿Puedo entrar en vuestro santuario?

El paladín delegó en Lucita. Esta dio un paso adelante y le devolvió la reverencia.

—Saludos a mi primo de sangre, invitado bienvenido y compañero protegido. Entra en nuestro santuario y ve con la misma paz con que has venido.

El hombre no sonrió.

—Debo decir que tu mensaje me llegó por sorpresa. La naturaleza de tu compañía es también un misterio. ¿Por fin te has convertido en la chiquilla leal de tu sire?

—Monçada fue destruido —respondió Lucita con gravedad.

—Ah. ¿Acaso tú o estos... —señaló a la compañía—... tenéis algo que ver? ¿Su sangre enriquece la vuestra ahora?

—Respondiendo por orden, sí, no y no. La aniquilación fue sobre todo obra de otros, aunque en parte fue mi culpa. Te contaré la historia en otra ocasión. Ninguno de los que me acompañan ahora tiene nada que ver; son otros asuntos los que nos han traído aquí. Y no, nadie realizó diablerie sobre el cardenal. Al final fue devorado por su propio

monstruo. --Se giró para mirar a los demás--. Señoras y señores del Sabbat, os presento a Yusuf bin Shamsid, el famoso «poeta errante» del clan. Imagino que algunos de vosotros habéis leído sus relatos de la historia del clan. Esta noche nos acompaña para hablarnos del fenecimiento del Antediluviano para que nos podamos hacer una idea de cómo juzgar lo que nos rodea.

Yusuf alzó la cabeza con expresión de franca curiosidad.

--¿Te has hecho historiadora después de unirme al Sabbat?

--No y no. --Lucita dejó escapar uno de sus tan ensayados suspiros--. La verdad, Yusuf, es que esta compañía son mis captores. Timofiev organizó una manada para darme caza y, como estaba distraída con otros asuntos, me cogieron. Después Timofiev convocó una Corte de Sangre que se vio interrumpida por la invocación de una poderosísima criatura del Abismo. La corte me sentenció a identificar y castigar al responsable de aquello.

Yusuf pasó de la curiosidad a una total sorpresa.

--Esto es... interesante. Suponiendo que estés diciendo la verdad, ¿porqué me la ibas a contar a mí? Conoces tan bien como yo aquel viejo dicho: «No existe tesoro más valioso que la verdad». ¿No fue una cierta joven noble aragonesa, todavía nueva entonces para la sangre, la que una vez dio una lección acierto invitado más antiguo sobre lo cierta que es la fuerza que perdura cuando todo lo demás se pudre y desvanece y que debe ser empleada, por tanto, solo con el mayor de los cuidados?

--Dos razones --respondió Lucita--. La primera es que al final te acabarías enterando por otros, cosa que ambos sabemos. Al revelarte cuáles son mis puntos débiles elimino algunas de las ventajas que podrías obtener del subterfugio. De esta manera establezco los términos de nuestra relación, lo cual me proporciona cierta fuerza en compensación.

--Suena creíble. ¿Y la otra?

--La otra es que me parece que la situación es lo bastante grave para que importe más que muchos males menores. Si nuestros peores miedos se hacen realidad entonces dará igual que me consideres fuerte o débil, porque ante la cólera que nos aguardaría todos seríamos demasiado frágiles. Si al final la respuesta no es la peor posible, seguirá siendo lo bastante seria. Podría seguir evolucionando hacia lo peor y necesitar una solución inmediata. Podría exigirnos una fuerza de la que ninguno de nosotros sabe nada aún. Sea lo que sea lo que pueda causar tantos estragos en los recuerdos de Gratiano

necesita ser combatido con todas las fuerzas de que yo pueda hacer acopio. Las consideraciones de ventaja normales no se aplican a la duración.

Barry estaba impresionado. Lucita había conseguido hacer de sus confesiones una fuente inesperada de fuerza. Eso sí que fue ingenioso; tendría que recordarlo para cuando se viera en una situación semejante.

–Gratiano, dices. –Yusuf miró al paladín–. ¿Está diciendo la verdad?

–Sí.

–Dios mío. Tus días han sido ajetreados últimamente. Espero que sobrevivas. –Sonaba tan sincero como divertido.

–Yo también –dijo Lucita manteniendo el mismo tono de calma tensa–. Ahora, después de haber descubierto que el invocador está liberando unas fuerzas lo bastante potentes como para empujar a Zarahustra al mismo borde de la destrucción, hemos decidido que tenemos que descartar la posibilidad más obvia.

Todos se quedaron en silencio durante más de un minuto.

–Comprendo –dijo Yusuf–. Acudisteis a Gratiano, quien os contó algo que os asustó tanto que pensasteis que sería justo molestarme a mí. Y si me niego a cooperar no os quedará bastante fuerza para obligarme a hablar pero entre todos reunís poder suficiente para dejar claro que podéis regresar en mayor número, hasta que yo ceda o perezca. Es una forma de presentarse muy efectiva, para tratarse de alguien que, según recuerdo, carece por completo de la sabiduría elemental de la política del clan. –Hizo otra pausa–. Muy bien, sea pues.

Yusuf, al igual que Gratiano, tenía el mismo aspecto que presentaría más de un milenio después. Tenía cincuenta años cuando lo Abrazaron y a menudo parecía mayor cuando se ponía nervioso o se preocupaba por algo. No tenía casi ningún garbo, rasgo que debería ser característico de un vampiro de cuatrocientos años. No

cabía duda de que no quería estar en el Castillo de las Sombras: solo era una estrategia defensiva. En su centenario consiguió ganarse la antipatía de todos los señores de los dominios que le ofrecieron cobijo en cualquier parte de su Iberia natal gracias a su desafortunada combinación de inspiración poética espontánea y escaso juicio artístico. Era consciente de lo importante que era el ritmo de las artes sociales para las criaturas propensas a la rabia asesina como sus congéneres vampiros, pero de alguna manera ese pensamiento afloraba a menudo demasiado tarde para impedir que ejecutara un brillante aunque desafortunado ardid retórico.

En el Castillo de las Sombras ninguno de sus enemigos se arriesgaría a morir enfrentándose a él, al menos no sin el consentimiento del Antediluviano. Allí el Padre de la Oscuridad ejercía el monopolio absoluto de los actos de destrucción y a aquel que se le ocurriera decir o hacer algo en contra de dicho dominio las cosas empezaban a irle muy mal. Incluso los numerosos actos de sacrificio de sangre necesarios para alimentar a los moradores del castillo tenían lugar en la misma cámara de matanza, situada en el patio norte, o fuera de los muros de la fortaleza, en covachas vigiladas por guardias de confianza. Por supuesto, los rivales ibéricos de Yusuf podían y, de hecho, le hacían muy difícil la existencia. Se aseguraron de que los habitantes más antiguos sospecharan que era incapaz de guardar un secreto y que no estaba dispuesto a mostrar la debida deferencia a sus superiores. Podía lidiar con todo aquello, al menos hasta que encontrara otro lugar al que marcharse.

Así las cosas, empezó a mezclarse entre la muchedumbre que se concentraba en el patio todas las noches que llegaba una caravana y allí escuchaba con atención lo que los viajeros contaban sobre la vida en otras regiones. Al contrario que el propio chiquillo del Antediluviano y los otros grandes conspiradores, no sentía especial interés por los asuntos de estado, ya se tratara de los reinos de los mortales ya de los linajes de Caín. Todo el que hubiera sido testigo de la Reconquista sabía lo suficiente acerca de la transitoriedad de todas las preocupaciones de los humanos para no necesitar casi ayuda para cultivar la indiferencia, y las luchas por la posición entre los Condenados parecían la misma cosa, solo que a un ritmo más lento. La era de tumultos que se inició con el saqueo de Constantinopla (unos dos siglos atrás por aquel entonces) fue cada vez a peor, con redes de aliados y de enemigos que cambiaban a velocidad de vértigo. Cuando incluso un santo sabio como Saulot podía desaparecer y sus

herederos caían presa de los mortales convertidos en vampiros por su propia magia, ¿qué esperanza quedaba para un poeta lenguaraz de levantar un imperio, por mucho que lo deseara?

Todo lo que Yusuf quería en aquel momento era un lugar donde practicar su arte frente a una audiencia que supiera apreciarlo. No hacía mucho que se había dado cuenta de que aquello casi con toda seguridad significaba que debía alejarse de todos los núcleos de poder más visibles y prestigiosos para perderse en algún rincón remoto del mundo que estuviera gobernado por algún señor que supiera apreciar mejor que nadie las virtudes de la poesía de calidad. Por tanto, empezó a prestar cada vez menos atención a las noticias que llegaban de Roma y El Cairo a favor de las historias procedentes de las capitales de los reinos pequeños, burgos ignorantes como París y Londres.

Inglaterra, pese a sus incontables defectos, parecía una buena opción. Por supuesto, aquel país no era nada comparado con su tierra natal, sin embargo su hogar no era seguro y en Inglaterra podría encontrar cobijo. Por lo general, a los bárbaros no les hacían gracia las almas iluminadas, sin embargo parecía que entre ellos se contaban algunos auténticos genios y que los señores comprendían la sabiduría y la conveniencia del mecenazgo. Si pudiera reunir el valor suficiente para componer el número exigido de odas obligatorias a la destreza de algún señor en cualquier cometido que dicho señor estimara importante, Yusuf podría disfrutar de una considerable libertad de acción para conseguir sus propios objetivos.

Tales fueron sus cavilaciones durante aquella noche santa. No es que a Yusuf le importaran mucho las celebraciones cristianas (o, en realidad, al Padre de la Oscuridad), pero al menos tres o cuatro de cada diez vampiros de aquel entonces consideraban que de una manera u otra tenían algo que ver con la fe cristiana. El clima de dedicación exhaustiva a la pureza de y a través de la oscuridad era más intenso de lo normal aquella noche, puesto que la meditación y los rituales flotaban en el aire. Los pocos escoltas humanos de la caravana que acababa de llegar eran muy conscientes de su perdición inminente, de modo que se limitaron a esperar a que los demonios que los rodeaban se despojaron de su disfraz de humanos para desgarrarlos con la primera embestida de sufrimiento eterno.

Yusuf acababa de explicarlo que opinaba sobre el miedo de aquellas personas cuando, para su gran sorpresa, se hizo realidad. Gratiano, el chiquillo menor del Antediluviano e insufrible bastardo de

un tirano insignificante, estaba en lo alto de la escalera del salón principal gritando «¡Ahora!». La mitad de los vampiros allí presentes empezaron a quemar sangre para ganar energía: algunos cambiaron a forma de sombra y otros se limitaron a ganar fuerza y velocidad. Los que habían aprendido las artes Tzimisce de la autotransformación las pusieron en práctica. Entonces, todos a una, se abalanzaron no sobre los desdichados conductores de la caravana sino sobre los vampiros que no respondieron a la orden de Gratiano. Yusuf se quedó estupefacto cuando vio que la «revolución anarquista» de la que tanto había oído hablar a los pobres viajeros había llegado hasta el propio asiento del trono del Antediluviano.

Yusuf no tardó mucho en decidir qué hacer. Cuando los ávidos anarcos (¿Se contaban Assamitas, además de Lasombra, entre los conductores de la caravana?) lo vieron y empezaron a cargar, él gritó «¡Sí, ahora!» y enseguida atacaron al viejo amanuense al que había estado hablando. Yusuf no tenía nada contra él después de haber disfrutado a menudo de las historias del otro sobre la vida en la corte de los últimos faraones. De hecho, en principio Yusuf no tenía intención de diabolizarlo, sino solo de debilitarlo convenciéndolo para después escapar cuando los anarcos ya no le prestaran atención. Pero la sangre tenía necesidades propias, de forma que una vez que había empezado resultaba tan fácil continuar como abandonar. Después fue todavía mucho más sencillo, por lo que haber parado hubiera sido inconcebible. El subidón de poder fue su propia justificación. El ibérico miró a los anarcos con una sonrisa sangrienta y en respuesta recibió saludos y gritos de júbilo. Los merodeadores desviaron su atención a otros asuntos.

El resto de la noche transcurrió en medio de una sangrienta neblina para Yusuf. Los fragmentos de los recuerdos del escribano siguieron importunándolo, por lo que el poeta pasó de tener una clara visión del entorno que lo rodeaba a encadenarse en complejas cadenas asociativas en las que tenían cabida cultos misteriosos y paisajes de estepas. Era muy entretenido; Yusuf deseó no haber protagonizado aquella hazaña, pero estaba claro que ya no había forma de devolver toda aquella sangre a sus dueños. También podía seguir adelante para asegurarse su posición. En algún momento, tomó parte en una especie de brigada vampírica de escalerilla cuyo objetivo era pasar atacantes por las murallas de dos alturas para que pudieran entrar en las cámaras enrejadas contra la entrada interior. En otra ocasión vio a Gratiano salir de la cripta del Antediluviano rebosante de

vitalidad arrebatada. Nunca fue capaz de reconstruir los hechos con coherencia; solo sabía que cuando aquella mañana se fue a dormir ya no cabía duda de que el mundo había cambiado de manera irrevocable.

Viernes, 14 de julio de 2000, 1:39 a.m.
Aeropuerto Internacional Roberts, Monrovia, Liberia

—A su debido tiempo me dirigí al norte, hacia Inglaterra, como recordarás —le dijo Yusuf a Lucita—. Recuerdo la ironía de todo aquello: la misma noche que Gratiano acabó con el Padre de la Oscuridad, Ricardo II asesinó a los cabecillas de una rebelión que los campesinos habían organizado en su contra... contribuyendo indirectamente a la creación de ambas sectas Cainitas, puesto que aquella fue la noche en que Patricia de Bollingbroke fue arrestada junto con otros y en que conocería a su futuro sire. —Miró a su alrededor y no encontró más que una incompreensión absoluta en el rostro de los otros—. No importa, ya habrá tiempo más adelante para las clases de historia. ¿Responde esto a lo que creías tan importante como para venir a interrumpir mi sosegada y humilde rutina?

Lucita habló con toda la calma que pudo reunir.

—¿Qué año has dicho que era?

—Corría el 1381 en el calendario cristiano. Como ya he dicho, fue el año de la revolución campesina de Inglaterra, el año en que Carlos murió en Francia. Conservo unos recuerdos muy claros de aquello, o eso creo.

—Entonces, si te dijera que otro superviviente afirma que aquel era el año 1420 y que lo recuerda con igual nitidez, ¿qué pensarías?

Yusuf meditó unos instantes. Su mente estaba cerrada para Lucita; había algo que escapaba a su comprensión.

—Bien, si él o ella prefiere medir el tiempo según el calendario del Islam yo no tengo nada que objetar.

—Pero si el superviviente asociase la revolución con hechos que acontecieron mucho más tarde que los que tú has recordado, ¿qué me dirías?

—No le veo ningún sentido a este interrogatorio. —Yusuf

empezaba a irritarse.

–Por favor, Yusuf, estamos atravesando un terreno muy pantanoso.

–Muy bien. Sí, por supuesto esperarí­a que la otra versión coincidiera con la mía en los puntos clave. Todo aquello se nos quedó grabado a fuego en la mente. ¿De verdad esperabas que se nos llegarí­a a olvidar con el tiempo?

–No, claro que no. –Lucita le contó la historia que Gratiano le había contado a ella, describiendo el contexto con la misma claridad que Yusuf, solo que sin que coincidieran en ningún punto.

–Bien, nos equivocamos en algunos detalles, pero es comprensible. La diablerie juega esas malas pasadas, ya sabes. O no, no creo que lo sepas por experiencia. Pero como puedes ver su versión concuerda en lo sustancial con la mía. Espero que esto acabe con cualquier duda corrosiva que pudierais tener.

–Gracias, de verdad, Yusuf. –Lucita poco a poco fue desviando la conversación de la noche de diablerie hacia las experiencias posteriores de Yusuf. Habló de que quince años después lo llevaron ante una Corte de Sangre normanda y que lo sometieron a un interrogatorio muy bien planificado. Los jueces lo declararon culpable de practicar diablerie sin permiso, aunque de todos modos no le aplicaron ningún castigo.

El recuerdo hizo sonreír a Yusuf a medida que lo iba contando.

–Dijeron que fue la opinión de los Amigos de la Noche lo que aquella noche sirvió como prueba general para medir la capacidad del clan. Pero no fue así exactamente; cuando la familia Darwin dejó su impronta con la teoría de la evolución, los vocablos de la selección natural pasaron a formar parte de mi vocabulario. Quizá entonces decían «mérito»... no, espera, ya me acuerdo. Sí. *«Nuestro honorable primo de sangre, Gratiano de Veronese, ha puesto a prueba el valor del linaje Lasombra y demostrado con sus acciones quién posee las verdaderas marcas para ser elegidos como dignos herederos de Caín»*. Las cosas eran así en los tiempos en que los vampiros se expresaban aún en términos teológicos y sin ironía.

»A todos los que participamos en la sublevación de Gratiano nos iban a elogiar como agentes del desafío, aunque oficialmente no nos habían autorizado a ello antes de los actos. Me advirtieron, déjame pensar, ¿cómo dijeron? *«Esta Corte ordena al acusado que no debe tomarse la exculpación como un permiso para repetir actos similares en el futuro y que debe mantener sus vínculos fraternales de*

camaradería y obediencia como siempre ha hecho».

»Entonces cuando salí yo vi que estaban metiendo a rastras a un barón holandés que también había estado en el castillo.

Andrew miró a Rosa y soltó una gran carcajada, disculpándose rápidamente por la interrupción.

–No hace mucho discutí sobre la ética de la rebelión con ella, que me recitó el pareado que dice cómo la traición nunca lleva a nada.

Yusuf asintió.

–Cierto, sir John lo explicó muy bien. Siempre pienso que si consiguiera organizar una sublevación y acabar con Gratiano, los Amigos declararían que yo habría hecho algo sabio y noble, pero que si fracasara no sería más que un gusano para todo el mundo. En algunos aspectos, somos una familia muy práctica.

–Entonces, ¿esconderse aquí resulta práctico? –preguntó Conrad. Al igual que hizo cuando le plantó cara a Lucita, adoptó la actitud más retórica que pudo.

–Depende del punto de vista de cada uno –dijo Yusuf mientras esperaba a que se le relajaran los puños–. Si puedes averiguar cuánto tiempo llevo aquí o qué es lo que suelo hacer cuando no estoy siendo insultado por visitantes que se aprovechan de mi hospitalidad o lo que tengo intención de hacer luego, entonces estarás en la posición adecuada para hacerte la lista, sin lugar a dudas. Mientras tanto, pienso que Liberia está muy bien para el trabajo que estoy realizando ahora.

–Por supuesto –dijo Conrad–. He rebasado los límites de tu hospitalidad y debo retractarme. –No se sintió obligada a pensar en una disculpa sincera.

Una vez pasado aquel momento de tensión, la conversación siguió girando alrededor de la gran rebelión y del período posterior. Al final, Yusuf miró el reloj y anunció:

–Debo regresar a mi refugio. Espero haberos sido de ayuda, Lucita, aunque vuestros propósitos no tengan mucho sentido para mí.

Tras un intercambio de reverencias y de adioses Yusuf se fue.

* * *

Cuando la puerta de la cabina se cerró y los soldados cerraban filas al paso de Yusuf, Barry miró al paladín.

–Tengo una pregunta.

–¿Sí? –El paladín parecía estar tranquilo. Aquel encuentro con

Gratiano había sido de lo más inesperado. Llevarse la misma sorpresa por segunda vez fue más desagradable que perturbador.

–No estoy acostumbrado a vérmelas con vampiros tan anteriores al Sabbat. Hasta que capturamos a Lucita, solo había hablado con unos pocos que eran neonatos en la época de la diablerie, o que fueron creados después. De modo que debo preguntar... –vaciló antes de seguir.

–¿Sí? –repitió el paladín.

–¿La antigüedad te hace patético?

–No estoy seguro de entender la pregunta. –El paladín sonrió levemente. Conrad no pudo evitar reírse entre dientes. Lucita parecía confundida.

–Escuché cómo le contabas al cardenal la historia de Gratiano y mi opinión es, sobre todo, que desperdició demasiado tiempo gimoteando. Y esta noche Yusuf se ha portado igual. Lo he pasado muy mal creyendo que alguien que se autocompadeciera tanto pudiera soñar con el regicidio o que fuera capaz de cometerlo si se atrevía a pensaren ello. Si los Sabbat recién creados se me presentaran con esa actitud los pondría a realizar unos cuantos años de prácticas espirituales para después comprobar si eran capaces de salir de un saco de papel. Puesto que hicieron que la diablerie funcionara, debo suponer que algo ha ido pudriendo su voluntad desde entonces, y me pregunto si será eso lo que le ocurre a todos los vampiros, o solo a los Lasombra, cuando envejecen.

–Ah, entiendo. Dime, ¿alguna vez has sometido a alguna víctima a un adiestramiento exhaustivo? –El paladín hizo un gesto leve con una mano; Barry tardó un rato en darse cuenta de que era una imitación de la forma de hipnotizar de Bela Lugosi y de que en realidad el paladín estaba haciendo el tonto.

–Sí, lo he hecho. Todavía no se me da muy bien, pero he tomado clases y he visto cómo lo hacían otros más habilidosos.

–Entonces te habrás fijado en que la víctima casi siempre se queda como a medio acabar. Resulta muy complicado hacer un cambio crucial en una personalidad sin alterar otras partes de manera involuntaria y que algunos de tales cambios afloren poco a poco.

–Sin duda. Pero también sé que con práctica todo eso se va solucionando.

–Muy cierto –dijo el paladín–. Pero... hmm. ¿No eres demasiado joven para recordar la última gran guerra del Sabbat?

–Soy varias décadas posterior.

–Es una pena. Sería mucho más fácil si hubieras vivido los inicios. Basta con decir que a veces los practicantes más avezados optan por dejar que se les vean las cicatrices. Así inspiran miedo en los socios del objetivo, primero porque así saben que hay otros que se acercaron lo bastante para romper la voluntad del objetivo y segundo porque implica que existe un daño todavía por descubrir que permanece en algún lugar debajo de la conciencia.

–Oh. –Barry meditó sobre ello–. ¿Pero qué ganaría el Antediluviano haciendo que fuera fácil faltarle el respeto a esos antiguos?

–Muchas cosas –respondió el paladín de inmediato–. Sin duda, se trata de la excusa perfecta para la venganza. –Como vio que Barry parecía confuso, el paladín se explicó–. Tiendes mucho más a pensar en intentar tu propia diablerie cuando ves a un antiguo de semejante poder y de semejantes fastidiosas debilidades personales, ¿cierto?

–Barry asintió–. Eso podría servir para los intereses del fundador... es decir, si es que este aun existe, cosa que dudo.

–¿De verdad?

–Oh, claro. Habrás pensado *«Pero esa clase de influencia no afecta a un vampiro de una generación más cercana a Caín que la mía»* y, hasta cierto punto, tienes razón. Lo que no tienes en cuenta al dejarte intimidar por los antiguos es que estos son influenciables por las órdenes de vampiros de su misma generación.

–¿Eh?

–La Cuarta, quiero decir. La suya. Las filas de los chiquillos de Lasombra.

Barry se quedó pensando en todo eso. Quería creerlo.

–¿Crees que el fundador ha desaparecido por completo?

–Vamos, –dijo el paladín en un tono un tanto desdeñoso–.

Conoces nuestra historia. ¿Cómo puedes pensar, siquiera por un solo momento, que el fundador permitiría que una diablerie frustrada quedara impune? Nos has oído hablar del comportamiento de Gratiano, has visto a Timofiev y Mysancta reprendiendo a los alborotadores. ¿Crees que el fundador tiene una especie de pozo de tolerancia caritativa que no pudo transmitirles?

–Si te pones así, no.

–Bien. Ya tenemos bastantes problemas como para encima creer que los Antediluvianos van vagando por el mundo como si fueran Judíos Errantes.

Angélica salió de la carlinga.

–Con permiso, estamos listos para el salir.

Lucita la despidió con un gesto de la mano.

–Gracias. Despega inmediatamente rumbo a Marruecos.

–Cuando Angélica salió Lucita dijo en voz baja–. Por favor, paladín, continúa. ¿A qué crees, entonces, que nos enfrentamos?

–A uno de los chiquillos desconocidos del fundador. Alguien que consiguió esconderse durante la sublevación y que después salió a la caza de tantos participantes como le fue posible, sometiéndolos a su influencia con el fin de lavarles el cerebro a base de recuerdos incongruentes y extirpándoles la capacidad de disensión. Como ya he dicho, se está preparando para la venganza, a la espera de que alguien haga una investigación metódica al respecto. Es de suponer que el Cuarto Bellaco, por ponerle un nombre convenientemente melodramático, no pensó que tardaría tanto tiempo.

–Entiendo –dijo Lucita. Al igual que Barry, quería creerlo–. ¿Y el Cuarto Bellaco es además nuestro invocador?

–No estoy seguro, pero no lo creo, al menos no de manera directa.

–«No de manera directa» es una explicación un tanto ambigua, paladín. –Lucita sonreía mientras hablaba, pero la tensión podía cortarse como mantequilla.

–Lo que quiero decir –Barry se asombró de que el paladín pareciera precipitarse por un momento– es que creo que ese invocador se está aprovechando de los conocimientos del Cuarto Bellaco. En algún momento entre la diablerie y el presente, el Cuarto Bellaco feneció. Puede que a manos de su invocador, puede que antes. El que lo llamó encontró el refugio del Cuarto y apiló todo lo que no estuviera fijado con clavos. Quizá también la mayor parte de lo que también estaba clavado. Esto tiene que haber ocurrido hace pocos años. Estamos contemplando los resultados de un curso intensivo sobre las aplicaciones del misticismo Abisal olvidado.

Lucita emitió un breve sonido áspero semejante al de una risa reprimida.

–Todo esto no son más que conjeturas y fantasías, paladín. No sabes apreciar el verdadero alcance de la Yihad. Seiscientos años no son una larga espera cuando se trata de venganza. Quizá el Sabbat te haya vuelto irreflexivo en tus juicios. Sin duda convendría creer que ahora nos encontramos a una fuerza menor, pero aun así todavía tendríamos que entender la cuestión de los recuerdos de Gratiano y de Yusuf. La Cuarta Generación (o la Tercera) estuvo activa aquí y por

tanto aún podría estarlo. La vida y la muerte son cosas ajenas a esas criaturas y me parece que el colmo de la locura es pensar que el responsable de lo que hemos descubierto ha desaparecido solo porque quisiéramos que así fuera. Creo que es mucho más probable que los acólitos del manipulador despertaran a su señor, quien ahora está midiendo la capacidad de sus poderes.

–Comparada con las otras alternativas, --dijo Barry al paladín señalando a Lucita--, tu teoría sería como unas relativas buenas nuevas. ¿Alguna sugerencia sobre cómo proceder ahora?

–Desde luego. --El paladín miró a Andrew--. Ductus, no es un reto a tu autoridad, sino una sugerencia, nada más. --Andrew asintió en respuesta--. Opino que debemos regresar al Castillo de las Sombras. Si tuviéramos que elegir un lugar donde intentar llevar a cabo un gran acto de manipulación o de venganza con la ayuda del legado del propio chiquillo del fundador, ahí es a donde yo iría. En cualquier caso, es el lugar perfecto para intentar cualquier tipo de adivinación.

Lucita volvió a dar su punto de vista.

–En este caso estoy de acuerdo. Me parece bastante probable que cualquier chiquillo del fundador entregado a un gran fin querría llevar sus poderes hasta allí, si le fuera posible. Podemos descartar al menos una posibilidad y quizá hasta descubrir algo que nos sea de utilidad.

Andrew asintió.

–Tiene sentido. Repostaremos en Marruecos y pensaremos en qué más cosas necesitaremos para llegar desde allí; después saldremos hacia Sicilia.

Domingo, 16 de julio de 2000, 12:11 a.m.
Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

Los nueve habían recobrado todas sus fuerzas. Era hora de continuar.

Los primeros sacrificios que siguieron al reencuentro del círculo demandaban una especial atención. Sin duda, en ciertos aspectos la carne y la sangre eran lo mismo. No podían compararse al esplendor de la oscuridad, pues estaban mancilladas por el hedor de la vida y la

luz. Incluso el fundador había estado apresado por el vil armazón de un cuerpo y había tenido que pensar con minuciosidad en cómo liberarse sin desatar las elaboradas defensas levantadas por el Dios Carcelero. Por fortuna el momento había llegado, como el fundador les había anunciado (en forma de fragmentos y visiones, por supuesto) y llegaría también para sus nuevos acólitos. «Pronto», pensaron, «debe ocurrir pronto». Así, tuvieron un cuidado especial en la selección de sacrificios cuya ofrenda debería tener algún valor simbólico, una especie de sermón sobre la carne y sobre el viaje que se emprende desde ahí.

Aquella noche una especie de *danse macabre* aguardaba en el altar del sótano: un potentado (un burócrata de la Unión Europea que habían cogido durante sus vacaciones), un sacerdote (casualmente un ortodoxo del este que viajaba junto a un grupo de estudiosos ecuménicos, aunque sacerdotalmente todos eran iguales), un caballero (un capitán de la milicia provincial), un comerciante (un vendedor de pisco y drogas del puerto más cercano), un estudiante (procedente de Irlanda) y un niño (de la región). Los sustitutos de cada uno esperaban en las celdas que había cerca de allí por si se hacía necesario repetir una parte o la totalidad de la procesión. Todos estaban bastante hambrientos para que el rostro se les volviera huesudo y mostraran una demacración general. Los nueve sondearon a las ofrendas por última vez y quedaron satisfechos.

Los pequeños pegotes de sangre seca empezaron a brillar con la *antiluz* del Abismo incluso antes de que terminaran los primeros cánticos. Qué diferente era esto de aquellos primeros ritos de hacía no tantos años. Ahora el vacío sabía que estaban allí y quería llegar a ellos. El viento empezó a levantarse y las luces a apagarse, a modo de promesa de cómo quedaría todo el mundo cuando el fundador regresara triunfal. La oscuridad emergió para absorber las ofrendas, a las que solo quedó tiempo para liberar sus últimos suspiros y gritos entrecortados antes de que sus desagradables cuerpos desaparecieran y sus almas liberaran para enriquecer al fundador.

Con el debido respeto, el líder habló a la oscuridad.

—Dinos qué hacer ahora.

La cosa que no era una voz resonó en el interior de ellos.

—*Intrusos vienen a iluminar la fortaleza.*

—¿El Castillo de las Sombras? ¿Vienen a iluminar Tu refugio?

—*Intrusos vienen desde arriba para iluminar la fortaleza.*

–¿Podemos detenerlos?
–*La oscuridad se cierne sobre todo.*
–¿Qué deseáis que hagamos con ellos cuando los atrapemos?
¿Serán un sacrificio digno para la gran obra?
–*No sacrificio nada destruir dejar nada.*

–Entendemos y obedecemos.

El viento amainó y la oscuridad volvió a ser otra vez solo la ausencia de luz.

–¿Pero qué tenemos que hacer ahora? –preguntó el miembro más reciente.

–Recuerda los ritmos del castillo –respondió el más antiguo, que esperó a que el noveno asintiera para afirmar—. Los invocaremos en nuestro interior, aquí, como antes. Cuando percibamos alguna alteración los expulsaremos al Abismo.

El segundo se dirigió a una vitrina colgada de la pared de la cámara de los rituales y cogió un juego de dagas de obsidiana mientras el más antiguo seguía con la explicación.

–Antes de nada, prepararemos el ritual de la asamblea y lo suspendaremos. Entonces llamaremos a los ritmos para poder observarlos.

–¿Pero cómo? –quiso saber el noveno—. El castillo se encuentra a ochenta kilómetros o más de aquí. ¿Es que tendremos que ir hasta allí?

–Oh, no. Seguro que recuerdas el dolor que sufriste la primera vez que intentaste atravesar la pared. Ninguno lo hemos olvidado. Y sabemos que la dosis justa de dolor liberará un poco del legado del fundador en lo hondo de nuestras heridas.

El más antiguo cogió la primera de las dagas que le ofreció el segundo y la sostuvo en alto. Las mangas se le resbalaron hasta los hombros y entonces el noveno pudo ver que tenía los antebrazos cubiertos por completo de antiguas y profundas cicatrices, a modo de testamento de esa suerte de heridas enriquecidas mágicamente que si bien podían sanarse no podían llegar nunca a desaparecer del todo.

Aeropuerto de Mohammed V, Casablanca, Marruecos

Lucita jamás lo hubiera admitido ante nadie pero no solo imaginaba que aquí sufrirían retrasos, sino que deseaba que así fuera y daba las gracias cuando se producían. Necesitaba tiempo para pensar en las consecuencias de lo que estaban haciendo.

Al principio había sido fácil: dar con unas determinadas pautas en los detalles de la magia del Abismo que se estaba practicando, localizar al autor y capturarlo o destruirlo. En el pasado se había encargado de muchas misiones del estilo, rastreando a los objetivos basándose en las tendencias que mostraban cuando compraban obras de arte, sus gustos por las conexiones con la sociedad mortal dirigidas a la manipulación financiera o social, los vasos que elegían para alimentarse. Esta vez la situación era mucho más coercitiva pero Lucita supuso que podría encontrar alguna manera de escapar. La partida de caza la tomó solo porque se había distraído muchísimo con aquella conversación... disputa... sermón de Fatima. Un dolor así sería necesariamente extraño en el futuro por la sencilla razón de que muy pocos seres en todo el mundo tenía poder suficiente para afectarla con tanta intensidad. A menos que su sire o su mentor regresaran de entre los muertos, pensó Lucita, sería capaz de mantener la compostura necesaria para derrotar a la manada de caza cuando llegara el momento de enfrentarse de nuevo.

Entonces todo pareció extraño.

Esperó fervientemente, entre los restos despedazados de lo que había sido una sincera fe viviente, que el paladín estuviera en lo cierto, que su enemigo fuera el indigno heredero del conocimiento de uno de los chiquillos de Lasombra. Sin embargo, no podía creerlo. Sus siglos de experiencia como cazadora independiente habían fortalecido su capacidad de evaluar a los objetivos cambiantes, y era por su supuesto juicio profesional por lo que tales objetivos se enfrentaban al poder del Antediluviano de igual a igual o como mucho desde un nivel por debajo. Aunque el paladín tenía razón en que los coetáneos de sangre podían dominarse la voluntad entre ellos, hacía la vista gorda con las delicadas preguntas sobre cuándo podría haber sucedido todo aquello. La idea de que había un Matusalén que había pasado desapercibido a lo largo de los siglos, cambiando las mentes de una en una, no encajaba con lo que sabían hasta ahora. Alguien tendría que haberse dado cuenta... Lucita y los otros no fueron ni mucho menos los primeros en tratar de responder a esa pregunta...

Se levantó un viento frío. No eran en absoluto los primeros en escuchar el testimonio de los veteranos de la gran revolución. Aun así, Lucita jamás había leído nada en las crónicas acerca de semejantes confusiones de acontecimientos. El manipulador también había ejercido su influencia sobre los cronistas. ¿Llegaría a afectar a Lucita? Se supone que con el tiempo sí, si no alcanzan a protegerse lo suficiente.

Caminó meditabunda entre la apelotonada muchedumbre que atestaba el vestíbulo del aeropuerto. La multitud la hacía sentirse incómoda y le pareció que la disciplina de mantenerse constantemente consciente de sí misma y de imponerse ciertos límites era buena para mantener la mente alerta y adecuada para reanalizarse e interpretar la situación en que se encontraba con las ideas claras.

Cuando explicó por qué prefería estar sola en tales circunstancias algunos de los demás empezaron a hacer lo propio. Si quisiera, Lucita *podría* girarse y mirar de frente al paladín, que estaba justo detrás de ella, a la izquierda, junto a la entrada de la calle, o mirar a Rosa, que estaba a la izquierda, dando vueltas en un espacio más o menos despejado junto a los lavabos. Sin embargo, en las proximidades solo estaba ella, un montón (quizá decenas) de marroquíes y algún que otro turista u hombre de negocios que quién sabe de dónde venían.

Entonces se acordó de algo que su sire le dijo una vez (en realidad, no a ella sino a un dignatario que venía de visita desde el Castillo de las Sombras estando ella delante). «*La sangre se enfría*» afirmó el obispo. «*Antes pensaba que la maldición detenía el proceso de la muerte, pero en realidad solo lo retrasa. Sin el reavivante poder del espíritu de Dios que vigorice el alma para que siga cumpliendo su función, la sangre se enfría y nosotros morimos. La esencia se nos evapora. De hecho, he llegado a pensar que el terrible frenesí que algunos de nuestros estudiosos denominan «Wassail» puede ser en realidad un acto de contrición fracasado, el fuego liberado en el interior de un alma que no está preparada para acogerlo*».

Aquella noche la sangre ardía con más rabia de lo usual en las venas de Lucita. Estaba muy convencida de que el Sabbat no era la encarnación del Espíritu Santo. El juicio de Dios resultaba de lo más enigmático, si es que llegaba a ser perceptible siquiera, pero los Sabbat no tenían muchas posibilidades de convertirse en ángeles, pese a los religiosos frenesíes del *Angellus Ater* y demás idiotas tan alienados como engañados. Dios era malicioso y antojadizo, aunque no estúpido precisamente, y había que tener mucha imaginación para

pensar que los resultados de los ritos del Sabbat eran agentes leales del Señor. Así y todo, ellos tenían algo de lo que ella carecía. Desde entonces, en todos los ritos en los que había tomado parte se sintió más consciente de sí misma y del mundo. No es que pudiera haber sobrevivido tanto tiempo sin una valoración minuciosa de su condición, pero... era cálida de un modo que resultaba de lo más extraño en su experiencia.

¿Se trataría todo aquello de un truco? No podía descartar sin más esa posibilidad del mismo modo en que se deshizo del último carterista con un simple y demoledor giro de muñeca (un guardia de seguridad se acercó para ver qué era todo aquel jaleo, se rió de la historia que le contó el hombre y lo echó a patadas de la terminal). ¿Quién podría saber qué ideas se les habrían ocurrido a los taumaturgos del Sabbat en sus años iniciales? Pero no parecía una trampa. Lucita recordó, mientras caminaba y soñaba, cómo se sintió cuando no era más que una profana de la condición vampírica, cómo tanto el horror como el placer cobraban mayor intensidad. Poco a poco aprendió a controlar este último y a dejar el primero para los escasos momentos en que tenía libertad para sentirse repudiada y a salvo.

Se había acostumbrado a llevar una existencia aislada, era parte del juego. Tenía contactos y socios en el negocio, pero mantenía sus secretos alejados de ellos, quienes no le confiaban los suyos a ella. Había tenido a su mentor y a un puñado de compañeros fieles hasta la médula, pero el tiempo se los llevó. Además había visto más que suficiente de lo que les sucedía a los vampiros que se enamoraban más de la cuenta de sus compañeros mortales. Era muy cierto, como rezaba el antiguo dicho, que «con el Abrazo desaparece el amor». Era tan sencillo como que establecer vínculos con algo que no fuera el interés propio no merecía la pena. Y si se intentaba contar con ellos, entonces se corría el riesgo de acabar uno mismo con el objeto de deseo: al fin y al cabo, solo hacía falta un momento de frenesí descontrolado.

Pero la manada de caza era un poco distinta. Eran monstruos, o al menos eran niños que anhelaban convertirse en seres horrendos. Les gustaba abandonarse al frenesí y a lo irracional en lugar de temerlo. Aun así, preferían mantenerse unidos. Lucita se daba cuenta de que Andrew despreciaba a Rosa y viceversa, pese a lo cual se seguían hablando. El Vínculo posibilitaba que se relacionaran sin tanta necesidad de temer una destrucción inminente. Gracias a eso gozaban de la oportunidad de cambiar y crecer. Estaban

espiritualmente vivos, de un modo que desconocían casi todos los vampiros con los que estaba relacionada Lucita... que incluso ella desconocía. Era indudable que el miedo y la rabia por sus pérdidas consumían a Rosa, pero podía seguir adelante e intentar algo nuevo, en tanto Lucita hacía lo propio impedida por la carga que le imponía la Corte de Sangre y no lograba imaginar ningún futuro para ella cuando esto hubiera acabado, aparte de intentar seguir como hasta ahora.

Con ese pensamiento tan nostálgico, detuvo sus zancadas y se apoyó en uno de los desmigajados pilares de cemento que enmarcaban el vestíbulo. La multitud seguía entrando como un torrente, cada cual concentrado en sus propios tejemanejes, y a ella le dio la fuerte impresión de que era una suerte de organismo colmena. En su imaginación, esta horda de moros no se diferenciaba en el fondo de las hordas que combatieron su padre y sus hermanos, ni de sus herederos. Este era el gran enemigo devuelto a la vida, o quizá nunca hubiera muerto, simplemente desplazado por los pares de Isabel y Fernando, presto a descargar un nuevo golpe contra su hogar. Sintió una oleada de afecto por Aragón, aunque tuviera la dolorosa certeza de cuan meticulosamente se había perdido; un ataque allí, ahora, sería equiparable a la picadura repetida de una serpiente sobre una presa ya muerta, como en las historias que gustaba de relatarle Konstantin.

Pensaren Konstantin reavivó su pesar. Quería vengarse de Andrew y de los demás... pero, en realidad, ¿qué sentido tenía? Si lo conseguía y no sobrevivía nadie (ni siquiera ella) para contarla historia, los demás terminarían diciendo, «Ah, sí, es *peligroso contrariar a Lucita*». Pero también dirían, «*Es peligroso ser compañero de alguien así. Te conviertes en objetivo cuando los demás buscan a tu camarada. Lo mejor es dejar que los forasteros se las compongan como mejor puedan*». Si no lo hacía, los demás dirían, «Ah, se está ablandando. Hubo una época en que las afrentas como esa no quedaban sin castigo». Mas, ¿acaso le importaba realmente lo que pensarán los demás? Ahora que sus clientes no podían ayudarla con lo que había sido su gran causa en la no-vida, ¿qué utilidad tenían?

* * *

Los compartimentos que se sucedían a un lado de la sala de espera ofrecían desde platos dudosamente confeccionados con ignotos ingredientes a maltrechos libros antiguos. Cuando Angélica

anunció que los preparativos para el vuelo habían terminado, Andrew entró con su manada para informar a los antiguos, y escogió la puerta más próxima a las cabinas para poder curiosear mientras caminaba.

Contempló las hileras de libros y reparó en algunos autores que le resultaban familiares. En algún momento, otro cliente había descargado una decena de antologías de ensayos sobre temas políticos y artísticos. Andrew se imaginó al vendedor sin problemas, algún estudiante al que empezaba a salirle la barba, o algún experto recaudador de impuestos que había ido a Marruecos a vivir una Experiencia Auténtica y ya se iba, bien fuera reafirmado en su dicha, martirizado por los trastornos intestinales, o ambas cosas. Tenía las lecturas que había traído consigo para buscar la inspiración, pero al cabo de su viaje esta parecía exigua, de modo que decidió venderlas con la esperanza de que algún joven oriundo llegara a leerlas algún día y diera sus primeros pasos hacia la iluminación. Andrew estaba familiarizado con esa especie; había oído relatos sobre gente así en vida, en los cafés de Los Angeles.

Fue entonces cuando una sucesión de palabras le llamó la atención. Se detuvo en seco, volvió a mirar y profirió una carcajada.

—¡Hostia puta! —consiguió exclamar antes de volver a soltar la risa.

Los demás se arracimaron a su alrededor, intimidando al propietario de la cabina, que se cobijó en un rincón apartado. Andrew dio una palmada a uno de los volúmenes, pero era incapaz de recuperar la coherencia necesaria para explicarse. Por fin, Simon Peter se arrimó lo suficiente para coger el libro y examinar su portada.

Había chillones caracteres rojos sobre un fondo de puro azul, lo que impedía que la vista se fijara en ambos a la vez y que las letras parecieran saltar y oscilar. MATAR A LEVIATÓN, era el título. Alguien había tachado la «O» y había escrito una «A» con un lápiz de color rojo. Debajo de eso continuaba el texto, NUEVAS PERSPECTIVAS EN EL ARTE COMO MUERTE DE LA MONO-CONCIENCIA Y EL FANATISMO. Una lista de autores trazaba una espiral en torno a los bordes de la portada: Adam Parfrey, R.U. Sirius, Misha. Mike Gunderloy, Tom Digby y allí, contra el lomo, Andrew Emory.

Simon Peter sostuvo el libro en alto.

—¿No serás tú?

—Oh, sí —dijo Andrew—. Me pregunto cómo diablos habrá acabado un ejemplar precisamente *aquí*. Había un total de trescientas cincuenta copias, creo, y se vendieron casi todas en tres librerías de

L.A. Me pregunto si debería comprar esta, aunque solo sea para atravesarla con una estaca.

–¿Se te daba bien? –preguntó Barry.

–¡Joder, no! –Andrew volvió a reírse–. Mira, era 1986 y acababan de dejarme paralizado..., gracias a Conrad, como se descubrió más tarde, pero esa es otra historia..., y yo era el clásico punk metido en el ambiente post-punkzine. El tío que hizo la antología me incluyó porque quería meterse en mi cama. Ah, y para poder incluir un «prometedor nuevo talento» además de las «grandes voces de la cultura alternativa». ¡Pues claro que no está bien!

–Entonces opino que deberíamos comprarlo –dijo inmediatamente Simon Peter. Andrew intentó arrebatarse el libro, pero Simon Peter se las apañó para impedirse. El vendedor no hablaba inglés, al parecer, pero indicó por señas una considerable cantidad de dirhams marroquíes. Simon Peter pagó y el vendedor sonrió, aunque seguía manteniéndose alejado del grupo de vampiros.

Barry lanzó a Andrew su mejor mirada de avidez.

–Ductus, como líder espiritual de esta congregación, te imploro que mantengas la compostura. El destino nos ha dado una rara oportunidad de volver a examinar la existencia anterior de nuestro líder temporal y de que él disfrute de numerosas oportunidades de practicar su disciplina de comedimiento espiritual frente a la adversidad. Estoy seguro de que te das cuenta de lo inapropiada que resulta la frivolidad en estos momentos.

Andrew acababa de apañárselas para contener la risa, pero esta se le empezó a escapar de nuevo.

–Barry, pagarás por esto.

–Demasiado tarde –dijo Barry, sintiendo flaquear su determinación–. Además, el que tiene el dinero es Simon Peter.

–Dicho lo cual, la manada se encaminó en masa a la planta principal de la sala de espera.

* * *

Fue cuestión de suerte, la verdad, que nadie reparara en la reunión. Conrad y el paladín no dejaban de deambular mientras Lucita permanecía quieta. Aquel sitio les inspiraba a los dos una tenue sensación de incomodidad. En un momento dado, Conrad se detuvo el tiempo necesario para preguntar:

–¿Es cosa mía, o se mueven las sombras? –Tras un prolongado

escrutinio, decidieron que no estaban seguros. Cuando sus respectivos caminos se cruzaban, intercambiaban especulaciones: un monstruo del Abismo que se acercaba, un Lasombra local con sus propias ambiciones, un aliado de Lucita. Al final se quedaron en las mismas, pero no bajaron la guardia.

Su atención se concentraba principalmente en los rincones oscuros de la terminal y en las sombras del exterior, aunque de vez en cuando echaban un vistazo a Lucita. Conrad estaba observando cuando un hombre alto y negro salió de detrás de una esquina, cruzó unas palabras con Lucita y empezó a llevársela por donde él había venido. Conrad llamó la atención del paladín y señaló con el dedo. El otro se giró en redondo y se abalanzó sobre la multitud, abriéndose paso a empujones. Conrad corría pisándole los talones. Cuando llegaron a la columna y la esquina, no quedaba ni rastro de Lucita ni del desconocido.

–Mierda –dijo el paladín. Era la primera vez que Conrad escuchaba una obscenidad escupida por esa boca tan elegante y se sobresaltó.

–Así que teníamos razón –dijo ella–. Por los seis infiernos y las siete condenas. No pueden andar muy lejos.

El paladín parecía desolado.

–¿Sabes quién era ese?

–No, no lo sé. Por eso albergo esperanzas. Conozco a casi todos los Lasombra africanos importantes. Cualquiera que sea capaz de adentrarse en las sombras y yo no sepa quién es habrá adquirido ese talento recientemente, y eso implica juventud, diablerie, o las dos cosas. En cualquier caso, tanto mejor para nosotros.

–No sabes quién era ese.

–No, no lo sé. ¿Intentas decirme que hay lagunas en el conocimiento de mi propia gente?

–Sí. –El paladín parecía al borde del llanto, y Conrad encontraba la situación sumamente desalentadora. La llegada de la manada de Andrew, todos ellos riendo como chiquillos, no fue de gran ayuda–. Cuando realizamos los grandes ritos en la ciudad de México, a menudo exhibimos retratos de las principales personalidades del clan.

–Ya –se impacientó Conrad–. Ve al grano... –Empezaba a comprender.

–A un lado –prosiguió el paladín, sin renunciar al tono irritado de su relato– hay una galería aparte de necios y enemigos. Y el primero de todos ellos después del fundador en persona es...

–Montano –susurró Conrad. El chiquillo más antiguo del Antediluviano Lasombra, del que no se sabía nada desde hacía más de un siglo, críptico aún para los estándares de un clan tan críptico como el suyo.

–Sí –concluyó con aspereza el paladín.

Andrew y los demás parecían patidifusos.

–Entonces, ¿qué se nos ha pasado por alto?

_____ 54 _____

Lunes, 17 de julio de 2000, 11:59 p.m. (10:59 p.m. hora de Casablanca)

Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

El noveno jamás había experimentado semejante dolor. La luz del día lo había atrapado en dos ocasiones antes de su experiencia con la jaula del tejado, una vez cuando un satanista humano invadió su refugio en busca de «material demoníaco» y otra cuando un terremoto derribó el edificio donde moraba por aquel entonces. También había ardido en dos ocasiones, en sendos accidentes de laboratorio. Por eso entendía perfectamente hasta qué punto podía sufrir un vampiro.

Esto era peor. Mucho peor.

No era solo la duración, aunque importaba el hecho de que el dolor fuese incesante. Los venenos con los que estaban tratadas estas dagas provocaban efectos psicológicos además de físicos. Le volvían espeluznante y miserablemente consciente de las trazas de humanidad que perduraban en él, y las hacía dolorosas. Tampoco estaba del todo seguro de que todo ese tormento fuera conceptual; los dolores que martilleaban en su cabeza eran tremendamente tangibles, y no le hubiera sorprendido descubrir que los venenos habían inflamado cúmulos nerviosos específicos donde residían esos recuerdos. Sabía que los dolores del resto de su cuerpo eran físicos además de mentales. Los charcos de sangre fresca, los que seguían convirtiéndose en vitae vampírica, se habían tornado cáusticos, y ardían en diversos lugares a través de los capilares para rezumar por toda su piel.

Los cortes reales que había practicado palpitaban más dolorosamente aún. Podía sentir el ritmo casi olvidado de su pulso en

las heridas, aparentemente no tan olvidado como había supuesto su cuerpo. Chocaba con el creciente son de las sombras del castillo. La tensión generaba espasmos en todas las partes de su cuerpo. Pronto sería incapaz de levantarse; se revolvió impotente en el suelo y no le supuso ningún consuelo ver que los demás integrantes del círculo estaban corriendo la misma suerte. Consiguieron recuperar el control e incorporarse, mientras él seguía retorciéndose.

Una nueva conciencia surgió en el seno de su agonía. Podía ver el reverso tenebroso de su ser como algo más perfiladamente distinto de la humanidad que le restaba, y supo cómo podría purgar su mente y su cuerpo para absorber más de la fuerza pura de sus mayores dentro del círculo. Mientras perseguía esta nueva apreciación del yo, sus ojos se esculpieron solos en órganos que no precisaban retinas físicas. (Los tejidos ópticos seguían en su sitio, si bien algo avellanados. El tirón de los músculos ópticos sobretensionados no fue más que un dolor añadido a su tortuosa sinfonía.) La oscuridad se trocó en luz para él y la iluminación física dejó de tener sentido. La oscuridad se cernió sobre lo que había sido luz.

Comprendía los principios mágicos de esta transformación y sabía que algunos vampiros la experimentaban de forma constante. Pero ahora no era una simple anotación curiosa en el diario de alguien. Era una... revelación.

Una parte de la oscuridad seguía siendo opaca. Las sombras bajo el mando específico de los demás celebrantes lucían una pátina metálica, bruñida y suave, que repelía la luz dentro de la oscuridad que llenaba ahora los ojos del recién llegado. El círculo de invocación palpitaba con ritmos disonantes, que recordaban parcialmente al castillo, y el noveno vio que se extendían hacia el suelo y el Abismo. Todo lo demás era tan diáfano y cristalino a su vista como si se hubiera montado directamente frente alas luces más potentes que pudieran existir y rodeado de un aire absolutamente libre de polvo y otros contaminantes, como si existiera en el mismísimo vacío. La distancia no provocaba atenuación. Desde su posición, lo veía todo.

Hubo de reprimir el impulso de decir algo tremendamente banal, como, «¡Qué maravilla!» o «¡Puedo ver!». Sabía que los demás lo juzgarían según la calidad de su respuesta.

–La oscuridad se ha abierto ante mí, y estoy preparado --dijo. Los demás asintieron con aprobación.

–Mira --señaló el más antiguo. El noveno vio, a través de las piedras y el mortero de las paredes del castillo, el cielo sobre sus

cabezas. Las estrellas eran obscenidades trémulas que contaminaban el firmamento con sus débiles pero ofensivos intentos por arrojar luz. Podría perderse en el escrutinio de ese vacío, la existencia material más cercana podría sumirlo en el Abismo, comprendió, y se obligó a disminuir su atención.

Allí estaba el Castillo de las Sombras, detrás del horizonte, refulgiendo con la misma cualidad metálica que las sombras de los invocadores, solo que más potente. Reflejaba la luz estelar a través de la tierra que había de por medio, desbaratando con desdén los intentos de la naturaleza por generar luz. Las sombras que moraban en el castillo llegaban mucho más arriba de lo que había supuesto el noveno cuando estuvo allí; ascendían en espiral hasta el cielo y volvían a caer como lava negra vomitada por un volcán en activo. El noveno comprendía ahora cómo eran capaces de presentir a los intrusos. Cada vez que un aeroplano mortal sobrevolaba el castillo, cada vez que un coche circulaba al filo de la gran espiral de sombras, el sistema entero tremolaba por un instante.

No era preciso un escrutinio exhaustivo para extraer información de los temblores resultantes. La mortalidad generaba espasmos semejantes a los que habían arrojado al suelo al noveno. Supuso que la naturaleza vampírica debía de crear distorsiones igualmente perceptibles. Y cuando se desarrollaran las anomalías correctas, sus hermanos y él podrían abalanzarse sobre el infractor para eliminarlo del mundo.

–Puedo ver –susurró para sí con voz queda, y si los demás lo escucharon, toleraron su momento de flaqueza.

_____ 55 _____

Lunes, 17 de julio de 2000, 11:13 p.m.
Monte Atlas, 80 kilómetros al sudeste de Casablanca,
Marruecos

–Lucita –repitió Montano. Esta vez no estaba el bullicio del aeropuerto para competir por su atención, tan solo los quedos sonidos de las pequeñas criaturas que habitaban en este abrupto valle montañoso.

–Montano. –Lucita hizo todo lo posible por mantener la compostura—. Cuánto tiempo. Supongo que no se trata de una simple

visita de cortesía.

–Lucita, tienes que olvidarte de lo que estás haciendo. Seguir adelante solo te conducirá a tu destrucción, y tu presencia será necesaria en noches venideras. Deja que perezcan los demás al antojo de sus amos, pero tú tienes el deber de no extinguirte en estos momentos.

Lucita estaba acostumbrada a ser el individuo menos humano de cualquier reunión, tras pasar tanto tiempo agudizando sus habilidades vampíricas para el sigilo y la acción que los tics comunes de la vida no repercutían en su conducta a menos que ella quisiera. Las recientes emociones habían debilitado esa determinación, y la proximidad al devoto Sabbath le había recordado que los vampiros mucho más jóvenes que ella también podían despojarse a conciencia de su humanidad. Pero ni su experiencia ni la de la manada de caza y sus aliados eran comparables al modo en que se conducía Montano. Era como una estatua dotada de conciencia. Ni uno solo de sus músculos se movía a menos que fuera preciso para realizar una operación concreta, tras lo que volvía a petrificarse. Cuando se movían sus ojos no se movía nada más, ni siquiera los pequeños músculos alrededor de las cuencas. Era un espectáculo profundamente desconcertante, un espectáculo cuyos detalles ella había olvidado a lo largo de los siglos transcurridos desde su última conversación.

Empero, quería responderle, y consiguió hacerlo con un trémolo que ningún oído humano hubiera podido detectar. *Él* sí, naturalmente, aunque cómo podría interpretarlo era algo que ella ignoraba.

–¿Recuerdas el consejo que me diste la última vez que nos vimos?

–Creo que sí.

–Permite que te refresque la memoria, por si acaso. Uno de mis aliados entre los Hijos de Haqim vino a mí y me dijo, *«Lucita, mi sire ha sugerido que el chiquillo más joven de nuestro fundador está contratando asesinos y espías entre la peor ralea de nuestro linaje. Lo hace con el beneplácito de nuestros antiguos, pero temo sus intenciones. No es un hombre honorable, y alardea en demasía del poder que es ahora suyo y del que poseerá en un futuro. Quizá debas hablar con quienes sepan lo que es el honor entre tus mayores y prevenirlos, para que investiguen»*.

»Así que acudí a ti –continuó, acusándolo con el dedo–. Me escuchaste y luego partiste, y cuando regresaste tres meses después, me dijiste que no había nada que temer, que todo estaba en orden, y

por encima de todo que la horda anarquista jamás..., jamás podría, creo que fueron tus palabras..., *amenazar seriamente los intereses del clan ni a los Amigos de la Noche*. Y aun así, pocos años después...

–Eso fue entonces y esto es ahora –dijo Montano. Si sentía algún pudor o vergüenza por el recuerdo de la gran revuelta, no lo dejó transpirar–. Fuiste desobediente. Si no te hubieras negado a desempeñar el papel que se te había asignado en la Yihad, no habrías estado en posición de recibir una información que no estaba destinada a tus oídos. Pero ese error no tiene nada que ver con esto.

–¿Error? –Lucita alzó la voz–. ¿Acaso algo de esto es *error* mío? ¿Tendría que haberme sometido a mi sire, como una niña buena? ¿Erré al insistir en mi decisión y partir en pos de mi propio destino? ¡Tú cometiste el *error*! ¡Podrías haber detenido a Gratiano si me hubieras escuchado!

–Hablas de decidir. ¿Qué te hace pensar que ninguno de nosotros tiene capacidad para escoger su independencia?

Lucita interrumpió su perorata.

–Sé lo que significaría eso en boca del Sabbat. ¿Qué significa en la tuya?

Montano dio los pasos necesarios para coronar la cima de la montaña y se recortó silueteado contra el firmamento nocturno.

–Significa lo que he dicho. Tus años de rebelión deben de haberte embotado el sentido. Ninguno de nosotros puede escoger su independencia. No nos hacemos vampiros por decisión propia, y nunca somos tan fuertes como nuestros sires. Gratiano se jacta de fuerte, pero si pudiera hacer lo que hizo su fundador lo haría, y no lo hace. Siempre hay un sire que nos dirige, y un sire que le dirige a él, y así hasta llegar a Caín. No hay «destino» que puedas elegir, más que el que te concedan tus superiores.

–¿Esperas que crea que mi sire quería que yo actuara como lo hice? –Remontó la cuesta hasta situarse junto a él y mirarlo desde la misma altura. No la ayudó a sentirse menos abrumada, pero al menos era algo.

–Puede que no. Pero claro, tu sire no tenía más capacidad de elección de la que tenías o tienes tú. También él tenía sus superiores. Si yo hubiera querido, te podría haber sustraído de su control para convertirte en mi peón, y él jamás hubiera sospechado a menos que yo se lo hubiese permitido.

Lucita no estaba segura de querer formular la pregunta que se le ocurrió en ese momento. Afloró a sus labios y volvió a sumergirse.

Montano la observó impasible, aguardando su reacción. Por un delirante momento ella se lo imaginó esperando allí mismo hasta que volviera la era glacial y la luna cayera del cielo... pero eso no era más que su temor, distrayéndola de la tarea más inmediata.

–¿Lo hiciste?

–¿Por qué me lo preguntas?

–Porque quiero saberlo.

–Escuchar mi respuesta no hará eso posible. Si te dijera la verdad, ¿cómo la verificarías? Si te mintiera, ¿cómo te darías cuenta? No puedes obligarme a responder y careces del poder que te permitiría rastrear el mundo en busca de pistas relacionadas con mi sinceridad o mi mendacidad. ¿Crees que el peón del tablero de ajedrez sabe que no se mueve solo, o quién lo mueve?

Lucita perdió los estribos y la rabia se impuso al miedo, al menos por un instante.

–¡No soy un peón!

–No sabía –dijo él, con la misma calma inhumana de siempre-- que tu sire hubiera engendrado una necia.

–¿A qué te refieres?

–Te consideras inteligente. Averígualo tú sola. Explícame qué piensas que te he dicho.

Lucita se apartó de él entonces, buscando de manera inconsciente una posición elevada desde la que reafirmar su postura.

–Crees que todos tenemos que ser peones obligatoriamente...

–No.

–¿No?

–Sé que todos tenemos que ser peones obligatoriamente. Te niegas a verlo porque es una verdad inquietante, pero eres incapaz de encontrar la lógica o las pruebas que la refuten. La misma naturaleza de la relación entre un sire y sus chiquillos garantiza que todos seamos inferiores a alguien, y cada generación es inferior a la que la antecedió. --Se acercó, eliminando la ventaja psicológica que proporcionaba a Lucita la distancia recién interpuesta entre ambos--. Acatas este hecho constantemente, cuando te conviene saber que, por ejemplo, los vampiros más débiles no pueden arrebatarte tu voluntad. Simplemente te niegas a contemplar las implicaciones.

–Supongamos que admito que tienes razón. ¿Qué diferencia supone eso para mí, si nunca sabré cuáles son mis órdenes ni quién las da? --Lucita intentaba mantener una especie de confianza altanera, sin conseguirlo. Las palabras de Montano entrañaban demasiada

plausibilidad. A fin de cuentas, ¿no era su supervivencia llegados a ese punto una cuestión irremediablemente improbable? Primero la protección del sire que había pasado tanto tiempo intentando socavar, luego las coincidencias que habían culminado con su captura, y con el sorprendente veredicto de la Corte de Sangre... sería muy sencillo achacar todo esto al resultado de las intervenciones de una mente maestra invisible—. ¿Eres tú el que mueve mis hilos?

Montano no meneó la cabeza. No movió nada, salvo los ojos y los labios.

—No. Aunque te recuerdo que la respuesta no te sirve de nada. No, he venido a recordarte cuál es tu deber, no a contestar este tipo de preguntas.

—Dime, entonces, tú que permitiste que ocurriera la gran revuelta. ¿Cuál crees que es mi deber?

—Hay una gran turbulencia en el Abismo.

—Sería justo decir que ya lo sabía --repuso Lucita. De forma semiinconsciente flexionó los brazos allí donde habían tardado más en sanar sus heridas.

—Está destruyendo todo lo que toca.

—Eso tengo entendido. ¿Te parece necesario decirme también que el sol sale cada mañana y que el agua moja?

—Quizá esto haya sido una equivocación --musitó Montano.

—No me arrepiento --dijo Lucita-- pero dejaré que hables sin interrumpirte de nuevo.

—El Abismo se alza contra nosotros. Uno de nuestro linaje está soltando a los monstruos. Esto ya lo sabes. Cuando llegue el momento en que debas sacrificarte en nombre de tus mayores, también lo sabrás. Este no es ese momento. Por consiguiente, debes sobrevivir, y la única forma de garantizar que lo hagas consiste en retirarte de la lucha por cerrar esas fracturas en el mundo. No sé ni me importa si la destrucción de los demás está señalada en estos momentos; sirven a otros. Pero yo te he visto, y sé que este no es tu destino. Quédate.

—Entonces, ¿qué preferirías que hiciera? --preguntó más acaloradamente Lucita--. Si el Abismo inicia las hostilidades, ¿debo limitarme a adentrarme en el desierto como una aspirante a profeta y esperar que venga a mí la palabra de Dios o Caín?

—¡Sí! --enfaticó él--. Eso es precisamente lo que debes hacer. Estás acostumbrada a la soledad, por lo que esto no te supondrá ningún problema. Habla con tus siervos si lo prefieres, pero mantente alejada de las moradas de los hombres y refúgiate en la naturaleza

hasta que venga la palabra, que vendrá pronto.

–Dicho de otro modo, quieres que me vaya a vivir igual que tú, solo que sin la oportunidad de viajar o intentar que la Camarilla inicie otra cruzada o ninguna de las demás cosas que tú haces de vez en cuando para entretenerte.

–Exactamente. Veo que lo entiendes.

–Lo entiendo. Y lo rechazo.

Si Montano se sorprendió, Lucita no vio nada que lo indicara.

–No puedes. Tienes una responsabilidad.

–¿Vas a obligarme a parar? Los dos sabemos que puedes. Si eres mi señor, o si hablas en su nombre, puedes obligarme a hacer lo que quieras.

–Comprendes, naturalmente --dijo Montano tras una breve pausa-- que jamás sabrás si esta es o no tu verdadera instrucción. Quizá todo cuanto te he dicho te conduzca a la destrucción en vez de apartarte de ella.

–Quizá --convino Lucita--. Y quizá esto sea solo un farol, esperando anticipar mi reacción. Pero yo decido qué hacer, y esta vez decido no retirarme. Sería quedarse cruzado de brazos ante el peligro, ¿no te das cuenta?

–Hablas de abstracciones, mientras que yo hablo de realidades.

Lucita se dio cuenta de que había olvidado cuan extraña era esa mente. Podía dirigirse a ella en un español perfectamente fluido, como hacía ahora, pero en el interior de su cabeza había categorías completamente diferentes. Quizá para él no hubiera realmente ninguna conexión entre no conseguir detener a tiempo a Gratiano y esta situación actual. Pero tanto si eso era así como si no, ella sabía que no podía permitirse el lujo de despreocuparse otra vez.

–La última vez, tus prácticas realidades consiguieron que murieran tu sire y el resto de sus chiquillos. Aquella noche perecieron amigos y colegas míos, y tú te quedaste de brazos cruzados hasta que fue demasiado tarde, y luego huíste para salvar el pellejo. No puedo hacerlo de nuevo. Es mi deber actuar, si así existe alguna posibilidad de impedir una nueva carnicería.

–Entonces te ignoré porque no estabas designada para transmitir esa información. Ahora tú me ignoras a mí por puro egoísmo y orgullo. Las dos circunstancias no tienen nada en común, aparte de tu paraíso soñado donde la Yihad no tiene importancia.

–¿Está despertando el fundador? --preguntó Lucita, sorprendiéndose a sí misma.

–No estás preparada para recibir una respuesta.

–¿Qué significa eso?

–Tu misma negativa a obedecerme demuestra que posees una percepción equivocada de la naturaleza de la identidad. Insistes en pensar en «tú» y «yo» frente a todas las pruebas que demuestran que tu «yo» no es sino una mera extensión de una personalidad y voluntad que ya existían antes y que, con el tiempo, te absorberán de nuevo. Si eres incapaz de entender cómo se relacionan realmente entre sí los vampiros, es que sin duda eres incapaz de entender cómo se relaciona mi sire con el Abismo. Hasta que no abras los ojos, no podrás ver las categorías en las que debe encajar la verdad, por no hablar de cuál de ellas es la correcta en este caso.

–Llévame de vuelta –exigió Lucita.

–No. Debo advertir a otros, que tal vez estén más dispuestos a escucharme que tú. Adiós. No volveremos a vernos. –Dicho lo cual desapareció, convirtiéndose en sombra y disolviéndose.

Puesto que ya no tenía público, no se molestó en suspirar, sino que se limitó a ascender hacia la cúspide del cañón. Harían falta varios saltos, pensó, para viajar por las sombras de regreso al aeropuerto, y antes necesitaba ver dónde se encontraba ahora.

_____ 56 _____

Martes, 18 de julio de 2000, 4:09 a.m.

Aeropuerto de Mohammed V, Casablanca, Marruecos

Organizar un cambio de horario de última hora con el aeropuerto no supuso ningún problema: unos cuantos sobornos en los bolsillos adecuados consiguieron al Challenger una franja de aparcamiento reservada y la opción de despegar más tarde esa misma noche con poco margen de antelación. A partir de ahí ya era cuestión de esperar, y eso resultaba mucho más complicado. Bullían las especulaciones sobre si Montano había secuestrado a Lucita o si, por el contrario, esta se había ido por voluntad propia. No hicieron falta demasiadas cabalas para dilucidar que, en términos prácticos, a esas alturas podían estar en cualquier lugar del planeta, o vagando por el Abismo. Los tenues ecos del alma de Lucita en el Vínculo indicaban que estaba más o menos intacta, pero la estática psíquica circundante imposibilitaba

concretar más. La mera presencia de Montano aplastaba la potencia que era capaz de generar la manada para realizar su examen interno.

De modo que aguardaban y se preocupaban. Tres encargados de equipaje fallecieron cuando el ansia se desató en torno a las dos de la madrugada; Andrew supervisó el descuartizamiento de los cuerpos y el reparto de los distintos trozos en bolsas con destino a vuelos transatlánticos, y se propuso estar atento a las noticias para ver qué reacción suscitaban.

Sin alharaca, Lucita salió de las sombras del interior de la puerta del jet, cubierta de polvo y visiblemente fatigada. Enderezó la espalda y ordenó a Angélica:

–Despega de inmediato. –Una lluvia de preguntas cayó sobre ella mientras recogía la escalerilla y cerraba las puertas, pero prefirió eludirlas por el momento–. Ahora no. Pongámonos en marcha. Sicilia sigue estando ahí fuera y haremos bien en estar listos para la acción lo antes posible mañana por la noche.

Se interrumpió y se quedó contemplando la puerta.

–Será mejor que me auscultéis en busca de indicios de control mental, supongo.

Procuró mantener la calma mientras completaba las tareas de sellado del avión cuando este enfilaba su pista, con relativo éxito. Una vez concluido el examen, se dirigió al asiento que estaba más al fondo del aparato y se sentó sin decir nada para mirar por la ventanilla.

Tras varios minutos infructuosos de intentar captar la atención de Lucita, Andrew optó por una estrategia más directa. Liberó las sombras que reforzaban sus piernas y pegó las extremidades entumecidas a su torso, asegurándolas con un cinturón de sobra que guardaba en el bolsillo exclusivamente con ese propósito. Fue balanceándose de mano en mano agarrado a los salientes que proporcionaba el techo –una lámpara por aquí, un compartimiento de extintor por allí– hasta dejarse caer entre Lucita y su ventana.

–Vas a contarnos lo que te haya dicho y haya hecho. Obtendremos mejores resultados si cooperamos en esto. Creo que te podemos arrancar las respuestas a la fuerza, pero nos costaría bastante, sobre todo a ti.

Lucita lo miró. A Andrew le sorprendió ver los regueros de sangre que le manchaban las mejillas. Lucita, el legendario azote del Sabbat, la clásica asesina despiadada de la era moderna, había estado llorando. Por un momento se acumuló en él una honda compasión, pesar por el tormento que estaba viviendo esta mujer y deseo de

ayudarla. Se maldijo por esa flaqueza, reiterándose en los pilares de su código moral: fuerza, verdad, triunfo. La misericordia era un atributo del mundo caído, una trampa colocada por Dios o sus servidores para mantener a las personas ancladas en la perdición y condenarlas al fracaso. Su relación con Lucita debía basarse en la acción positiva encaminada a conseguir sus objetivos predeterminados, y nada más.

–Habla, prima y desconocida, con la certeza de que la sangre consagrada en el rito nos impele a protegerte mientras resistas y a vengarte cuando caigas.

Lucita miró a su alrededor y pensó en solicitar intimidad, confesarse ante un puñado de elegidos. Enseguida comprendió que su solicitud sería rechazada y que ese hecho la deshonoraría. La intimidad en el seno de la manada no era una opción. Tendría que irse acostumbrando a eso.

–Me llevó al desierto y quiso abandonarme allí. Dice que la misión está abocada al fracaso...

–¿Dijo qué misión es esa? –se entrometió Andrew. La interrupción estaba muy calculada. Por medio del lazo del Vínculo podía percibir cómo batallaba Lucita con un gran dilema, y quería desequilibrarla. Si le daba tiempo para pensar, reafirmaría su antigua identidad sobre el pilar de la costumbre establecida, y eso sería perjudicial para la misión.

–Dijo..., dijo que no se trata del Antediluviano, sino de algo que devoró su alma.

–Buenas noticias, si está en lo cierto. Mejor un pedazo que el conjunto entero. ¿Dijo algo más?

–Las predicciones más apocalípticas que había oído desde la última vez que hablé con Anatole, nada más. Montano tiene una visión de fuego y juicio y quiere que yo renuncie a la caza del invocador para ayudar a vengar al fundador.

–¿Y lo vas a hacer?

–No. –Lucita hizo una pausa–. Ni loca. Obispo Andrew –inclinó la cabeza– apelo a vos como una que ha caminado sola en la noche, y que ahora desea hablar con usted. Quiero unirme a la Espada de Caín. ¿Me aceptaréis?

Un silencio absoluto inundó la cabina. Angélica debía de haber sentido algo también a través de su lazo con Lucita, porque su acostumbrado silbido se redujo hasta desaparecer. A su alrededor el mundo estaba a oscuras: negra noche sobre sus cabezas, con la luna y las estrellas ocultas tras las nubes, negro mar a sus pies. El mundo

esperaba a dar el siguiente paso junto a los pasajeros del avión.

–No lo sé --dijo Andrew, al cabo--. No sé si tengo autoridad suficiente para tomar una decisión en un caso como el tuyo. Dime algo más, y quizá pueda transmitir tu solicitud a mis superiores, junto con mis comentarios y recomendaciones. ¿Por qué deseas unirme ahora al Sabbat, después de oponerte a él..., a nosotros..., durante tanto tiempo?

Lucita quiso mirar por la ventana para no ver las caras de los demás, pero sabía que ese era un impulso cobarde. Se giró para recorrerlos con la mirada de uno en uno.

–Todo empezó con Fatima al-Faqadi. --Hizo una pausa--. Os suena ese nombre, claro.

–Sí, desde luego --dijo el paladín, con su suave voz ahora perceptiblemente áspera--. Nos preciamos de conocer los nombres de nuestros enemigos más peligrosos. Si no hubiera estado ya en lo alto de la lista, sin duda su misión en Madrid la habría aupado.

–Ella fue el motivo de que yo viajara a Arabia Saudita. En otra ocasión os contaré dónde estaba su refugio; de todos modos, ella ya no estará allí. Ella y yo..., discutimos. Pensaba, y así se lo dije, que se había convertido en una fanática, como tantos otros que ambas habíamos visto y destruido en nuestra época, con el cerebro devorado por una fiebre que confundía con Dios. Me respondió algo, no obstante. Me preguntó cómo podía estar segura de que mi aislamiento no era el resultado de una manipulación ignorada. Señaló que, como chiquilla de Monçada, yo podría comandar una fuerza considerable, si quería, y que al escoger actuar en solitario garantizaba que no tuviera una influencia notable, y cuan provechoso resultaba esto para quienes aspiraban a controlar a los Cainitas en general.

La compasión indicó a Andrew que no dijera nada en ese momento, o que emitiera algún ruidito de simpatía. Por consiguiente, para mantener a raya esa perniciosa debilidad, se obligó a soltar una risita.

–Tenía razón, además.

La mente de Lucita apenas si registró la interrupción.

–Me entristeció separarme de una antigua camarada a la que apreciaba, una de las últimas que me quedan en este mundo, y sus palabras me perturbaban y enfurecían. Luego llegasteis vosotros y conseguisteis someterme sin ningún problema.

Barry susurró a Simon Peter.

–Esto es una mierda chungu.

Simon Peter asintió.

–Hay otros motivos, obispo. Ese es el primero. El segundo es nuestro encuentro con Gratiano. Es una criatura insignificante y despreciable, consumida por la envidia pese a su poder, pero eso no significa que sea estúpido. Me dijo lo mismo que Fatima, solo que con menos elegancia. Sonaba casi como si estuviera dispuesto a seguirme, yo solo tenía que ordenárselo. Aunque, naturalmente, no era así –añadió con expresión ausente– al final no seguiría a nadie más que a sí mismo. Pero la pasión con que describía mi desperdicio de oportunidades..., de nuevo, me sentí enfadada y perdida. No dejaba de pensar en eso mientras reservábamos nuestro vuelo, mientras nos abríamos paso a través de esos guardias desventurados, y todo lo demás.

Levantó la cabeza de repente.

–Necesito sangre. Esto es perentorio.

Andrew indicó la cabina del piloto con la cabeza.

–Llámalas.

–¡Angélica! –Lucita alzó tanto la voz que las luces se estremecieron y las ventanillas temblaron ligeramente–. Ven aquí. –La mujer se apresuró a activar el piloto automático y corrió a atender las necesidades de su señora–. Dame tu muñeca. No, espera, primero siéntate, luego dame tu muñeca. Dentro de un momento te sentirás desfallecer.

Angélica estiró obediente su brazo derecho, apoyando el codo en el reposabrazos que separaba su asiento y el de Lucita. Esta lo tomó y, con calma, mordió justo por encima de la muñeca. En los cinco minutos siguientes extrajo sangre suficiente para dejar a Angélica visiblemente pálida y un tanto lánguida. La cálida sangre humana acarició la garganta de Lucita, un potente antídoto contra las pútridas emociones y la demoledora fatiga que la embargaban. Saciada, indicó a la piloto que retomara su puesto.

–Ve con cuidado, y confía en el piloto automático siempre que sea necesario. Más tarde deberás estar descansada y atenta.

Cuando la piloto hubo retomado los mandos, Andrew espetó:

–¿Y el tercer motivo?

–Montano, claro. ¿Qué si no? Por la forma en que hablaba, era tal y como me dijo Fatima, casi exactamente lo mismo que solían decirme los evangelistas del Sabbat durante los primeros años de la revuelta. Si siguiera sus consejos, me convertiría en su herramienta.

Andrew volvió a reírse.

–Por favor, dime que no albergas ninguna ilusión de unirte al Sabbat y hacer lo que te plazca. Los Lealistas pasados de moda no duran tanto, ni siquiera con tu potencial para el liderazgo.

Lucita meneó la cabeza.

–No es eso. Es que..., deja que piense cómo explicarlo.

–Por favor.

–No podía someterme en no-vida de Monçada porque lo consideraría la confirmación de que tenía razón desde el principio, y para mí era..., es..., necesario demostrar que se equivocaba conmigo. Eso ya está arreglado. A menos que algún nigromante consiga encontrar su fantasma, tengo la última palabra, y esa palabra es una de las que forman la frase: «*Tú no me controlas*».

»Durante mucho tiempo creí que podía perseguir mis ambiciones sin hacer caso de las de los demás. Pero cuando el superviviente más antiguo de nuestro clan, el primer diabolista de la era moderna y mi mejor amiga me dicen lo mismo, supongo que debo prestar atención. Terminaré haciendo cosas que ayudarán a otros a conseguir lo que quieren, y mi única elección será dónde depositar mi alianza. Así que, ¿dónde?

Guardó silencio otro momento.

–Antes de comprender todas las ramificaciones de lo que estaba haciendo, me propuse buscar un lugar que pudiera llamar hogar, pues alguno debo tener. Me hubiera gustado que fuese dentro de la Camarilla. Me nombrarían príncipe en alguna parte y no volverían a molestarme. Pero..., están estancados. Todo cuanto hacen está dirigido a permitirles seguir haciendo lo que han hecho hasta ahora. Ya se trate de conspirar en la corte o de salir a cazar piratas a punta de pistola, todo sirve a la misma finalidad de siempre. Eso es lo que menos me interesa, puesto que por definición es contrario a mis ideas. Si me implicara en su causa, acabaría tirándome al sol al poco tiempo, a falta de algo a lo que aspirar aparte de la última noche repetida hasta el infinito.

Aparte de su interés oficial, Andrew encontraba su análisis fascinante. Los desertores de la Camarilla con los que había tratado eran siempre mucho más jóvenes y menos poderosos, y postulaban su disensión en términos de oportunidad personal de ejercer el poder. Parecía que Lucita seguía un derrotero completamente distinto.

No le decepcionó.

–De hecho, debería decir que hay cuatro motivos. El cuarto se encuentra presente en este avión. –Eso sorprendió a todos, para

secreto disfrute de Andrew—. Miraos. Esta cabina se podría convertir en el escenario de una completa carnicería en cuestión de segundos. La mitad de vosotros odia a la otra mitad, hasta el punto de tener deudas de sangre y más allá. La otra mitad persigue objetivos que normalmente deberían conducirles en direcciones diametralmente opuestas. Pero aquí estáis, cooperando con éxito para capturarme y mantenerme a raya. Juntos conseguisteis enfrentaros a lo más parecido a un Antediluviano que tenemos y salisteis indemnes. Seguro que vuestra habilidad colectiva conoce límites, pero creo que todavía no estamos cerca de ellos.

»Aunque no se trata solo de eficacia. Tiene algo que ver con vuestra personalidad. Lo que os distingue realmente es vuestro dinamismo.

Eso los desconcertó. ¿Qué tenía que ver el dinamismo con nada de eso?

—Seguramente no tenéis ni idea de lo extraordinarios que sois, en comparación con otros Cainitas. En Londres conocí a un ambicioso neonato que me explicó que su objetivo era caminar sobre la tierra después de que el sol se apagara, y que haría lo que fuese necesario para conseguirlo. Pero pensaba en derrotar enemigos; el yo que se imaginaba en ese futuro lejano era el yo de esa noche. El mundo podía cambiar, pero él no. Lo mismo se podría aplicar al arconte capitán Kleist, aunque este llevaba una existencia mucho más vigorosa. Puede que las herramientas de su oficio cambiaran, pero él seguiría siendo un digno policía de los mares. Y así con todos.

»Y así conmigo también. Básicamente llevo viviendo igual desde hace más años de los que sumáis todos vosotros juntos. Empecé 1999 igual que empecé 1900, o 1199, tanto da. De no ser por lo que ocurrió en Madrid, seguiría exactamente igual.

»Mientras que vosotros, miraos —señaló a Conrad y al paladín—. Hace cincuenta años estabais haciendo algo completamente distinto. Hace un siglo, también algo diferente. Vuestro obispo —y señaló a Andrew— ha pasado en menos de veinte años de ser el autor de un patético ensayo del qué se reían incluso sus compañeros de manada en el aeropuerto a lo que es ahora, y es evidente que sigue cambiando. Vuestro sacerdote se impone un cambio fundamental debido a una fobia, y al parecer está teniendo éxito. Lo mismo para el resto. Decidí que al final era muy simple: eso es lo que quiero, y creo que el precio que he de pagar es mi sumisión al Sabbat.

»De modo que me someto. —Se retrepó en su asiento y

contempló las luces. Una parte de ella se preguntaba si no sería más sensato cortarse las venas en ese momento. ¿Acaso podría? Quizá el Vínculo se lo impidiera, y lo único que estaba haciendo era recitar un guión que le habían impuesto desde el primer momento que bebió del cáliz ritual. O quizá... no, había concebido el deseo de correr ese riesgo por voluntad propia... si es que lo había concebido realmente. Había vivido rodeada de antiguos con el poder de quebrar su voluntad, y tal vez lo hubieran hecho para luego borrar su recuerdo de la derrota. Pero ese era precisamente el quid de la cuestión, ¿no? Nunca, nunca podría estar completamente segura de que sus decisiones le pertenecían en exclusiva. Solo podía decidir qué decidir y actuar en consecuencia por razones visibles además de por cualquier imperativo invisible que la impulsara.

–El Sabbat no es un programa de auto-ayuda –dijo fríamente Conrad.

Lucita abrió los ojos y se inclinó hacia delante.

–No esperaba que lo fuera.

–Toda esta charla sobre el desarrollo personal suena sospechosamente igual que todas las memeces sin sentido de esta época. Si el Sabbat te acepta, no será para que aprendas ornamentación floral ni las bellas artes del chelo, sino para combatir a todos y todo lo que se interponga en nuestro camino.

–Soy consciente de eso. Más que tú, en cierto modo. Soy plenamente consciente de que solicitar esto ahora me compromete a hacer cosas que en el pasado consideraba indeseables o directamente inmorales. Pero cuando mi código de conducta podría conducirme a la aniquilación, me doy cuenta de que hay algo erróneo en él aunque no sepa ver de qué se trata. El proceso de aprendizaje no será cómodo ni agradable para mí ni mis mentores, pero es claramente necesario, y debo aprender a dominar mis instintos si quiero tener algún futuro.

Andrew la observó con los ojos entrecerrados, sopesando las complejas fluctuaciones de su aura.

–Hablas en serio. –No era una pregunta.

–Claro que hablo en serio.

–Esto no tiene nada de «claro» –repuso él, ahorrándose la risa esta vez–. Todos los años, un número indeterminado de partidarios y vampiros de la Camarilla con aspiraciones menos institucionalizadas intenta entrar en el Sabbat, por motivos que van desde la venganza personal al deseo de acabar con toda la secta. Como individuo que

aúna rencillas tanto personales como colectivas, y un historial de trabajar para el mejor postor en asuntos de política sectaria, *debo* sospechar de ti. Y de hecho no podré aceptar tu solicitud sin un examen para el que carezco de poder. Serás escudriñada, auscultada y escrutada de arriba abajo antes de que mis superiores te reconozcan como par y aliada. Provisionalmente, sí, te concedo la protección de mi manada, pero el préstamo no es ilimitado y te la puedo quitar en cualquier momento. ¿Entendido?

–Entendido.

–En ese caso, descansemos. Mañana nos espera una noche ajetreada.

_____ 57 _____

Miércoles, 19 de julio de 2000, 1:31 a.m.
Sobre el Altopiano Solfifero, Sicilia, Italia

Angelica había sugerido que la manada de caza debería evitar el ser detectada soslayando los aeropuertos más importantes de la isla para aterrizar en una pista más recóndita. Tras repasar los directorios, se decantó por Milazzo, en la costa norte de Sicilia. Había carreteras que comunicaban con el interior, incluida la vecindad del Castillo de las Sombras, y si los vampiros preferían escapar de los atascos, podrían alquilar un helicóptero en Milazzo. La idea sonaba sensata para todos y Lucita encargó a la mujer que se ocupara de los preparativos.

Ahora sobrevolaban tierras altas sulfurosas, zonas repetidamente enterradas en ceniza y ocasionales ríos de lava, retorcidas y plegadas por la actividad tectónica y volcánica. *Si es que fue esa la historia del mundo*, pensó Lucita, *y no otro movimiento de la Yihad*.

Pocas cosas crecían allí abajo. Era un escenario idóneo para refugios recónditos y un puñado de edificios grandiosos, iglesias y castillos subvencionados por los nobles que aspiraban a demostrar su opulencia y piedad llevando la presencia humana al corazón de la desolación. Lucita se sintió incómoda con su análisis del escenario. Siempre que el paisaje se volvía así de simbólico era porque había algún manipulador en acción entre bambalinas, y se resistía a dar credibilidad alguna a Montano y considerarse un simple peón más.

Sintió una simpatía inesperada por Gratiano. Más próximo a la raíz del poder vampírico, debía de haber visto más de cerca a quienes movían los hilos y las fichas de ajedrez. No era de extrañar que criticara su afán de independencia. Aunque ella pudiera escoger ser libre, pese a los ominosos presagios de Montano, Gratiano no, salvo a su drástica manera. *¿Acaso no formaba también eso parte del plan maestro? El letargo no había podido detener a uno de los grandes antiguos... ¿podría la destrucción?*

–No lo veo –dijo Roxana, sacando a Lucita de su ensimismamiento.

–No, es normal –respondió la antigua–. Sabe ocultarse en la distancia. Siempre que nos acercábamos a él surgía de repente, a menos que por algún motivo el fundador quisiera impresionar a los viajeros desde lejos. Doblabas una esquina en el valle y allí estaba, donde antes solo habías visto vagas pilas de rocas o un calvero de árboles secos. No he vuelto desde mi revuelta personal, pero tengo entendido que gran parte de ese camuflaje sigue activo. Hará falta algo más que un milenio para que se disipe el poder.

–Ah. –Roxana volvía a ser consciente de encontrarse al filo de unos asuntos que escapaban a su comprensión–. ¿Puedes localizarlo?

–Lo puedo intentar. No te garantizo que eso te permita ver las señales, pero... –Lucita estaba asomada a la ventana, por lo que se perdió el escalofrío de Roxana–. Sí, allí está. ¿Ves la doble ese en la carretera, bajo la cordillera amarilla?

–Sí.

–Asciende por la vertiente oriental de la cordillera y luego baja hasta un valle que se extiende hacia el norte y el sur.

Roxana aguzó la vista.

–Me parece que ya lo veo. Cuesta enfocar la mirada. ¿Será un defecto de las ventanas?

–No. Es el castillo, que juega con la luz local. No te esfuerces demasiado. El castillo se encuentra en ese valle, pero es inevitable que veas una nube pasajera, o sombras de las cumbres cercanas, o cualquier otra cosa que no te permita fijarte bien. Estamos todo lo cerca que nos puede llevar el helicóptero. –Lucita añadió esto sin necesidad, conforme el valle empezaba a quedarse a sus espaldas.

Sin ningún sonido, todas las luces del mundo se apagaron. La cabina se sumió en la absoluta oscuridad.

Más allá del tiempo y del espacio El Abismo

–Supongo que no se trata de un apagón –comentó Andrew, con indolencia.

–Los apagones no suelen incluir las estrellas, no –dijo Lucita mientras el ruido de los motores daba paso al familiar silbido de los vientos del Abismo–. Me parece que tenemos problemas. –Al atenuarse las luces, cobró conciencia del Vínculo como nuevo marco de referencia. Aunque el emplazamiento físico de cada uno era algo indeterminado, percibía a los demás en términos de la relación entre todos ellos. Podía planear su estrategia sobre la base de esta información. Como los demás vampiros, sus sentidos sombríos le permitían intuir posiciones y relaciones en el Abismo, lo más parecido a ver en un lugar definido por la inexistencia de luz–. Intentaré sacarnos del Abismo.

Nada. Sentía cómo crecía el poder en su interior y cómo empujaba el avión con todo su contenido, pero los muros del mundo se le resistían. Esto no era ninguna sorpresa. Ninguna emboscada decente permitiría que su objetivo se escapara por el mismo camino por el que había entrado. Si esto no era obra de un solo vampiro muy poderoso, es que había toda una cuadrilla cooperando con considerable eficacia además de poder; Lucita ni siquiera podía percibir ya el punto de entrada, y por lo general esos puntos filtraban energía, débil pero susceptible de detección, durante algún tiempo. Sus aliados y ella tendrían que lidiar con lo que viniera a continuación.

Se le ocurrió una idea, y alzó la voz.

–Angélica, ven aquí ahora mismo. Olvídate de los controles, ya nos ocuparemos de ellos cuando salgamos de aquí. Te necesito. –La ghoul acudió sin encender el piloto automático. Completamente ciega, tropezó con los asientos, pero logró mantener la verticalidad–.

Tumbate –le ordenó Lucita. Cuando sintió que la ghoul se ovillaba a sus pies, creó una capa de tinieblas blindadas; enmascararía el olor de Angélica y le proporcionaría cierta protección añadida contra cualquier asalto directo. Sería una pena perder ahora esa inversión de tiempo y esfuerzo.

Algo enorme aterrizó en el techo del avión, y poco después ese mismo techo dejó de existir. No es que se desgajara, sino que directamente se vaporizó. Unas extremidades sombrías entraron en la cabina.

–En parejas –ordenó Lucita, recordando la descripción que le hiciera Andrew del entrenamiento de la manada–. Tirad e ingerid.

Los vampiros formaron parejas, flanqueando cada uno de los tentáculos invasores: Niccolo y Roxana, Conrad y el paladín, Andrew y Simon Peter, Barry y Rosa. Lucita encaró en solitario una de las extremidades.

Cada uno de los dúos ejecutó una sola acción: invirtieron el proceso habitual de extensión de tentáculos de sombra para absorber las tinieblas cercanas más fuertes. La fuerza resultante tensó cada una de las extremidades sombrías, y pronto las desgajó. Lucita tardó un poco más en acabar con la suya, al carecer de la ventaja de la fuerza opuesta, pero también era más poderosa que cualquier otro. Sintió que los muñones desgarrados se retiraban y que una criatura del Abismo herida se alejaba en busca de fragmentos de los que alimentarse.

–Muy bien –dijo Lucita– pero no creo que esto sea todo.

–Me parece que he sentido que la cosa venía de allí. –Simon Peter conjuró una pequeña corriente que apuntaba directamente a la rugiente tormenta que era la presencia del Castillo de las Sombras en el Abismo–. ¿Podemos ir en esa dirección?

–Desde luego –dijo el paladín–. Solo hay que empujar.

–Empujaron, y el avión (lo que quedaba de él) adoptó un nuevo ángulo desde el que encarar su planeo hacia abajo. No tardaron en sentir un viento que les daba de frente, donde alguien mantenía una abertura inusitadamente fuerte hacia el mundo–. Muy astuto –añadió el paladín.

Una voz desagradablemente familiar resonó en la cabeza de Lucita. *Esta no tiene por qué ser tu hora.* Al principio creyó que hablaba para todos ellos, pero nadie más mostró signos de haberla sentido. Luego pensó que sería un recuerdo. Solo después de la tercera o cuarta repetición comprendió que era Montano realmente, en tiempo real (fuera lo que fuese eso en el Abismo). También él estaba aislado del mundo, provocándola o aleccionándola.

Si te importara, chilló mentalmente ella por la conexión que había establecido Montano, *nos ayudarías.*

No se me ha asignado tal cosa, fue la respuesta. *Adiós.* La

conexión se cortó justo cuando llegaba la segunda parte de la emboscada. Nueve fuertes impactos golpearon la parte delantera del avión casi en perfecta sincronía y unas garras oscuras pulverizaron el morro. Si Angélica se hubiera quedado en la cabina, ahora sería poco más que jirones de carne y sangre.

—¡En tríos! —exclamó Andrew—. ¡Aguantad los golpes si es preciso, no dividáis demasiado vuestros esfuerzos! Libraos de alguno y preocupaos luego del resto. —Su manada se dividió en tríos y Lucita encajó en estrecha colaboración con el paladín y Conrad. Una parte de su conciencia permaneció físicamente en su sitio, vigilando a Angélica; el resto se distribuyó por el centro de la cabina.

Gracias a su amplia dispersión pudo sentir una ligera corriente transversal en el viento Abisal. No era una verdadera abertura en el muro del mundo, sino una zona de grosor reducido.

—¡Aquí! —dijo, guiando la conciencia de sus compañeros a la zona cuando la primera de las garras llegaba a la manada de caza—. ¡Empujad aquí!

La manada de caza estaba en aprietos. La translación Abisal de la potencia vampírica les confería un poder considerable, pero sus antagonistas invisibles tenían más. Eran estas criaturas ignotas, forjadas en antiguas pesadillas y terrores nocturnos. El antiguo erudito que había sido Andrew reconoció la esencia de temores de la Edad de Piedra mientras fintaba para evitar que le abrieran el pecho. Todas las sombras que tenía a su mando parecían capaces únicamente de frenar a esas cosas, no detenerlas, y no tenía sentido volver a intentar el truco de la desaparición antes de que cesara el asalto. Lucita escuchó la generación de las primeras heridas cuando las garras penetraron en frágiles brazos y piernas, y supo que sus horas estaban contadas sin algo que equilibrara la balanza de poder.

Lucita y los demás sitios en la parte trasera empujaron con cada ápice de fuerza que les restaba. Aun aquí, en el punto flaco, el muro del mundo era mucho más resistente de lo habitual, y cada fractura que abrían se cerraba enseguida al reptar los lugares más robustos de alrededor en forma de escamas serpentinas. (*Imaginería reptil*, pensó una porción aislada de la conciencia de Lucita. *Quizá eso sea relevante. Recuérdalo.*) Por fin, con un astillamiento definitivo, se abrió un agujero.

**Miércoles, 19 de julio de 2000, 1:49 a.m.
Sobre el Altopiano Solfifero, Sicilia, Italia**

Los restos del aeroplano y sus ocupantes caían en picado desde el firmamento nocturno, reemplazado el viento Abisal por el vendaval de pura aceleración física hacia la velocidad terminal. El contraste, por un momento, supuso un alivio.

Pese al zarandeo provocado por los cambios de dirección al entrar el aparato en barrena y a que sus alerones dañados propiciaban que girara sin control, la manada de caza seguía concentrada en las criaturas Abisales. Sentían cómo se debilitaban las garras. No mucho, pero lo suficiente: una a una pudieron ser apresadas por el componente de alguno de los tríos y destrozada por los otros dos. Cuando los tríos habían acabado con cuatro de este modo, las demás garras asieron el boquete practicado en el morro del avión y cayeron con el aparato, desmintiendo así cualquier hipótesis sobre la conexión en un lugar concreto e inamovible entre el Abismo y el mundo físico. Cuando el trío de veteranos se puso en acción, todo acabó.

Andrew sonrió y levantó los pulgares, con el mundo devorado por el rugido del aire que entraba por el techo y el morro del Challenger. Después se desplomó, incapaz de mantener los tentáculos de sombra que lo sostenían. Brotó sangre de tres grandes tajos que tenía en el pecho y media decena de heridas menores cuando golpeó lo que había sido el suelo. Los demás integrantes de la manada de caza también estaban listos para rendirse, salvo Rosa y Niccolo, que se desplomaron al unísono con su ductus. *(Su primera reacción compartida en mucho tiempo, pensó divertida esa parte escindida de Lucita.)*

Conrad se asomó al morro destrozado del aparato y vio cómo se aproximaba el suelo siciliano. Cruzó la mirada con el paladín, que comprendió sus intenciones y se valió de su potente mente para crear un lazo mental entre los vampiros.

No podemos hacer que este avión remonte el vuelo, pensó Conrad, y oyó el eco de sus palabras en el Vínculo que conectaba las mentes de sus compañeros. *Hora de buscar otra salida.*

Preferiría no tener que volver al Abismo en estos momentos, dadas las circunstancias, respondió el paladín, con su habitual aplomo.

Tampoco yo, convino Conrad, pero me parece que no tenemos elección. Los paracaídas se fueron con el techo. Podríamos saltar y dejarlo todo en manos de la suerte, pero ahora mismo no me tienta apostar por mi prodigiosa resistencia.

Lucita asintió. *Si saltamos ahora y caemos en línea recta, creo que podremos limitar la zona de impacto. Iré yo primero.* Cogió un *walkie-talkie*, uno de los dos que habían conseguido sobrevivir milagrosamente en los receptáculos. Con Angélica aún amortajada bajo un brazo y Andrew colgado del hombro contrario, entró en la sombra.

La transición fue tan mala como cabía esperar. Las criaturas se abalanzaron sobre ella desde la región donde había desaparecido el avión. Pero ella se evaporó antes de que llegaran, de pie sobre la roca desnuda. El avión caía trazando su arco terminal. Hizo crepitar el *walkie-talkie* una vez y regresó al aparato atravesando las sombras.

El paladín y ella reunieron a los demás. *Esto va a doler, seguramente*, proyectó Lucita. *Pero es preferible a la alternativa.* Los miembros conscientes no se molestaron en protestar.

Como esperaba Lucita, su segundo viaje hacia abajo fue todavía peor que el primero. Las criaturas más veloces cayeron sobre ellos con rápidos bocados y zarpazos antes de que los vampiros pudieran fluctuar de nuevo. Los que estaban conscientes hicieron lo posible por esquivar los ataques, todos salvo Roxana, que se limitó a contemplar con expresión ausente la distancia inexistente del Abismo conforme caían. Recibió varios golpes, pero ni siquiera así salió de su trance.

Lucita decidió que era una suerte que sus agresores no quisieran o no pudieran reforzar la barrera Abisal a tiempo de impedir su fuga. Si el muro fuese más grueso, no tendrían ninguna oportunidad. Así las cosas, emergieron demasiado alto y cayeron los últimos diez metros para estrellarse contra el suelo. Solo Lucita, el paladín, Conrad y Roxana seguían conscientes. La curación refleja restañó las heridas de todo el mundo, pero todos iban a necesitar sangre antes de hacer nada más. Lucita se disponía a amonestar a Roxana, pero la malherida mística del Abismo habló primero.

–Los tengo –dijo como mejor pudo, con la garganta y los labios destrozados–. Tengo siete puntos de asociación. Puedo encontrarlos de nuevo.

Lucita sonrió.

–Buen trabajo. Ahora descansa.

Miércoles, 19 de julio de 2000, 2:00 a.m.
Castillo del Arcángel San Rafael, Sicilia, Italia

--Hemos fracasado --dijo el tercero.

--No --repuso el más antiguo--. No hemos conseguido detenerlos esta vez, eso es todo.

--¡Pero ahora sabrán dónde estamos!

--Cierto. ¿Y realmente crees que serán capaces de sobrevivir al recibimiento que les dispensaremos? ¿No te parece que va siendo hora de que la montaña hable con ellos en nuestro nombre?

--Ahh... --El tercero consideró la posibilidad--. Sí. Dejemos que se acerquen.

Miércoles, 19 de julio de 2000, 4:45 a.m.
El Altopiano Solfifero, Sicilia, Italia

Como esperaban los vampiros, el accidente del avión llamó mucho la atención. Un coche de policía y dos camiones conducidos por granjeros de la localidad acudieron para ver a qué se debía la explosión. Su sangre aplacó la mayor parte del dolor de los vampiros, y bajo las lonas y el maletero había espacio de sobra para transportar a los vampiros hasta graneros cercanos donde pasar el día inminente.

Al sumirse en la fugaz semiconciencia que presagiaba el sueño Lucita soñó con escapar de esta misión. ¿Qué sería lo siguiente? ¿Querría continuar utilizando sus talentos el Sabbat como hacía hasta ahora? ¿Se estaba metiendo ella sola en una trampa de engaño y autodestrucción?

No, decidió. No puedo convertirme en lo que era Fatima, y no pasaré los años preparada para ser un peón más. Maldito sea Montano, esto es decisión mía. Elijo un futuro desconocido, no una estasis interminable, no una servidumbre eterna.

En cuanto a lo que vendría a continuación, la respuesta la proporcionó Roxana, que musitó una sola frase antes de abrazar su sueño paralizante:

–Ya son nuestros.

{Final vol.2}